



LAS PALMERAS SALVAJES

WILLIAM FAULKNER
TRADUCCIÓN DE JORGE LUIS BORGES

narrativaS contemporáneaS
edhasa/sudamericana

LAS PALMERAS SALVAJES

WILLIAM FAULKNER

LAS PALMERAS
SALVAJES

Traducción de Jorge Luis Borges
Prólogo de Juan Benet

EDHASA/Sudamericana

Título original:
The Wild Palms

Primera edición: mayo de 1983
© William Faulkner, 1939
© Editorial Sudamericana, 1962
© Edhasa, 1970 y 1983
Avda. Diagonal, 519-521. Barcelona 29
Telfs. 239 51 04/05
ISBN: 84-350-0399-X
Depósito legal: B. 6.338-1983
Impreso por Romanyá/Valls
Verdaguer, 1. Capellades (Barcelona)
Impreso en España
Printed in Spain

PRÓLOGO

Con “Las palmeras salvajes” Faulkner provocó, con sus desafueros, uno de aquellos pequeños escándalos que hacían las delicias y amarguras de sus incondicionales. La obra se publicó por vez primera (en 1939, por Random House) en la forma que definitivamente se ha adoptado para ella, tanto en inglés como en sus traducciones: como ¡a correlación de dos historias diferentes, sin el menor parentesco ni enlace aparente en el espacio o en el tiempo, que se suceden por la alternancia de los cinco capítulos en que cada una está dividida. Posteriormente —y cuando la crítica ya había levantado todo el contradictorio syllabus para explicar semejante “discordia concors”—, al filo de una edición de bolsillo de Signet Books en que ambas narraciones —“Palmeras salvajes” y “El viejo”— se presentaron al público reunidas y separadas, Faulkner —con aquella malignidad que tan sutilmente disfrazaba de indiferencia hacia el tratamiento de su obra y hacia los comentarios que suscitaba— vino a decir que probablemente se debía a un error (o un azar) el que se hubieran editado como una obra única. Semejante salida de tono no pudo convencer a alguna gente —la que no sólo le lee sino que le estudia— y Faulkner recogió velas, en 1956, en la famosa entrevista con Jean Stein para la “Paris Review”, dando una explicación bastante cabal y extensa de cómo había confeccionado “Las palmeras salvajes”:

“En un principio —dijo— había un solo tema, la historia de Charlotte Rittenmeyer y Harry Wilbourne, que sacrificaron todo en aras del amor para luego perderlo. Solamente después de haber comenzado el libro comprendí que debía dividirse en dos relatos. Cuando concluí la primera parte de «Palmeras salvajes», advertí que algo le faltaba porque la narración necesitaba énfasis, algo que le diera relieve, como el contrapunto en música. Entonces me puse a escribir «El viejo» con el que seguí hasta que se elevó el tono de nuevo. Abandoné el relato de «El viejo» en ese punto —lo que es ahora su primer capítulo— para volver sobre «Palmeras salvajes». En cuanto percibía que volvía a decaer, me obligaba a mí mismo a alcanzar de nuevo el tono alto mediante un nuevo capítulo de su antítesis: la historia de un hombre que encuentra el amor y huye de él —una fuga que termina con el libro—, y que le lleva al extremo de volver voluntariamente a la cárcel en busca de la seguridad. Si finalmente hay dos historias diferentes, sólo es por azar, tal vez por necesidad. Pero en realidad la historia es la de Charlotte y Wilbourne”

Así pues, lo primero que cabe decir de “Las palmeras salvajes” es que se trata de algo más que la simple yuxtaposición de dos narraciones diferentes y que aquel que así lo entienda —y atempere su lectura a cada una de ellas por separado, sin buscar conexiones e interpretaciones no explícitas— perderá tal vez lo mejor de un libro de notable profundidad. Por consiguiente aquí no es suficiente la lectura

narrativa, aquella que se conforma con la comprensión del relato y pasa por alto las insinuaciones —más o menos veladas— que el autor (consciente de que el lector es dueño de tomar para sí lo que más le aproveche y responsable —ante sí mismo— de su derecho a formular la realidad de acuerdo con unos principios, no evidentes, que pueden ser compartidos o no) deja a discreción del lector. En cierto modo cabe hablar de una obra de estructura sintética, en el sentido en que la intención de la representación hay que buscarla en ciertas relaciones no evidentes que entre sí guardan las partes de la composición, tanto como en los datos de la percepción suministrada por aquella; si la relación entre naturaleza y representación se ha complicado de tal suerte no es porque ésta u otra cualquiera obra literaria trate de investigar una cosa que está más allá de la realidad, sino porque adopta el mismo método sibilino de ésta para manifestarse mediante ocultaciones.

Ambas narraciones no pueden ser, en un sentido lato, más distantes: la primera fechada en 1937, siguiendo de cerca una pasión que conlleva una circunstancia itinerante y la segunda, ocurrida diez años antes, y circunscrita a ciertos hechos en torno a una inundación; la una, el desesperado y quimérico intento de una pareja libre en pos de una mayor — y más propia, más individual — libertad, la otra, las vicisitudes de un hombre privado de libertad y arrojado a una situación de una mayor y más intolerable opresión; en una, la pareja abjura de la sociedad para buscar su campo en la naturaleza, mientras que en la otra ante el acoso de la naturaleza, el penado celebra ser devuelto a la sordidez del campo de reclusos; en términos de conducta, la primera es la furiosa exaltación de lo que ha sido hallado por azar mientras que la segunda es la crasa aceptación de lo que ha sido negado por ley; un viejo cuento —a la moderna—, casi todo él aureolado por el arrogante y sarcástico acento de un amor que pretende bastarse a sí mismo, frente a un cuento moderno —a la manera antigua— atemperado por el tono más humilde de una conciencia que, en medio de la catástrofe, sólo reconoce el imperio de la soledad. Y sin embargo... ambas historias no pueden ser más afines, enlazadas por su oposición para formar la balanza y por un sinnúmero de sugerencias por medio de las cuales Faulkner parece decir que, en una y en otra historia, la realidad deducida es la misma. Cuando la pareja inicia su aventura (me veo obligado a transcribir las citas del texto traducido por Borges, por carecer de otra edición), Wilbourne se da cuenta del primer movimiento del tren (que parafrasea la corriente que le ha de arrastrar) cuando “el aire silbó entre los frenos y él quedó pensando...” mientras que para el grupo de penados que ha de colaborar en los trabajos de salvamento, es “el silbido del aire que salía por los frenos” lo que les anuncia su transporte a la zona siniestrada e inundada. Luego está esa constante, salvaje y desafiante “grave profundidad amarilla” de la mirada de Charlotte en paralelismo con el “amarillo tumulto”, “el tranquilo mar amarillo”, “el torrente amarillo (que) se extendía ante él con una calidad casi fosforescente”, de las aguas que rodean al esquife. En todo momento Charlotte (que no vacila en afirmar: “Me gusta el agua. Es un lugar para morir”) se presenta como una corriente impetuosa e insoslayable que arrastra a Wilbourne al “desconocido e insostenible espacio sin ribera posible”, el mismo que rodea al penado que se debate contra “ese, al parecer, inocente medio que lo había aprisionado en móviles y férreas convulsiones”, contra ese agitado pecho de las aguas que envuelve al esquife con su histérico matrimonio y que, al recompensarle con la pesada carga de la embarazada, le lleva a pensar en volver un día “la espalda para siempre a toda preñez y vida femenina”. En el juego de la balanza, por lo mismo que la pasión de Charlotte es una fuerza de la naturaleza de

poder devastador, las aguas practican con el esquife todos los juegos del amor.

El penado se reconoce una víctima de lo que en América se llama “pulp fiction”, lo que ahora se ha dado aquí en denominar literatura “sub”. Y son precisamente los éxitos de Wilbourne como escritor de “pulp fiction”, a su vuelta del lago a Chicago, vendiendo relatos que comienzan “A los dieciséis años yo era soltera y madre”, los que, al despejar el espectro de la miseria, al inocularle la mentalidad de “Quiero que mi esposa tenga lo mejor”, insinúan su transformación en marido —“el gusano ciego a toda pasión y muerta toda esperanza”—, el no-tu “con el salario del sábado y su casita suburbana llena de invenciones eléctricas para ahorrarle trabajo y su mantelito de verde para regar el domingo” que ha de sacrificar su concepto del amor, dictado por Charlotte, en el seno de una libertad elegida por oposición. Para no caer en eso, Wilbourne —en pos de una idea— huye a la mina de Utah, desengañado por la “pulp fiction”; practica el desgraciado aborto, provoca la muerte de su amante y es condenado a cincuenta años de trabajos forzados, tras renunciar al suicidio. Un origen opuesto —pero una conclusión parecida— al del penado alto que, engañado por la misma clase de literatura, corrió su aventura para no sacar en limpio más que quince años de reclusión.

La “pulp fiction” deriva de la leyenda romántica; y bien, en toda la tragedia de Faulkner alienta un cierto sarcasmo hacia la literatura heroica, hacia los perversos modelos —del héroe y del amor— con que la imaginación humana es capaz, por regocijarse, como dice McCord, de querer implantar a una condición que no los puede imitar, hacia los vicios de toda conducta que se deja arrastrar por una imagen del mundo más leída que experimentada. En cierto modo, el penado alto es un hombre más sabio que Charlotte y Wilbourne por cuanto no le cabe esperar otra cosa que la “existencia monástica de fusiles y grilletes que lo defendieran” de toda pasión. El penado sabe de antemano lo que Wilbourne comprenderá cuando Rittenmeyer le ofrezca el suicidio: que la esperanza conjura la realidad y, al ser un método abstracto de supervivencia, no añade ningún valor al objeto esperado. Por el contrario, el amor de Charlotte y Harry resulta a la larga una tal falacia —engendrada en una idea tan abstracta como cualquiera de la “pulp fiction”, apoyada en el múltiple, enrevesado y azaroso juego de los hallazgos, no sólo del hombre y la mujer sino de los iniciales y necesarios 1.200 dólares del basurero— que el cínico McCord no vacila en replicar (en un párrafo no sé por qué censurado en la edición argentina de 1944): “Buen Jesús. Dulce coro de querubines. Si alguna vez soy tan desgraciado de tener un hijo, en su décimo aniversario le llevaré a una limpia y decente casa de putas.”

Tal vez el espectáculo de la literatura romántica sea el que más le sorprende, la transposición de una naturaleza fija a palabras fijas. Y “Las palmeras salvajes” no sólo es una novela antiromántica —pensada con toda malicia Contra los ideales más bien legendarios que alimentaran tan buen número de títulos de su generación— sino un testimonio de la rebelión, llevada a cabo palabra tras palabra, contra el significado literario de las más altisonantes. Para un escritor la revisión de los valores léxicos, sintácticos y estilísticos, supone la no aceptación de un patrimonio común. Y si la metáfora invierte los términos de la comparación —sacrificando el énfasis de la dicción— es porque para el escritor de fuste las referencias a lo leído no lograrán nunca imponerse a las de la experiencia.

Y Harry dice: “Es la soledad”, toda la humanidad que ha pasado por los mismos trances apenas significa nada porque nadie puede decir qué se puede hacer para sobrevivir. El tiempo sólo existe cuando se puede afirmar “yo soy”, un efímero

acontecimiento —como el de la pérdida de la virginidad— que sólo cobra su importancia en el momento en que se destruye, arrastrando consigo todo lo que no puede durar para convertirse en ese “yo fui” durable en el no-tiempo, “en el mausoleo del amor, el catafalco hediondo del cadáver llevado entre las formas ambulantes y sin olfato”. Es el mismo “Ésta fue” de Charlotte para su epitafio. Por eso Wilbourne huye a la mina de Utah —pues en el año de gracia de 1938 ya no hay lugar para el amor—, porque tras haber superado el acoso del dinero y de la decencia comprende —como dirá más tarde el Dr. Martino— que sólo podrá decir “yo soy” mientras tenga miedo. Nada más romántico que la idea de ese “yo soy” anidada en la cabeza de un joven licenciado en medicina, arrastrado al amor por la sacerdotisa de un culto implacable, que a los veintisiete años aún no ha probado nada; nada más antinómico con el “no soy, no quiero ser” del penado que a los diecinueve sólo aspira a renunciar a lo no probado, el indómito principio femenino cuyo dogma primero —expresado por Charlotte pero derivado de la tradición romántica— se resume en la creencia en un amor que no puede morir, que incluso abandona a la persona que no se demuestre merecedora de él, reduciéndola al impersonal, el “no tú” de Harry o el “Ésta fue” del epitafio. Y Faulkner —desde lejos— observa el resultado de tan funesta creencia, destilando todo su sarcasmo no sólo hacia el final que les depara a sus protagonistas sino hacia el fundamento de una literatura (que en último término ha procreado la “pulp fiction”) que no acepta otro cambio para determinadas palabras de curso legal que el establecido en sus agencias.

Hablé antes de una naturaleza sintética de la obra literaria en la que —por comparación con el juicio— el predicado no se halla incluido en el sujeto. Si para hacer comprensible la denominación se establece la relación entre la naturaleza como sujeto y la obra literaria como predicado, es preciso retrotraerse a aquellas letras de índole analítica para comprender hasta que punto el conocimiento de la realidad suministrado por la literatura es tanto más preciso cuanto más se independiza el sentido de la proposición de las categorías habituales del sujeto. Con todo, no me atrevería yo a sugerir que el escritor ha de partir del a priori como una base imprescindible para la formulación de una proposición sintética original. Si la naturaleza evidencia unos datos del conocimiento y la literatura se limita a ponerlos de manifiesto en letras de imprenta, es obvio que —sin abandonar el campo de la analítica— su mejor logro quedaría limitado al registro del innumerable corpus de determinaciones implícitas en la capacidad de variación del sujeto dentro de sus modalidades. Incluso el campo de variación del hombre puede dar lugar a lo que la lógica no admite (por estudiar una realidad invariable en el tiempo), esto es, la analítica a posteriori, la inclusión del predicado en las categorías del sujeto a partir del momento en que la experiencia obliga a aceptarlo así. Antes de ese momento la naturaleza no suministra el dato pero —una vez descubierto por el escritor— lo sustenta: “la grave profundidad amarilla”. E incluso acepta entrar a formar parte de la metáfora no como término comparante sino como comparado: “En el viento negro la casa era invisible; la vaga luz no estaba enmarcada por puerta o ventana alguna; como una tira de vaga y desolada lanilla sucia y rígidamente inmóvil en el viento.” Y bien —se puede decir— tan realidad es la luz como la lanilla; pero lo que es homogéneo en términos físicos o epistemológicos deja de serlo con arreglo a ciertas cláusulas literarias que —hasta que fue escrito ese párrafo— no habían permitido describir un elemento tan básico y comparante como la luz mediante la comparación con un elemento ponderal.

La descriptiva ya no es la relación de lo evidente y analítico; la narración es algo más que el registro de los casos singulares a que da lugar el campo de variación de la conducta humana. Una vez que el dato del conocimiento puede ser elaborado por el escritor —con un sustento a posteriori por parte de la naturaleza— se pone en marcha una nueva disciplina humanística —espoleada por el apetito de invención— que, a no dudar, creará sus prototypon; cuando éstos, por el progreso de la cultura naturans más que por la extensión de una naturaleza naturata, reciben su sanción por parte del propio legado literario quedan establecidos unos modelos a seguir —por la seguridad de las significaciones, por la fijeza de las palabras, por la constancia de las relaciones entre sujetos y predicados— que aprovecharán toda clase de literaturas románticas y de ideal para alimentarse a sí mismas con sus propios recursos y para —sobre el cañamazo de la naturaleza— hacer prevalecer un cuadro que ella no sanciona. La reacción no se hace esperar cuando a todo trance se hace preciso encontrar el refrendo; en cierto modo el mismo instinto que empuja al escritor a mancillar y desprestigiar una idea del amor, le insinúa el uso menos discriminado del léxico: “Pero los días en sí no habían cambiado. La misma recapitulación estática de intervalos dorados entre el alba y el ocaso, los largos días quietos, idénticos, la immaculada jerarquía monótona de mediodías llenos de la miel caliente de sol, a través de los cuales el año decreciente se amontonaba en retrasadas hojas de arce amarillas y rojas, errantes, yendo hacia la nada” y más adelante: “los soñolientos límites entre uno y otro amanecer, desentrañando uno por uno de la red inmóvil de la soledad (áspera como vino y quieta como miel) los martes y viernes y domingos perdidos”. Aquella junción primordial descriptiva parece que queda atrás, muy atrás, de esa “inmaculada jerarquía monótona de mediodías” o de la “red inmóvil de soledad” que no parecen, a primera vista, datos suministrados por la naturaleza; y sin embargo su poder metafórico tanto reside en la combinación de voces y conceptos no usuales como en la secreta y paradójica aquiescencia del fenómeno natural al discurso que de forma insólita le conviene. Y en su consecuencia, la naturaleza —convencida por el nuevo discurso— canjea sus valores convencionales y acepta apoyar el nuevo dato del conocimiento, una vez asumido el a posteriori sin esperar a la experiencia.

Pero el escritor da un nuevo salto adelante: piensa que de la misma forma que la naturaleza no suministra pero sustentará el dato, el logos puede venir en apoyo de su invención, en casos excepcionales; sólo puede contar con la literatura, ya como correlato predicacional del sujeto natural, ya como método de investigación de innegables resultados, una vez hecha la necesaria traslación entre ambos sistemas. Para semejante empeño, se cuenta por lo general con una afinidad, sólo afinidad, a todo lo largo del discurso, que permita el juego de los diferentes campos de libertad porque ahora es en el seno del predicado literario donde es preciso encontrar tanto el dato como su sustentación. La naturaleza difícilmente puede ser reclamada para que preste su testimonio: “de la que emergía el terraplén del ferrocarril, intacto y prístino en una especie de paradójica negación y rechazo de cambios y prodigios”.

Y aun cuando como en este caso a la postre —después de mucho cavilar— se avendrá bajo ciertas condiciones a prestar su consenso, en muchos otros su primera reacción es negarse a ello: “Dobló alegremente y rebasó el atónito y ultrajado instante en que el hombre entendió que giraba con demasiada facilidad.”

Ya se ha dicho, es preciso remontarse a las letras inglesas isabelinas (porque las republicanas fueron solemnes, pero muy respetuosas con el léxico) para encontrar una potencia metafórica semejante a la de Faulkner, una tal audacia en el

uso de la palabra —por su desprecio a la utilización convencional y discriminativa, por su repudio de los léxicos específicos—, una tal singularidad en la composición. En el último ejemplo ni siquiera el logos sustenta el dato y ante la lectura de ese “atónito y ultrajado instante” retrocede amilanado, sin decidirse a conceder la sanción que el estilo presta diligente y voluntario. Y bien en el sujeto “instante” nunca estará incluido el predicado “atónito y ultrajado”; y aun cuando en principio en la relación sujeto-predicado quepan todas las impertinencias que se le puedan ocurrir al más virulento poeta de medianoche, es lo cierto que el cúmulo de desmanes que la imaginación del hombre ha combinado ha hecho avanzar bastante poco el conocimiento de la naturaleza por la vía literaria. Ante un logos amilanado, la naturaleza se extraña e interroga; y se sentirá sobrecogida cuando —como en este caso— la incongruencia desemboca en el rigor, tras comprender que —saltando por encima del sistema de representación para recoger los datos evidentes y sustentados— es posible desentrañar las modalidades de su ser cuando —no haciendo renuncia completa a ellas— se suspenden las reglas para esclarecer lo que ocultan. En efecto, el “atónito y ultrajado instante” no conviene a las reglas del discurso pero la naturaleza reconoce que el instante es así, sólo así.

Juan Benet
agosto, 1970

PALMERAS SALVAJES

Sonó otro aldabonazo, a la vez discreto y perentorio, mientras el doctor bajaba las escaleras, y el resplandor de la linterna eléctrica lo precedía en el hueco (con manchas pardas) de la escalera y en el cubo (con manchas pardas) del vestíbulo.

Era una casita de playa, aunque tenía dos pisos, alumbrada por lámparas de petróleo —o por una lámpara, que su mujer había llevado al piso alto cuando subieron después de cenar. El doctor usaba camisón, no *pyjama*; por la misma razón que fumaba en pipa, que nunca le había gustado y que nunca le gustaría, entre el cigarro ocasional que le regalaban sus clientes, entre un domingo y otro en los que fumaba tres cigarros que le parecía podía permitirse comprar, aunque era propietario de la casita de la playa y de la casita vecina, y también de la residencia con electricidad y paredes revocadas, en la aldea a cuatro millas de distancia. Porque ahora tenía cuarenta y ocho años y había tenido dieciséis y dieciocho y veinte en la época en que el padre le decía (y él lo creía) que los cigarrillos y los *pyjamas* eran para maricas y para mujeres.

Era después de medianoche, aunque no mucho. Lo sabía aunque no fuera más que por el viento, por el gusto y olor y sensación del viento aun aquí tras las cerradas y trancadas puertas y postigos. Porque aquí había nacido, en esta costa, no en esta casa sino en la otra, en la residencia de la ciudad, y había vivido aquí toda su vida, salvo los cuatro años de la escuela de medicina en la Universidad del Estado y los dos años como interno en Nueva Orleans, donde (gordo hasta de muchacho, con gordas y blandas manos de mujer, él, que nunca debía haber sido médico, que después de unos seis años metropolitanos. miraba desde el fondo de un asombro incomunicado y provinciano a sus condiscípulos, los muchachos flacos y fanfarrones con sus delantales de brin condecorados —para él— implacable y jactanciosamente, con las infinitas caras anónimas de las enfermeras novicias, como trofeos florales) la había añorado tanto. Así se doctoró, más cerca de los últimos de la clase que de los primeros, aunque no el último, y volvió a su casa y en el año se casó con la mujer que su padre le había elegido y en cuatro años fue suya la casa que su padre había edificado y también la clientela que se había formado su padre, sin perder ni añadir un cliente, y en diez años no sólo poseía la casa de la playa donde él y su esposa pasaban sus veranos sin hijos, sino también la propiedad vecina, que alquilaba a veraneantes o a bandas de personas que hacían *picnics* o a pescadores. En la tarde de la boda, él y su mujer se fueron a Nueva Orleans y pasaron dos días en un cuarto de hotel, aunque nunca tuvieron luna de miel. Y aunque dormían juntos en la misma cama desde hacía veintitrés años, todavía no tenían hijos.

Pero aparte del viento podía decir la hora aproximadamente, por el olor a viejo del *gumbo* ya frío en la gran olla de barro sobre la hornalla fría, más allá de la endeble pared de la cocina —la gran olla que su mujer había preparado esa mañana para mandar algo a sus inquilinos y vecinos de la casa de al lado: el hombre y la mujer que hacía cuatro días habían alquilado la casita y que probablemente ni sospechaban que los donantes del *gumbo* eran no sólo vecinos sino también propietarios— la mujer, de pelo negro, de duros y raros ojos amarillos en una cara de piel estirada sobre maxilares salientes y pesada mandíbula (el doctor al principio la juzgó chúcaro, luego aterrada), joven, que se pasaba el día entero en un barato sillón de playa mirando el agua, con un *sweater* usado y un par de descoloridos pantalones de brin y zapatos de lona, sin leer, sin hacer nada, sentada ahí en esa inmovilidad completa que el doctor (o el doctor dentro del Doctor) reconoció inmediatamente, sin necesidad de la corroboración de la piel tirante y de la inversa y vacua fijeza de los ojos aparentemente inútiles, como esa completa inmóvil abstracción de la que hasta el dolor y el terror están ausentes, en la que una criatura viviente parece escuchar y hasta vigilar alguno de sus propios órganos cansados, el corazón, digamos, el secreto e irreparable curso de la sangre; y el hombre, joven también, con un par de indecentes bombachas caqui y una camiseta sin mangas, sin sombrero en una región en que hasta los chicos pensaban que el sol de verano era fatal, caminando descalzo por la playa a la orilla del agua, volviendo con un haz de leña atado al cinturón, pasando delante de la mujer inmóvil en su sillón de playa, sin recibir de ella signo alguno, ni un movimiento de cabeza ni tal vez de los ojos.

Pero no es el corazón, se dijo el doctor. Lo decidió en aquel primer día, en que sin intención de espiar, observó a la mujer a través del cerco de arbustos de adelfa que separaba los terrenos. Pero esa suposición de lo que no era, contenía la clave, la respuesta. Le pareció que veía la verdad, la indefinida nebulosa forma de la verdad, como si sólo estuviera separado de la verdad por un velo como estaba separado de la mujer viva por una cortina de hojas de adelfa. No era que se inmiscuyera, ni espiara; tal vez pensó: *tendré tiempo de sobra para saber qué órgano está escuchando; han pagado el alquiler de dos semanas* (tal vez en ese mismo momento el doctor dentro del Doctor sabía que no se necesitaban semanas sino días) ocurriéndole que si requiriera cuidados sería una suerte que él, casero, fuera también médico, pero reflexionó que probablemente ignoraban que él era médico.

El agente le había telefoneado que se había alquilado la casa.

—La mujer usa pantalones —le dijo—. Es decir, no bombachas de señora, sino pantalones, pantalones de hombre. Quiero decir, le quedan chicos justo en los sitios donde a un hombre le gusta verlos chicos, pero no a una mujer, salvo que sea ella misma quien los use. Apuesto que a Miss Martha no van a gustarle mucho.

—Ya le gustarán si pagan el alquiler puntualmente —dijo el doctor.

—No se aflijan —dijo el corredor—, ya me encargaré. Hace tiempo que estoy en el negocio. Le dije: *hay que pagar adelantado*, y contestó: *Muy bien, muy bien, ¿cuánto?*, como si fuera Vanderbilt, con esos pantalones sucios de pescador y nada más que una camisa debajo del saco, y sacó un rollo y uno de los billetes era de diez y del otro le di cambio, y no había más que dos para empezar y le dije: —Claro, que si toman la casa tal como está, con los muebles que tiene, les va a salir baratísima. —*Muy bien, muy bien* —contestó—, *¿cuánto?* Creo que pude haber

sacado más porque el hombre no quiere muebles, lo que quiere son cuatro paredes para meterse adentro y una puerta para encerrarse. La mujer no se movió del taxi. Se quedó sentada, esperando, con sus pantalones que le quedaban chicos justo en los sitios debidos.

Cesó la voz; la cabeza del doctor estaba llena del zumbido telefónico, de la inflexión creciente de un silencio irrisorio, hasta que dijo casi incisivamente:

—Bueno. ¿Necesitan más muebles o no? No hay en la casa más que una cama y el colchón, ¿no?

—No, no precisan más. Le dije que la casa tenía una cama y una estufa, y ellos trajeron una silla —una de esas de lona que se desarman en el taxi. Ya está arreglado.

La risa silenciosa del teléfono volvió a llenar la cabeza del doctor.

—Bueno —dijo el doctor—. ¿Qué hay? ¿Qué le sucede? —aunque parecía saber, antes que el otro hablara, lo que diría la voz.

—Yo sé una cosa que a Miss Martha le va a caer más pesada al estómago que esos pantalones. Creo que no son casados. Dijo que lo eran y no creo que mienta sobre ella y tampoco sobre él. El inconveniente es que no están casados entre sí: ella no es su mujer. Porque yo sé oler un marido. Que me muestren una mujer que no he visto nunca en las calles de Mobile o Nueva Orleáns y puedo oler si...

Esa tarde tomaron posesión de la casa, de la casilla que contenía la cama sola, cuyo colchón y cuyos elásticos no eran muy buenos, y la cocina con su única sartén incrustada de pescado frito por generaciones, y la cafetera y la colección de cucharas y tenedores de hierro descabalados y cuchillos y tazas y platillos y vasos que alguna vez estuvieron llenos de mermeladas y jaleas de fábrica, y la silla nueva de playa en que la mujer pasaba el día entero tirada como vigilando el crujir de las hojas de las palmas con su salvaje, seco, amargo sonido contra el brillo del agua, mientras el hombre acarreaba leña a la cocina. Dos mañanas antes, el carro de la leche que hace el camino de la playa se detuvo allí y la señora del doctor vio una vez al hombre volver por la playa desde un pequeño almacén de propiedad de un portugués ex pescador, llevando un pan y una bolsa de papel, repleta. Y le dijo al doctor que había visto al hombre limpiando (o tratando de limpiar) un plato de pescado en los escalones de la cocina, y se lo dijo al doctor con amarga y furiosa convicción —era una mujer deformada aunque no gorda (ni siquiera tan gordita como el mismo doctor), que había empezado a volverse toda gris hacía ya unos diez años, como si el pelo y el cutis se hubieran alterado sutilmente junto con el tono de los ojos, por el color de sus trajes de casa que posiblemente ella elegía para hacer juego.

—¡Y buen matete estaba haciendo! —exclamó—. ¡Un matete fuera de la cocina y sin duda un matete en la cocina!

—Tal vez ella sepa cocinar —repuso el doctor tímidamente.

—¿Dónde, cómo? ¿Sentada afuera en el patio? Cuando él le alcance cocina y todo...

Pero ese no era el verdadero agravio, aunque lo decía. No decía: *no son casados* —aunque era lo que los dos pensaban.

Sabían que cuando lo dijeran en voz alta, despedirían a los inquilinos. Por eso se negaban a decirlo y con más razón porque si los echaban tendrían en conciencia que devolverles el dinero del alquiler; además de eso, el doctor pensaba: *Tenían sólo veinte dólares. Y eso tres días antes. Y ella ha de estar enferma.* El doctor hablaba ahora más alto que el protestante provinciano, que el metodista

nato. Y algo (acaso también el doctor) hablaba más alto que la metodista nata en ella también, porque esa mañana lo despertó al doctor, llamándolo desde la ventana donde estaba envuelta en su camisón de algodón como amortajada con su pelo gris rizado en papelititos, para mostrarle al vecino volviendo de la playa a la salida del sol con su haz de leña a la cintura.

Y cuando él (el doctor) volvió a casa a mediodía, ella tenía el *gumbo* hecho, una enorme cantidad, como para una docena de personas, hecho con esa torva diligencia samaritana de las mujeres buenas, como si tomara un placer torvo y vindicativo y masoquista en el hecho de que la obra samaritana tendría como recompensa los restos que se instalarían invencibles e inagotables en la cocina (mientras se acumulaban los días) para ser calentados y recalentados y luego vueltos a recalentar hasta que los consumieran dos personas a quienes no les gustaban siquiera, que nacidos y criados a la vista del mar tenían, en materia de pescado, predilección por el atún, el salmón, las sardinas en lata, inmoladas y embalsamadas a tres millas de distancia en el aceite de las máquinas del comercio.

Llevó la fuente él mismo —un hombre bajo, descuidado, rechoncho, con ropa interior no muy limpia, medio ladeado al atravesar el cerco de adelfas con la fuente tapada por una servilleta de hilo ya arrugada (aunque era nueva y no se había lavado aún), que prestaba un aire de torpe benevolencia hasta a aquel símbolo de inflexible obra cristiana ejecutada no con sinceridad o con lágrima sino por deber, y depositada (la mujer no se levantó de la silla y sólo movió los duros ojos de gata) como si la fuente contuviera nitroglicerina, la máscara rechoncha sin afeitar sonriendo tontamente, pero detrás de la máscara los ojos del doctor dentro del Doctor taladraban, sin perder nada, examinaban sin sonrisa y sin timidez el rostro de la mujer, que no era flaco sino demacrado, pensando: *Sí. Uno o dos grados. Tal vez tres. Pero no el corazón*, y luego despertándose inquieto al percibir los vagos y feroces ojos fijos en él, a quien apenas habían visto con ilimitado y profundo odio. Era casi impersonal, como cuando la persona en quien ya vive la dicha mira un poste o un árbol con placer y felicidad. Él (el doctor) carecía de vanidad; el odio no iba dirigido a él. *Es para todo el género humano*, pensó. *O no, no. Espere, espere.* El velo estaba por rasgarse, la maquinaria de la deducción por funcionar. *No al género humano sino al género masculino, al hombre. Pero, ¿por qué ¿Por qué?* Su mujer hubiera notado la débil marca de la alianza ausente, pero él, el médico, vio algo más: *Ha tenido hijos* —pensó—. *Uno, al menos; apostaría mi título. Y si Cofer (era el corredor) está en lo cierto al decir que éste no es su marido —y debe estarlo, debe ser capaz de olerlo, como él dice, desde que está metido en el negocio de alquilar casas de playa por la misma razón o bajo la misma obligación o necesidad delegada que impulsa a determinadas personas en las ciudades a amueblar y facilitar piezas a nombres ficticios y clandestinos—, digamos que ha de odiar a los hombres hasta abandonar marido e hijo; bueno. Sin embargo, no sólo ha acudido a otro hombre, sino que manifiesta pobreza, y ella está enferma, realmente enferma. O ha dejado marido e hijos por otro hombre y por la pobreza, y ahora, ahora...* Podía sentir y oír la maquinaria zumbando, funcionando de prisa; sentía la necesidad de un tremendo apuro para estar a tiempo, un presentimiento de que la última rueda estaba por engancharse y de que la campana de la comprensión iba a sonar y que él no estaría bastante cerca para ver y oír: *Sí, sí. ¿Qué pueden haberle hecho los hombres para que ella me mire a mí —que soy un mero ejemplar de los hombres— como una manifestación de eso, a mí a quien nunca ha visto y a*

quien no miraría dos veces si me hubiera visto, con el mismo odio que él debe atravesar cada vez que vuelve de la playa con una brazada de leña para cocinar la comida que ella come?

Ni siquiera se comedió a tomarle la fuente.

—No es sopa, es *gumbo* —dijo—. Lo ha hecho mi esposa. Ella, nosotros...

Ella no se movió, pero seguía mirándolo. Él se inclinó obesamente, con sus ropas arrugadas sobre la cuidadosa bandeja; ni siquiera oyó al hombre hasta que ella le habló.

—Gracias —le dijo—; llévalo adentro, Harry.

Ahora ya ni siquiera miraba al médico.

—Agradezca a su esposa —le dijo.

Iba pensando en sus dos inquilinos al bajar la escalera detrás del brillante haz de luz y entrar en el ya frío olor a *gumbo* viejo del vestíbulo, hacia la puerta, hacia los aldabonazos. No era por ningún presentimiento o premonición de que quien golpeaba era el hombre llamado Harry. Era porque hacía cuatro días que no pensaba en otra cosa. Este hombre envejecido, lleno de tabaco, con el camión arcaico (que es ahora uno de los sostenes nacionales de la comedia), salido del sueño en la cama de su mujer estéril y ya pensando (o quizás habiendo soñado) en el profundo y distraído fulgor de odio inmotivado, en los ojos de la forastera; y él de nuevo con ese sentido de inminencia, de estar más allá de un velo, de andar a tientas justo dentro del velo y de tocar y de ver (pero no del todo) la forma de la verdad, de suerte que sin darse cuenta se paró en seco en la escalera sobre sus zapatillas anticuadas, pensando con rapidez: *Sí, sí. Algo que toda la raza de los hombres, de los machos, le ha hecho, o ella cree que le ha hecho.*

Los aldabonazos se repitieron como si el que llamaba se hubiera dado cuenta de que lo había detenido algún descalabro de la luz vista por la rendija de la puerta y ahora volviera a llamar con esa modesta insistencia del forastero que busca ayuda a altas horas de la noche, y el doctor echó a andar otra vez, no en contestación al nuevo llamado, que no le hacía esperar nada, sino como si éste hubiera coincidido con el periódico y viejo *impasse* de cuatro días de tanteo y de frustración, de capitular y de volver a capitular, como si el instinto lo guiara otra vez, el cuerpo capaz de movimiento, no la inteligencia, creyendo que el avance físico lo acercaría al velo en el instante de rasgarse y de revelar en inviolable aislamiento esa verdad que él casi tocaba. Así fue cómo abrió la puerta sin presentimiento alguno y miró afuera, alumbrando con su linterna a la persona que llamaba. Era el hombre llamado Harry. Estaba ahí en la oscuridad, en el fuerte y firme viento del mar lleno del ruido seco de la invisible fronda de palmeras, tal como el doctor lo había visto siempre, con las bombachas manchadas y la camiseta sin mangas, murmurando las convencionales disculpas por la hora y la necesidad, rogando el uso del teléfono, mientras el doctor, con el camión flotando sobre las flacas pantorrillas, lo miraba y pensaba con un feroz impulso de triunfo: *Ahora descubriré lo que pasa.*

—Sí —dijo—, no va a necesitar el teléfono. Yo soy médico.

—¡Ah! —dijo el otro—. ¿Puede venir ahora mismo, en seguida?

—Sí. Un minuto para ponerme los pantalones. ¿De qué se trata? Así sabré lo que hace falta.

Por un instante el hombre titubeó; esto también le era familiar al médico, que lo había visto antes y creía conocer la causa: el innato e inextirpable instinto humano de querer ocultar algo de la verdad hasta al médico o al abogado cuya

destreza y cuyo saber se quiere comprar.

—Está sangrando —dijo—. ¿Cuáles son sus honorarios?

Pero el médico no escuchaba. Se decía. ¡Ah! Sí. Cómo no he... Los pulmones, claro. ¿Cómo no he pensado en eso?

—Sí —dijo—, ¿quiere esperarme aquí? ¿O mejor adentro? Apenas tardaré un minuto.

—Esperaré aquí —dijo el otro.

Pero el médico tampoco le oyó. Ya volvía a subir corriendo la escalera; entró al dormitorio, donde su mujer se enderezó en la cama sobre el codo y lo miró lidiar con los pantalones, su sombra proyectada por la lámpara de la mesa de noche, grotesca sobre la pared, monstruosa, también la sombra (de ella) con algo de Gorgona, a fuerza de los rígidos papelitos atormentándole el pelo gris, sobre la cara gris, sobre el camisón de cuello alto que también parecía gris, como si cada una de sus ropas participara de ese horrendo color fierro de su implacable e invencible moralidad que, según el doctor lo comprobaría más adelante, era casi omnisciente.

—Sí —dijo éste—, sangrando. Probablemente una hemorragia. Los pulmones. Y cómo demonios yo no he...

—Más probable es que la haya herido o le haya pegado un tiro —dijo la mujer con amarga voz, fría y tranquila—. Aunque por la mirada que tenía, la única vez que la vi de cerca, yo hubiera dicho que la que iba a herir o pegar un tiro era ella.

—Tonterías —dijo él poniéndose los tiradores—, tonterías.

Porque ahora ni se dirigía a su mujer.

—Sí, ¡qué imbécil! Traerla tan luego a este sitio. Al nivel del mar. A la costa del Misisipí. ¿Quieres que apague la lámpara?

—Sí. Probablemente demorarás un buen rato si esperas a que te paguen.

Apagó la lámpara y volvió a bajar la escalera detrás de la linterna. Su valija negra estaba sobre la mesa del *hall*, al lado del sombrero. El hombre, Harry, esperaba delante de la puerta.

—Tal vez es mejor que tome esto ahora —dijo.

—¿Qué? —dijo el doctor.

Se detuvo, mirando abajo, iluminando con la linterna el billete de banco en la mano extendida del otro. *Aunque no haya ganado nada, ahora sólo tendrá quince dólares*, pensó.

—No, después —dijo—. Será mejor apresuramos.

Se precipitó siguiendo la zigzagueante luz de la linterna, casi corriendo mientras el otro andaba, atravesando el patio cerrado y luego el cerco divisorio de adelfas y envuelto en el libre viento del mar que golpeaba las palmas invisibles y silbaba en el áspero pasto salado del otro lote vacío; ahora ya veía en la otra casa una vaga luz.

—¿Sangrando, eh? —dijo.

Estaba nublado; el viento invisible soplaba fuerte y constante entre las palmeras invisibles, desde el mar invisible; un recio y constante sonido lleno del murmullo de la marea sobre la barrera de las islas allá afuera, las esculpidas cicatrices de la arena fijada por los raquíuticos pinos estremecidos.

—¿Hemorragia?

—¿Qué? dijo el otro—. ¿Hemorragia?

—¿No? —dijo el doctor—. ¿Entonces está esgarrando un poco de sangre? ¿Escupiendo un poquito cuando tose, eh?

—¿Escupiendo? —dijo el otro.

Era el tono, no las palabras. No se dirigía al doctor, estaba más allá de la risa, como si aquel a quien se dirigía fuera impermeable a la risa; no fue el doctor quien se detuvo; el doctor aún seguía trotando sobre sus cortas piernas sedentarias, tras la luz ajetreada de la linterna, hacia la indecisa luz que lo esperaba; era el bautista, el provinciano, que parecía detenerse mientras el hombre, no ya el médico, pensaba sin escándalo, pero en una especie de asombro desesperado: *¿Habré de vivir siempre tras una barricada de perenne inocencia como un pollo en la cáscara?*

Habló cuidadosamente en voz alta; el velo se descorría disolviéndose, estaba a punto de partirse ahora y él no quería ver lo que había detrás; sabía que para eterna tranquilidad de su conciencia no se animaba, y sabía que era ya demasiado tarde y que no podía contenerse; oyó a su voz hacer la pregunta que no quería y recibir la respuesta que no quería:

—¿Dice usted que está sangrando? ¿Por dónde?

—¿Por dónde sangran las mujeres? —dijo el otro; gritó con una voz irritada y áspera sin detenerse—. ¡Yo no soy médico! Si lo fuera, ¿cree que iba a gastar cinco dólares en usted?

Tampoco oyó esto el doctor.

—¡Ah! —dijo—. Sí, ya veo, sí. Y se detuvo. Creía no haber cesado de andar, pues el oscuro y constante viento soplaba todavía sobre él.

Porque estoy en la mala edad para esto, pensó. Si tuviera veinticinco años diría: Gracias a Dios que no soy él porque sabría que hoy me he escapado y que tal vez mañana o el año que viene sería mi turno y así tendré que envidiarlo.

Y si tuviera sesenta y cinco años diría: Gracias a Dios, yo no soy él, porque entonces sabría que soy demasiado viejo para que esto fuera posible y que no me serviría envidiarlo porque tiene en el cuerpo una prueba de amor y de pasión y de vida y de no estar muerto. Pero ahora tengo cuarenta y ocho y creo hubiera podido ahorrarme esto.

—Espere —dijo—, espere.

El otro se detuvo; quedaron cara a cara apoyados un poco por el viento oscuro lleno del agreste ruido seco de las palmeras.

—He ofrecido pagarle —dijo el otro—, ¿cinco dólares no son bastantes? Y si no son, ¿quiere darme el nombre de alguien que no cobre más y permitirme el uso de su teléfono?

—Espere —dijo el doctor—. Entonces Cofer tenía razón, pensó. Usted no es casado. Pero ¿por qué tuvo que decírmelo?

Por supuesto no dijo eso; dijo:

—Usted no ha... usted no es... ¿Quién es usted? El otro, más alto, apoyado en el duro viento, miraba al médico de arriba abajo con impaciencia, con rebelde control. En el viento negro, la casa (la casilla) era invisible; la vaga luz no estaba enmarcada por puerta o ventana alguna; como una tira de vaga y desolada lanilla sucia y rígidamente inmóvil en el viento.

—¿Qué soy yo? —dijo—. Trato de ser pintor. ¿Es eso lo que pregunta?

—¿Pintor? Pero aquí no se edifica, no se trabaja. Eso se acabó hace nueve años. ¿Viene sin esperanza de trabajo, sin contrato?

—Pinto cuadros —dijo el otro—. Al menos creo pintarlos. Bueno, ¿puedo usar o no su teléfono?

—Usted pinta cuadros —dijo el doctor.

Hablaba en ese tono de tranquilo asombro que treinta minutos después, y mañana, y mañana vacilaría entre el ultraje y el enojo y la desesperación:

—Bueno. Probablemente está sangrando todavía. Vamos.

Prosiguieron. Entró delante: aun en ese momento comprendió que había precedido al otro, no como dueño de casa, no como propietario, sino porque ahora estaba convencido que, de los dos, él sólo tenía derecho a entrar mientras la mujer estuviera ahí. Ya no los rodeaba el viento. El viento se apoyaba negro, imponderable y firme contra la puerta que el hombre llamado Harry había cerrado tras ellos; y ahora y de golpe volvió a oler el médico el olor a viejo *gumbo* frío. Hasta sabía dónde estaba; casi lo podía ver intacto. (*Ni siquiera lo han probado*, pensó. *¿Y por qué lo habrían de probar? ¿Por qué, en nombre del cielo?*) Sobre la estufa fría, puesto que conocía bien la cocina —la estufa rota—, la escasa vajilla, la pobre colección de cuchillos y tenedores y cucharas rotas, los receptáculos que contuvieron alguna vez encurtidos y dulces de fábrica, charramente rotulados. Conocía muy bien toda la casa, era el propietario, la había edificado, las endeble paredes (no estaban siquiera machiembradas como las de su casa, sino encimadas, y por las ensambladuras, curtidadas y torcidas por el húmedo aire salado, se escurría toda intimidad como por las medias y pantalones rotos) rumorosas con los fantasmas de mil días y noches alquilados a los que él (no su mujer) había cerrado los ojos, sólo insistiendo en que hubiera siempre un número impar de personas en cualquier reunión mixta que pasara ahí toda la noche, salvo que la pareja fuera de forasteros que formalmente se presentaran como marido y mujer, como éstos, aunque él sabía que no lo eran y sabía que su mujer lo sabía. De ahí el enojo, de ahí el enojo y el ultraje que alternaría mañana con la desesperación. *¿Por qué decírmelo?*, pensaba. *Los otros no me lo dijeron, no me trastornaron, no trajeron aquí lo que trajo usted aunque no sé lo que se habrán llevado.*

En seguida pudo ver la vaga luz de la lámpara más allá de la puerta abierta. Pero aun sin luz no se hubiera equivocado de puerta: la puerta más allá de la cual estaría la cama, de la que su mujer decía que no la ofrecería ni a un negro; oía al otro detrás, y por primera vez se dio cuenta de que el hombre llamado Harry seguía descalzo y que estaba por entrar primero y pensó que él (el doctor), que tenía realmente derecho a entrar, iba a ceder y se tentó de risa y pensando: *Vea, yo no sé la etiqueta en estos casos porque cuando era joven y vivía en las ciudades donde suceden estas cosas, yo era tímido, muy tímido*, y se detuvo porque el otro se detuvo: así le pareció al doctor, en una firme y tácita iluminación de verdadera clarividencia (pero él no lo sabría nunca) porque los dos se habían detenido como para permitir que la sombra del esposo ultrajado y ausente los precediera. Los puso en movimiento un ruido que venía del cuarto —el ruido de una botella contra un vaso.

—Un minuto —dijo el hombre llamado Harry.

Entró rápidamente en el cuarto; el doctor vio tiradas sobre la silla de playa las bombachas desteñidas que le quedaban chicas a la mujer, precisamente en el lugar necesario. Pero no se movió. Sólo oyó el rápido andar de los desnudos pies del hombre en el suelo y luego su voz, tensa, baja, tranquila, muy suave: tanto, que de pronto creyó saber el doctor por qué no había habido dolor ni terror en la cara de la mujer: el hombre llevaba esa carga como llevaba la leña y (sin duda) cocinaba la comida para ella.

—No, Carlota —dijo—. No debes, no puedes. Ahora, a la cama.

—¿Por qué no puedo? —replicó la voz de la mujer—. ¿Por qué demonios no puedo? —y el doctor los oyó luchar—. ¡Déjame ir, *guacho*, inútil del diablo! (era “rata” la palabra que el médico creyó oír).

—Lo prometiste, rata. Eso fue todo lo que pedí y lo prometiste. Porque oye, rata —el doctor oía la voz insinuante, secreta ahora—: No fue él, sabes. No ese guacho de Wilbourne. Le disparé como a ti. Fue el otro. Tú no puedes, de todos modos. A cuantos me interroguen les repetiré lo que ahora te digo. Además, nadie sabe nunca cuál es la verdad acerca de una ramera para condenar a nadie.

El doctor podía oír los dos pares de pies descalzos; parecía como si estuvieran bailando furiosa e infinitesimalmente y sin zapatos.

Cesó el ruido y la voz ya no era secreta ni insinuante.

¿*Pero dónde está la desesperación?*, pensó el doctor ¿*Dónde el terror?*

—¡Harry, Harry! Lo prometiste.

—Te tengo. Está bien. Vuelve a la cama.

—Dame un trago.

—No. Te he dicho que basta. Te he dicho por qué. ¿Te duele mucho?

—Jesús, no sé. No puedo decir, dame un trago, Harry. Quizá vuelva a empezar.

—No. Ahora no se puede. Es demasiado tarde para eso. Además, aquí está el médico. Voy a ponerte el batón para que pueda entrar.

—¡Y ensangrentar el único camisón que tengo!

—Por eso. Por eso tenemos el batón. Quizá vuelva a empezar. Vamos.

—Y entonces, ¿para qué el médico? ¿Para qué los cinco dólares? ¡Oh, inútil del diablo...! No, no, no, no. Pronto. Empieza otra vez. Párame pronto. Me duele. No lo puedo evitar. ¡Oh!, demonio. —Empezó a reírse, no era una risa dura, ni fuerte como toser o hacer arcadas—. Ahí está. Eso es. Es como los dados. Salen siete. Salen once. Quizá si pudiera seguir contando...

Él (el doctor) oía a los dos pares de pies descalzos sobre el piso, luego el quejido mohoso del elástico de la cama, la mujer riéndose despacio con esa misma abstracta y furiosa desesperación que había visto en sus ojos ante la fuente de *gumbo*, a mediodía. Se quedó parado, con su servicial valijita de cuero negro usada, mirando los tiradores desteñidos entre el confuso montón de otras ropas sobre la silla de playa; vio al hombre llamado Harry aparecer y elegir de entre ellas un camisón y desaparecer de nuevo; el doctor miró la silla. *Sí*, pensó. *Como la leña*. El hombre llamado Harry estaba en la puerta.

—Ya puede entrar —dijo.

EL VIEJO¹

Una vez (en Misisipí, en mayo, en 1927, año de la inundación) había dos penados. Uno de ellos tenía unos veinticinco años; era alto, flaco, sin barriga, con una cara tostada y pelo negro de indio con pálidos e indignados ojos de porcelana —una indignación dirigida no a los hombres que habían frustrado su crimen, ni siquiera a los abogados y jueces que lo habían mandado aquí, sino a los escritores, los incorpóreos nombres ligados a los cuentos, a las novelas por entregas —los Diamond Dick y Jesse James² y otros de esa calaña— que según él lo habían empujado a su condición actual por su propia ignorancia y credulidad acerca del medio en que traficaban y cobraban dinero, aceptando información en la que estampaban sello de verosimilitud y autenticidad —hecho tanto más criminal, cuanto que no adjuntaban una garantía legalizada y explotaban así la tácita buena fe de quien, sin exigir certificado, esperaba una misma buena fe a cambio del cobre o de los quince centavos que remitía y revendía por dinero y que al primer ensayo resultaba impracticable y (para el penado) criminalmente falso. A veces detenía su mula y su arado en la mitad de un surco (no hay cárcel entre muros en el Misisipí: es una plantación de algodón que trabajan los presos bajo los rifles y fusiles de los guardianes) y meditaba con una especie de rabiosa impotencia revolviendo la escoria que le había dejado su sola y única experiencia con los tribunales, con la ley, revolviendo hasta que el insensato y difuso dictamen tomaba forma al fin (él mismo había buscado justicia en esa ciega fuente donde había encontrado justicia y lo habían rechazado y derribado): valiéndose de los correos para defraudar; él, que sentía haber sido defraudado por el sistema de correos de “segunda clase”, no del craso y estúpido dinero que no necesitaba especialmente, sino de la libertad, y del honor y del orgullo.

Estaba condenado a quince años (había llegado poco después de cumplir diecinueve) por conato de robo en un tren. Había urdido de antemano sus planes, había seguido su ley escrita (y falsa) al pie de la letra; había acumulado folletines durante dos años, leyéndolos y releyéndolos, aprendiéndolos de memoria, comparando y pesando cuentos y métodos contra cuentos y métodos, tomando lo bueno de cada uno y descartando la escoria; mientras surgía un método factible; dejando su mente alerta para los cambios sutiles de última hora, sin apuro y sin impaciencia, aprovechando las indicaciones de las nuevas entregas que aparecían periódicamente, como aprovecha una modista concienzuda las nuevas revistas de moda para hacer modificaciones sutiles en un traje de presentación a la corte. Y

¹ *Old Man*: El Viejo: nombre familiar del río Misisipí.

² Léase los *Juan Moreira*, los *Hormiga Negra*, etc.

luego, cuando llegó el día, ni siquiera tuvo oportunidad de recorrer los coches y hacer colecta de relojes y anillos, de broches y de cinturones con dinero, porque lo arrestaron en cuanto subió al coche del expreso donde debían estar el oro y la caja de hierro. No había muerto a nadie porque la pistola que le sacaron no era de las pistolas que matan, aunque estaba cargada; más tarde declaró al fiscal que la había adquirido, así como la linterna sorda en la que ardía una vela y el pañuelo negro para taparse la cara, anotando suscripciones a la Gaceta del Detective entre los montañeses vecinos. De vez en cuando (tenía tiempo para ello) se consumía con rabiosa impotencia, porque había algo que no pudo decirles en el proceso, que no supo cómo decirlo.

No era dinero lo que quería. No eran las riquezas, no era el vulgar botín; eso no hubiera sido más que una baratija para adornar el pecho de su orgullo como la medalla de los corredores olímpicos — un símbolo, un distintivo para mostrar que él era el primero en el juego elegido por él en el viviente y fluido mundo de su época. De suerte que al pisar la tierra negra que se desflocaba ricamente atrás del arado, o al entrecortar con la azada, el algodón y el trigo, o al acostarse sobre sus lomos resentidos en su cucheta después de cenar, maldecía en una áspera y firme corriente sin arrepentimiento, no a los hombres vivientes que lo habían metido donde estaba, sino a los que ni siquiera sabía que eran seudónimos, a los que ni siquiera sabía que no eran hombres reales sino designaciones de sombras que habían escrito sobre sombras.

El segundo penado era bajo y rechoncho. Casi pelado, de un color blanquecino. Parecía algo que se ha expuesto a la luz al dar vuelto un leño podrido o unas maderas o planchas y sobrellevaba también, aunque no en los ojos como el primer penado, una convicción de candente, inútil indignación. No se notaba y nadie sabía que estaba ahí. Pero nadie sabía mucho sobre él, ni siquiera los que lo habían mandado a la cárcel. Su indignación no era contra palabras impresas sino contra el hecho paradójico de haber sido obligado a venir aquí por su propia voluntad y elección. Lo habían obligado a elegir entre la colonia penal del Estado de Misisipí y la Penitenciaría Federal de Atlanta, y el hecho de que él, que parecía un gusano pelado y pálido, hubiera elegido el aire libre y el sol, era sólo una manifestación del recóndito enigma solitario de su carácter, como si algo reconocible se hiciera momentáneamente visible en lo más hondo del agua estancada y opaca, y se hundiera otra vez. Ninguno de sus compañeros de cárcel sabía cuál era su crimen, salvo que estaba condenado a 199 años. Ese increíble e imposible período de castigo y de restricción tenía algo de vicioso y de fabuloso cual si indicara que su motivo de encarcelamiento era tal que hasta los hombres que lo habían condenado, esos pilares y paladines de la justicia y de la equidad, se habían convertido al juzgarlo en ciegos apóstoles no de mera justicia, sino de toda la decencia humana; en ciegos instrumentos, no de equidad, sino de toda la venganza y rencor humanos, obrando en un salvaje concierto personal, juez, abogado y jurado, que sin duda abrogaba la justicia y quizá la ley. Tal vez sólo el fiscal sabía cuál era su crimen. Había una mujer en su crimen y un automóvil hurtado, un surtidor robado, y el encargado, muerto a balazos. Había habido otro hombre en el coche y bastaba mirar una sola vez al penado (como lo hicieron los dos fiscales) para saber que era definitivamente incapaz del coraje borracho de disparar sobre alguien. Pero él y la mujer y el coche robado habían sido capturados mientras otro hombre, sin duda el asesino, había escapado, así que,

traído al fin al despacho del fiscal, deshecho, desgredado y regañando ante los impecables y cruelmente alegres fiscales y la mujer furiosa entre dos policías en la antecámara detrás, tuvo que elegir. Podía ser juzgado en la Corte Federal bajo el acta de Mann y por el hurto del coche. Es decir, si elegía pasar por la antesala donde la mujer rabiaba, podía tener una oportunidad de ser juzgado por el crimen menor en la Corte Federal; pero si aceptaba la sentencia de homicidio en la Corte del Estado, podría salir por la puerta trasera, sin pasar delante de la mujer.

Eligió: enfrentó el tribunal y oyó a un juez (que lo miraba con desprecio como si el fiscal del distrito hubiera dado vuelta con la punta del pie una tabla podrida y lo hubiera puesto a la vista) sentenciarlo a 199 años en la prisión del Estado. Por eso (tenía tiempo de sobra; habían tratado de enseñarle a arar sin conseguirlo, lo pusieron en la herrería y el mismo capataz pidió que lo sacaran; de suerte que ahora, con un largo delantal como de mujer, cocinaba y barría y sacudía en las casillas de los guardas) cavilaba también, con ese sentimiento de impotencia y despecho aunque no lo demostraba como el otro preso, ya que no se apoyaba de repente sobre la escoba.

Fue este segundo preso quien, a fines de abril, empezó a leer en voz alta los periódicos a los otros penados que, engrillados tobillo con tobillo y arreados por guardianes armados, volvían del campo y cenaban y se recogían en el galpón. Era el diario de Menfis que los capataces habían leído en el almuerzo; el penado lo leía en voz alta a sus compañeros por más que a éstos no les interesaba mucho el mundo exterior y algunos de ellos eran incapaces de leerlo y ni siquiera sabían dónde estaban las fuentes del Ohio y del Misuri, y otros no habían visto nunca el río Misisipí aunque en épocas pasadas que oscilaban entre unos pocos días y 10, 20 y 30 años (y épocas futuras que oscilarían entre unos meses y toda la vida) habían arado y plantado y comido y dormido a la sombra del terraplén, sabiendo que había agua más allá sólo de oídas y porque a veces sentían la bocina de los vapores a lo lejos, y durante la última semana habían visto las chimeneas y las cabinas de los pilotos desplazándose contra el cielo, sesenta pies sobre sus cabezas.

Pero escuchaban, y pronto aquellos que como el penado más alto no habían visto probablemente más agua junta que la de un bebedero de caballos, sabían lo que era un exceso de 30 pies de calado en Cairo o en Menfis y podían (y solían) hablar corrientemente de bancos de arena. Quizá lo que realmente les interesaba eran los relatos de las levas de conscriptos, blancos y negros mezclados, trabajando en dobles turnos contra la porfiada marea; cuentos de hombres que, aunque negros, eran obligados como ellos a trabajar sin recibir otro sueldo que una pobre ración y un lugar en una carpa de tierra apisonada para dormir — imágenes, cuadros que brotaban de la voz del penado retacón: los hombres blancos embarrados con las inevitables escopetas, las filas de negros como hormigas cargados de bolsas de arena, resbalando y trepando la empinada superficie del revestimiento para volcar su fútil carga en las fauces de la inundación y volver por otra. O quizá era algo más. Quizá veían acercarse el desastre con la misma atónita e incrédula esperanza de los esclavos — los leones y osos y elefantes, los lacayos y bañeros y reposteros — que miraban el creciente incendio de Roma desde los jardines de Enobarbo. Pero seguían escuchando y llegó mayo y los periódicos del capataz dieron en hablar con titulares de 2 pulgadas de alto — esos palotes de tinta negra que, juraríamos, hasta los analfabetos pueden leer: “La ola pasa por Menfis a medianoche. Cuatro mil

fugitivos en la cuenca de Río Blanco. El gobernador llama la Guardia Nacional.” “Se declara el estado de sitio en los siguientes distritos.” “Tren de la Cruz Roja sale de Washington esta noche con el presidente Hoover”; tres días después (había llovido todo el día — no los vividos chaparrones con truenos de abril y mayo, sino la lenta y continua lluvia gris de noviembre y diciembre que precede al frío viento norte. Los hombres no habían salido al campo en todo el día y el optimismo de segunda mano de las noticias atrasadas de 24 horas parecía llevar su propia refutación): “La ola ya está debajo de Menfis.” “Veintidós mil refugiados en Vicksburg.” “Ingenieros del ejército dicen que los diques aguantarán.”

—Eso quiere decir que van a reventar esta noche —dijo uno de los penados.

—Bueno, quizá esta lluvia durará hasta que las aguas lleguen aquí —dijo otro.

Convinieron todos en eso porque lo que querían decir, lo que pensaban y no decían, era que si el tiempo se aclaraba, tendrían que volver a los campos y trabajar aunque los diques se rompieran y la inundación alcanzara la granja. No había nada paradójico en eso, aunque no podían expresar la razón que percibían por instinto; el hecho de que la tierra que trabajaban y lo que producía esa tierra no era de ellos ni de quienes, fusil en mano, los obligaban a trabajar y que a todos —penados o guardianes— igual les daría sembrar piedritas en el suelo y cosechar espigas de cartón. Entre la súbita y vaga esperanza y el ocioso día y los titulares de la tarde, dormían con inquietud bajo el sonido de la lluvia en el techo de cinc cuando los despertó a medianoche el resplandor de las bombillas eléctricas y las voces de los guardas y oyeron el latir de los tractores que esperaban.

—¡Salgan de aquí! —gritó el capataz. Estaba completamente vestido: botas de goma, impermeable y fusil—. El dique cedió en Mound’s Landing hace una hora. ¡Salgan de aquí!

PALMERAS SALVAJES

Cuando el hombre llamado Harry conoció a Carlota Rittenmeyer, era interno en un hospital de Nueva Orleans. Era el menor de tres hijos nacidos de la segunda mujer de su padre, en la vejez de su padre; había una diferencia de dieciséis años entre él y la menor de sus medias hermanas. Quedó huérfano a los dos años y su media hermana mayor lo había criado. Su padre había sido médico como él. Había (el padre) empezado y concluido sus estudios médicos en una época en que el título de doctor en medicina involucraba todo, desde farmacología y diagnóstico hasta cirugía, y cuando no se podía pagar la carrera con dinero, se pagaba con práctica o trabajo. El viejo Wilbourne había sido celador de los dormitorios y había servido la mesa y había completado sus cuatro años de carrera con un desembolso total de doscientos dólares. Cuando se abrió su testamento, el último párrafo decía:

A mi hijo Enrique Wilbourne y comprendiendo que han cambiado las condiciones así como el valor intrínseco del dinero y que por consiguiente no cabe esperar que obtenga su diploma de médico cirujano mediante el mismo desembolso de dinero que bastaba en mi época, lego y deposito la suma de 2.000 dólares, para emplearse en los gastos de su carrera y en la adquisición de su diploma y práctica de medicina y cirugía, creyendo que dicha suma bastará ampliamente a ese fin.

El testamento estaba fechado dos días después del nacimiento de Harry en 1910 y su padre murió dos años después de una intoxicación al chupar una mordedura de víbora de la mano de una criatura en un rancho. Su media hermana lo tomó a su cargo. Tenía hijos y estaba casada con un hombre que murió siendo aún dependiente de almacén en una pequeña ciudad de Oklahoma; así que cuando llegó el momento de que Harry pudiera ingresar en la escuela de medicina, esos 2.000 dólares que debían estirarse durante cuatro años, aun en la modesta y bien reputada escuela que escogió, no eran mucho más que los 200 con que contó su padre. Eran menos, porque en los dormitorios había calefacción y el colegio era servido por un restaurante que no requería mozos y el único modo en que un alumno podía ganar algo era alcanzando la pelota en el fútbol o deteniendo al hombre que la llevaba. La hermana lo ayudaba — un giro ocasional de uno o dos dólares o algunos sellos de correos cuidadosamente doblados en una carta. Esto le pagaba los cigarrillos y suprimiendo el tabaco durante un año economizó bastante para su cuota de socio de la mutual de estudiantes. No le quedaba nada para salir con muchachas (la escuela era mixta) pero tampoco tenía tiempo para eso; bajo la aparente serenidad de su vida monástica libraba una continua batalla, tan despiadada como cualquiera en un rascacielos de Wall Street, al equilibrar su menguante cuenta corriente con las leídas páginas de sus libros de texto. Pero lo

hizo y hasta le quedó un saldo para volver al pueblo de Oklahoma y presentar su diploma a su hermana, o para ir directamente a Nueva Orleans y asumir el internado, pero no para las dos cosas. Eligió Nueva Orleans. O más bien, no había otro remedio; escribió a su hermana y a su marido una carta de agradecimiento, con un recibo por el monto total de los sellos y los giros, con intereses (también mandó su diploma con sus latines y su intrincado exordio en relieve y las torcidas firmas de los profesores, entre las cuales su hermana y su cuñado sólo descifraron su nombre) y lo expidió y compró su billete y viajó catorce horas en un coche diurno. Llegó a Nueva Orleans con una valija y dólar 36 centavos.

Hacia casi dos años que estaba en el hospital. Vivía en los pabellones de internos con otros que como él carecían de recursos particulares; fumaba una vez por semana, un atado de cigarrillos para el fin de semana, y estaba pagando la deuda que había reconocido a su media hermana: los giros de uno y dos dólares que volvían ahora a su fuente de origen; la única valija contenía aún todo lo que poseía, incluyendo sus uniformes blancos de hospital — sus 26 años, los 2.000 dólares, el billete de tren a Nueva Orleans, el dólar 36 centavos en esa única valija, en el rincón de un cuarto como un cuartel con camas militares de hierro; en la mañana de su vigesimoséptimo cumpleaños. Se despertó y miró su cuerpo tendido hacia el escorzo de los pies y le pareció ver los veintisiete irrevocables años como disminuidos y escorzados detrás, como si su vida flotara sin esfuerzo y sin voluntad por un río que no vuelve. Le parecía verlos: los años vacíos en que había desaparecido su juventud — los años para la osadía y las aventuras, para los apasionados, trágicos, suaves, efímeros amores de la adolescencia, para la blancura de la muchacha y del muchacho, para la torpe, fogosa, importuna carne, que no había sido para él; acostado, pensaba, no exactamente con orgullo y no con la resignación que suponía, sino más bien con una paz de eunuco ya entrado en años que considera el tiempo muerto que precedió a su alteración, que considerara las formas borrosas y (al fin) desdibujadas que sólo habitan en la memoria y no ya en la carne: *He repudiado el dinero y por consiguiente el amor. No abjurado, repudiado. No lo necesito; el año que viene o de aquí a dos años o cinco sabré que es cierto lo que ahora creo que es cierto: ni siquiera querré desearlo.*

Esa tarde, cumplió con algún retraso su guardia; al pasar frente al comedor oyó ruido de voces y de cubiertos, y los cuartos de los internos estaban vacíos. No había más que un hombre llamado Flint que con pantalones y camisa de etiqueta se anudaba la corbata negra delante del espejo y se dio vuelta al entrar Wilbourne y señaló un telegrama sobre su almohada.

—Está abierto, estaba sobre mi cama —dijo Flint—. Tenía prisa por vestirme y no tuve tiempo de mirar la dirección, lo tomé y lo abrí. Disculpe.

—Está bien —dijo Wilbourne—. Demasiadas personas ven un telegrama para que sea algo privado.

Sacó la hoja amarilla del sobre. Estado decorado con símbolos, guirnaldas y espirales; era de su hermana; uno de sus mensajes de cumpleaños que la compañía telegráfica manda a cualquier punto de los Estados Unidos por 25 centavos. Se dio cuenta que Flint lo estaba mirando.

—¿Entonces hoy es su santo? —dijo Flint—. ¿Se festeja?

—No —dijo Wilbourne—, no me parece.

—Oiga, voy a una reunión en el barrio francés; ¿por qué no me acompaña?

—No —dijo Wilbourne—. Pero le agradezco. *No había pensado aún, ¿por qué no? No estoy invitado.*

—No importa. No es una reunión de ésas. Es un estudio. Un pintor. Un montón de gente en el suelo sentados en las faldas, bebiendo. Vamos. No se va a quedar aquí solo.

Ahora ya pensaba: *¿Y por qué no? De veras, ¿por qué no?* y casi veía al guardián de la vieja disciplinada paz y resignación empuñando las armas, el adusto Moisés, sin recelo, impermeable al recelo pero fanáticamente prohibitivo; escuálido y prohibiendo: *No, no irás. Ya tienes algo. Ya tienes paz; ¿qué más quieres?*

—Además, no tengo traje de noche.

—No es necesario. A lo mejor el dueño de casa estará en salida de baño. ¿Usted tendrá un traje oscuro?

—No.

—Bueno —dijo Flint—, Montigny tiene un *smoking*. Es de su estatura. Voy a traerlo. —Fue hasta el guardarropa que usaban en común.

—Pero no... —dijo Wilbourne.

—Bueno —dijo Flint.

Dejó el segundo traje de vestir sobre la cama y se bajó los tiradores y empezó a sacarse los pantalones.

—Yo usaré el traje de Montigny, y usted el mío. Tenemos los tres la misma medida.

Una hora después, en un traje prestado, su primer traje de etiqueta, él y Flint se detuvieron en una de las estrechas, borrosas, embalconadas calles entre la plaza Jackson y la calle Real en el *Vieux Carré* — una pared de suave ladrillo sobre la que explotaban los harapos de la cresta de una palmera más allá de la cual venía un pesado olor a jazmines que parecía verse tendido en el inmóvil aire opulento ya impregnado con el olor de azúcar y bananas y cáñamo del puerto, como inertes hilachas de neblina o de pintura. Una puerta de madera entornada, un poco torcida, con un cordón de alambre que al tirón de Flint produjo un remoto y dulce tintineo. Oían un piano, algo de Gershwin.

—Bueno —dijo Flint—. No se preocupe por esta reunión. Desde acá se siente el aguardiente de preparación casera. Gershwin podía haberle pintado los cuadros. Sólo que Gershwin podría pintar lo que Crowe llama sus cuadros, mejor que Crowe tocar lo que Gershwin llama su música.

Flint volvió a tirar de la campana, pero nadie contestó.

—No está cerrado —dijo Wilbourne.

No lo estaba, y entraron; un patio pavimentado con el mismo suave ladrillo, tranquilamente deshaciéndose. Había una fuente de agua estancada con una figura de terracota, un macizo de alhucemas, la palmera, las hojas gruesas, opulentas, y las pesadas estrellas blancas del jazminero, iluminadas por la luz de las puertas abiertas, y el balcón del patio — las paredes de los mismos ladrillos reforzados elevando una muralla rota y desnivelada contra el resplandor de la ciudad en el cielo bajo, eternamente nublado; y cubriéndolo todo, quebradiza, desafinada y efímera, la espuria adulteración del piano como símbolos garabateados por adolescentes en un viejo sepulcro ruinoso donde hacen de basureros las ratas. Atravesaron el patio y entraron en el ruido —el piano, las voces— de un cuarto alargado, de piso desigual, de paredes cubiertas de cuadros sin marco que al pronto se descargaron sobre Wilbourne con el inextricable y total efecto de un cartelón de circo visto de repente a quemarropa, cuya visión hace retroceder consternados los globos oculares. No había muebles, salvo un piano al

que estaba sentado un hombre en salida de baño. Quizá había una docena de personas paradas o sentadas en el suelo con vasos en la mano; una mujer con un traje de hilo sin mangas gritó:

—Dios mío, ¿dónde es el entierro? —y vino con su vaso a besar a Flint.

—¡El doctor Wilbourne, chicos y chicas! —dijo Flint—; mírenlo. Tiene un libro de cheques en el bolsillo y un escalpelo en la manga.

El dueño de casa ni se dio vuelta, pero al rato una mujer le trajo una copa. Aunque nadie se lo dijo, era la dueña de casa; se quedó hablando con él un momento, o más bien a él, porque él ya no escuchaba, atareado en mirar los cuadros de la pared; ahora estaba solo ante la pared, con la copa en la mano. Había visto fotografías y reproducciones de tales cosas en revistas y las había mirado sin ninguna curiosidad y sin ninguna fe, como un palurdo que mira la figura de un dinosaurio. Pero ahora el palurdo estaba delante del monstruo y Wilbourne miraba los cuadros: absorto. No lo que representaban, el procedimiento o el colorido; no le decían nada. Era con un asombro sin entusiasmo ni envidia ante las circunstancias que pueden dar a un hombre los medios y el ocio necesarios para pasar sus días pintando cosas semejantes y sus noches tocando el piano y dando de beber a gente que no conocía (y, en un caso, al menos) cuyos nombres ni se molestaba en oír. Seguía de pie cuando alguien dijo:

—Aquí están Rat y Charley —seguía de pie cuando Carlota le habló a su lado:

—¿Qué piensa de todo esto, señor?

Se dio vuelta y vio una muchacha bastante más baja que él y que al pronto le pareció gorda hasta que se dio cuenta que no lo era sino con esa ancha, sencilla, profundamente delicada conformación femenina de las yeguas árabes: una mujer de menos de veinticinco años, con un traje de algodón estampado, con un rostro que ni siquiera fingía ser lindo y que no usaba afeites más que en la boca grande, con una pálida cicatriz como de una pulgada en una mejilla que él reconoció como una vieja quemadura: sin duda, de la niñez.

—Todavía no ha decidido, ¿verdad?

—No —dijo él—. No sé.

—¿No sabe qué pensar, o qué es lo que trata de pensar?

—Sí, eso es. ¿Y usted qué piensa de eso?

—¡Malvavisco con rábanos silvestres! —dijo, demasiado pronto—. Yo también pinto —agregó—. Me permito decirlo. Y también me permito decir que lo hago mejor.

“¿Cómo se llama, y por qué se ha vestido así para documentarse? ¿Para que todos sepamos que ha venido a documentarse?”

Él le explicó y ella lo miró y él vio que sus ojos no eran avellana sino amarillos, como de gato, y que lo miraba con una sobriedad especulativa como la de un hombre: profundos, más allá de la mera audacia, especulativos más allá de la fijeza.

—Me han prestado el traje. Es la primera vez en mi vida que lo llevo.

Luego dijo sin querer, sin saber que lo iba a decir, parecía que naufragaba su voluntad en esa mirada amarilla:

—Hoy es mi santo. Cumpló veintisiete años.

—¡Ah! —dijo ella.

Se dio vuelta, lo agarró de la muñeca, un simple apretón, implacable y firme, arrastrándolo tras ella.

—Vamos.

La siguió con torpeza, para no pisarle los talones, luego lo soltó y caminó delante a través del cuarto hasta donde tres hombres y dos mujeres rodeaban la mesa con vasos y botellas. Se detuvo, volvió a asirle la muñeca y lo acercó a un hombre de su misma edad, con un traje oscuro cruzado; de pelo rubio, crespo, que empezaba a ralear, de cara que no llegaba a ser hermosa y que era normalmente insensible, y más astuta que inteligente, pero en conjunto más bien suave, aplomada, victoriosa y cortés.

—Éste es Rat —dijo ella—. Es el decano de los ex recién llegados a la Universidad de Alabama. Por eso lo llamamos Rat. Usted también puede decirle Rat. A veces lo es.

—Más tarde —era después de medianoche y Flint y la mujer que lo besó se habían ido— estaban los dos en el patio al lado del jazminero.

—Tengo dos hijos, dos niñas —dijo ella—; era raro, porque en mi familia todos eran varones salvo yo. El que más me gustaba era mi hermano mayor pero una no se puede acostar con su hermano y como él y Rat tenían el mismo cuarto en el colegio me casé con Rat y ahora tengo dos niñas y cuando tenía siete años me caí en la chimenea peleando con mi hermano y ésa es la cicatriz. La tengo también en el costado y en la cadera y he tomado la costumbre de contarle a la gente antes de que me lo pregunten, y todavía lo hago aunque ya no importa.

—¿Lo cuenta a todo el mundo? ¿En seguida?

—¿Lo de los hermanos, lo de la cicatriz?

—Las dos cosas, tal vez la cicatriz.

—No, es raro. Lo había olvidado. No lo había dicho a nadie por años. Cinco años.

—Pero me lo ha contado a mí.

—Sí. Y esto es dos veces raro. No, tres veces. Escuche. Le he mentado. No pinto. Trabajo en arcilla y a veces en cobre y una vez en un pedazo de piedra con cincel y maza. Sienta.

Le tomó la mano y le pasó las yemas de los dedos por la base de la otra palma, la ancha, comba, fuerte mano de dedos ágiles con uñas tan cortas como si se las comiera; el cutis de la base y las coyunturas inferiores de los dedos no precisamente callosas sino parejamente endurecidas y resistentes como un tobillo.

—Esto es lo que hago: algo que se puede tocar, levantar, algo que pese en la mano, que se pueda mirar de atrás, que desplace aire y desplace agua y que si uno lo suelta, el pie es el que se rompe y no él. No hurgando un pedazo de tela con un cuchillo o un cepillo como si se tratara de combinar un acertijo con un palo podrido entre los barrotes de una jaula. Por eso dije que yo le ganaba a los cuadros.

Ni se movió, ni siquiera indicó con un movimiento de cabeza el cuarto detrás de ellos.

—No algo para hacerle cosquillas un segundo en el paladar y tragarlo y ni siquiera pegarse a las entrañas, sino evacuarlo íntegro y hacerlo correr por la maldita cloaca. ¿Quiere venir a cenar mañana?

—No puedo. Mañana estoy de guardia.

—¿Pasado mañana entonces? ¿O cuándo?

—¿Y usted no tiene compromisos?

—Pasado mañana tengo algunas personas, pero no lo molestarán. —Lo miró.— Bueno, si no quiere un montón de gente, les avisaré que no vengán. ¿Pasado mañana a la noche? ¿A las siete? ¿Quiere que vaya a buscarlo al hospital,

en el coche?

—No. No haga eso.

—Puedo, ¿sabe?

—Ya sé —dijo él—. Ya sé. Escuche.

—Vámonos —dijo ella—. Me voy a casa. Y no use eso. Póngase su propia ropa. Quiero verla.

Dos noches después fue a comer. Halló un modesto pero cómodo departamento en un barrio irreprochable cerca de Audubon Park, una sirvienta negra, dos criaturas nada extraordinarias de dos y cuatro años, con el pelo de la madre pero en lo demás parecidas al padre (que con otro traje oscuro cruzado, evidentemente caro, preparó un *cocktail* que nada tenía tampoco de extraordinario e insistió en que Wilbourne lo llamara Rat) y ella en un traje que evidentemente había adquirido como traje de media gala y que usaba con la misma implacable indiferencia con que llevaba el otro la primera vez que la vio, como si los dos fueran *overalls*.

Después de la comida, que era muy superior a los cocktails, se retiró con la mayor de las niñas, que había comido en la mesa pero volvió luego a fumar acostada en el diván, mientras Rittenmeyer seguía haciendo preguntas a Wilbourne, de esas que el presidente de una sociedad estudiantil suele hacer a un miembro de la escuela de medicina. A las diez, Wilbourne dijo que tenía que irse.

—No —le dijo ella—, todavía no.

Se quedó; a las diez y media Rittenmeyer dijo que tenía que trabajar temprano, que iba a acostarse, y los dejó. Ella entonces apagó el cigarrillo, se levantó y vino donde él estaba parado frente a la chimenea apagada y se quedó, mirándolo.

—¿Qué? ¿Te llaman Harry? ¿Qué hacemos, Harry?

—No sé. Nunca he estado enamorado.

—Yo sí. Pero tampoco sé. ¿Quieres que te llame un coche?

—No —se dio vuelta; ella atravesó el cuarto a su lado—. Caminaré.

—¿Estás tan pobre? Déjame pagar el coche. No puedes caminar hasta el Hospital. Hay tres millas.

—No es lejos.

—No es su dinero, si eso es lo que te molesta. Tengo un poco mío. Lo he estado ahorrando para algo, no sé para qué.

Le alcanzó el sombrero y se detuvo con la mano en el picaporte.

—Tres millas no es mucho. Caminaré.

—Bueno —dijo ella.

Abrió la puerta. Se miraron. La puerta se cerró entre los dos. Estaba pintada de blanco. No se dieron la mano.

En las seis semanas siguientes se encontraron cinco veces más. Se encontraron en la ciudad para almorzar, porque él no quiso volver a entrar en la casa del marido, y su destino o su suerte (o mala suerte, de otro modo hubiera descubierto que el amor es como la luz del día y está únicamente en un lugar y en un momento y en un cuerpo fuera de toda la tierra, de todo el tiempo y de toda la viva humanidad que da el sol) no le trajeron más invitaciones de segunda mano. Era en lugares del Vieux Carré, donde podían almorzar por dos dólares semanales que antes le mandaba a su hermana para saldar la deuda. Al tercer encuentro dijo ella, bruscamente, a propósito de nada:

—Se lo he dicho a Rat.

—¿Qué le has dicho?

—De los almuerzos. Que hemos estado viéndonos.

Fue la última vez que nombró al marido.

La quinta vez no almorzaron. Fueron a un hotel, lo habían arreglado la víspera. Él descubrió que no sabía casi nada del procedimiento adecuado, fuera de imaginaciones e hipótesis porque en su ignorancia creía que había un secreto para la ejecución feliz de esa cosa, no una fórmula secreta sino una especie de magia blanca: una palabra o algún infinitesimal y trivial movimiento de la mano como el que abre un cajón o un tablero secreto. Hasta pensó preguntárselo a ella porque estaba seguro que debía saberlo, tan cierto como que no se vería perdida en nada que ella emprendiera, no sólo a causa de su absoluta coordinación sino porque aun en este corto tiempo había llegado a comprender esa intuitiva e infalible destreza de todas las mujeres en la práctica de los asuntos de amor. Pero no le preguntó, porque se dijo que cuando ella le indicara lo que seguramente haría y con precisión, podría algún día creer que antes lo había hecho y, aunque así fuera, él no quería saberlo. Por eso consultó a Flint.

—Demonio —dijo Flint—. Está tomando alas, ¿no es así? Ni siquiera sabía que tuviera una mujer.

Wilbourne casi podía ver a Flint pensando rápidamente, recapitulando.

—¿Fue en el entrevero de lo de Crowe? En fin, ése es asunto suyo. Es muy fácil. Tome una valija con un par de ladrillos envueltos en una toalla para que no hagan ruido, y adelante. Por supuesto que yo no elegiría el Saint Charles o el Roosevelt. Elija uno de los hoteles más chicos, no demasiado chico tampoco. Uno de los que hay cerca de la estación. Envuelva los ladrillos separadamente, luego envuélvalos juntos. Y no se olvide de llevar un sobretodo o un impermeable.

—Sí. ¿No será mejor decirle a ella que también lleve un abrigo?

Flint se rio, una sílaba breve, no fuerte.

—Me parece inútil. No va a precisar instrucciones, ni mías ni tuyas. Mire —dijo rápidamente—. No alborote. No la conozco. No hablo de ella. Hablo de mujeres. Podría aparecer con una valija y un abrigo y un velo y un talón de un billete de Pullman pegado en su valija de mano y eso no querría decir que lo había hecho antes. Así son las mujeres. Ni don Juan ni Salomón podrían dar instrucciones sobre estos lances a una jovencita de catorce años recién salida de la cáscara.

—No importa —dijo—. Tal vez ni venga.

Se dio cuenta de que realmente lo creía así. Y aun lo creía cuando el coche apareció en la esquina donde él esperaba con la valija. Ella llevaba abrigo pero no velo ni valija. Bajó rápidamente del coche cuando él abrió la portezuela; su rostro era duro, grave, los ojos extraordinariamente amarillos, la voz ronca:

—Bueno, ¿dónde?

Se lo dijo.

—No es lejos. Podemos...

Ella volvió a subir al coche.

—Podemos ir a pie.

—Maldito pobretón —le dijo—. Sube, apúrate.

Subió, el coche echó a andar. El hotel no estaba lejos. Un portero negro tomó la valija. Entonces le pareció a Wilbourne que nunca en su vida antes ni después estaría tan consciente de ella como en este momento, de pie, en medio del oscuro vestíbulo que habían fatigado los sábados de los viajeros de comercio y de los

carreristas pobres, mientras él escribía en el registro los dos nombres ficticios y entregaba al empleado el sexto par de dólares que debía mandar a su hermana pero que no mandó. Allí estaba esperándolo, sin esfuerzo alguno para borrarse, tranquila, reservada, y con un dejo profundamente trágico que él adivinaba (adelantaba con rapidez) no era peculiar de ella sino el atributo de todas las mujeres en ese instante de sus vidas, que les concede una dignidad, casi una modestia, que perdura y llega a la posición horizontal, levemente cómica, de la rendición final. La siguió por el corredor y franquearon la puerta que abrió el portero; lo despachó y cerró la puerta alquilada y la miró cruzar el cuarto y llegar a la turbia ventana, para luego volver sin detenerse (siempre con su abrigo y sombrero puestos) exactamente como un niño jugando al rescate, los ojos amarillos, el rostro que él había llegado a encontrar hermoso, duro y fijo.

—¡Dios mío, Harry! —se golpeó el pecho con los puños apretados—. ¡Dios mío! ¡Así no!

—Bueno —le dijo él—. Quieta.

Le agarró y sujetó las muñecas y los puños cerrados contra su pecho mientras ella forcejeaba por libertarlas para volver a golpearse el pecho.

Sí, pensó él. *Así nunca.*

—Quieta.

—Así no, Harry. No bajo cuerda. Siempre le he dicho: pase lo que pase, haga lo que haga, pero no bajo cuerda. Si sólo se tratara de alguien cuyo físico me hubiera calentado de golpe y en quien yo no hubiera pensado más allá de su cuello. Pero nosotros no, Harry. Tú no, tú no.

—Quieta —le dijo él—. Bueno.

La llevó hasta el borde de la cama y se inclinó sobre ella, siempre sujetándole las muñecas.

—Ya te he dicho cómo me gusta hacer las cosas; cómo me gusta tomar el limpio metal duro o la piedra y cortarlos, por duros que sean, por más tiempo que tomen, modelarlos en algo hermoso, que se pueda mostrar con orgullo, que se pueda tocar, levantar, que se pueda mirar de atrás, y cuyo hermoso peso sólido se pueda sentir en la mano y que si uno lo suelta no es la cosa la que se rompe, es el pie, salvo cuando no es el pie, es el corazón, si es que yo tengo corazón. Pero, ¡Dios mío! Harry, cómo me he degradado por ti.

Extendió la mano. Él comprendió lo que ella quería y escurrió las caderas, antes de que ella lo tocara.

—Yo estoy bien —le dijo—. No tienes que preocuparte por mí. ¿Quieres un cigarrillo?

—Gracias.

Le dio un cigarrillo y fuego, mirando el corte inclinado de su nariz y mandíbulas, mientras lo encendía.

—Bueno —dijo ella—. Así es. Y no hay divorcio.

—¿No hay divorcio?

—Rat es católico. Y no lo hará.

—Quieres decir que él...

—Le he dicho. No que nos íbamos a encontrar en un hotel. Sólo le dije, supongamos que lo hiciera, y él repitió que no había caso.

—¿Y tú no puedes pedir el divorcio?

—¿Con qué motivos? Él pleitearía. Y tendría que ser aquí, con un juez católico.

—Sólo queda una solución. Y para ésa parece que yo no sirvo.

—¿Que no sirves?

—Sí —dijo él—. Tus hijos.

Lo miró, por un momento, fumando.

—No pensaba en ellos. Quiero decir que ya he pensado en ellos. Ahora ya no necesito pensar en ellos porque ya sé la respuesta y sé que no puedo cambiar la respuesta y creo que no puedo cambiarme porque la segunda vez que te vi supe que era verdad lo que había leído en libros y lo que nunca creí; que amor y dolor son una sola cosa y que el valor del amor es la suma de lo que se paga por él y cada vez que se consigue barato uno se está engañando. Por eso no tengo que pensar en los hijos. Ya lo he decidido hace tiempo. Estaba pensando en el dinero. Mi hermano me manda veinticinco dólares para Navidad y hace cinco años que los guardo. Te dije la otra noche que no sabía para qué los había guardado. Tal vez era para esto, y tal vez esto es lo más cómico: que he ahorrado cinco años y no son más que ciento veinticinco dólares, apenas para el viaje a Chicago de dos personas. Y tú no tienes nada.

Se inclinó hacia la mesa de luz y apagó el cigarrillo con infinito y lento cuidado y se levantó.

Así es. Y esto es todo.

—No —dijo él—. Que antes me maten.

—¿Y tú vas a seguir así como un angelito en el cielo? Ella tomó su impermeable de la silla y se lo colgó en el brazo y esperó.

—¿Quieres irte antes? —dijo él—. Esperaré unos treinta minutos, y luego...

—¿Y vas a cruzar solo por el pasillo llevando la valija para que el empleado y el negro se rían porque me han visto salir antes de tener tiempo siquiera de quitarme la ropa, y menos de volver a ponérmela?

Fue a la puerta y puso la mano en la llave. Él levantó la valija y la siguió. Pero no abrió en seguida la puerta.

—Oye. Vuelve a decirme que no tienes dinero. Dilo. Para que mis oídos puedan oír algo que les dé alguna idea, aunque no entienda. Alguna razón, para que yo... que yo pueda aceptar como la verdadera razón innegable aunque no puedo creer ni entender que pueda ser eso, dinero, nada más que dinero. Vamos, dilo.

—No tengo dinero.

—Bueno, es una razón. Tiene que ser una razón. Tendrá que ser una razón.

Empezó a estremecerse, no a temblar, a sacudirse como alguien con un terrible chucho de fiebre; hasta los huesos parecían estremecerse silenciosos y rígidos dentro de la carne.

—Carlota —le dijo. Dejó la valija en el suelo y se dirigió hacia ella—. ¡Carlota!

—¡No me toques! —murmuró en una especie de ataque de furor—. ¡No me toques!

Pero él creyó por un instante que ella venía hacia él; parecía doblarse hacia adelante, dio vuelta la cabeza y miró la cama con desesperación, con enajenación. Luego giró la llave, se abrió la puerta y salió de la pieza.

Se separaron en cuanto encontraron un coche. Estuvo por subir con ella, para llegar al centro hasta la playa de estacionamiento donde ella había dejado su auto. Entonces, por la primera de las dos veces en sus vidas, la vio llorar. Se sentó, la cara hosca y retorcida y salvaje bajo las lágrimas brotadas como gotas de sudor.

—¡Oh, pobretón, maldito pobretón, candoroso imbécil! Otra vez el dinero. Después de pagar al hotel los dos dólares que debías mandar a tu hermana y no sacarles nada, ahora quieres pagar este coche con lo que tienes para sacar otra camisa del lavadero y no obtener nada en cambio sino el privilegio de transportar mi maldito cuerpo, que a última hora rehusó, y que rehusará siempre.

Se inclinó al *chauffeur*.

—¡Vamos! —dijo con furia—. ¡Andando! ¡Al centro!

El coche se alejó con rapidez; casi en el acto desapareció, aunque él no lo miraba. Después de un rato dijo tranquilamente, en voz alta a nadie: *es inútil cargar con los ladrillos*. Se dirigió a un depósito de basura en la orilla de la acera y mientras los transeúntes lo miraban con curiosidad o apenas o nada, abrió la valija y sacó los ladrillos de la toalla y los tiró al depósito. Contenía éste un montón de diarios viejos y cáscaras de fruta, los fortuitos desperdicios anónimos de personas anónimas que pasaban por ahí durante las doce horas del día como la suciedad de pájaros volando. Los ladrillos golpearon el montón sin hacer ruido; no hubo ningún zumbido premonitorio, los bordes de los diarios se abrieron y descargaron, con la mágica precipitación con que el pequeño torpedo de metal conteniendo el cambio emerge de su tubo en una tienda, una cartera de cuero. Contenía los talones de cinco billetes de Washington Park, la cédula de identificación de un cliente de un *trust* de gasolina y otra de una logia y sociedad de socorros mutuos de Longview, Texas, y 1.278 dólares en billetes.

Verificó la cantidad exacta después de llegar al hospital, donde, sin embargo, su primer pensamiento fue: *Puedo guardar un dólar como recompensa, mientras se dirigía a la sucursal de correos, luego (el correo quedaba sólo a seis cuadras, estaba en dirección opuesta al hospital): Puedo también guardar para el taxi, y no podrán quejarse. No es que yo quiera andar en taxi, pero debo hacerlo durar, debo hacer que todo dure para que no haya huecos entre ahora y las seis de la tarde cuando volveré a esconderme detrás de mi guardapolvo y estiraré la vieja rutina sobre mi cara y mi cabeza como estiran los negros la frazada cuando se acuestan.*

Luego se detuvo ante las aceras puertas de sábado a la tarde en la sucursal de correos y eso también lo había olvidado, y pensó mientras guardaba la cartera en el bolsillo trasero cómo al despertarse el nombre de ese día había estado escrito en letras de fuego, y volvió a andar, con la valija, vacía, las doce cuadras inútiles, pensando: *pero yo he hecho más: estoy ahorrándome por lo menos cuarenta y cinco minutos de tiempo que de otro modo hubieran estado llenos de no hacer nada.*

El dormitorio estaba vacío. Guardó la valija y buscó y encontró una caja chata de cartón decorada con ramitas de muérdago en que su hermana le había mandado un pañuelo bordado a mano la última Navidad; encontró tijeras y un frasco de engrudo y fabricó con la cartera un prolijo paquete de cirujano, copiando clara y prolijamente la dirección de una de las cédulas de identidad y cuidadosamente lo puso bajo la ropa en su cómoda y ahora ya estaba hecho. *Acaso yo sé leer*, pensó. Luego maldijo, pensando: *Así es la cosa. Todo sucede al revés. Deberían ser los libros, debería ser la gente de los libros la que nos inventara y leyera: los fulanos y menganos y Wilbourne y Smith, machos y hembras pero sin sexo.*

Entró de guardia a las seis. A las siete lo relevaron para que cenara. Mientras estaba comiendo, una de las enfermeras entró y le dijo que lo llamaban por

teléfono. *Será larga distancia*, pensó. Sería su hermana: no le había escrito desde que le mandó el último giro de dos dólares hacía cinco semanas, y ahora lo llamaba, le costaría dos dólares, no para reprocharle (*Tiene razón*, pensó, pero no se refería a su hermana. *Es cómico. Es más que cómico. He fracasado con la mujer que amo y soy un fracaso para la mujer que me ama*), sino para saber cómo estaba.

Así, cuando la voz en el teléfono dijo: “Wilbourne” pensó que era su cuñado hasta que Rittenmeyer habló de nuevo:

—Carlota quiere hablarle.

—¿Harry? —dijo ella. La voz era rápida y serena—. Le he dicho a Rat lo de hoy y que fue un fiasco. Ahora es su turno. Me ha dado una oportunidad y no la aproveché. Ahora lo justo es darle a él una oportunidad y lo decente es decirte cómo andan las cosas, sólo que decente es una palabra tan embromada para que la usemos tú y yo...

—Carlota —dijo—. Oye, Carlota.

—Entonces, adiós, Harry. Buena suerte. Y que el demonio. ..

—Oye, Carlota. ¿Me oyes?

—Sí. ¿Qué hay?

—Oye. Es raro. He esperado que me llamas, toda la tarde, pero recién ahora me doy cuenta. Hasta sé ahora por qué sabía que era sábado todo el tiempo que iba al correo. ¿Me oyes? ¿Carlota?

—Sí, sí.

—Tengo mil doscientos setenta y ocho dólares, Carlota.

A las cuatro de la mañana siguiente, en el laboratorio desierto, destrozó la cartera y las cédulas de identidad con una navaja de afeitar y quemó las tiras de papel y de cuero y tiró las cenizas en la cloaca del cuarto de baño. El siguiente día a las doce, con dos billetes para Chicago y el resto de los 1.278 dólares metidos en el bolsillo y una sola valija en el asiento de enfrente, miró por la ventanilla mientras el tren se detenía en la estación de *Carrollton Avenue*. Allí estaban los dos, marido y mujer, él con su traje oscuro correcto, falsamente modesto, prestando con su cara inexpresiva de profesor de escuela, aire de impecable y ceremoniosa rectitud al acto paradójico de entregar la esposa al amante, casi idéntico al convencional teje y maneje de padre y novia en un casamiento religioso; ella a su lado con un traje oscuro bajo el abrigo abierto, escrutando las ventanillas del tren con intensidad pero sin nerviosidad ni vacilación de modo que Wilbourne volvió a pensar en esa instintiva aptitud para la mecánica de la cohabitación que tienen todas las mujeres, hasta las más bisonas e inocentes —esa serena confianza en sus destinos amorosos como la de los pájaros en sus alas—, esa tranquila fe implacable en una merecida e inmediata ventura personal que las impele aladas e instantáneas desde el puerto de la respetabilidad, al desconocido e insostenible espacio sin ribera visible (*no el pecado*, pensó. *No creo en el pecado. Es perder el paso. Uno nace sumergido en el avance anónimo de las pululantes multitudes anónimas de su tiempo y generación; basta perder el paso una vez, vacilar una vez, y lo pisotean hasta la muerte*) y ello sin alarma o terror y por consiguiente sin coraje ni fortaleza; sólo una total y completa fe en aéreas y frágiles y no probadas alas, los frágiles y aéreos símbolos del amor que les habían fallado una vez, desde que por asentimiento y aceptación universal se habían abierto sobre la misma ceremonia, que ahora al alzar vuelo rechazaban. Pasaron y se desvanecieron. Wilbourne vio agacharse al marido y alzar la valija y desaparecer; el aire silbó entre los frenos y él quedó pensando: *Vendrá con ella*,

tendrá que hacerlo, y no querrá hacerlo, como tampoco yo (¿ella?) quiero que lo haga, pero tendrá que hacerlo lo mismo que tiene que usar esos trajes oscuros que no creo que quiera usar tampoco; lo mismo que tenía que quedarse en esa reunión esa noche y beber tanto como cualquiera de los otros, pero no sentarse en el suelo con una mujer (la suya o la de otro) estirada sobre sus rodillas.

Al rato alzó los ojos y estaban los dos al lado de su asiento. Se levantó y ahí estaban los tres, cerrando el paso a otros pasajeros que los atropellaban esperando que se movieran, Rittenmeyer llevando la valija — ese hombre que de ordinario no hubiera subido a un tren con una valija delante de un portero de Pullman como tampoco se hubiera levantado en un restaurante para buscar un vaso de agua. Mirando la helada cara impecable sobre la impecable camisa y corbata, Wilbourne observó con una especie de asombro: *Pero, está sufriendo, está sufriendo realmente*, y pensó que tal vez no sufrimos con el corazón, ni siquiera por la sensibilidad, sino por nuestra capacidad de vanidad o de autoengaño o tal vez de simple masoquismo.

—Vamos —dijo Rittenmeyer—. Salga del pasillo. —Su voz era áspera, agria, su mano casi ruda al empujar a su mujer al asiento, y colocar la valija junto a la otra.

—Acuérdate bien. Si no tengo noticias alrededor del diez de cada mes, daré parte al detective. Y nada de mentiras, ¿oyes?, nada de mentiras.

Se dio vuelta, a Wilbourne ni siquiera lo miró, apenas sacudió la cabeza hacia el fondo del coche.

—Necesito hablarle —dijo con esa hirviente voz retenida—. Vamos.

Cuando llegaron al centro del coche, el tren empezó a andar y Wilbourne esperaba que el otro se apresurara a bajar y pensó: *Está sufriendo, hasta las circunstancias, hasta un trivial horario de ferrocarril está convirtiendo en una comedia esta tragedia que debe representar hasta el amargo final o morir.*

Pero el otro no se apresuró. Siguió tranquilamente, descorrió la cortina del cuarto de fumadores y esperó que Wilbourne entrara. Pareció leer la momentánea sorpresa en la cara de Wilbourne. —Tengo un billete hasta Hammond —dijo ásperamente—. No se preocupe por mí.

La pregunta no formulada pareció irritarlo; Wilbourne podía verlo casi luchar físicamente para bajar la voz.

—Preocúpese de usted, ¿sabe?, de usted, ¡oh, por Dios...!

Volvió a moderar la voz, sujetándola con una especie de freno, como a un caballo, espoleándola; sacó una cartera.

—Si usted —dijo—. Si se atreve...

No puede decirlo, pensó Wilbourne. *Ni siquiera se anima a decirlo.*

—¿Si no soy bueno con ella, suave con ella? ¿Eso es lo que quiere decir?

—Lo sabré —dijo Rittenmeyer—. Si no recibo noticias de ella el 10 de cada mes, le diré al detective que proceda. Y también sabré si quieren engañarme, ¿oye?

Estaba temblando, el impecable rostro congestionado bajo el pelo impecable que parecía una peluca.

—Tiene 125 dólares propios y no quiere llevar más. Pero tampoco le van a servir para nada. Ya los tendrá cuando los necesite. Oiga —sacó de la cartera un cheque y se lo dio. Era un cheque al portador por 300 dólares, pagaderos a la Pullman Company of America y endosado en una esquina con tinta roja: “Por un billete de tren a Nueva Orleans, Luisiana.”

—Estaba por hacer eso con mi dinero —dijo Wilbourne.

—Al demonio con eso —dijo el otro—. Y es para el billete. Si se cobra, vuelve al Banco, y si no se ha comprado ningún pasaje con él, lo haré arrestar por estafa. ¿Oye? Lo sabré.

—Entonces, ¿usted quiere que vuelva? ¿La recibiría? —Pero no necesitó mirar la cara del otro; dijo rápidamente:— Disculpe, retiro eso. Es más de lo que cualquier hombre puede contestar.

—Dios mío —dijo el otro—. ¡Dios mío! Debía abofetearlo. —Y añadió con un tono de atónita incredulidad—: ¿Por qué no lo hago? ¿Puede decírmelo? ¿No entiende que un médico, cualquier médico, es una autoridad en glándulas humanas?

De pronto Wilbourne oyó su propia voz hablando con asombrada y quieta incredulidad. Le pareció que los dos estaban alineados en orden de batalla y sentenciados y perdidos, ante el entero principio femenino:

—No sé. Tal vez le haría bien.

Pero pasó el momento. Rittenmeyer se dio vuelta y extrajo un cigarrillo del bolsillo y sacó a tientas un fósforo de la caja pegada a la pared. Wilbourne lo miró — la espalda elegante; se sorprendió preguntándose si el otro deseaba que se quedara y lo acompañara hasta que el tren llegara a Hammond. Pero de nuevo Rittenmeyer pareció adivinar su pensamiento.

—Vaya —le dijo—. Váyase al demonio y déjeme solo.

Wilbourne lo dejó parado mirando por la ventanilla y volvió a su asiento. Carlota no lo miró, sentada inmóvil, mirando por la ventanilla, con un cigarrillo apagado entre los dedos. Ahora corrían al lado del gran lago, pronto empezarían a cruzar el viaducto entre Maurepás y Pontchartrain. El pito de la máquina volvía atrás, el tren se aquietaba, y por debajo del sonido venía la hueca reverberación del viaducto. El agua se extendía ahora a ambos lados, entre pantanos, sin horizonte, limitada por embarcaderos de madera podrida a los que estaban atados sucios botecitos.

—Me gusta el agua —dijo ella—. Es un lugar para morir. No en el aire caliente, sobre el suelo caliente, y esperar horas para que se enfríe la sangre y uno pueda dormir, y semanas para que el pelo deje de crecer. El agua, el fresco, para enfriarlo, tan pronto que uno pueda dormir para borrar del cerebro y de los ojos y de la sangre todo lo que se ha visto y pensado y sentido y necesitado y negado. Está en la sala de fumar, ¿verdad? ¿Puedo ir un momento a hablarle, un minuto?

Puedes... Hammond es la próxima estación.

Pero es tu marido, estuvo a punto de decir, pero se contuvo.

—Está en el compartimiento de los hombres —dijo—. Tal vez sería mejor que yo...

Pero Carlota se había levantado y seguía adelante; él pensó: *Si se para y me mira querrá decir que está pensando. Más tarde sabré que al menos le dije adiós, y se detuvo y se miraron y ella siguió. El agua se alejaba, el ruido de los frenos cesó, la máquina silbó de nuevo y el tren se apresuró y atravesaron casi en seguida un arrabal de casas pobres que debía ser Hammond, y él dejó de mirar por la ventanilla mientras el tren pasó; se detuvo y volvió a andar; ni siquiera tuvo tiempo de levantarse mientras ella se deslizó a su lado en el asiento.*

—Así que has vuelto —dijo él.

—Tú no lo creías, ni yo tampoco.

—Pero no hemos concluido. Si vuelve al tren con un billete hasta Slidell...

Se dio vuelta mirándolo pero sin tocarlo.

—No hemos concluido. Hay que darle un corte.

—¿Un corte?

—Si tus ojos te ofenden, arráncalos, muchacho, y quedarás sano. Eso es. Del todo sano. Del todo perdido: es algo. Yo le he dado un corte. El salón de atrás está vacío. Busca al conductor y tómalo hasta Jackson.

—¿El salón? Pero eso costará...

—Tonto —dijo ella.

Ahora no me quiere, pensó él. Ahora no quiere a nadie.

Ella habló en un intenso murmullo, golpeándole la rodilla con el puño.

—¡Tonto!

Se levantó.

—Espera —dijo él agarrándole la muñeca—. Lo haré.

Dio con el conductor en el vestíbulo al final del coche, no tardó mucho.

—Muy bien —dijo él.

Ella se levantó en el acto, tomando su valija y su abrigo.

—El mozo va a venir —dijo él.

Ella no se detuvo.

—Déjame llevarla —dijo él tomándole la valija y luego la suya, siguiéndola por el corredor.

Más tarde recordaría esa ida interminable entre los asientos abarrotados de gente que no tenían nada que hacer sino mirarlos pasar, y le parecía que su historia no era desconocida de nadie y que desparramaban un aura de impureza y catástrofe como un olor. Entraron en el salón.

—Cierra la puerta —dijo ella.

Él dejó las valijas y cerró la puerta. Nunca antes había estado en un compartimiento tanteando la cerradura un buen rato. Cuando se dio vuelta, ella se había sacado el vestido: yacía en un espeso círculo en torno a sus pies y ella estaba con la escasa ropa interior de 1937; la cara entre las manos. Luego separó las manos y él comprendió que no era por vergüenza ni por modestia (no lo esperaba) y vio que no eran lágrimas.

Luego salió del vestido y se aproximó y empezó a desatarle la corbata haciendo a un lado sus dedos de pronto inhábiles.

EL VIEJO

Al romper el alba lluviosa, los dos penados con veinte más iban en un camión. Dócil manada arreada por dos guardias armados. Dentro del camión destechado y alto, parecido a un corral, estaban los presos amontonados como fósforos en una caja vertical o como las filas de explosivos en forma de lápices en una granada, engrillados por los tobillos a una sola cadena que serpenteaba entre los pies inmóviles y las piernas oscilantes y un desorden de picos y de palas, y que estaba remachada en los extremos al cuerpo de hierro del camión.

Entonces, y de golpe, vieron la inundación sobre la cual había estado leyendo el penado rechoncho y que habían escuchado durante dos semanas o más. El camino iba al sur. Estaba construido en un terraplén, llamado en el lugar un *dump*, a unos ocho pies sobre la llanura, orillado de un lado y otro por las zanjas de donde habían excavado la tierra para el terraplén.

Estas zanjas contenían agua de las lluvias de todo el invierno, sin hablar de las lluvias de ayer, pero ahora vieron que la zanja de cada lado del camino había desaparecido para dejar lugar a una lámina inmóvil de agua parda que se estiraba por los campos más allá de las zanjas, deshilachada en largas tiras inmóviles en el fondo de los surcos arados y brillando apenas en la luz gris como las barras de un enorme enrejado. Y después (el camión avanzaba a una buena velocidad) mientras miraban tranquilamente (nunca habían conversado mucho, pero ahora iban silenciosos y serios, desplazándose y asomándose para mirar al lado occidental del camino) las aristas de los surcos desaparecieron también y ahora veían una vasta lámina color acero e inmóvil, donde los postes telefónicos y los cercos derechos que marcaban líneas seccionales parecían fijos y rígidos como hechos de concreto. Era perfectamente inmóvil, perfectamente lisa. Parecía, no inocente, sino benévola. Parecía casi reservada. Parecía que se pudiera caminar encima. Parecía tan quieta que no advirtieron que se movía hasta llegar al primer puente. Había una zanja bajo el puente, un riacho, pero zanja y riacho eran invisibles ahora, sólo indicados por las hileras de cipreses y zarzas que marcaban su curso. Aquí vieron y oyeron movimiento —la lenta, profunda, oriental y retrógrada dirección. (Está corriendo para atrás —observó un penado—) de la todavía rígida superficie, de la cual emergía un débil estruendo, remoto y subacuático que (aunque nadie en el camión pudo haber formulado la imagen) retumbaba como un tren subterráneo, pasando muy hondo bajo la calle con horrenda y secreta velocidad. Era como si el agua misma formara tres napas, separadas y distintas, la untuosa y lenta superficie llevando una espumosa basura y detritus minúsculo de ramillas y encubriendo como por un cálculo perverso el ímpetu y la furia de la inundación, y debajo de la inundación el riacho primitivo, el hilo de agua, murmurando en dirección opuesta,

siguiendo imperturbable e inconsciente su rumbo señalado y sirviendo su fin liliputiense, como un caminito de hormigas entre los rieles por los que pasa un tren expreso, tan ignorantes (las hormigas) de su furia y de su poder como si se tratara de un ciclón devastando Saturno.

Ahora había agua a ambos lados del camino y ahora, como si el hecho solo de percibir el movimiento del agua hiciera que ésta no intentara engañarlos, les parecía verla escalar los flancos del terraplén; árboles de altos troncos que pocas millas atrás dominaban el agua, ahora parecían brotar de la superficie al nivel de las ramas más bajas como arbustos decorativos en *pelousses* rasuradas. El camión pasó por una cabaña de negros. El agua alcanzaba hasta el borde de la ventana. Una mujer prendida de dos chicos estaba acurrucada en el mojinete, un hombre y un muchacho, con el agua a la cintura, alzaban un cerdo gritón al oblicuo techo de un granero, en cuyo mojinete había una hilera de pollos y un pavo. Cerca del granero había una parva con una vaca atada por una soga a la estaca, mugiendo sin parar; un muchacho negro, dando alaridos en una mula sin ensillar a la que azotaba de firme apretándole la panza con sus piernas y con el cuerpo tirando de una cuerda atada a otra mula, se acercó a la parva, salpicando y manoteando. La mujer en el techo empezó a chillar al paso del camión: su voz llegaba débil y melodiosa sobre el agua parda y se hacía más débil a medida que el camión se alejaba, cesando al fin a causa de la distancia o porque dejó de gritar; los del camión no llegaron a saberlo.

El camino desapareció. No se percibía el declive; se había metido súbitamente bajo la superficie parda sin un embate, sin un surco, como una fina hoja introducida oblicuamente en la carne por una mano delicada, como si hubiera existido así durante años, como si lo hubieran construido así. Paró el camión. El capataz bajó del pescante; volvió y sacó dos palas del fondo, golpeando con los filos la cadena que se enroscaba en los tobillos.

—¿Qué pasa? —dijo uno—. ¿Qué se propone hacer?

El capataz no contestó. Volvió al pescante, del que había bajado uno de los guardianes, sin la escopeta. Ese guardián y el capataz, de botas los dos y con una pala cada uno, se metieron cautelosamente en el agua, explorando y tanteando con el mango de las palas. El mismo penado volvió a hablar. Era un hombre de mediana edad, con un mechón rebelde de pelo gris y una cara media alocada.

—¿Qué demonios están haciendo? —dijo.

Tampoco le contestaron. El camión se movió y entró en el agua detrás del guardián y del capataz, proyectando una lenta y espesa cresta de agua viscosa color chocolate. Entonces el penado de pelo gris, empezó a gritar: —¡Dios mío, abran las cadenas!

Empezó a forcejear dando violentos golpes, empujando a los hombres que lo rodeaban hasta llegar al pescante, golpeando el techo con los puños, chillando.

—¡Dios mío, suéltennos, suéltennos! ¡Hijos de puta! —chillaba sin dirigirse a nadie en particular—. ¡Nos vamos a ahogar, abran las cadenas!

Pero a juzgar por la respuesta que consiguió, los hombres al alcance de su voz podían estar muertos. El camión siguió arrastrándose, el capataz y el guardián buscando el camino con los mangos de las palas, el segundo guardián en el volante, los veintidós penados empaquetados como sardinas en el fondo del camión y engrillados por los tobillos al cuerpo del camión. Cruzaron otro puente, dos paradójicos y delicados rieles de hierro emergiendo del agua, siguiendo un trecho paralelo a ella, luego sumergiéndose con una monstruosidad casi

significativa aunque aparentemente insensata, como alguna cosa en un sueño que no es del todo una pesadilla. El camión prosiguió.

A mediodía llegaron a una ciudad, su destino. Las calles estaban pavimentadas; ahora las ruedas del camión hacían un ruido como de seda rasgada. Iban ahora más de prisa, el guardián y el capataz de nuevo en el pescante, la ola que hacía el camión rebasaba las aceras sumergidas y los canteros contiguos, besando los pórticos de las casas donde había personas entre pilas de muebles. Atravesaron el barrio de los negocios; un hombre de botas emergía de un almacén con el agua a la rodilla, arrastrando una chalana que llevaba una caja de hierro.

Llegaron por fin al ferrocarril. Cruzaba la calle en ángulo recto, cortando la ciudad en dos. Estaba en un terraplén, ocho o diez pies sobre el nivel de la ciudad, la calle al pie del terraplén y doblaba en ángulos rectos hasta una hilandería de algodón y una plataforma para fardos en soportes al nivel de la puerta de un carro de carga. En esa plataforma había una carpa militar y un centinela con uniforme de la Guardia Nacional, rifle y bandolera.

El camión dobló y emergió del agua y subió por una rampa que usaban los vagones de algodón, y donde camiones y coches particulares con enseres domésticos venían y descargaban en la plataforma. A los penados los habían soltado de la cadena en el camión y los habían engrillado en parejas, tobillo a tobillo. Subieron así a la plataforma y entre un inextricable enredo de camas y baúles, estufas eléctricas y a gas, radios y mesas y sillas y cuadros que una cadena de negros bajo la vigilancia de un hombre blanco sin afeitado, en traje de pana embarrado y botas, llevaba bultos uno por uno dentro de la hilandería, a cuya puerta había otro guardián con su rifle. Los penados no se detuvieron ahí, pero fueron arreados por los dos guardianes con sus fusiles, al oscuro y cavernoso edificio, donde entre apilados muebles heterogéneos brillaban las puntas de los fardos de algodón y los espejos de tocadores y aparadores con una igual concentración muda y opaca de luz pálida. Salieron a una plataforma donde estaban la carpa militar y el primer centinela. Esperaron ahí. Nadie les dijo por qué o para qué. Mientras los dos guardianes conversaban con el centinela delante de la carpa, los penados estaban sentados en fila al borde de la plataforma como caranchos en un cerco, con los pies engrillados bamboleándose sobre la oscura napa inmóvil (de la que emergía el terraplén del ferrocarril, intacto y prístino en una especie de paradójica negación y rechazo de cambios y prodigios), sin hablar, sólo mirando con tranquilidad más allá de la vía donde la otra mitad del pueblo amputado parecía flotar, casa, árbol y arbusto ordenados como un espectáculo sin movimiento sobre la ilimitada llanura líquida, bajo el espeso cielo gris. Al rato, llegaron los otros cuatro camiones de la granja, llegaron en un solo racimo pegados radiador y luz trasera, con sus cuatro ruidos distintos de seda rasgada y se perdieron más allá de la hilandería. Después, los de la plataforma oyeron los pies y el sordo golpear de los grillos. El primer contingente del camión salió de la hilandería, el segundo, el tercero; ahora eran más de cien, *overalls* y tricotas, y quince o veinte guardianes con sus fusiles y rifles. El primer lote se paró y se mezclaron, enlazados, apareados por sus rechinantes y ruidosos cordones umbilicales.

Empezó a llover, una continua y lenta llovizna gris como de noviembre y no de mayo. Pero ninguno se movió hacia la puerta abierta de la hilandería. Ni siquiera la miraron, con anhelo, o esperanza o sin ella. Si algo pensaron, sabían

sin duda que el espacio disponible era para muebles si es que no estaba lleno.

Sabían, tal vez, que aunque hubiera espacio, no era para ellos, no porque los guardianes quisieran que se mojaran, sino porque a los guardianes no se les ocurriría retirarlos de la lluvia. Se quedaron callados y con los cuellos de las tricotas subidos, engrillados en yunta como perros en una cacería, inmóviles, pacientes, casi rumiantes, con los lomos contra la lluvia como las ovejas y la hacienda.

Al rato advirtieron que los soldados eran ahora una docena o más, abrigados y secos bajo ponchos impermeables, un oficial con su pistola al cinto; luego sin acercarse empezaron a oler comida y al dar vuelta para mirar vieron una cocina de campaña instalada dentro de la puerta de la hilandería. Pero no se movieron, esperaron hasta que los arrearan en fila, se adelantaron, con las inclinadas cabezas pacientes en la lluvia y recibieron cada uno un tazón de guiso, un jarro de café y dos rebanadas de pan. Lo comieron bajo la lluvia. No se sentaron, porque la plataforma estaba mojada; se pusieron en cuclillas como los campesinos, inclinados hacia adelante, tratando de defender los tazones y los jarros en los que, sin embargo, caía y salpicaba la lluvia como en estanques minúsculos y empapaba invisible y sin ruido el pan. Después de haber pasado tres horas en la plataforma vino un tren a buscarlos.

Los que estaban más cerca del borde lo vieron, lo observaron— un coche de pasajeros que parecía andar por sí mismo y arrastrando una nube de humo de una invisible chimenea, una nube que no se levantaba y que se desplazaba lateralmente con torpe lentitud y yacía sobre la superficie de la acuosa tierra de un modo ingrátido y totalmente exhausto. Llegó y se detuvo, un solo coche antiguo de madera que se abría por detrás, acoplado a una máquina remolcadora mucho más chica. Los arrearon dentro y los amontonaron en la otra punta donde había una estufita de hierro fundido. No estaba encendida, pero se amontonaron alrededor. El frío y silencioso bloque de hierro tenía manchas, antiguas de tabaco y lo envolvían los espectros de mil excursiones domingueras a Menfis o Moorhead: maníes, bananas, ropas ensuciadas de chicos. Los penados se acurrucaron alrededor.

—Vamos, vamos —gritó uno de los guardianes—. Siéntense ahora.

Al fin, tres guardianes, dejando los fusiles, se abrieron paso y disolvieron el grupo haciéndolos retroceder hasta los asientos. No había asientos para todos. Los más se quedaron en el corredor. Estaban tensos, oyeron el silbido del aire que salía de los frenos, la máquina silbó cuatro veces, el coche se puso en movimiento con una sacudida brusca, la plataforma, la hilandería huyeron con violencia, mientras el tren pasaba de la inmovilidad a la plena velocidad con ese mismo dejo irreal con que había aparecido, retrocediendo ahora con la máquina adelante como antes había adelantado, con la máquina atrás.

Cuando la vía se metió bajo la superficie del agua, los penados ni lo supieron. Sintieron que el tren se paraba, oyeron que la máquina daba una larga pitada que gimió sin eco y sin esperanza por la desolación, y ni siquiera sintieron curiosidad: sentados o de pie detrás de las ventanas chorreando lluvia mientras el tren volvía a arrastrarse tanteando ahora su camino como antes el camión, mientras el agua parda se encrespaba entre los rieles y entre los rayos de las ruedas y lamía con vapor nebuloso la arrastrada panza, llena de fuego, de la máquina; volvió a lanzar cuatro cortas roncadas pitadas, llenas de triunfo salvaje y desafío, pero también de repudio y hasta de adiós, como si el mismo acero articulado supiera que no se

atreví a detenerse y que no volvería. Dos horas después, en el crepúsculo, vieron por las ventanas chorreantes la casa de una plantación incendiada. Yuxtapuesta a ninguna parte, linderada con nada, se elevaba una clara y firme llama como una pira, rígidamente huyendo de su reflejo y ardiendo en el crepúsculo sobre la acuosa desolación con algo paradójico, a la vez desaforado y estrafalario.

Poco después de oscurecer, el tren se detuvo. Los penados no sabían dónde estaban. No lo preguntaron. No se les ocurrió preguntarlo, como tampoco por qué y para qué. Ni siquiera veían, pues el vagón no estaba alumbrado y las ventanas estaban empañadas afuera por la lluvia y adentro por el calor que emanaba de los cuerpos amontonados. No podían ver sino un lechoso y arbitrario brillo de antorchas. Oían gritos y órdenes, luego los guardianes dentro del vagón se pusieron a gritar; los arrearon hasta la puerta, las cadenas de los tobillos chocando y rechinando. Bajaron a un zumbido feroz de humo entre harapietas ráfagas de humo que orillaban el coche.

A lo largo del tren y con apariencia de tren había una pesada y chata lancha a motor que remolcaba una cadena de botes y de chalanas. Había más soldados; las linternas reverberaban en los cañones de los rifles y en las hebillas de las bandoleras y chispeaban en los grillos de los penados, que descendían cautelosamente con el agua a la rodilla y entraban en los botes; luego vagón y máquina se perdieron entre el vapor al apagar los hombres el fuego.

Al cabo de una hora se vieron luces — una débil fila ondulante de puntitos rojos que abarcaba medio horizonte y que pendía muy bajo en el cielo. Pero necesitaron otra hora para alcanzarlos mientras los presidiarios acurrucados y empapados en los botes (ya no sentían la lluvia como gotas aisladas) miraban acercarse las luces hasta que al fin la cresta del terraplén se dibujó; ya podían distinguir una fila de carpas a lo largo y gente acurrucada ante las hogueras, cuyos ondulantes reflejos, dilatándose sobre el agua, revelaban una compleja masa de otros botes atados al terraplén que ahora se cernía sobre ellos alto y oscuro. Brillaban y oscilaban reflectores a lo largo de su base, entre los botes amarrados; la lancha, ahora silenciosa, buscó su puesto.

Cuando llegaron a la cima del terraplén vieron la larga línea de carpas color caqui, cortada de fogatas a cuyo alrededor la gente —hombres, mujeres, niños, negros y blancos— agachada o parada entre informes fardos de ropa, con las cabezas vueltas y los ojos reflejando las llamas, miraban silenciosamente los trajes rayados y las cadenas; más allá, apiñadas, sin manear, había una recua de mulas y dos o tres vacas. Entonces el penado más alto tuvo la conciencia de otro sonido. No lo oyó de golpe, súbitamente se dio cuenta que había estado oyéndolo siempre; un ruido tan superior a su apariencia y a su facultad de asimilación, que hasta entonces había estado inconsciente de él como una pulga o una hormiga del sonido del alud que la transporta; había viajado por agua desde el comienzo de la tarde y durante siete años había arrastrado su arado y su rastrillo y su pala a la misma sombra del terraplén sobre el cual estaba, pero no reconoció en seguida ese profundo, grave susurro que venía del otro lado. Se detuvo. La fila de penados de atrás se le vino encima como una fila de vagones de carga que se detiene con un ruido de hierros.

—Sigan —gritó el guardián.

—¿Qué es eso? —dijo el penado.

Un negro sentado en cuclillas ante la fogata más cercana le contestó:

—Es él. Es el Viejo.

—El viejo —dijo el penado.

—¡Sigán! ¡Sigán por ahí! —gritó el guardián.

Siguieron; pasaron otra recua de mulas con los ojos saltones, con las largas caras cavilosas entrando en la luz o en la sombra; las dejaron atrás, llegaron a una sección de carpas vacías, carpas livianas de campaña, hechas para dos hombres. Los guardianes los arreararon adentro, tres hombres engrillados juntos a cada carpa.

Entraron gateando como animales en perreras angostas y se acomodaron. La carpa se calentó con los cuerpos. Se sosegaron y luego todos se quedaron escuchando el hondo susurro profundo y poderoso.

—¿El viejo? —dijo el ladrón de trenes.

—Sí —dijo el otro—. Él no necesita *compadrear*.

Al alba los guardianes los despertaron pateándoles las plantas de los pies, que salían afuera. Frente al desembarcadero barroso y a los botes amontonados, se había armado una cocina de campaña: ya olían el café. Pero el penado más alto, aunque la víspera sólo había comido una vez (y eso al mediodía en la lluvia) no se movió en seguida hacia la cocina. En cambio, por primera vez miró el río bajo cuya sombra había pasado los últimos siete años de su vida, pero que nunca había visto; se quedó quieto y azorado mirando la rígida superficie color acero, no deshecha en olas sino apenas ondulante. Se dilataba desde el terraplén en que estaba él, más allá; de lo que abarcaba la vista —una extensión como de chocolate espumoso rizaba lenta y pesadamente, sólo rota como a una milla por una delgada línea de apariencia tan frágil como un cabello, que al cabo de un momento reconoció.

Es otro terraplén, pensó. Así nos verán desde allá. Así verán el terraplén sobre el cual estoy.

Lo empujaron de atrás; una voz de un guardián le llegó:

—¡Adelante! ¡Vamos, vamos! ¡Ya habrá tiempo de sobra para mirar!

Recibieron el mismo guiso y café y pan que el día anterior; se acurrucaron de nuevo con sus tazones y jarros, como la víspera, aunque no llovía todavía. Durante la noche, un galpón intacto de madera vino flotando. La corriente lo había encajado contra el terraplén y una nube de negros pululaba encima aserrando las planchas y los tirantes y subiéndolos por la ribera; comiendo quieto y sin apuro, el penado más alto miraba el galpón bajar rápidamente hasta el nivel del agua y desaparecer como una mosca muerta bajo la industria pertinaz de un enjambre de hormigas.

Acabaron de comer. Otra vez empezó a llover como a una señal, mientras ellos seguían parados o acurrucados con sus vestidos ásperos que no se habían secado en la noche y sólo eran ahora un poco más calientes que el aire. Al rato los hicieron levantar y los dividieron en dos grupos, y a uno de esos grupos lo armaron de embarrados picos y palas que sacaron de una pila y lo hicieron subir por el terraplén. Poco después la lancha a motor con su tren de botes atravesó lo que probablemente había sido un campo de algodón, quince pies bajo su quilla; los botes hasta el tope de negros con unos cuantos blancos que tenían bultos en las faldas. Cuando la máquina se calló, el débil rasgueo de una guitarra vino desde el agua. Los botes fueron remolcados y descargados; los penados vieron los hombres, mujeres y niños que fatigosamente trepaban la fangosa barranca, llevando pesados fardos y atados envueltos en frazadas. El son de la guitarra no había cesado y los presidiarios lo vieron — un negro joven, delgado de caderas, la

guitarra colgada al cuello con una cuerda de algodón. Trepó el terraplén, tañéndola. No traía nada más, ni comida, ni muda de ropa, ni siquiera un saco.

El penado más alto estaba distraído mirando y no oyó al guardián hasta que éste se paró a su lado gritándole su nombre. —¡Despiértese! —gritó el guardián—. ¿Saben ustedes remar?

—¿Remar dónde? —dijo el penado alto.

—En el agua —dijo el guardián—. ¿Dónde demonios se imaginan?

—Yo no voy a remar hasta allá —dijo el penado alto, torciendo la cabeza hacia el río invisible más allá del terraplén.

—No, no es de ese lado —dijo el guardián.

Se detuvo rápidamente y abrió la cadena que unía el penado alto y el gordo pelado.

—Es apenas un trecho, camino abajo.

Se enderezó. Los dos penados bajaron con él hasta los botes.

—Sigan los postes del teléfono hasta un surtidor. Pueden reconocerlo, el techo está fuera del agua. Está en una escala: las copas de los árboles salen fuera. Sigan la cala hasta un islote de cipreses con una mujer encima. Recójnala y luego doblen al oeste hasta una hilandería con un tipo sentado en el molinete —se dio vuelta, miró a los dos penados que estaban inmóviles, contemplando primero el bote y después al agua con intensa calma.

—Bueno, ¿qué esperan?

—Yo no sé remar —dijo el penado gordo.

—Entonces, ya es tiempo que aprenda —le dijo el guardián—. Adentro.

El alto empujó al otro adelante.

—Entra —le dijo—. El agua no te va a lastimar. Nadie va a obligarte a tomar un baño.

Mientras, el gordo en la proa y el otro en la popa, se alejaban del terraplén, vieron otras parejas desengrilladas tripular los otros botes.

—Quien sabe cuántos de estos tipos están viendo tanta agua por primera vez en la vida —dijo el penado alto.

El otro no contestó. Se arrodilló en el fondo del bote, picoteando tímidamente el agua con el remo. La forma misma de su pesada y blanda espalda parecía expresar preocupación.

Poco después de medianoche, un barco de salvamento lleno hasta el tope con hombres y mujeres y niños sin hogar atracó en Vicksburg. Era un vapor, de poco calado.

El día entero había andado metido entre calas atascadas de cipreses y gomeros y cruzando campos de algodón (donde solía arrastrarse en vez de flotar) recogiendo su triste cargamento de los techos de las casas y galpones y hasta de los árboles y ahora remolcaba esta improvisada ciudad de los desesperados y de los tristes donde luces de kerosene humeaban en la llovizna y focos eléctricos apresuradamente instalados destacaban las bayonetas de policías marciales y los brazales de la Cruz Roja de médicos, enfermeras y cantineros. Arriba, la barranca estaba compacta de carpas, pero había más gente que techos; sentados o acostados, solos o en familias enteras, bajo el amparo que habían podido encontrar y a veces bajo la lluvia, yacían en la muerte chica del agotamiento profundo mientras los médicos, las enfermeras y los soldados andaban entre ellos o encima.

Entre los primeros que desembarcaron estaba uno de los directores de la

cárcel, seguido de cerca por el penado más gordo y por otro hombre blanco — un hombrecito con flaca y descolorida cara sin afeitar que no había perdido su expresión de indignación incrédula. El director parecía saber exactamente dónde iba. Seguido de cerca por sus acompañantes se abrió rápidamente camino entre las pilas de muebles y los cuerpos dormidos y se detuvo en una oficina improvisada, agresivamente alumbrada, casi un comando militar, donde el jefe de la Penitenciaría estaba instalado con dos oficiales del ejército con palmas de mayor. El delegado director habló sin preámbulo.

—Hemos perdido un hombre —dijo.

Nombró al penado alto.

—¿Perdido? —repitió el jefe.

—Sí, ahogado.

Sin darse vuelta habló al penado gordo.

—Cuéntele —dijo.

—Fue el que dijo que sabía remar —dijo el gordo—. Yo nunca. Se lo dije a él —indicó el guardián con un movimiento de cabeza—. No sabía. Así, cuando llegamos a la cala...

—¿Qué es eso? —dijo el jefe.

—La lancha trajo la noticia —dijo el delegado—. Mujer en una saliente de cipreses en la cala, entonces este tipo —indicó al tercer hombre; el director y los dos oficiales lo miraron— en una hilandería. No había sitio en la lancha para recogerlos. Siga.

—Llegamos adonde estaba la cala —continuó el penado gordo con una voz del todo monótona, sin ninguna inflexión—. Luego el bote se alejó de él. No sé lo que pasó. Yo estaba sentado ahí porque él estaba tan seguro de poder remar. No vi ninguna corriente. De repente el bote giró, empezó a retroceder ligerísimo como si estuviera enganchado a un tren y volvió a girar y yo miré y vi una rama sobre mi cabeza y me prendí a tiempo y al bote lo arrancaron de un tirón como quien arranca una media y lo vi una vez más patas arriba y a ese tipo que dijo que sabía remar prendido con una mano y todavía con el remo en la otra.

Se calló. No había en su voz ninguna cadencia final, simplemente cesó. El penado se quedó mirando a un cuarto de whisky que había sobre la mesa.

—¿Cómo sabe que se ahogó? —dijo el jefe al delegado.

—¿Cómo sabe que no vio una ocasión de escapar y la aprovechó?

—¿Escaparse a dónde? —dijo el otro. El delta entero está inundado. Hay 50 millas y 15 pies de agua hasta la sierra. Y el bote estaba patas arriba.

—El tipo se ahogó —dijo el penado gordo—. No se aflijan por él. Ha obtenido su perdón; nadie tendrá que molestarse para firmarlo.

—¿Y nadie más lo vio? —dijo el jefe—. ¿Qué fue de la mujer en el árbol?

—No sé —dijo el delegado—. Todavía no la encontramos. Calculo que algún otro bote la recogió. Pero éste es el sujeto de la hilandería.

De nuevo el jefe y los dos oficiales miraron al tercer hombre, al frenético rostro demacrado que todavía guardaba un viejo terror, una vieja mezcla de miedo, impotencia y rabia.

—¿Nunca fue por usted? —dijo el jefe—. ¿Nunca lo vio?

—Nadie vino a buscarme —dijo el refugiado. Empezó a temblar aunque al principio habló bastante tranquilo—. Estaba ahí en esa hilandería de mierda esperando que el agua se la llevara a cada momento. Vino la lancha y después los botes y nunca había lugar para mí. Llenos de negros guachos y uno de ellos

tocando la guitarra, pero no había lugar para mí. ¡La guitarra! —gritó y empezó a dar alaridos, temblando, babeando, con el rostro convulsionado y vibrante—. Lugar para la guitarra de un negro guacho, pero no para mí...

—Quieto —dijo el jefe—. Quieto ahora.

—Dele algo de beber —dijo uno de los oficiales. El jefe le sirvió de beber. El delegado le alcanzó el vaso y el hombre lo tomó con las dos manos temblorosas y trató de llevarlo a la boca. Lo observaron durante veinte segundos y entonces el delegado le tomó el vaso y lo sostuvo mientras bebía, pero aun así un fino hilo corría por cada lado de la boca, hasta la maraña de la barba.

—Entonces le recogimos a él y a... —el delegado nombró al penado gordo—, justo antes de que oscureciera y nos vinimos. Pero el otro había desaparecido.

—Sí —dijo el jefe—. Bueno. No he perdido un solo preso en diez años, y ahora de golpe... los voy a hacer volver a la granja mañana. Notifique a la familia y haga llenar la hoja en seguida.

—Muy bien —dijo el delegado—. Y oiga, jefe. No era un mal tipo y no tenía obligación de estar en ese bote. Pero dijo que sabía remar. Oiga. Pongamos que escribo en su hoja: ahogado tratando de salvar vidas en la gran inundación de 1927, y la mando al Gobernador para que la firme. Será algo lindo para su familia, para colgar en la pared cuando tengan visitas o cualquier cosa. Tal vez le den un cheque a la familia porque al fin y al cabo lo habían mandado a la granja a recoger algodón y no a loquear en un bote en una creciente.

—Bueno —dijo el jefe—. Yo me encargo. Lo importante es borrar su nombre de los libros como muerto antes que algún político trate de apoderarse del dinero para su ración.

—Bueno —dijo el delegado.

Se dio vuelta y arreó fuera a sus acompañantes. En la oscuridad lluviosa volvió a decir al penado gordo:

—Bueno, su socio le ganó. Está en libertad. Ya ha cumplido su condena, pero a usted le queda un buen trecho que andar.

—Sí —dijo el penado gordo—. Libre, que le aproveche.

PALMERAS SALVAJES

La segunda mañana en el hotel de Chicago, Wilbourne al despertarse descubrió que Carlota se había vestido y había salido con abrigo y cartera, dejándole una esquila con una letra grande, torpe, garabateada, de esas que al primer vistazo parecen de hombre y que se revelan casi en seguida como profundamente femeninas: *Volveré a mediodía. C. Después de la inicial: o quizá más tarde.*

Volvió antes del mediodía, él dormía todavía; ella se sentó en el borde de la cama, con la mano metida en el pelo de él haciéndole rodar la cabeza por la almohada para despertarlo, con el abrigo puesto y el sombrero echado atrás, mirándolo con esa grave profundidad amarilla, que ahora lo hacía meditar en esa eficacia de las mujeres para la mecánica, para la instalación de la convivencia. Ni economía, ni buena administración, sino algo más profundo que (toda su raza) emplea con instinto infalible, una relación del todo inconsciente para el tipo y naturaleza del socio masculino y la situación, o la fría tacañería de la celebrada granjera de Vermont o la extravagancia fantástica de las coristas mantenidas de Broadway, sin cuidado por el valor intrínseco del dinero que ahorran o dilapidan y con poco más cuidado o pena por la chuchería que adquieren o que les falta, usando la presencia y la ausencia de joyas o de cuenta corriente, como peones en un juego de ajedrez, cuyo premio no es la seguridad sino la decencia en el medio en que viven, sometiendo el clandestino nido de amor a un orden y a un esquema... Pensó: *No las atrae lo romántico del amor ilícito, ni el concepto apasionado de dos almas perdidas, condenadas, juzgadas y aisladas para siempre contra el mundo y Dios, ni lo irrevocable que arrastra a los hombres; es porque ven en el amor ilícito un desafío, porque tienen un irresistible deseo (idéntico a la convicción de que son capaces, cada una de ellas, de manejar con éxito una casa de pensión) de hacer respetable el amor ilícito, de tomar al mismo don Juan y reducir los licenciosos rulos que les sedujeron al aparente decoro del puchero de cada día y de los trenes suburbanos.*

—Ya lo encontré —dijo ella.

—¿Encontraste qué?

Un departamento. Un *atelier*. Donde yo también podré trabajar.

—¿También?

Ella le sacudió otra vez la cabeza con distracción frenética, hasta hacerle doler un poco. Volvió a pensar: *Hay algo en ella que no quiere a nadie ni a nada, y después de un hondo y silencioso relámpago, una claridad blanca, raciocinio, instinto, quién sabe qué Ella está sola. No solitaria, sola. Tenía un padre y luego cuatro hermanos idénticos al padre y luego se casó con un hombre idéntico a los*

cuatro hermanos y es posible que no haya tenido un cuarto propio en toda su vida y así ha vivido toda su vida en una soledad completa y ni siquiera lo sabe, como el niño que no ha probado nunca un bizcochuelo no sabe lo que es bizcochuelo.

—Sí, también. ¿Piensas que mil doscientos dólares durarán para siempre? Uno vive en el pecado; pero no puede vivir de él.

—Ya lo sé. Ya pensé en eso antes de decirte por teléfono aquella noche que tenía mil doscientos dólares. Pero estamos en la luna de miel; más tarde será.

—También lo sé.

Le volvió a tironear del pelo, haciéndole mal otra vez y ahora él sabía que ella sabía que le hacía mal.

—Oye, será siempre luna de miel. Siempre. Eternamente hasta que muera uno de los dos. No puede ser de otro modo. O cielo o infierno: nada de cómodo y pacífico purgatorio intermedio para que nos alcancen la buena conducta, la abstinencia, o la vergüenza o el arrepentimiento.

—Entonces no crees en mí; en quien confías, es en el amor. —Ella lo miró.— No soy yo; cualquier hombre.

—Sí, es el amor. Dicen que el amor muere entre dos personas. Eso no es cierto. No muere. Lo deja a uno, se va si uno no es digno, si uno no lo merece bastante. No muere; uno es el que se muere. Es como el océano: si uno no sirve, si uno empieza a apestar en él, lo escupe en alguna parte para que se muera. Uno se muere de cualquier modo, pero yo prefiero ahogarme en el océano a que me escupa a una faja de playa muerta, y que el sol me reseque hasta convertirme en una manchita sucia sin nombre, sólo “Esta fue”, como epitafio. Arriba. Le dije al hombre que nos mudaríamos hoy.

En menos de una hora dejaron el hotel con sus valijas, en un coche; subieron tres pisos. Ella hasta tenía la llave; le abrió la puerta para que entrara; él sabía que ella no miraba el cuarto sino a él.

—¿Bueno? —Dijo.— ¿Te gusta?

Era un cuarto grande, alargado, con un ventanal en la pared norte, obra manual de algún fotógrafo muerto o en quiebra o quizá de algún antiguo inquilino escultor o pintor, con dos chiribitiles para baño y cocina. *Ha alquilado ese ventanal, pensó reflexionando, como, en general, las mujeres alquilan esencialmente cuartos de baño, sólo accidentalmente hay lugares para dormir y para cocinar. Ella ha elegido un sitio no para cobijarnos sino para cobijar el amor; no ha corrido de un hombre a otro; no se ha limitado a canjear el pedazo de arcilla con el que ha modelado un busto por otro. Se movió ahora y pensó: Quizá yo no la abrazo, quizá más bien yo me prendo de ella porque hay algo en mí que no admite que no sabe nadar o que no cree que sabe nadar.*

—Está muy bien —dijo él—. Es lindo. Ya somos invencibles.

Durante los seis días siguientes hizo una gira por los hospitales, entrevistando (o siendo interrogado) por presidentes y directores. Eran entrevistas breves. Estaba listo a hacer cualquier cosa y tenía algo que ofrecer — su título otorgado por una buena Facultad, sus veinte meses de internado en un hospital conocido, pero a los tres o cuatro minutos sucedía algo. Sabía lo que era, aunque se lo explicaba de otro modo (sentado, al cabo de la quinta entrevista, en el soleado banco de un parque entre los atorrantes y jardineros municipales y niñeras y niños): *Es porque en realidad no pongo bastante empeño, porque en realidad no me he penetrado de la necesidad de luchar, porque he aceptado enteramente sus ideas sobre el amor; miro al amor con la misma fe ilimitada de que*

va a vestirme y a alimentarme, con que mira la religión el paisano recién convertido de Misipí o Luisiana, convertido la semana pasada por los gritos de un predicador, sabiendo que no era esa la razón; que eran los veinte meses de internado en vez de veinticuatro, pensando: Me derrota la muchedumbre pensando que resulta más decoroso morir en el olor de mediocridad que ser salvado por un apóstata de las convenciones.

Al fin encontró un empleo. No era gran cosa; trabajo de laboratorio en un hospital de caridad en el barrio de los inquilinatos de negros, donde venían a parar víctimas del alcohol o heridas de bala o de arma blanca, traídos en general por la policía, y su tarea consistía en reacciones rutinarias para sífilis.

—No necesito microscopio ni fórmula Wassermann —le contó a Carlota esa noche—. No se necesita más que luz para saber de qué raza son.

Ella había armado un par de tablas sobre caballetes. Bajo la vidriera que llamaba su mesa de trabajo, hacía tiempo que se atareaba con un paquete de arcilla de la tienda de 10 centavos, aunque él no fijara mucha atención en lo que ella hacía. Ahora estaba inclinada sobre su mesa con un pedazo de papel y un lápiz y él observaba la dócil mano corta garabatear grandes cifras rápidas.

—Ganarás tanto al mes —ella dijo—. Y nos cuesta vivir tanto al mes. Y tendremos que sacar tanto para cubrir la diferencia.

Las cifras eran frías, irrefutables; los rasgos mismos del lápiz tenían aire desdeñoso e inexpugnable; de paso ella dispuso que él hiciera ahora no sólo los acostumbrados giros semanales a su hermana sino que le remitiera también la suma equivalente a los almuerzos y al frustrado hotel durante las seis semanas en Nueva Orleáns. Luego escribió una fecha al lado de la última cifra; era para principios de septiembre.

—En este día ya no nos quedará dinero.

Entonces él repitió algo que había pensado ese mismo día sentado en un banco del parque.

—Todo andrà bien. Sólo tengo que acostumbrarme al amor. Nunca lo había probado antes; tú ves: tengo un atraso de diez años. Aún no estoy adiestrado. Muy pronto lo estaré.

—Sí —dijo ella. Arrugó el papel y lo puso de lado—. Pero eso no importa. Es cuestión de elegir entre lomo y carnaza y aquí no hay hambre. —Le golpeó la barriga con el dorso de la mano.— Es tu vieja entraña rezongando. Aquí está el hambre —le tocó el pecho—. No lo olvides nunca.

—No lo olvidaré.

—Quién sabe. Has sentido hambre aquí, en la entraña, y por eso estás asustado. Porque siempre estás un poco asustado de lo que has debido aguantar. Si hubieras estado enamorado alguna vez, no hubieras venido al tren esa tarde. ¿Hubieras venido?

—Sí —dijo él—. Sí, sí.

—No basta entonces adiestrar tu cerebro en recordar que el hambre no está en el vientre. Tu vientre, tus entrañas mismas, tienen que creerlo. ¿Tus entrañas lo creen?

—Sí —dijo él.

Pero ella no está tan segura, se dijo, porque tres días después al volver del hospital encontró la mesa de trabajo cubierta de pedacitos de alambre retorcidos y frascos de pegote y cola y viruta, unos cuantos tubos de pintura y una vasija con un montón de papel de seda empapada en agua, que dos tardes después se

convirtieron en una serie de figuritas —ciervos y lebreles y caballos y hombres y mujeres, flacos, epicenos, intelectuales y extravagantes, con un aire fantástico y perverso; a su vuelta, la tarde siguiente, ella y las figuras habían desaparecido. Ella volvió una hora después, con los ojos amarillos brillando como los de un gato en la oscuridad, no de triunfo o de entusiasmo, sino de afirmación feroz y con un billete nuevo de 10 dólares.

—Los tomó todos —dijo y nombró una gran tienda conocida—. Y me permitió arreglar una de las vidrieras. Tengo un encargo por cien dólares, figuras históricas de Chicago, de esta parte del oeste. ¿Sabes? Mrs. O'Leary con cara de Nerón y la vaca con ukelele, Kit Carson con piernas como las de Niyinsky y sin cara, justo dos ojos y un saliente de frente para hacerles sombra, búfalos con cabeza y ancas de yeguas árabes. Y todas las demás tiendas de Michigan Avenue. Aquí está. Toma.

Él lo rehusó.

—Es tuyo. Lo has ganado.

Ella lo miró —la fija mirada amarilla en la que él parecía vacilar y tantear como una mariposa de noche, como un conejo ante el resplandor de una antorcha; una envoltura casi líquida, un precipitado químico en el que toda la borra de pequeñas mentiras y sentimentalismos se disolvía. *A mí no...*

—No te gusta pensar que tu mujer ayuda a mantenerte, ¿no es eso? Oye. ¿No te gusta lo que tenemos?

—Sabes que sí.

—Entonces, ¿qué importa lo que te cuesta, lo que pagamos, o cómo? Has robado el dinero que tenemos, ¿no lo volverías a hacer? ¿No vale la pena, aunque todo se desmoronara mañana yuviéramos que pasar la vida pagando intereses?

—Sí. Pero no va a desmoronarse mañana. Ni el mes que viene. Ni el año que viene...

—No Mientras seamos dignos de conservarlo. Mientras tengamos fuerzas. Mientras tengamos capacidad. Mientras seamos dignos de que se nos permita conservarlo, de obtener lo que quiera del modo más decente posible, y después guardarlo.

Se acercó y lo abrazó, fuerte, apretando su cuerpo contra él, fuerte, no una caricia sino como lo agarraba del pelo para despertarlo del sueño.

—Eso es lo que haré. Lo que trataré de hacer. Me gusta revolver y hacer cosas con las manos. No creo que sea demasiado pedir el desear, el tener y el conservar.

Ganó esos cien dólares, trabajando de noche, después que él se acostaba, a veces después que él se había dormido. En las cinco semanas siguientes ganó 28 dólares más, luego un encargo por 50. Luego no hubo más encargos, no pudo obtener más. Sin embargo, siguió trabajando, siempre de noche, porque estaba fuera todo el día con sus muestras, sus figuras concluidas, y trabajaba ahora con espectadores, pues su departamento se había convertido en una especie de club nocturno. Empezó con un periodista llamado Mc Cord que había trabajado en un diario de Nueva Orleans durante el breve tiempo en que el hermano menor de Carlota (de un modo ineficaz y diletante, comprendió Wilbourne) había trabajado allí. Carlota lo encontró en la calle, vino a comer una noche y los invitó a comer una noche; tres noches después apareció en el departamento con tres hombres y dos mujeres y cuatro botellas de whisky, y después Wilbourne no sabía nunca con quién iba a encontrarse al volver a casa, salvo que no estaría sola Carlota, que indiferente a quien estuviera ahí ocioso, seguía trabajando (aunque la mala racha

había durado semanas y luego un mes y el verano estaba casi encima) en un *overall* barato ya inmundo como el de cualquier pintor de casas y un vaso de whisky aguado entre los pedazos de alambre y tarros de cola y pintura y arcilla que se transformaban continua e infinitamente, bajo las manos diestras e infatigables, en elegantes, extrañas, fantásticas y perversas efigies.

Luego hizo una venta final, una venta chica, y acabó. Cesó tan abrupta e inexplicablemente como empezó. Es la estación de verano, le decían en las tiendas: los turistas y los ciudadanos se van al campo para huir del calor.

—Pero esto es una mentira —dijo—. Ha llegado el punto de saturación —le dijo a él, les dijo a todos.

Era de noche y había regresado tarde con la caja de cartón repleta de figuras rehusadas, de modo que los visitantes nocturnos ya habían llegado.

—Pero yo lo esperaba, porque éstos no son más que caprichos. —Sacó las efigies de la caja y las volvió a alinear en la mesa. — Como algo creado para vivir sólo en la oscuridad sin aire, sea en la bóveda de un Banco o quizá en un pantano venenoso, no en el alimenticio aire rico nacido de los desagües llenos de legumbres de Oak Park y Evanston: Así es y punto final. Y ahora ya no soy una artista y estoy cansada y tengo hambre y me voy a acurrucar con uno de nuestros buenos libros y uno de nuestros mendrugos. Entonces cada uno y todos adelántense a la mesa y elijan un recuerdo de esta ocasión, y abur.

—Todavía podemos comer un mendrugo —le dijo él.

Y además todavía no está vencida, pensó. Todavía no ha renunciado, nunca renunciará, pensando como había pensado antes que algo había en ella que nadie ni él ni Rittenmeyer habían alcanzado, que ni siquiera amaba al amor. En menos de un mes creyó tener la prueba; volvió y la encontró en su mesa otra vez, en una profunda excitación que él no había visto nunca, una excitación sin entusiasmo pero con cierto implacable y tremendo empuje irresistible mientras ella le hablaba. Era uno de los hombres que Mc Cord había llevado, un fotógrafo. Ella tenía que hacer muñecos, fanticos y él fotografiarlos para tapas de revistas y avisos; tal vez más adelante utilizaran los muñecos en charadas, cuadros —un salón alquilado, una barraca, algo, cualquier cosa.

—Es mi plata —le dijo—. Los 125 dólares que nunca pude hacerte aceptar.

Trabajó con intensa y absorta furia. Estaba en su mesa de trabajo cuando él se iba a dormir y se despertaba a las dos o tres de la mañana y la inexorable luz laboriosa seguía encendida. Ahora al volver (primero del hospital, luego del banco de la plaza donde pasaba los días después de haber perdido su empleo, saliendo y regresando a las horas acostumbradas para que ella no sospechara) se encontraba con las figuras casi del tamaño de niños —un Quijote con una demacrada, desordenada y enloquecida cara soñadora, un Falstaff con la cara gastada de un barbero sifilítico y espeso de carne (una sola figura, pero le parecía ver dos: el hombre y la espesa carne como un enorme oso y su frágil tuberculoso guardián; le parecía que podía ver al hombre forcejear con la montaña de tripas como el guardián lucharía con el oso, no para vencerlo, sino para eludirlo, para librarse de él, como uno hace con los animales atávicos en las pesadillas); Roxana con rizos en tirabuzón y un bulto de *chewinggum* como la pianista de una tienda de todo a veinte; Cyrano con una cara de judío de zarzuela y la nariz como una llamarada que cesaba en el preciso instante de volverse molusco, con un pedazo de queso en una mano y un libro de cheques en la otra — acumulándose en el departamento, abarrotando con increíble rapidez todos los espacios disponibles de piso y paredes,

frágiles, perversas y molestas, iniciados, proseguídos y completados una ráfaga continua de furioso trabajo — un espacio de tiempo, no calculado en sucesivas noches y días, sino un simple intervalo interrumpido sólo para comer y dormir. Acabó la última figura y ahora salía todo el día y la mitad de la noche; él volvía a la tarde y encontraba un mensaje garabateado en una tira de papel, o en el arrancado margen de un diario o hasta en la guía del teléfono: *No me esperes, como afuera*; lo que hacía y volvía a meterse en cama y a veces se dormía hasta que ella se deslizaba desnuda (nunca usaba camisón, le había dicho que jamás había tenido uno) en la cama para despertarlo y animarlo a escuchar con un duro movimiento de lucha, ciñéndolo con sus brazos duros mientras hablaba en una airada, quieta voz rápida, no de dinero ni de su falta, no detallando los adelantos diarios de las fotografías, sino de sus vidas y situación como si fueran un todo sin pasado ni futuro en el cual ellos como personas, la necesidad del dinero, las figuras que había hecho, fueran partes de un cuadro vivo o de un rompecabezas, ninguna más importante que otra; aun acostado y laxo en la oscuridad mientras ella lo abrazaba sin tratar de saber si tenía o no los ojos abiertos, le parecía ver su vida común como un globo frágil, una burbuja que ella mantenía equilibrada e intacta sobre la ruina como una foca amaestrada lo hace con su pelota. *Está peor que yo*, pensaba. *Ni siquiera sabe lo que es esperanza*.

Luego el negocio de los muñecos se acabó, tan completa y súbitamente como el del arreglo de vidrieras. Él volvió una noche y la encontró en casa, leyendo. El *overall* inmundo con el que había vivido por muchas semanas (estaban ahora en agosto) había desaparecido y luego vio que el banco de trabajo no sólo estaba limpio de su anterior desorden de alambre y pintura, sino que había sido arrastrado al medio del cuarto y se había convertido en una mesa con una faja de cretona atestada de las revistas y libros que antes andaban por el suelo y sobre las sillas desocupadas, y, lo más sorprendente de todo, con un jarrón de flores.

—He traído algunas cosas —dijo—. Vamos a comer en casa para cambiar.

Tenía costillas y cosas así, preparó la comida con un curioso y frívolo delantal, también nuevo como la cretona de la mesa; él pensó que había reaccionado de su desastre como un hombre, investida ahora de una especie de digna humildad, y sin embargo mostrando una cualidad que no le había conocido antes, algo no sólo de mujer sino profundamente femenino. Comieron, luego levantó la mesa. Él ofreció ayudarla pero rehusó. Entonces se sentó con un libro al lado de la lámpara, la oyó en la cocina durante un rato, luego salir y entrar al dormitorio. No la oyó cuando salió del dormitorio porque sus pies desnudos no hacían ruido en el suelo; al levantar los ojos la vio parada a su lado — la compacta sencillez de las líneas de su cuerpo, la serena, intensa mirada amarilla. Le tomó el libro y lo puso en la mesa nueva.

—Sácate la ropa —le dijo.

Pero él no le dijo lo del empleo sino dos semanas después. Ya no lo retenía el temor de que esa noticia destruyera la tranquilidad que requería su obra ni tampoco la posibilidad de que él encontrara otra cosa, pues había tratado y fallado, ni la fe a lo Micawber de los indolentes; quizá lo retenía parcialmente la convicción de que muy tarde sería siempre muy pronto; pero también (no trataba de engañarse a sí mismo) una fe profunda en ella. No en ellos, en ella. *Dios no la dejará morir de hambre*, pensaba. *Vale demasiado. La ha hecho demasiado bien. Hasta el que hizo todas las cosas prefiere algunas lo bastante para querer guardarlas*.

Así cada día dejaba el departamento a la hora acostumbrada y se sentaba en su banco en la plaza hasta el momento de volver. Y una vez al día sacaba la cartera y miraba la tira de papel en la que llevaba cuenta de la merma del dinero, como si esperara cada vez que la suma hubiera cambiado o que la hubiera mirado mal la víspera, encontrando que no era así — las cifras netas, los 182,00 dólares menos 5 ó 10 dólares, con la fecha de cada resta; para el día de pago no habría con qué pagar el trimestre de alquiler el primero de setiembre. A veces sacaba el otro papel, el cheque rosa con su letrero perforado: *Sólo trescientos dólares*. Había algo de ceremonioso en ello, como la preparación del adepto a su pipa de opio, y después, cuando renunciaba a toda realidad como el fumador de opio, inventaba cien maneras de gastarlo, alterando los varios componentes de la suma y sus compras equivalentes aquí y allá como un rompecabezas, sabiendo que esto era una forma de masturbación (pensando, *porque estoy aún y probablemente lo estaré siempre, en la pubertad del dinero*), que si fuera posible cobrar el cheque, y usar el dinero, él ni siquiera se atrevería a jugar con la idea.

Entonces una tarde, al regresar, la encontró otra vez en su banco de trabajo. Todavía era mesa, todavía en el medio del cuarto; sólo había doblado la cretona y amontonado los libros y revistas en una punta, y llevaba el delantal y no el *overall* y trabajaba ahora con una especie de perezosa sorpresa como alguien que pasara el tiempo con un mazo de barajas. La figura no tendría más que tres pulgadas de alto — un viejito informe con un desorganizado rostro alocado, el rostro de un inofensivo payaso imbécil.

—Es un Mal Olor —dijo. Él comprendió.

Eso es todo, sólo un mal olor. No es un lobo a la puerta. Los lobos son cosas. Violentas e implacables. Fuertes, aunque sean cobardes. Pero esto es sólo un mal olor porque aquí no hay hambre.

Otra vez le golpeó la barriga con el dorso de la mano.

—El hambre está aquí arriba. No tiene este aire. Parece un cohete o una lluvia de estrellas o al menos una de aquellas luces de Bengala pata chiquilines, que chisporrotean en una ascua viva que no teme morir. Pero esto —lo miró.

Él previo lo que vendría.

—¿Cuánto dinero nos queda?

—Ciento cuarenta y ocho dólares. Pero está bien. Yo...

—Ah, entonces has pagado el próximo trimestre.

Ya está, ya era demasiado tarde.

Mi broma es que cada vez que digo, ya sea una verdad o una mentira, parece que antes me vendo.

—Mírame. Quiere decir que no has ido al hospital desde hace dos meses.

—Fue el detective. Estabas atareada entonces, fue el mes en que dejaste de escribir a Nueva Orleans. Él no quería embro... no quería que me echaran. Pero no sabía nada de ti y estaba preocupado. Quería averiguar si estabas bien. No fue él, fue el detective el que metió la pata. Entonces me echaron. Tiene gracia. Me echaron de mi puesto cuya razón era torpeza moral, por razones de torpeza moral. Pero realmente no fue así, por supuesto. El empleo se acabó, como sabía yo que se acabaría.

—Bueno —dijo ella—. Y no tenemos nada que beber en casa. Baja al almacén y compra una botella mientras yo... No, espera. Bueno. Vámonos a comer y beber fuera los dos. Además, tenemos que buscar un perro.

—¿Un perro? —Desde donde estaba podía verla en la cocina, sacar de la

heladera las dos costillas de la cena y volver a envolverlas.

—Pero sin duda, amigo —dijo—. Toma tu sombrero.

Era de tarde, el caliente agosto, los avisos eléctricos ardían, chispeaban entre cadavéricos e infernales, sobre las caras en la calle y sobre la de ellos también mientras andaban, llevando, ella, las dos costillas envueltas en el grueso y pegajoso papel de carnicero. Antes de llegar a la esquina encontraron a Mc Cord.

—Perdimos el trabajo —le dijo ella—. Así que andamos buscando un perro.

Al rato ya le parecía a Wilbourne que ese perro invisible se hallaba entre ellos. Estaban ahora en un bar, uno donde solían encontrarse deliberada o casualmente dos veces por semana con el grupo que Mc Cord había introducido en sus vidas. Allí estaban cuatro de ellos.

—Perdimos el empleo —les dijo Mc Cord.

Los siete se sentaron alrededor de una mesa puesta para ocho, una silla vacía, un hueco vacío, las dos costillas desenvueltas ahora y en un plato junto a un vaso de whisky puro entre los *cocktails*.

Todavía no habían comido; dos veces Wilbourne se inclinó a decirle:

—¿No es mejor que comamos? Está bien; yo puedo...

—Sí, está bien, es magnífico —no le hablaba a él—. Tenemos cuarenta y ocho dólares de más; imagínense. Ni los Armour tienen cuarenta y ocho dólares de más. Bebed, *armorosos* hijos. No perdáis el perro.

—Sí —dijo Mc Cord—. *Drink up, ye armourous sons in a sea of hemingwaves.*³

Los avisos luminosos relampagueaban, y brillaban las luces del tráfico, parpadeaban del verde al rojo y de nuevo al verde, sobre los enronquecidos taxis y las fúnebres limousines. No habían comido todavía pero faltaban dos miembros de la reunión, eran seis en el taxi, sentados unos encima de otros, mientras Carlota llevaba las costillas (había perdido el papel) y Mc Cord llevaba el perro invisible; lo llamaban *Además* por la Biblia, por la mesa del pobre.

—Pero oigan —dijo Mc Cord—, oigan un minuto. Doc y Gillespie y yo somos propietarios, Gillespie está ahí, pero tiene que regresar a la ciudad para el primero y quedará vacía. Pueden tomar sus cien dólares...

—No eres práctico —dijo Carlota—, estás hablando de seguridad; ¿no tienes alma! ¿Cuánta plata tenemos, Harry?

Él miró el taxímetro. —Ciento veintidós dólares.

—Pero oigan —dijo Mc Cord.

—Está bien —dijo ella—. Pero ahora no es el momento de charlar. Te has hecho la cama; acuéstate en ella. Y estira las cobijas hasta la cabeza.

Estaban ahora en Evanston; se habían detenido en una droguería y tenían una linterna. El taxi se arrastraba a lo largo de una suburbana y opulenta acera mientras Carlota, apoyada en Mc Cord, dirigía la linterna sobre los momentáneos canteros de medianoche.

—Ahí hay uno —dijo.

—No lo veo —dijo Mc Cord.

—Mira la empalizada. ¿Han visto nunca un cerco de hierro, una guirnalda de pensamientos que no tenga dentro un perro de hierro? La casa tiene también una bohardilla.

—No veo casa ninguna —dijo Mc Cord.

³ *Retruécanos* más bien intraducibles a la manera de James Joyce. *Armourous* = *Armour* + *Amorous*, *hemingwaves* = *waves* + Hemingway.

—Yo tampoco. Pero mira el cerco.

Paró el taxi, se bajaron. La luz de la linterna recorrió el cerco de hierro con espirales terminadas en lanzas colocadas en concreto; había hasta un poste en forma de negro junto al portoncito en espiral.

—Tienes razón —dijo Mc Cord—, debe haber uno aquí.

No usaban ahora la linterna, pero a la vaga luz de las estrellas lo podían ver claramente — al San Bernardo de hierro colado con una cara de emperador Francisco José y de banquero de Maine en 1859. Carlota colocó las costillas sobre el frontis de hierro, entre los pies de hierro y volvieron al coche.

—Oigan —dijo Mc Cord—. Está completamente equipado— tres cuartos y cocina, ropa de cama, vajilla de cocina, leña abundante; hasta pueden bañarse si quieren. Y todas las otras casitas estarán vacías después del primero de setiembre y nadie los molestará; y derecho al lago; pueden tener pescado por un tiempo aún, y sus 100 dólares para comer, y el frío no vendrá hasta octubre y quizá hasta noviembre; se pueden quedar ahí hasta Navidad y todavía por más tiempo si no les importa el frío...

Mc Cord los llevó hasta el lago en la noche del sábado antes del Día del Trabajo, los cien dólares de comida —las latas, las habas y arroz y café y sal y azúcar y harina— en la trasera del coche. Wilbourne contemplaba el equivalente de su último dólar con cierta gravedad.

—Uno no se da cuenta de la flexibilidad del dinero hasta que lo cambia por algo —dijo—; quizás esto es lo que los economistas entienden por “rendimientos decrecientes”.

—Tú no quieres decir flexible —dijo Mc Cord—, quieres decir volátil. Eso es lo que entiende el Congreso por una circulación fluida. Si llueve antes de poner bajo techo estas cosas, ya verás. Estas habas y arroz nos van a hacer saltar del coche como tres fósforos en un balde de cerveza casera.

—Tenían una botella de whisky y Mc Cord y Wilbourne se turnaban para manejar mientras Carlota dormía. Llegaron a la casita justo al amanecer — cien acres perdidos de agua rodeados por una plantación de abetos, cuatro claros con una cabaña en cada uno (una de las chimeneas humeaba todavía).

—Ése es Bradley —dijo Mc Cord—, pensé que ya se había ido.

Un corto muelle en el agua. Había una estrecha faja de playa con un gamo parado, rosado en el alba del domingo, con la cabeza erguida, observándolos un instante antes de huir con su colita blanca arqueándose en largos saltos mientras Carlota, saltando del coche con la cara hinchada de sueño, corría al borde del agua chillando:

—Eso es lo que yo trataba de hacer. No los animales, los perros, los ciervos y caballos: el movimiento, la carrera.

—Seguro —dijo Mc Cord, vamos a comer.

Descargaron el coche, llevaron las cosas adentro y encendieron la cocina, y mientras Carlota hacía el almuerzo, Wilbourne y Mc Cord se fueron con la botella hasta el agua y se sentaron en cuclillas. Bebieron de la botella, brindando. Dejaron un trago.

—El de Carlota —dijo Mc Cord—; puede brindar a la “larga sequía”, a la prohibición.

—Ahora estoy contento —dijo Wilbourne—, sé exactamente adonde voy. Es derechito entre dos hileras de latas y bolsas, valor de cincuenta dólares a cada lado. No es una calle, porque faltan casas y gentes. Es una soledad. Luego el agua,

la soledad ondulando despacio mientras uno. está acostado y la mira.

En cuclillas y con la botella casi vacía en una mano, metió la otra en el agua, en el quieto líquido que respiraba aurora con la temperatura del agua helada sintética de los cuartos de hotel y alrededor de su muñeca crecían las olitas. Mc Cord lo miró.

—Y después viene el otoño, el primer frío, la caída lánguida de las primeras hojas coloradas y amarillas, las hojas dobles, el reflejo ascendiendo hacia la hoja que cae hasta que se tocan y se hamacan un poco y no acaban de encontrarse. Y después uno puede abrir los ojos un minuto si quiere, si se acuerda de abrirlos y mirar la sombra de las hojas vacilantes en el pecho a su lado.

—En nombre de Jesucristo Schopenhauer —dijo Mc Cord—, ¿qué ramplonería de novena clase es ésta? ¿Todavía no has tenido tu parte de hambre? ¿Todavía no has hecho tu aprendizaje de indigencia? Si no te cuidas vas a espetar esos desatinos a algún tipo que los va a creer y te alcanzará la pistola y te obligará a usarla. Deja de pensar en ti y piensa un momento en Carlota.

—Estoy hablando de eso. Pero no usaré la pistola de ningún modo. Porque he empezado demasiado tarde. Todavía creo en el amor.

Entonces le dijo a Mc Cord lo del cheque.

—Si no creyera en el amor te daría el cheque y la mandaría contigo esta noche.

—Y si creyeras en él tanto como dices, hubieras hecho pedazos el cheque hace ya tiempo.

—Si lo rompo, nadie podrá nunca cobrar el dinero. Ni él puede sacarlo del banco.

—Que lo lleve el diablo. No le debes nada. ¿No le has sacado de las manos su mujer? Eres un rico tipo. No tienes siquiera el valor de tus fornicaciones.

Mc Cord se levantó.

—Vamos. Huelo el café.

Wilbourne no se movió, con la mano aún en el agua.

—Yo no le he hecho mal —y agregó—: sí le he hecho. Si yo no la hubiera marcado, yo...

—¿Qué?

—Rehusaría creerlo.

Por un buen momento Mc Cord se paró a mirar al otro en cuclillas con la botella en una mano y la otra en el agua hasta la muñeca.

—¡Demonios! —dijo.

Carlota entonces los llamó desde la puerta. Wilbourne se levantó.

—No usaré la pistola —dijo—, tomaré esto.

Carlota no bebió. Puso la botella sobre la chimenea.

—Para que nos recuerde nuestra pérdida civilización cuando nos empiece a cubrir el pelo —dijo ella.

Comieron. Había dos catres de hierro en cada uno de los dormitorios, dos más en la terraza. Mientras Wilbourne lavaba los platos, Carlota y Mc Cord tendieron los catres con ropa del armario; cuando vino Wilbourne, Mc Cord ya estaba acostado en un catre sin los zapatos, fumando.

—Vamos —dijo—, tómelo. Carlota dice que no quiere dormir más.

Ella salió en ese momento trayendo un rollo de papel, una taza de lata y una caja nueva, barnizada de pinturas.

—Nos queda un dólar y medio, aun después de pagar el whisky —dijo—. Tal

vez volverá el ciervo.

—Toma un poco de sal para ponerle en la cola —dijo Mc Cord—. Tal vez quiera posar para ti.

—No quiero que pose. Es justamente lo que no quiero. No quiero copiar un ciervo. Cualquiera puede hacerlo.

Salió golpeando la puerta. Wilbourne no la miró. También estaba acostado fumando con las manos bajo la nuca.

—Oye —le dijo Mc Cord—. Tienes un montón de comida, hay una cantidad de leña y abrigo para cuando venga el frío, y cuando empiecen a abrirse las tiendas en la ciudad quizá yo pueda vender alguna de las cositas que ella hizo, conseguir encargos...

—No me aflijo. Te digo que soy feliz. Nada me puede quitar lo que ya he tenido.

—Bueno, ¡qué monada! Oye, ¿por qué no me das ese maldito cheque y la mandas conmigo y tú puedes comer con tus cien dólares y después mudarte a los bosques y comer hormigas y hacer de San Antonio en un árbol, y para Navidad puedes tomar una concha de almeja y regalarte tus propias ostras? Voy a dormir.

Se dio vuelta y pareció dormirse en seguida, y pronto Wilbourne se durmió también. Se despertó una vez y vio por el sol que era más de mediodía y que ella no estaba en la casa. Pero no se inquietó: acostado, despierto por un momento, no eran los veintisiete años estériles lo que veía, y ella no andaría lejos. La senda recta y vacía y quieta entre las dos filas de cincuenta dólares de latas y sacos donde ella lo esperaría. *Si esto tiene que ser, ella esperará, pensó. Si tenemos que estar así, será juntos en la indecisa soledad a pesar de Mac y de su cursilería de novena clase que se acuerda una barbaridad de lo que lee la gente, bajo la roja y amarilla caída del año declinante, bajo el innumerable besarse de las hojas repetidas.*

El sol daba justo sobre los árboles cuando ella volvió. La hoja exterior del rollo estaba intacta, pero había usado las pinturas.

—¿Eran tan malas? —dijo Mc Cord.

Estaba atareado en la cocina con habas y arroz y orejones de damasco — una de esas especialidades culinarias que todos los solterones poseen, y que algunos hasta elaboran, aunque no Mc Cord, uno hubiera dicho a primera vista.

—Tal vez un pajarito le dijo lo que estás haciendo con cincuenta centavos de nuestras provisiones y por eso ha vuelto —dijo Wilbourne.

La mezcla estuvo lista al fin.

—No es tan mala —admitió Wilbourne—. Sólo que no sé si no es mala, o si es una especie de instinto: lo que saboreo no es esto sino los cuarenta o cincuenta centavos que representa. Es como si tuviera una glándula de cobardía en el paladar o en el estómago.

Él y Carlota lavaron los platos; Mc Cord salió y volvió con una brazada de leña y la arregló en la chimenea.

—No la vamos a necesitar esta noche —dijo Wilbourne.

—No te va a costar sino la leña —dijo Mc Cord—. Cuando necesites más, tienes para surtirme hasta la frontera del Canadá. Puedes hacer que todo el norte de Wisconsin pase por esta chimenea, si quieres.

Después se sentaron ante el fuego, fumando y sin hablar mucho, hasta el momento en que Mc Cord debía irse. No quiso quedarse, fuera o no fiesta mañana. Wilbourne le acompañó hasta el coche y subió, mirando a Carlota contra el fuego,

en la puerta.

—Sí —dijo—, no tienes que preocuparte más que una vieja que cruza la calle acompañada por un vigilante o por un *boy scout*. Porque cuando atropelle, el automóvil no va a reventar a la vieja, sino al vigilante o al *boy scout*. Cuidate.

—¿Que me cuide?

—Sí. Hasta para estar el día entero muerto de miedo hay que hacer fuerza.

Wilbourne volvió a la casa. Era tarde; sin embargo, ella no había empezado a desnudarse. Volvió a meditar, no en la adaptabilidad de las mujeres a las circunstancias, sino en la habilidad de las mujeres para adaptar lo ilícito, y aun lo criminal, a un molde burgués de decencia. La observaba descalza, andar por el cuarto, haciendo esos cambios sutiles en los objetos de este hogar temporal como lo hacen en los cuartos de hotel que se toman por una sola noche, sacando de uno de los baúles, que él creía lleno de provisiones, objetos de su departamento de Chicago que él no sólo no sabía que ella conservara aún, sino que hasta había olvidado que los tuvieran — los libros que habían comprado, una fuente de cobre, hasta la cretona de su ex banco de trabajo, y después de una caja de cigarrillos que ella había convertido en un cajoncito que parecía un féretro, la figurita del viejo, el Mal Olor. La miró colocarlo en la chimenea y contemplarlo un momento, también meditando, luego tomar la botella con la porción que le dejaron y, con la gravedad ritual de un niño jugando, volcar el whisky en la chimenea.

—Los lares y penates —dijo—; yo no sé latín pero ellos sabrán lo que significa.

Durmieron en la galería en dos catres y luego, al amanecer, cuando empezó a hacer frío en uno, sus pies desnudos en las tablas, el duro hundirse de codo y cadera lo despertaron al meterse ella entre las sábanas oliendo a tocino y a bálsamo. Había sobre el lago una luz gris y cuando oyó al haragán, se dio cuenta exactamente de lo que era, hasta de lo que parecía, escuchando la voz ronca, pensando cómo sólo el hombre, entre todos los seres, atrofia deliberadamente sus sentidos naturales y eso a expensas de los demás sentidos, como el cuadrúpedo obtiene toda su información por el olfato, por la vista y por el oído y desconfía de lo demás, mientras el bípedo sólo cree en lo que lee.

A la mañana siguiente el fuego era agradable. Mientras ella lavaba los platos del almuerzo, él cortó más leña detrás de la cabaña. Se sacó el *sweater*; ahora el sol decididamente picaba, pero él no se dejaba engañar, pensando que en estas latitudes el Día del Trabajo y no el equinoccio marcaban la expiración del verano, el largo suspiro hacia el otoño y el frío, cuando oyó que ella lo llamaba desde la casa. Entró; en medio del cuarto estaba un desconocido que cargaba, balanceada en el hombro, una gran caja de cartón: un hombre no mayor que él, descalzo, en bombachas caqui descoloridas y camiseta sin mangas, tostado, con ojos azules y pestañas quemadas y rizos simétricos de pelo color paja —la perfecta *coiffure* pensativa—, mirando tranquilamente la efigie sobre la chimenea. Por la puerta abierta detrás de él, Wilbourne vio una canoa atracada.

—Éste es —dijo Carlota—. ¿Cómo dijo que era su nombre?

—Bradley —dijo el desconocido.

Miró a Wilbourne con los ojos casi blancos contra la piel como un negativo de *kodak*, balanceando la caja en el hombro mientras alargaba la otra mano.

—Wilbourne —dijo Carlota—, Bradley es el vecino. Hoy se va. Nos trae las provisiones que dejan.

—Inútil cargarlas de nuevo —dijo Bradley—. Su esposa me dice que se

quedarán un tiempo y yo pensé...

Le dio a Wilbourne un insensato y breve y violento y abrumador apretón de manos de ex universitario.

—Muy amable de su parte. Nos alegramos de tenerlo. Permítame...

Pero el otro ya había puesto la caja en el suelo; estaba repleta. Carlota y Wilbourne se cuidaron de mirarla.

—Un millón de gracias. Cuanto más tengamos en casa, más difícil le será al lobo entrar.

—O echarnos cuando entre —dijo Carlota.

Bradley la miró. Se rio, con los dientes. Los ojos no se rieron, los ojos confiados y rapaces de campeón universitario.

—No está mal —dijo—, ¿usted...?

—Gracias —dijo Carlota—. ¿Quiere un poco de café?

—Gracias. Ya me he desayunado. Nos hemos levantado al alba. Tenemos que estar esta noche en la ciudad.

Volvió a mirar la efigie sobre la chimenea.

—Con permiso. —Se acercó a la chimenea.

—¿Lo conozco? Me parece.

—Espero que no —dijo Carlota.

Bradley la miró.

—Esperamos que todavía no, quiere decir —Wilbourne dijo.

Pero Bradley siguió mirando a Carlota, las pálidas cejas cortésmente interrogando sobre los ojos rapaces que no sonreían cuando la boca sonreía.

—Es el Mal Olor —dijo Carlota.

—¡Ah, ya veo! —Miró a la efigie.—Usted la hizo. Yo la vi dibujando ayer. De la otra orilla del lago.

—Ya sé.

—Tocado —dijo—. ¿Puedo disculparme? No estaba espiando.

—No estaba escondiéndome.

Bradley lo miró y Wilbourne vio por primera vez las cejas y la boca de acuerdo, burlón, sardónico, implacable, todo él emanando una especie de crasa e insolente suficiencia.

—Seguro —dijo.

—Suficientemente —dijo Carlota. Se dirigió a la chimenea y tomó la efigie—. Es una lástima que se vayan antes de que podamos devolver la visita a su esposa. Pero tal vez quiera aceptar esto como un recuerdo de la suya.

—No, verdaderamente.

—Tómelo —dijo Carlota amablemente—. Usted ha de necesitarlo mucho más que nosotros.

—Bueno, gracias.

Tomó la figura.

—Gracias. Tenemos que estar en la ciudad esta noche. Pero quizá podamos saludarlos al pasar. Mrs. Bradley estará...

—Hágalo —dijo Carlota.

—Gracias —dijo él. Se volvió hacia la puerta—. Gracias otra vez.

—Gracias, otra vez también —dijo Carlota.

Salió; Wilbourne lo miró empujar la canoa y embarcarse. Entonces volvió y se inclinó sobre la caja.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Carlota.

—Voy a devolverla, tirársela en la puerta.

—¡Oh, no seas imbécil! —le dijo ella. Se le acercó—. Párate. Vamos a comerlo. ¡Arriba, como un hombre!

Se levantó contra ella con salvaje impaciencia contenida.

—¿Cuándo vas a crecer, *boy scout* demoledor de hogares? ¿No sabes todavía que no parecemos casados, gracias a Dios, ni siquiera a los brutos?

Lo apretó fuerte contra sí, echándose atrás, con sus caderas contra él, moviéndose apenas mientras lo miraba, con la mirada amarilla, inescrutable y burlona y con ese algo que él había llegado a reconocer —esa inexorable y casi intolerable sinceridad.

—Como un hombre —dijo, sujetándole fuerte y burlona contra sus caderas que se movían aunque no era necesario.

No necesita tocarme, pensó. Ni el sonido de su voz, ni siquiera el olor, basta una zapatilla, una de esas frágiles instigaciones al amor tirada en el suelo.

—Vamos. Está bien, mucho mejor. Muy bien. —Soltó una mano y empezó a desabrocharle la camisa.

—Pero dicen que antes de mediodía esto trae mala suerte. ¿O no?

—Sí —dijo él.

Ella empezó a desabrocharle el cinturón.

—¿O es el modo con que suavizas tus insultos? ¿O te vas a acostar conmigo porque alguien te ha hecho acordar que soy una mujer?

—Sí —dijo él—, sí.

Después, en la mañana, oyeron partir el auto de Bradley. Boca abajo y medio atravesada sobre él (se había dormido, su cuerpo pesado y laxo, su cabeza junto a la barba de él, su aliento lleno y pausado) se enderezó, un codo en su estómago y la manta deslizándose de los hombros, mientras se perdía el ruido del coche.

—Bueno, Adán —dijo ella.

—Pero ellos siempre habían estado solos —dijo él.

—Siempre, desde la primera noche. Aquel cuadro. No podíamos estar más solos, por más personas que se fueran.

—Ya sé. Quiero decir, voy ahora a nadar.

Se deslizó de abajo de la frazada. Él la observaba, el grave cuerpo simple un poco más ancho, un poco más macizo que los anuncios de “Hollywood-aceite de bacalao”, los pies desnudos chapoteando en las tablas ásperas, hacia la puerta celosía.

—Hay trajes de baño en el armario —dijo él.

Ella no contestó. Sonó la puerta. Ya no podía verla, sólo levantando la cabeza.

Nadaba todas las mañanas; los tres trajes de baño todavía no se habían tocado en el armario. Él se levantaba para el desayuno, volvía al corredor y se acostaba en el catre para oír los pies desnudos cruzar el cuarto y luego el corredor; quizá observara el firme y suave cuerpo tostado cruzar el corredor. Entonces se volvía a dormir (escasamente una hora después de dormitar, una costumbre que había adquirido en los seis primeros días) para despertar después y mirar afuera y verla acostada en el muelle, boca abajo o de espaldas, los brazos cruzados sobre la cabeza o debajo de ella; a veces se quedaba aún, no durmiendo ya y ni siquiera pensando, sólo existiendo en una somnolencia de feto, pasiva y casi inconsciente en la matriz de la paz y de la soledad. Cuando ella volvía, él se movía lo suficiente para que sus labios besaran la cadera con un impacto de sol al detenerse junto al catre, saboreando el sol en su carne. Un día, algo le sucedió.

Setiembre había pasado, las noches y las mañanas eran decididamente frescas; ella se bañaba después del almuerzo y no después del desayuno y hablaban de cuando tuvieran que mudar las camas de la galería al cuarto de la chimenea. Pero los días en sí no habían cambiado. La misma recapitulación estática de intervalos dorados entre el alba y el ocaso, los largos días quietos, idénticos, la immaculada jerarquía monótona de mediodías llenos de la miel caliente del sol, a través de los cuales el año decreciente se amontonaba en retrasadas hojas de arce rojas y amarillas, errantes, yendo hacia la nada. Todos los días ella se iba en seguida de nadar y de su baño de sol, con el rollo y la caja de pinturas, dejándolo a él andar por la casa vacía y al mismo tiempo sonora con el duro impacto de la presencia de Carlota — los pocos vestidos, el murmullo de sus pies desnudos en las tablas... mientras se creía preocupado, no por el inevitable día en que se les acabaran las provisiones, sino por el hecho de que no parecía preocuparse por ello; curioso estado de ánimo que ya había experimentado una vez cuando el marido de su hermana le había reprochado, un verano, que se negara a ejercer su voto. Recordaba cómo su exasperación se convirtió en rabia mientras trataba de dar razones a su cuñado, comprendiendo al fin que hablaba más y más ligero no para convencer a su cuñado sino para justificar su propia rabia como si en una floja pesadilla sujetara sus pantalones caídos; pues ni siquiera estaba hablando con su cuñado sino consigo mismo.

Se le volvió una obsesión; comprendió con tranquilidad que oculta, quieta y decentemente se había vuelto un poco loco. Ahora pensaba constantemente en las menguantes filas de latas y bolsas contra las que iba emparejando en razón inversa los días crecientes, pero no quería ir a la despensa y mirarlas, contarlas. Recordaba cómo solía ir al banco de un parque y sacar su cartera y de ella la tira de papel y restar un número de otro, mientras ahora, todo lo que podía hacer era echar un vistazo a una fila de latas en un estante; podía contar las latas y saber exactamente cuántos días más les quedaban, podía tomar un lápiz y marcar el estante en días y ni siquiera tendría que contar las latas, pues al dar un vistazo al estante leería la situación en el acto, como en un termómetro. Pero ni siquiera miraba la despensa. Sabía que durante esas horas estaba loco y a veces luchaba con esa idea, creyendo que había conquistado la locura, pero acto seguido, las latas, salvo por una convicción trágica de que ellas tampoco importaban, estaban tan fuera de su mente como si nunca hubieran existido y miraba el ambiente familiar con profunda desesperación, sin saber siquiera que estaba ahora preocupado, tan horriblemente preocupado que ni siquiera lo sabía; miraba con una especie de horrorizado asombro la soledad llena de sol por donde ella había andado hacía un momento pero donde aún estaba y a la que regresaría y se reintegraría al aura que había dejado detrás, lo mismo que podía reintegrarse a un vestido y encontrarlo a él en el catre, no durmiendo ahora ni leyendo, costumbre que había perdido junto con la costumbre del sueño y decirse íntimamente:

Estoy aburrido. Estoy aburrido hasta la muerte. Aquí nada me necesita. Ni siquiera ella. He cortado ya bastante leña para que dure hasta Navidad y ya no tengo nada que hacer aquí.

Un día le pidió que dividiera con él el rollo y los colores. Lo hizo y encontró que tenía daltonismo y no lo sabía. Todos los días se acostaba de espaldas en un claro asoleado que había encontrado, en medio del* fuerte olor astringente del bálsamo, fumando la pipa barata (la provisión que hizo antes de dejar Chicago, para enfrentar el día en que le faltaran las provisiones y el dinero), su medio rollo

de papel y su lata de sardinas convertida en caja de pintura intacta y prístina a su lado. Un día resolvió hacer un calendario, una idea inocentemente concebida no por la mente, no por el deseo de un calendario, sino por el mero tedio muscular y llevada a efecto con el puro quieto placer sensual de un hombre esculpiendo una canasta en un carozo de durazno o el padrenuestro en la cabeza de un alfiler; lo dibujó prolijamente en el papel de dibujo, numerando los días, proyectando el empleo de varios colores apropiados para domingos y feriados. Descubrió en seguida que había perdido la cuenta de los días, pero eso sólo contribuyó a la expectativa prolongando el trabajo, haciendo más intrincado el placer: la canasta de durazno doble, la oración cifrada. Retrocedió a aquella primera mañana, cuyo nombre y fecha sabía, en que él y Mc Cord estaban en cuclillas al borde del agua, luego contó adelante, reconstruyendo de memoria los soñolientos límites entre uno y otro amanecer, desentrañando uno por uno de la red inmóvil de la soledad (áspera como vino y quieta como miel) los martes y viernes y domingos perdidos; cuando se le ocurrió de pronto que podía verificar sus números, reducir a una verdad matemática el hueco intemporal y asoleado en el que se habían desvanecido los días individuales, por las fechas y los intervalos entre los períodos de Carlota y se sintió como debió sentirse un viejo contemplador de cayado en las antiguas cumbres de Siria, recorridas de ovejas, luego de tropezar por casualidad con alguna fórmula alejandrina que demostrara las verdades estelares que había observado todas las noches de su vida y cuya verdad conocía, pero no cómo ni por qué.

Fue entonces cuando la cosa le sucedió. Se sentó a mirar lo que había hecho en un alegre y asombroso divertimento ante la astucia desplegada por él al obligar a Dios, a la naturaleza (a la no matemática superfecunda naturaleza, a esa naturaleza primordial y desordenada derrochadora, ilógica y sin plan) a resolver su problema matemático, cuando descubrió que había adjudicado seis semanas al mes de octubre y que el día de hoy era el 12 de noviembre. Le pareció que podía ver el número irrefutable y solitario, en la idéntica anónima jerarquía de los días perdidos; le pareció ver la fila de latas del estante hasta una media milla, las dinámicas sólidas formas de torpedo que hasta ahora habían caído una a una, silenciosas y sin peso, en ese tiempo estancado que no adelantaba y que de algún modo encontraría alimento para sus dos víctimas como les encontraba aliento, a la inversa del tiempo, del tiempo que ahora se mueve, lento e irresistible, borrando las latas una a una en progresión constante como ensombrece el suelo una nube que pasa. *Sí, pensó. El veranillo de San Martín tiene la culpa. He sido seducido a un imbécil paraíso por una vieja ramera; he sido sofocado y exhausto de fuerza y voluntad por la vieja fatigada Lilith del año.*

Quemó el calendario y volvió a la cabaña. Ella no había vuelto todavía. Se fue a la despensa y contó las latas. Faltaban dos horas para la puesta del sol; cuando miró hacia el lago, vio que no había sol y que una masa de nubes como algodón sucio cruzaba del este al noroeste y que la clase y sabor del aire habían cambiado también. *Sí, pensó. La vieja perra. Me ha traicionado y ahora no necesita fingir.* Por fin la vio acercarse, rodeando el lago, con un par de pantalones suyos y un viejo *sweater* que había encontrado en el armario con las frazadas. Salió a su encuentro —Dios mío —dijo ella—. Nunca te he visto tan feliz. Has pintado un cuadro o has descubierto al fin que el género humano no debe siquiera tratar de producir arte.

Él andaba más rápido de lo que pensaba; cuando le echó los brazos alrededor, su mero contacto físico la detuvo; rechazada, lo miró con verdadero y no

fingido asombro.

—Vamos a *amorear* un rato.

—Sí.

—Sin duda, amigo —dijo inmediatamente.

Luego se volvió para mirarlo otra vez.

—¿Qué es esto? ¿Qué está pasando aquí?

—¿Tendrás miedo de quedarte sola esta noche? —Empezó a desasirse.

—Déjame. No veo claro.

La soltó, aunque se arregló para encontrar la fija mirada amarilla a la que nunca hasta ahora había conseguido engañar.

—¿Esta noche?

—Es el doce de noviembre.

—Bueno, ¿y qué? —lo miró—. Ven. Vamos a casa a averiguar bien todo esto.

Volvieron: de nuevo se detuvo y lo miró.

—Ahora dime qué quieres.

—Acabo de contar las latas. De medir el...

Lo miró con esa dura, casi severa impersonalidad.

—Tenemos comida para seis días más.

—Bueno. ¿Y qué?

—Era el buen tiempo. Como si el tiempo se hubiera detenido y nosotros con él como dos ramitas en un estanque. Por eso no pensé en inquietarme, en vigilar. Voy a ir caminando a la aldea. Está a sólo doce millas. Puedo estar de vuelta mañana a mediodía. —Ella lo miró.

—Una carta de Mc Cord, debe estar ahí.

—¿Has soñado que está ahí? ¿Lo has descubierto en la cafetera cuando medías las provisiones?

—Estará ahí.

—Bueno. Pero espera a mañana para ir. No puedes andar doce millas antes que oscurezca.

Comieron y se acostaron. Esta vez fue derecho a la cama con él, tan sin cuidado del duro y doloroso codo que lo pinchaba como lo hubiera sido por su propia cuenta si las posiciones se hubieran invertido, como lo estaba de la mano dolorida que asía el pelo del hombre y le sacudía la cabeza con desenfadada impaciencia.

—¡Dios mío! Nunca he visto a nadie en mi vida luchar tanto por parecer un marido. Escúchame: si fueras un marido con éxito y alimento y cama y lo que necesitara, ¿por qué demonios crees tú que estaría aquí en vez de volver allá donde lo tengo?

—Es cierto.

—Entonces, ¿por qué afligimos? Es como afligirnos por la necesidad de bañarnos justo en el momento en que van a cortar el agua.

Luego se levantó y saltó del catre con la misma violencia brusca; él la miró llegar a la puerta, abrirla y mirar fuera. Sintió la nieve antes que ella hablara.

—Está nevando.

—Ya sé. Lo sabía esta tarde. —Ella comprendió que todo estaba perdido.

Cerró la puerta.

Esta vez se fue a acostar en el otro catre.

—Trata de dormir. Vas a tener mañana una dura caminata, si nieva mucho.

—Estará de todos modos.

—Si —dijo ella.

Bostezó, dándole la espalda.

—Pero ahí estará. Sí —dijo—, hará una o dos semanas que está.

Dejó la cabaña un poco después de aclarar. Había cesado la nieve y hacía bastante frío. Llegó a la aldea en cuatro horas y encontró la carta de Mc Cord. Contenía un cheque por veinticinco dólares; había vendido uno de los muñecos; y tenía promesa de empleo para Carlota en un departamento de tienda durante las vacaciones.

Era muy entrada la noche cuando regresó.

—Puedes poner todo en la olla —dijo—. Tenemos veinticinco dólares y Mc Cord te ha encontrado trabajo. Vendrá el sábado a la noche.

—¿El sábado a la noche?

—Le he telegrafiado. Esperé la respuesta. Por eso me he demorado.

Comieron y esta vez se metió despacito en el estrecho catre de él y esta vez hasta se acurrucó contra él como nunca la había visto hacerlo en ningún momento.

—Voy a sentir mucho irme.

—¿De veras? —le dijo él, tranquila, pacíficamente, acostado de espaldas, los brazos cruzados sobre el pecho como una efigie de piedra en un sepulcro del siglo X.

—Probablemente te gustará volver, una vez que ya estés ahí. Volver a ver gente, Mc Cord y los otros que te gustan, Navidad y todo eso. Puedes lavarte la cabeza otra vez y manicurarte las uñas.

Esta vez no se movió, ella que tenía la costumbre de asaltarlo con ese ímpetu frío y despreocupado, sacudiéndolo y tironeándolo no sólo en la conversación sino por mero énfasis. Esta vez, yacía en perfecta calma, sin respirar siquiera, su voz llena, no con suspiros sino con absoluta y atónita incredulidad.

Te gustará cuando estés, cuando puedas, ¿Harry, qué quieres decir?

—Que he telegrafiado a Mc Cord que venga a buscarte. Tú tendrás trabajo; eso te bastará hasta después de Navidad. He pensado que puedo quedarme aquí con la mitad de los veinticinco dólares. Quizá Me pueda encontrar algo para mí también; aunque sea un trabajo cualquiera. Entonces yo volvería a la ciudad y podríamos...

—¡No! —gritó ella—¡No, no! Dios mío, ¡no! ¡Apriétame, apriétame fuerte, Harry! ¡Es para esto, todo es para esto, eso es lo que estamos pagando; para poder estar juntos, dormir juntos todas las noches; no comer y defecar y dormir abrigados para levantarnos y comer y defecar para volver a dormir abrigados! ¡Apriétame! ¡Apriétame fuerte! ¡Fuerte! —Él la agarró, sus brazos rígidos, su rostro quieto vuelto hacia arriba, sus labios separados de los dientes rígidos.

Dios, pensó. Dios ayúdala, Dios ayúdala.

Dejaron la nieve en el lago, aunque antes de llegar a Chicago habían alcanzado un poco del fin del veranillo que viajaba hacia el sur. Pero ya no duró y era ya invierno en Chicago; el viento canadiense heló la nieve en el lago y sopló a los cañones de piedra florecidos de muérdago con la inminente Navidad achicharrando y helando las caras de los vigilantes y dependientes y mandaderos y gente de la Cruz Roja y del Ejército de Salvación vestidos de Santa Claus, los días finales, muriendo en *neolux* sobre los rostros en flor enmarcados de pieles de las esposas e hijas de millonarios, ganaderos, madereros y de las queridas de políticos llegados de Europa y de las estancias de lujo para pasar las fiestas en los

vertiginosos opulentos inquilinatos sobre el lago de hierro y la rica ciudad desparramada antes de la partida a Florida, y de los hijos de especuladores de Londres y de aristócratas improvisados de los condados centrales y senadores sudafricanos venidos a visitar Chicago porque habían leído a Whitman y Masters y Sandburg en Oxford o Cambridge — miembros de esa raza que sin vocación para exploraciones y armados de libretas y cámaras fotográficas y bolsas impermeables eligen para pasar la estación de las fiestas cristianas las mordidas y tenebrosas selvas de los salvajes. El empleo de Carlota era en una de las tiendas que le había comprado sus primeras estatuillas. Incluía también el arreglo de vidrieras y vitrinas, de modo que su día a veces empezaba de tarde cuando se cerraba la tienda y cuando el día de los otros empleados había concluido. Así que Wilbourne, y a veces Mc Cord, la esperaban en un bar de la esquina donde hacían una comida temprana. Luego Mc Cord se despedía para empezar su inverso día en el periódico, y Carlota y Wilbourne volvían a la tienda que ahora asumía una vida invertida, extravagante e infernal — la caverna de vidrio cromado y mármol sintético que por ocho horas había estado llena del duro murmullo voraz de compradores suntuosos y de las fijas morisquetas regimentadas de vendedoras como muñecas vestidas de raso, ahora vacía de ruido, resplandeciendo quieta y resonante de cavernoso silencio, empequeñecida, llena ahora con una torva, tensa furia como una nocturna clínica vacía en que un puñado de cirujanos y enfermeras pigmeos luchan en un decoroso semitono por una oscura vida anónima, en la que Carlota también se iba a desvanecer (no desaparecer: la vería de tiempo en tiempo, consultando por señas con alguien sobre algún objeto, que uno de ellos tenía, o entrando o saliendo de una vidriera) en cuanto entraban. Él tendría un diario de la tarde y por dos o tres horas se sentaría en sillas frágiles rodeado por figuras sin coyunturas con suaves cuerpos sin órganos y caras serenas casi increíbles, adornadas de brocado y cequíes o del brillo de lentejuelas, mientras aparecían fregonas arrodilladas empujando baldes ante sí como si fueran de otra especie, salidas, como topos, de algún túnel u orificio, nacidas de las entrañas de la misma tierra y sirviendo un oscuro principio sanitario, no al brillo atenuado que apenas miraban sino a las regiones subterráneas a las que volverán a arrastrarse antes del alba. Después a las once y a medianoche y como Navidad se acercaba, aun más tarde se irían a casa, al departamento que no tenía banco de trabajo ni claraboya, pero que era nuevo y limpio en un barrio nuevo y limpio, cerca de una plaza (desde donde, entre su primer y segundo sueño diario, oía las movientes voces de niños perseguidos por niñeras), donde Carlota se iba a la cama y él se volvería a sentar a la máquina de escribir ante la que había pasado todo el día, la máquina prestada primero por Mc Cord, luego alquilada a una agencia, luego comprada de ocasión entre las pistolas inofensivas y guitarras y dientes orificados en una casa de empeños, en la que escribía y vendía a las revistas de confesiones, cuentos que empezaban así: “Yo tenía el cuerpo y los deseos de una mujer, pero en conocimiento y experiencia del mundo era sólo una niña”, o “Si hubiera tenido el amor de una madre para protegerme en aquel día fatal” — cuentos que escribía íntegros desde la primera mayúscula hasta el punto final en un solo ímpetu continuado y frenético, como el *half-back* que agarra la pelota (el Albatros, su Viejo del Mar, que es su verdadero enemigo más que el *team* contrario o que los irrefutables signos de tiza que son profundamente aterradores y sin sentido, como la pesadilla de un idiota) y corre hasta acabar el juego vencido o a través de la línea del *goal*, lo mismo da—, después se acostaba, con el alba a veces

más allá de la ventana abierta del frío cuartito de dormir, para meterse en cama junto a Carlota, quien sin despertarse a veces se daba vuelta hacia él, murmurando algo húmedo e incomprensible desde el sueño, y acostarse otra vez apretándola como en la última noche del lago, bien despierto, cuidadosamente quieto y rígido, sin deseos de dormir, esperando exhalar el olor y el eco de su última hornada de papilla de imbéciles.

En general, estaba despierto mientras ella dormía, y viceversa. Ella se levantaba, cerraba la ventana, se vestía y hacía el café (el desayuno que mientras eran pobres, cuando ignoraban de dónde vendría la próxima provisión de café, preparaban y tomaban juntos y cuya loza lavaban y secaban juntos de pie ante la piletta) y se iba sin que él lo supiera. A su turno se despertaba y oía pasar los chicos mientras el café guardado se calentaba, y lo bebía y se sentaba ante la máquina de escribir, entrando sin esfuerzo y sin lástima en la anestesia de su monótono inventar. Al principio hizo una especie de rito de su almuerzo solitario, eligiendo los tarros y rebanadas de carne y cosas de la noche antes, como un chiquilín con un nuevo traje de Daniel Boone, haciendo sonar *crackers* en un armario de plumeros convertido en bosque. Pero últimamente, desde que compró la máquina de escribir (había renunciado a su rango de *amateur*, se dijo; ya no tenía que fingir que era una broma) empezó a prescindir del almuerzo, de la tarea de comer, y escribía firme, no deteniéndose más que para descansar los dedos con un cigarrillo quemando el borde de la mesa alquilada, mirando, pero no viendo las dos o tres líneas visibles de su última ficción rudimental para imbéciles, su pastilla de goma sexual; luego, recordando el cigarrillo lo levantaba y refregaba inútilmente en la nueva quemadura antes de ponerse a escribir otra vez. Luego llegaba la hora y con la tinta apenas seca en la estampilla y el sobre dirigido a él mismo con el último cuento que empezaba: “A los 16 años yo era soltera y madre”, dejaba el departamento y caminaba por las calles repletas, en las indecisas tardes menguantes del año que moría, hasta el bar donde se encontraría con Carlota y Mc Cord.

También era Navidad en el bar, ramitas de acebo y muérdago entre las resplandecientes pirámides de vasos, repetidas en los espejos, los espejos remedando las grotescas chaquetas de los mozos, los humeantes boles de ron caliente y whisky, que los parroquianos miraban y se recomendaban unos a otros, mientras tenían en las manos los mismos *cocktails* y *highballs* hechos que habían estado bebiendo todo el verano. Luego, Mc Cord en la mesa acostumbrada, con lo que ellos llamaban almuerzo —un cuarto de cerveza y casi otro cuarto de *pretzels* o maníes salados o cualquier cosa equivalente—, y Wilbourne tomaba la única bebida que se permitía antes de la llegada de Carlota. (*Puedo permitirme ahora templanza, sobriedad* —le decía a Mc Cord—. *Puedo pagar vuelta a vuelta por el privilegio de rehusar.*) Y esperaban la hora en que las tiendas se vaciaran, las puertas de vidrio se abrieran hacia afuera para eructar en el tierno resplandor helado de los avisos eléctricos, los rostros entre pieles y acebo, los desfiladeros esculpidos de viento alegres y frágiles con los buenos deseos y augurios de las claras voces perdiéndose en aliento visible y la escalera mecánica de las empleadas despidiendo el regimiento de raso negro, los pies hinchados por el largo estar de pie, las caras doloridas por la larga rígida mueca.

Luego Carlota entraba: dejaban de hablar y la miraban acercarse ingeniándose y ladeándose al pasar el gentío en el bar y entre los mozos y las abarrotadas mesas, su abrigo abierto sobre el limpio uniforme, su sombrero

echado atrás, descubriendo la frente según la moda corriente, aun más echado atrás como si lo hubiera empujado con un golpe del antebrazo, el inmemorial gesto femenino de inmemorial lasitud femenina, acercándose a la mesa, el rostro pálido y fatigado, aunque moviéndose tan enérgicamente y segura como siempre. Los ojos tan serios e incorregiblemente sinceros como siempre sobre la fuerte nariz, la ancha pálida boca sin sutileza.

—Raros los hombres —decía luego dejándose caer en la silla que uno de ellos le ofrecía—. Bueno, papá.

Entonces comían, a la hora indebida, la hora en que el resto del mundo empezaba a prepararse para comer.

—*Me siento como tres osos enjaulados un domingo a la tarde* —decía ella comiendo la comida que ninguno apetecía para dirigirse luego, Mc Cord al periódico, Carlota y Wilbourne a la tienda otra vez.

Dos días antes de Navidad, al entrar al bar traía un paquete. Eran regalos de Navidad para sus dos hijas. No tenía ahora mesa de trabajo ni claraboya. Los desenvolvió y los envolvió sobre la cama, la inmemorial — el banco de trabajo para engendrar niños a ciegas convertido ahora en altar para el oficio del Niño, sentada ella en el borde rodeada de papel estampado de acebo y del pretencioso y frágil cordoncito colorado y verde y etiquetas engomadas, los dos regalos que había elegido razonablemente costosos, pero sin apariencia, mirándolos con una especie de torvo asombro en las manos, ella que en casi todos los actos humanos era directa y rápida.

—Ni siquiera me han enseñado a hacer paquetes —dijo—. Chicos. No es una función para niños, en verdad. Es para adultos: una semana de permiso para volver a la infancia, para dar algo que uno no necesita a alguien que tampoco lo necesita, y pedir que se lo agradezcan. Y los niños hacen el canje, se cambian con uno. Abandonan la puerilidad y aceptan el papel que uno deja no porque tengan el menor deseo de ser adultos, sino por esa inexorable piratería de los niños que harán uso de cualquier cosa (decepción o representación o misterio) para corregir cualquier cosa. Algo, cualquier cosa, cualquier chuchería. Los regalos no significan nada para ellos hasta que son lo bastante grandes para calcular su costo aproximado. Por eso a las mujercitas les interesan más los regalos que a los varones. Toman lo que uno les da, no porque prefieren aceptar eso en vez de nada, sino porque es todo lo que esperan de los bueyes estúpidos entre los que por alguna razón tienen que vivir... Me han propuesto que siga en la tienda.

—¿Qué? —dijo él. No había estado escuchándola. Había estado oyendo, pero no escuchando, mirando las cortas manos entre desperdicios de papel, pensando: *Ahora es el momento de decir, ve a tu casa. Pasa la noche de mañana con ellas.*

—¿Qué?

—En la tienda me dan trabajo hasta el verano.

Esta vez escuchó y oyó; pasó por el mismo trance que cuando reconoció la fecha en el calendario; ahora sabía cuál era la zozobra que lo había preocupado todo el tiempo, por qué yacía rígido y precavido junto a ella al amanecer, creyendo que la razón de su desvelo era que esperaba que el olor de sus prostitución literaria se desvaneciera, por qué se detenía ante una página inconclusa, creyendo que no pensaba en nada, creyendo que sólo pensaba en el dinero, cómo siempre tenía la suma equivocada y que les pasaba con el dinero lo que a algunas personas desdichadas con el alcohol: o nada o demasiado. *Era la ciudad en lo que pensaba, se dijo. La ciudad y el invierno juntos, una coalición demasiado fuerte para*

nosotros, aun por un tiempo — el invierno que acorrala la gente entre los muros dondequiera que esté, pero invierno y ciudad a un tiempo, una cárcel, hasta el pecado hecho rutina, absolucón del adulterio.

—No —dijo él—. Porque nos iremos a Chicago.

—¿Irnos?

—Sí, del todo. Ya no trabajarás más, por dinero. Espera —dijo con rapidez—, ya sé que hemos llegado a vivir como si lleváramos cinco años de casados, pero no te hablo ahora como el marido pesado. Sé que me sorprende pensando. *Quiero que mi esposa tenga lo mejor*, pero no todavía. No quiero que mi mujer trabaje. No es esto. Es para la consecuencia del trabajo, es por habernos acostumbrado a trabajar antes de saber para qué, casi demasiado antes de saberlo. ¿Recuerdas lo que me dijiste allá en el lago cuando yo insinué que te fueras mientras podías irte y me contestaste: Esto es lo que hemos comprado, lo que estamos pagando: estar juntos y comer juntos y dormir juntos? Y ahora mira. Cuando estamos juntos en un bar o en un tranvía o caminando por una calle repleta y cuando comemos juntos es en un restaurante lleno, en la hora que te conceden en la tienda para que puedas comer y mantenerte fuerte a fin de sacar provecho del dinero que te pagan todos los sábados, y no dormimos juntos, sino por turno, mirándonos dormir; cuando te toco, sé que estás demasiado cansada para despertarte y tú estás probablemente demasiado cansada para pensar en tocarme.

Tres semanas después, con una dirección garabateada en el arrancado margen de un periódico doblado en el bolsillo del saco, entró en una casa de escritorios y subió veinte pisos hasta una puerta de vidrio opaco que decía: “Gallagher Mines”, y entró y pasó con alguna dificultad una empleada de pelo teñido y se encaró al fin ante un escritorio lustrado y completamente vacío, salvo un teléfono y un mazo de barajas, listas para un solitario, con un hombre colorado, de mirada fría, de unos cincuenta años, con la cabeza de un salteador de caminos y el cuerpo de un jugador de fútbol de 220 libras de peso, en un traje de tela cara, que sin embargo parecía haber obtenido en un saldo con la pistola al pecho, a quien Wilbourne trató de dar un resumen de sus títulos médicos y de su experiencia.

—Eso no interesa —le interrumpió el otro—. ¿Puede atender los accidentes comunes a que están expuestos los trabajadores en una mina?

—Yo le estaba diciendo...

—Ya he oído. Yo le pregunto otra cosa. He dicho atenderlos.

Wilbourne lo miró.

—Yo no creo... —empezó.

—Cuidar la mina. A los propietarios. Los que han puesto allí su dinero. Los que le pagarán un salario mientras usted lo gane. No me importa un bledo cuánta o ninguna cirugía o farmacología sepa usted o no sepa o cuántos títulos tenga y de dónde. A nadie allá le importará; no habrá inspectores del Estado para pedirle su diploma. Quiero saber si podemos confiar en usted para proteger la mina, contra enredos. Contra pleitos de gringos y de checos y de chinos a quienes se les puede ocurrir canjear una mano o un pie por una pensión o por un pasaje de vuelta a Cantón o a Hong Kong.

—¡Ah! —dijo Wilbourne—. Ya veo; sí, puedo hacerlo.

—Muy bien. Le darán en seguida lo necesario para ir a la mina. Su sueldo será...

Dijo una suma.

—No es mucho —dijo Wilbourne.

El otro lo miró con los fríos ojos incrustados en grasa. Wilbourne le devolvió la mirada.

—Tengo un título de una buena universidad, una conocida facultad de medicina. Sólo me faltaban unas semanas para concluir mi internado en un hospital que tiene un...

—Entonces no necesita este empleo. Este empleo no está a la altura de sus condiciones y, me atrevo a decir, de sus méritos. Muy buenos días.

Los fríos ojos lo miraron; no se movió.

—He dicho: muy buenos días.

—Necesito gastos de viaje para mi esposa —dijo Wilbourne.

Su tren partió dos días después a las tres de la mañana. Esperaron a Mc Cord en el departamento donde había vivido dos meses sin dejar otra marca que las quemaduras de cigarrillo en la mesa.

—Ni siquiera amor —dijo él—. Ni la dulce rápida música de pies desnudos que en la penumbra se apresuran hacia la cama, ni sábanas, que impacientan la espera. Sólo el crujir de los elásticos, la operación matinal de un matrimonio de diez años. Estábamos atareados; tuvimos que alquilar y sostener un cuarto para dos autómatas.

Vino Mc Cord y bajaron el equipaje, las dos valijas con las que habían dejado Nueva Orleáns, y la máquina de escribir. El encargado dio la mano a los tres y expresó un sentimiento por la disolución de lazos domésticos mutuamente agradables.

—Sólo nosotros dos —dijo Wilbourne—. Ninguno de nosotros es andrógino.

El encargado parpadeó, pero sólo una vez.

—¡Ah! —dijo—. Buen viaje. ¿Tienen coche?

Tenían el coche de Mc Cord; subieron en un débil resplandor de plata baja, los avisos finales y el retumbar del cambio de luces; el changador condujo las dos valijas y la máquina de escribir al portero en el vestíbulo del Pullman.

—Tenemos tiempo de tomar algo —dijo Mc Cord.

—Tú y Harry podéis tomarlo —dijo Carlota—. Yo me voy a la cama.

Fue y abrazó a Mc Cord con la cara levantada.

—Buenas noches, Mc.

Entonces Mc Cord se adelantó y la besó. Ella entró y se dio vuelta, la miraron entrar al vestíbulo y desaparecer. Entonces Wilbourne supo también que Mc Cord sabía que no la volvería a ver.

—Y, ¿tomamos algo? —dijo Mc Cord.

Fueron al bar de la estación y encontraron una mesa y luego se sentaron otra vez como en tantas otras tardes mientras esperaban a Carlota — las mismas caras bebiendo, los mismos sacos blancos de los mozos y *barmen*, los mismos vasos amontonados y centelleantes, sólo faltaban el acebo y los humeantes boles (la Navidad, había dicho Me, es la apoteosis de la burguesía, la estación en que según una brillante historia el Cielo y la Naturaleza, de acuerdo por una vez, dictan y postulan que todos somos maridos y padres cuando frente a un altar en forma de bebedero enchapado en oro el hombre puede impunemente postrarse en una orgía de efusiva obediencia sentimental al cuento de hadas que conquistó el Occidente en que durante siete días el rico se hace más rico y el pobre más pobre: el lavar de una semana estipulada dejando la página en blanco y prístina otra vez para la crónica de la nueva equina venganza —*Aquí está el caballo*, decía Mc Cord— y

odio) y el mozo venía como solía venir; la misma manga blanca, la anónima cara de mozo sin facciones que uno no advierte nunca.

—Cerveza —dijo Mc Cord—; ¿y tú?

—*Ginger ale* —dijo Wilbourne.

—¿Qué?

—Soy abstemio.

—¿Desde cuándo?

—Desde anoche. No puedo sostener el vicio.

Mc Cord lo miró.

—Demonio —dijo Mc Cord—; tráigame entonces un vaso grande.

El mozo se fue.

—Parece que te tienta.

Mc Cord seguía mirando a Wilbourne.

—Escucha —dijo—; ya sé que éste no es asunto mío. Pero quisiera saber lo que hay. Estabas aquí ganando bastante, y Carlota tenía un buen empleo; tenían una buena casa para vivir. Y de repente te vas, haces que Carlota renuncie a su empleo para irse en febrero a meterse en el pozo de una mina de Utah, sin ferrocarril o teléfono y ni siquiera una cucaracha, con un sueldo de...

—Eso es. Ése es el porqué. Me había vuelto...

Se calló. El mozo dejó las bebidas sobre la mesa y se fue. Wilbourne levantó su *ginger ale*.

—A la libertad.

—Brindo —gruñó Mc Cord—. Probablemente vas a poder beber bastante antes de verla. Y con agua también, ni siquiera con “sifón”. Y quizá en un sitio más estrecho que éste. Porque ese tipo es venenoso. Yo sé algo de él. Es un impostor. Si la verdad sobre él se escribiera en una lápida no sería un epitafio, sería un prontuario de policía.

—Bueno —dijo Wilbourne—. Al amor, entonces.

Había un reloj sobre la puerta de entrada — la cara ubicua y sincronizada, oracular, admonitoria e insensible; aun le quedaban 22 minutos. *En dos minutos diré a Mc Cord lo que tardé meses en descubrir*, pensó.

—Me había convertido en un marido —dijo—. Eso es todo. Yo no lo sabía siquiera hasta que ella me dijo que en la tienda le propusieron que se quedara. Al principio tenía que observarme cada vez que tenía que decir “mi esposa” o Mrs. Wilbourne, luego descubrí que me había vigilado meses para no decirlo; hasta me había sorprendido dos veces desde que volvimos del lago, pensando *quiero que mi esposa tenga lo mejor* exactamente como un marido con el salario del sábado y su casita suburbana llena de invenciones eléctricas para ahorrar trabajo y su mantelito de verde para regar el domingo por la mañana, que serán suyos si no lo despiden o si no es atropellado por un coche en los diez años subsiguientes — el gusano ciego a toda pasión y muerta toda esperanza y que ni siquiera lo sabe, olvidadizo e inconsciente ante la tiniebla total, ante la oscuridad toda despectiva que lo fulminará a su hora. Hasta había dejado de avergonzarme de la manera como ganaba el dinero; ya no me avergonzaban mis cuentos; como el empleado que está comprando por mensualidades la casita propia donde su mujer tendrá lo mejor, no se avergüenza de su emblema, el destapador de goma para letrinas, que lleva consigo. En efecto, hasta me gustaba escribirlos, aun aparte de la ganancia, como el muchacho que nunca ha visto hielo y que se enloquece por patinar en cuanto aprende. Además, después de empezar a escribirlos me di cuenta de que

no había sospechado los abismos de depravación de que la invención humana es capaz, lo que siempre es interesante...

—De los abismos en que la invención humana se regocija, querrás decir —dijo Mc Cord.

—Sí. Eso es... Decencia, eso era lo que me decidí. Hace poco descubrí que la haraganería engendra nuestras virtudes, nuestras más tolerables cualidades; contemplación, ecuanimidad, pereza, dejar en paz al prójimo; buena digestión mental y física; la sabiduría de limitarse a placeres carnales: comer y defecar y fornicar y sentarse al sol, porque no hay nada mejor, comparable, ninguna cosa mejor en este mundo sino vivir por el corto tiempo en que se nos presta aliento, estar vivo y saberlo —ah, sí, ella me enseñó eso, me marcó también para siempre— nada, nada. Pero hace poco he visto claro, sacando la conclusión lógica, que una de las virtudes primordiales —ahorro, aplicación, independencia— engendra todos los vicios —fanatismo, entrometimiento, suficiencia, miedo y lo peor de todo, decencia. Nosotros, por ejemplo. Porque el hecho de ser solventes por primera vez, de saber con seguridad de dónde vendría la comida de mañana (el maldito dinero, demasiado: de noche nos quedábamos despiertos planeando cómo gastarlo; para la primavera ya andaríamos con prospectos de compañías de vapores en los bolsillos) me había esclavizado y entregado a la decencia como cualquiera.

—Pero no ella —dijo Mc Cord.

—No, pero ella es más hombre que yo. Ya lo dijiste — como cualquier hombre a la bebida o al opio. Me había convertido en el perfecto dueño de casa. No me faltaba más que la sanción oficial en la forma de un número en el registro de Seguridad Social como cabeza de familia. Vivíamos en un departamento que no era bohemio, que no era un nido de amor culpable, ni siquiera en esa parte de la ciudad sino en un vecindario dedicado por las ordenanzas municipales y por su arquitectura al segundo año de matrimonio entre el montón de quienes ganan cinco mil al año. Me despertaba por la mañana el ruido de los chicos que pasaban; cuando llegaba la primavera y las ventanas tenían que estar abiertas, escuchaba todo el día los gritos furiosos de niñeras suecas en la plaza, y cuando el viento venía de ese lado tomaba el olor de los orines de los chicos y de los *clackers*. Yo le decía a eso mi casa, había un rincón que llamábamos mi estudio; hasta compré al fin la maldita máquina de escribir—algo de que había prescindido durante veintiocho años hasta el punto de que ni siquiera la conocía, algo demasiado pesado y macizo para llevar, pero que no me atrevía a dejar.

—Todavía la tienes, he notado —dijo entonces Mc Cord.

—Sí. Una buena porción de valor es un descreimiento sincero en la suerte. Me había atado de pies y manos en una tirita de cinta entintada, diariamente me veía más y más enredado en ella como una mosca en una tela de araña; todas las mañanas, para que mi esposa pudiera llegar a tiempo a su empleo, yo lavaba la cafetera y la piletta y dos veces por semana (por la misma razón) compraba a la misma carnicería las verduras necesarias y las costillas que cocinaríamos los dos el domingo; un poco más y nos hubiéramos vestido y desvestido en nuestros kimonos delante uno de otro y hubiéramos apagado la luz antes de hacer el amor. Así es. No son las circunstancias las que eligen nuestras vocaciones, es la decencia la que nos convierte en quiromantes y dependientes y pegadores de carteles y motoristas y escritores de novelones.

Había un altoparlante en el bar, sincronizado también; en ese momento, una

voz impersonal y cavernosa bramaba deliberadamente una frase de la que se distinguía una que otra palabra, “tren”, luego otras que la mente reconocía uno o dos segundos después, como nombres de ciudades esparcidas en el continente, ciudades vistas más que nombres oídos, como si el oyente (tan enorme era la voz) estuviera suspendido en el espacio mirando el globo terráqueo girar pausadamente entre las nubes y revelar en fragmentarios vistazos las evocativas y extrañas divisiones de la esfera restituyéndolas a la nube y a la neblina antes que la visión y el entendimiento pudieran percibir las del todo.

Miró de nuevo el reloj; le quedaban catorce minutos, *catorce minutos para tratar de decir lo que ya he dicho en cinco palabras*, pensó.

Y enténdelo bien, me gustaba. Nunca lo he negado. Me gustaba. Me gustaba el dinero que ganaba y me gustaba la manera de ganarlo: las cosas que hacía, como te dije: No fue por eso que un día me sorprendí refrenando el pensamiento: *Mi esposa debe tener lo mejor*. Fue porque un día descubrí que tenía miedo. Y al mismo tiempo, descubrí que seguiré teniendo miedo, haga lo que haga, que seguiré temiendo mientras ella viva o yo viva.

—Todavía tienes miedo.

—Sí. Y no por cuestión de dinero. Al demonio con el dinero. Puedo ganar todo el dinero necesario; no hay límites, ciertamente, a lo que puedo inventar sobre el tema de las desdichas del sexo femenino. No es eso, ni tampoco Utah. Somos nosotros. Es el amor, si quieres. Porque no puede durar. No hay lugar para él en el mundo, ni siquiera en Utah. Lo hemos eliminado. Nos ha tomado largo tiempo, pero el hombre es ilimitado en invenciones, y nos hemos librado del amor como nos hemos librado de Cristo. Tenemos la radio en lugar de la voz de Dios y en vez de ahorrar valor emotivo por meses y años para merecer una oportunidad de gastarlo entero por amor, lo subdividimos en cobres y nos excitamos en cualquier quiosco de periódicos, como quien extrae barritas de *chewinggum* o de chocolate de las máquinas automáticas. Si volviera Jesús lo crucificaríamos en seguida en defensa propia, para justificar y preservar la civilización que hemos trabajado y sufrido y matado gritando y maldiciendo con rabia e impotencia y terror por dos mil años para crearla y perfeccionarla a imagen y semejanza del hombre; si volviera Venus sería un hombre que se masturba en una letrina de subterráneo mirando tarjetas postales francesas...

Mc Cord se volvió en su silla y llamó al mozo con un solo reprimido ademán violento. El mozo apareció; Mc Cord señaló su vaso. Al rato la mano del mozo dejó el vaso lleno otra vez en la mesa y se retiró.

—Bueno —dijo Mc Cord—. ¿Y qué?

—Yo estaba en eclipse. Empezó aquella noche en Nueva Orleans cuando le dije a ella que tenía mil doscientos dólares y duré toda la noche en que me dijo que en la tienda querían retenerla. Yo estaba fuera del tiempo: todavía estaba ligado a él, sostenido por él en el espacio como tú has estado desde que hubo un “no-tú” para que tú existieras, y estarás ahí hasta que se acabe el “no-tú” que te ha permitido existir —esto es inmortalidad—, sostenido por él, eso es todo, justo encima, no conductor, como el gorrión aislado por sus duros pies muertos no-conductores de la línea de alta tensión, la corriente del tiempo que corre por el recuerdo, que existe sólo en relación a la escasa realidad (también he aprendido eso) que conocemos; fuera de eso el tiempo no existe. Tú sabes: *yo no era*. Luego *yo soy*, y empieza el tiempo, retroactivo, era y será. Luego *yo fui* y ahora no soy y no ha existido el tiempo. Era como el instante de la virginidad, era el instante de la

virginidad: la condición, el hecho que sólo existe en el instante en que uno sabe que lo está perdiendo; duró tanto porque yo era demasiado viejo, porque esperé demasiado; veintisiete años es demasiado esperar para librar al sistema de lo que debía haberse visto libre a los catorce o quizás a los quince o aun antes — el inquieto, apresurado tanteo de dos aficionados bajo los escalones del frente, o en un pajar al atardecer. Te acuerdas: el precipicio, el oscuro precipicio; toda la humanidad ha pasado por ahí antes que tú y todos los que vengan también, pero esto no significa nada para ti porque no te lo pueden decir, porque no pueden decirte lo que debes hacer para sobrevivir. Es la soledad. Tienes que hacerlo en soledad y uno puede aguantar sólo cierta dosis de soledad y sobrevivir, como de electricidad. Y durante un segundo o dos estarás completamente solo; no antes ni después porque nunca estarás solo entonces; en ambos casos estás seguro y acompañado en un millonario e inextricable anonimato; en uno, polvo entre el polvo; en otro, gusano entre gusanos. Pero ahora vas a estar solo, lo debes, lo sabes, así debe ser, así sea; arreas el animal que has montado toda la vida, la mansa yegua de siempre hasta el precipicio...

—Ahí está el maldito caballo —dijo Mc Cord—, Lo he estado esperando. A los diez minutos hablamos como *Freno y espuela*. No conversamos, nos sermoneamos mutuamente como dos predicadores que hacen la misma gira.

—Tal vez pensabas todo el tiempo que cuando viniera el momento podrías sofrenarla y salvar algo, el instante llega y sabes que no puedes, sabes que ya sabías que no podías y no puedes; eres una sola sencilla afirmación, un simple sí que surge del terror al que entregas la voluntad, la esperanza, todo —la oscuridad, la caída, el trueno de la soledad, la conmoción, la muerte, el momento cuando detenido físicamente por el barro sientes que toda tu vida mana de ti a la inmemorial, saturada, ciega matriz receptiva, al fundamento fluido, ciego, caliente, seno de la tumba, o tumba del seno, es igual. Pero vuelves; tal vez lo sabías todo el tiempo, pero vuelves, quizás alcances a cumplir tus setenta años o lo que sea, pero siempre sabrás que para siempre has perdido algo, que mientras duró ese segundo o dos segundos estabas presente en el espacio, pero no en el tiempo, que no tienes los setenta años que te han acreditado y que deberás reembolsarlo algún día para hacer el balance, sino sesenta y nueve años y treinta y seis días y veintitrés horas y cincuenta y ocho segundos...

—Dulce Jesús —dijo Mc Cord—. Dulces querubines. Si me toca la desgracia de tener un hijo...

—Eso es lo que me sucedió —dijo Wilbourne—. Esperé demasiado. Lo que hubieran sido dos segundos a los catorce o quince años fueron ocho meses a los veintisiete. Estaba en eclipse y casi tocamos fondo en aquel lago helado de Wisconsin con nueve dólares y veinte centavos de provisiones entre nosotros y el hambre. Vencí, eso lo creí. Yo creía que me había despertado a tiempo y vencido; volvimos aquí y pensé que nos iba espléndidamente hasta esa noche antes de Navidad cuando ella me habló de la tienda y me di cuenta a lo que íbamos, que el hambre no era nada, no podía hacer nada más que matarnos, pero que esto era peor que la muerte o la separación; era el mausoleo del amor, el catafalco hediondo del cadáver llevado entre las formas ambulantes y sin olfato de las insensibles divinidades que piden carne antigua.

El altoparlante habló de nuevo; se levantaron al mismo tiempo; en el mismo momento el mozo apareció y Mc Cord le pagó.

Y ahora tengo miedo —dijo Wilbourne—. Entonces no tenía miedo porque

estaba en eclipse, pero ahora estoy despierto y puedo tener miedo gracias a Dios. Porque en este año de gracia de mil novecientos treinta y ocho no hay lugar para el amor. Me atacaban con su dinero mientras dormía porque era vulnerable en el dinero. Luego desperté y rectificué el dinero y pensé que los había vencido hasta esa noche en que descubrí que Ellos me atacaban con su decencia y eso era más difícil de vencer. Pero ahora ya no soy vulnerable ni en la decencia ni en el dinero, así que ahora tendrían Ellos que encontrar alguna otra cosa para forzarnos a aceptar el molde de la vida humana que ahora ha evolucionado hasta prescindir del amor — aceptar o morir.

Se acercaron a los andenes — a la oscuridad cavernosa donde la perenne electricidad que no distingue el día de la noche ardía pálidamente hacia el alba invernal de hierro entre jirones de vapor, entre los cuales la larga fila inmóvil de coches *pullman* oscurecidos parecía estar hundida hasta la rodilla, asentada y detenida para siempre en hormigón. Pasaron las paredes de hierro saturadas de hollín, los apretados cubículos llenos de ronquidos, hasta el vestíbulo abierto.

—Por eso tengo miedo. Porque ellos son astutos, malignos. Tendré que serlo; si nos dejaran vencerlos sería como permitir el asesinato y el robo no descubierto. Claro que no podemos vencerlos; estamos destinados a la derrota; por eso tengo miedo. Y no por mí. ¿Recuerdas aquella noche en el lago cuando me dijiste que yo era una vieja que cruzaba la calle llevada por un vigilante o por un *boy-scout* y que cuando el coche borracho viniera no sería la vieja, sería...?

—¿Pero por qué disparar a Utah en febrero para vencer? Y si no puedes vencer, ¿por qué demonios ir a Utah?

—Porque yo...

El vapor, el aire, silbaban detrás de ellos en largo suspiro; el changador apareció repentinamente de quién sabe dónde, lo mismo que el mozo.

—Bueno, señores —dijo—. Nos vamos.

Wilbourne y Mc Cord se dieron la mano.

—Quizá te escriba —dijo Wilbourne—. Carlota lo hará de todos modos. Ella es más caballero que yo.

Dio un paso hacia el vestíbulo y se volvió, el changador detrás, la mano en el picaporte, esperando; él y Mc Cord se miraron, con las dos cosas no dichas entre ellos, sabiendo cada uno que no las dirían. *No te volveré a ver y No. No nos volverás a ver. Porque los cuervos y los gorriones son cazados a tiros en los árboles o son ahogados en inundaciones o muertos por huracanes e incendios, pero no los halcones. Yo seré un gorrión, pero tal vez soy la pareja de un halcón.* El tren se encogió; el principio, el comienzo del movimiento, de la partida, volvió atrás coche por coche y pasó bajo sus pies.

—Y algo que me dije arriba en el lago —dijo—. Que hay algo en mí de que ella no es la querida sino la madre. Bueno, he dado un paso más.

El tren arrancó, él se asomó. Mc Cord caminaba para seguir a su lado.

—Que hay algo en mí que tú y ella prohijaron, algo cuyo padre eres tú. Dame tu bendición.

—Recibe mi maldición —dijo Mc Cord.

EL VIEJO

Como el penado bajo lo declaró, el alto, cuando salió a la superficie, aún conservaba lo que el bajo llamaba el remo. Se agarraba a él, no instintivamente para el momento en que estuviera de nuevo en el bote y lo necesitara, porque él no creía volver nunca al esquife o a nada que lo sostuviera, sino porque no había tenido tiempo de pensar en soltarlo. Las cosas habían andado demasiado rápidas para él. No había sido advertido, había sentido el primer tirón arrebatado de la corriente, había visto el esquife empezar a remolinear, y a su compañero desaparecer violentamente hacia arriba como una parodia de Isaías, luego él mismo estaba, en el agua, luchando contra el tirón del remo que no sabía que aún empuñaba, cada vez que trataba de subir a la superficie y se agarraba al esquife giratorio que en un instante se alejaba diez pies y en el siguiente se cernía sobre su cabeza como si quisiera aturdido, hasta que por fin se agarró a la popa, y el peso de su cuerpo fue como un timón para el esquife. Entonces los dos, hombre y bote con el remo perpendicular sobre ellos como un asta de bandera, desaparecieron de la vista del penado bajo (que había desaparecido de la vista del alto con idéntica celeridad aunque en sentido vertical) como un cuadro arrancado intacto, de la escena con increíble rapidez.

Estaba ahora en el canal de una charca, un *bayou*, en el que hasta hoy probablemente no había corriente alguna, desde la antigua catástrofe subterránea que había creado el país.

Sin embargo, ahora había bastante correntada; tras el oleaje de la popa le parecía ver los árboles y el cielo pasar corriendo con vertiginosa rapidez, mirándolo desde arriba entre las frías gotas amarillas con lúgubre y triste asombro. Pero estaban firmes y asegurados en algo, pensó recordando en un solo instante de rabia desesperada la tierra firme, fija y plantada con fuerza y cimentada y estable para siempre por las generaciones de laborioso sudor, en algún lugar debajo de él, más allá del alcance de sus pies, cuando, y otra vez sin advertirle, la popa del esquife le asestó un golpe aturdidor en el puente de la nariz. El instinto que le había hecho agarrarse al bote lo impelió ahora a lanzar el remo dentro del bote para agarrar la borda con ambas manos justo al girar el esquife y zafarse otra vez. Con las manos libres ahora se arrastró sobre la popa y se tiró boca abajo, chorreando sangre y agua y jadeante no de extenuación sino con esa ira furiosa que es la reacción del pánico.

Pero tuvo que levantarse en seguida porque creía que había andado mucho más veloz (y así más lejos). Se levantó del acuoso charco escarlata en que yacía, chorreando, el empapado brin pesando como hierro sobre sus miembros, el pelo negro pegado al cráneo, el agua sanguinolenta rayando su camiseta. Arrastró su antebrazo cautelosamente y presurosamente sobre la parte inferior de su cara y miró luego; asió el remo y trató de remontar el esquife contra la corriente. Ni se le ocurrió que no sabía dónde estaba su compañero, en qué árbol entre todos los que habían pasado o podían pasar. Ni siquiera reflexionó en eso por la simple razón de que sabía incontestablemente que el otro estaba aguas arriba y después de su reciente experiencia la mera connotación del término “aguas arriba” era de tal violencia y fuerza y rapidez, que concebirlo de otro modo que una línea recta era algo que la inteligencia, o la razón, rehusaba acoger como la idea de una bala de

rifle que tuviera la anchura de un algodonal.

La proa puso rumbo aguas arriba. Dobló alegremente y rebasó el atónito y ultrajado instante en que el hombre entendió que giraba con demasiada facilidad; había flotado sobre el arco y se tumbaba de costado en la corriente y volvía a empezar aquel maldito baile, mientras él estaba ahí con los dientes fuera en el ensangrentado rostro chorreante, mientras los brazos agotados agitaban el imponente remo hacia el agua, ese, al parecer, inocente medio que lo había aprisionado en móviles y férreas convulsiones como una anaconda, pero que ahora no ofrecía más resistencia al empuje de su avance que el aire, que la atmósfera; el bote que lo había amenazado y que acabó por golpearlo en la cara con la estupefaciente violencia del casco de una mula, ahora se posaba ingrátido como una flor de cardo, girando como una veleta mientras él agitaba el agua y pensaba y evocaba a su compañero a salvo, inactivo y cómodo en el árbol sin nada que hacer más que esperar, cavilando con impotente furia aterrada en esa arbitrariedad de los asuntos humanos que había destinado a uno el árbol seguro y al otro el histérico bote inmanejable por la razón de que entre los dos, él solo haría alguna tentativa para volver y rescatar a su compañero.

El esquife había partido y otra vez navegaba con la corriente. Había pasado nuevamente de la inmovilidad a una increíble rapidez y pensó que debía estar a muchas millas del lugar en que su compañero lo dejó, aunque sólo había descrito un gran círculo desde que volvió al esquife y el objeto (un grupo de cipreses, ahogado de leños flotantes y desperdicios) en que ahora iba a chocar era el mismo que antes había chocado cuando la popa lo golpeó. Él no lo sabía porque todavía no había mirado más arriba de la proa del bote. No miró más arriba, sólo vio que iba a chocar; le pareció sentir correr por entre la insensible fábrica del esquife una corriente de ardiente, gozosa, mala incorregible arbitrariedad y él, que no había dejado de agitar el agua blanda y traicionera con lo que consideraba el límite de sus fuerzas, ahora, de quién sabe dónde, de una última absoluta reserva, atrajo una medida final de resistencia, una voluntad de perduración que reavivó sus músculos y sus nervios, y le hizo manejar el remo hasta el momento de chocar, completando un último trecho, por un puro movimiento reflejo desesperado, como un hombre que resbala en el hielo sujeta su sombrero y su cartera, mientras el esquife lo golpeaba y lo tiraba otra vez de bruces en el fondo.

Esta vez no se levantó en seguida. Quedó echado de bruces, como *boleado* y en una postura casi apacible, en una especie de abyecta meditación. Alguna vez tendría que levantarse, ya lo sabía, porque toda la vida consiste en tener que levantarse tarde o temprano y tener que acostarse tarde o temprano después de un rato. Y no estaba precisamente agotado y no estaba del todo sin esperanza y no temía especialmente levantarse. Le parecía que accidentalmente estaba en una situación en que el tiempo y el ambiente, no él, estaban encantados; era el juguete de una corriente que no iba a ninguna parte; bajo un día que no declinaría en ningún caso, cuando hubiera acabado con él lo vomitaría de nuevo al mundo relativamente seguro del que había sido arrebatado, y mientras tanto no tenía mayor importancia lo que hacía o dejaba de hacer. Por eso se quedó de bruces, no sólo sintiendo sino también oyendo el fuerte y quieto zumbido de la corriente en las planchas de los costados, un rato más.

Entonces levantó la cabeza y esta vez llevó la mano cautelosamente a la cara y miró la sangre y se empinó en los talones, e inclinándose sobre la borda se apretó la nariz entre el índice y el pulgar y echó una gota de sangre y estaba

secándose los dedos en el costado cuando una voz un poco más arriba de su línea de visión dijo tranquilamente:

—Se ha tomado un buen rato.

Y él, que hasta ese momento no había tenido tiempo ni motivo para levantar los ojos más allá de la proa, miró arriba y vio, sentada en un árbol y mirándolo, una mujer. Estaba a menos de diez pies de distancia. Estaba sentada en la rama inferior de uno de los árboles, afirmada en los acuñados tablones con los que había chocado, con un batón de percal, una chaqueta de soldado raso, y una gorra de sol, una mujer que ni siquiera se tomó el trabajo de examinar, que en la primera atónita ojeada le había revelado ampliamente todas las generaciones de su vida y origen, una mujer que podía ser su hermana si él tuviera una hermana, su mujer si él no hubiera ingresado a la penitenciaría apenas salido de la adolescencia y con menos edad que aquella en que suele casarse su prolífica y monogámica especie — una mujer que estaba agarrando el tronco del árbol, con sus pies sin medias metidos en un par de zapatones de hombre desatados, a menos de una yarda sobre el agua, una mujer que era probablemente la hermana de alguien y casi seguramente (o ciertamente) la esposa de alguien, aunque él había ingresado tan joven en la penitenciaría que sólo tenía un conocimiento teórico de esas cosas.

—Creí por un instante que usted no pensaba volver.

—¿Volver?

—Después de la primera vez. Después de meterse en esa pila de leña la primera vez y meterse en el bote y seguir.

Él miró alrededor, tocándose de nuevo la cara con suavidad; podía muy bien ser el mismo sitio donde el bote le había golpeado la cara.

—Sí —dijo—. Aquí estoy, sin embargo.

—¿No podría acercarse el bote un poco más? Me he dado una buena torcedura para subir aquí; quizá sería mejor...

Él no escuchaba; acababa de descubrir que el remo se le había perdido; esta vez, cuando el esquife lo había impelido, había arrojado el remo, no dentro, sino fuera.

—Allá está sobre las copas de los árboles —dijo la mujer—. Puede alcanzarlo. Tome. Agárrese a eso.

Era una parra. Había crecido enredada al árbol y la inundación la había desarraigado. La mujer se la había envuelto en la parte superior del cuerpo, ahora la soltó y la estiró para que él la alcanzara. Agarrado a la punta de la rama costó la basura con el esquife, recogió el remo y lo remolcó bajo el tronco. Vio que la mujer se movía, disponiéndose pesada y cuidadosamente a bajar —esa pesadez que no era dolorosa sino atrozmente cuidadosa, esa profunda y casi letárgica torpeza que nada añadía a la suma de ése primer horrorizado asombro que ya había servido de catafalco del invencible sueño, pues hasta en la prisión había continuado (y hasta con la antigua avidez, aunque había causado su ruina) consumiendo las imposibles fábulas rudimentarias, cuidadosamente veladas y cuidadosamente contrabandeadas en la penitenciaría; y quién diría a qué Helena de Troya, a qué viviente Garbo no había soñado rescatar de qué escabrosa cima guardada por dragones, cuando él y su compañero se embarcaron en el esquife. Él la miraba, sin otro esfuerzo para ayudarla que mantener el esquife furiosamente quieto mientras ella se dejaba caer de la rama — el cuerpo entero, la deforme hinchazón del vientre inflando el percal, colgada de los brazos, pensando. *Y esto es*

lo que me toca. Esto, de toda la carne de mujer que anda por el mundo, es lo que me toca en un bote huido.

—¿Dónde está la hilandería? —dijo él.

—¿Hilandería?

—Con el hombre encima. El otro.

—No sé. Hay una cantidad de hilanderías por aquí con gente encima.

Ella lo examinaba.

—Está todo ensangrentado como un cerdo —le dijo—. Parece un penado.

—Sí —dijo gruñendo—. Me siento como si ya me hubieran ahorcado. Bueno, tengo que recoger mi socio, y luego dar con esa hilandería.

Zarpó, es decir, se soltó de la parra. Era todo lo que tenía que hacer, porque mientras la proa del esquife se cernía sobre los leños entreverados y hasta cuando lo sostenía con la parra en el agua relativamente quieta detrás del entrevero, sentía firme y constante susurrar la fuerte correntada a una pulgada de las débiles tablas en que se agazapaba y que, tan pronto como soltó la parra, se hizo cargo del esquife, no con un poderoso y único envión, sino con una serie de ligeros golpes, tanteadores y felinos; comprendió ahora que había alimentado una especie de infundada esperanza de que el aumento de peso haría más manejable al esquife. Durante los primeros momentos tuvo una loca (e infundada) creencia de que así era; había logrado dirigir la proa contra la corriente y la mantenía en un tremendo esfuerzo continuado aun después de descubrir que viajaban con bastante rectitud pero con la popa delante y continuado de algún modo aun después que la proa empezó a cansarse y a girar: el viejo irresistible movimiento que él tan bien conocía, demasiado bien para luchar en contra, de modo que dejó hamacarse la proa corriente abajo con la esperanza de utilizar la propia inercia del esquife para que diera la vuelta entera y traerlo de nuevo aguas arriba. El esquife navegaba de costado, luego de popa, luego de costado otra vez, cruzando el canal diagonalmente hacia el otro muro de árboles sumergidos; empezó a huir debajo de él con rapidez aterradora; estaban en un remolino pero él no lo sabía; no tenía tiempo de llegar a ninguna conclusión ni aun de asombrarse; se agachó, los dientes desnudos con el rostro hinchado y sucio de sangre, los pulmones reventados, el remo golpeando el agua mientras los árboles se encorvaban enormemente sobre él. El esquife golpeó, giró, golpeó otra vez; la mujer medio acostada en la popa, agarrada a la borda, como si tratara de ocultarse de su propia preñez; él golpeó ahora no el agua sino a la viviente leña con savia: su deseo no era ir a ninguna parte, ni llegar a ninguna meta, sino impedir que el esquife se hiciera pedazos contra los troncos de los árboles. Entonces algo reventó, esta vez contra su nuca, y los enormes árboles y el agua vertiginosa, la cara de la mujer y todo, huyeron y desaparecieron en un luminoso y mudo relámpago. Una hora después el esquife se enderezó lentamente por un viejo camino de leños y salió así del fondo, del bosque, y dentro (o sobre) un algodonal — una gris e ilimitada desolación ya libre de violencia, sólo rota por una delgada línea de postes telefónicos como un ciempiés que la vadeara. La mujer remaba quieta y deliberadamente, con extraño cuidado letárgico, mientras el presidiario, agachado con la cabeza entre las rodillas, trataba de restañar con sorbos de agua la nueva y al parecer inagotable hemorragia de su nariz. La mujer cesó de remar, el esquife seguía aquietándose mientras ella miró a su alrededor.

—Estamos fuera —dijo.

El penado levantó la cabeza y miró también.

—¿Fuera de dónde?

—Creí que tal vez usted lo supiera.

—Ni siquiera sé dónde estábamos. Aunque supiera dónde está el norte, no sabría si es ahí adonde quiero ir.

Se bañó otra vez la cara y bajó la mano y miró su jaspeado sanguinolento, no con melancolía, no con inquietud, sino con una especie de sardónica y maligna satisfacción. La mujer le miraba la nuca.

—Tenemos que llegar a alguna parte.

—¿Acaso lo sé? Un tipo en una hilandería. Otro en un árbol. Y ahora esa cosa en su vientre.

—Se ha adelantado. Quizá porque ayer tuve que trepar a ese árbol tan rápido y estarme ahí toda la noche. Hago lo que puedo. Pero será mejor que lleguemos pronto a algún lado.

—Sí —dijo el penado—. Yo también quería ir a algún lado pero no he tenido suerte. Elija usted un lugar y probaremos. Deme ese remo.

La mujer se lo alcanzó. El esquife era de dos puntas; no tuvo más que hacerlo girar.

—¿Qué camino piensa tomar? —dijo la mujer.

—No se preocupe. Siga aguantando.

Empezó a remar, a través del algodonal. Empezó a llover, pero no fuerte al principio.

—Sí —dijo él—. Pregúntele al bote. Estoy en él desde la hora del almuerzo y no he sabido adonde pienso ir ni adonde estoy yendo.

Esto era como a la una. Hacia el fin de la tarde, el esquife (estaban de nuevo en una especie de canal, hacía rato; habían entrado antes de saberlo y demasiado tarde para salir de él, si es que había alguna razón para salir; para el penado, al menos, no había ninguna, y el hecho de que en velocidad hubiera aumentado otra vez era razón suficiente para quedarse) desembocó en una ancha extensión de agua llena de basura que el penado reconoció como un río, y por su tamaño, el Yazoo, aunque bastante poco había visto de este país, del que no había faltado un solo día en los últimos siete años de su vida. Lo que ignoraba era que ahora estaba retrocediendo. Así, en cuanto el esquife indicó el rumbo de la corriente, empezó a remar en esa dirección que él creía aguas abajo, donde sabía que había ciudades — Yazoo, y en último caso Vicksburg, si su suerte era tan mala, o si no, ciudades más chicas cuyos nombres no conocía pero donde había gente, casas, algo, cualquier cosa donde llegar y dejar su carga y volver la espalda para siempre a toda preñez y vida femenina, para siempre y volver a aquella existencia monástica de fusiles y grillos que lo defendieran de eso. Ahora con la inminencia de poblaciones, de librarse de ella, ni siquiera la odiaba. Cuando miró el hinchado e inmanejable cuerpo que tenía delante, le pareció que no era la mujer sino más bien una separada, implorante, amenazadora, inerte aunque viviente masa de la cual eran igualmente víctimas él y ella; pensando, como había pensado en las últimas tres o cuatro horas, en esa aberración —visual o manual de un minuto... no, de un segundo— que bastaría para precipitarla en el agua y hundirla hasta matarla con esa inservible piedra de molino que a su vez ni tendría que sufrir. Ya no sentía ningún ardor de venganza hacia ella, que era la guardiana de esa cosa: más bien le daba lástima como daría lástima la leña viva en un granero que es preciso quemar para librarlo de parásitos.

Remaba, siguiendo la corriente, segura y fuertemente, con una calculada

economía de esfuerzo, hacia lo que él creía era aguas abajo, ciudades, personas, algo donde pararse, mientras de tiempo en tiempo la mujer se enderezaba para arrojar la lluvia acumulada en el esquife. Ahora llovía seguido aunque no fuerte, todavía sin pasión el cielo, el día disolviéndose sin pena, el esquife se movía en un nimbo, un aura de gasa gris que se confundía casi sin límite con la revuelta agua espumosa, atascada de basura.

Ya el día, la luz, definitivamente se acababan y el penado se permitió uno o dos movimientos extra de esfuerzo porque de pronto le pareció que la marcha del esquife disminuía. Así era realmente, aunque el penado no lo sabía. Lo consideró meramente fenómeno de la creciente oscuridad, o a lo más un resultado del continuo esfuerzo de todo el día sin comida, complicado por el flujo y reflujo de ansiedad e impotente rabia por su gratuita pésima situación. Entonces detuvo su golpe de remo, no alarmado, al contrario, desde que él había recibido ese aliento con la mera presencia de una corriente conocida, un río conocido por su indestructible nombre a generaciones humanas que habían sido atraídas a vivir a su lado como lo han sido siempre los hombres a vivir junto al agua, aun antes que tuvieran un nombre para el agua y el fuego, atraídos a las corrientes de agua, el curso de su destino y hasta su apariencia física rígidamente determinados y postulados por ella. Así que no estaba alarmado. Remaba, aguas arriba sin saberlo, ignorando que toda el agua que por cuarenta horas se había desbordado por la rotura del dique al norte estaba en alguna parte delante de él, en su vuelta al río.

Ya había oscurecido. Esto es, era plena noche, el vago cielo gris había desaparecido pero la visibilidad de la superficie se había agudizado en razón inversa, como si la luz que la lluvia de la tarde había lavado del aire se hubiera acumulado sobre el agua como la misma lluvia lo había hecho, de modo que el torrente amarillo se extendía ahora ante él con una calidad casi fosforescente, hasta el preciso punto donde alcanzaba la visión. De hecho, la oscuridad tenía sus ventajas: ahora podía dejar de ver la lluvia. Él y sus ropas estaban mojadas desde hacía más de veinticuatro horas y hacía rato que no lo sentía; ahora que tampoco la veía, la mojadura había cesado para él. Además, no tenía ahora que esforzarse para no ver el bulto del vientre de su pasajera. Remaba, pues, fuerte y firmemente, no alarmado ni preocupado sino rabioso porque no había empezado a ver ningún reflejo en las nubes que le indicara la ciudad o ciudades a las que creía acercarse, pero que estaban ahora a muchas millas detrás, cuando oyó un ruido. No sabía lo que era porque nunca lo había oído antes y no esperaba oír otro semejante, pues no es dado a todos los hombres oírlo y a nadie oírlo más de una vez en la vida. Y tampoco estaba alarmado porque no había tiempo, pues aunque la visibilidad delante de él, con toda su luz, no se extendía muy lejos, al inmediato instante de oír vio también algo que nunca había visto antes. Era que la nítida línea donde el agua fosforescente se juntaba a la oscuridad estaba ahora diez pies más alta de lo que estaba un momento antes y se rizaba hacia delante sobre sí misma como una capa de masa enrollada para una torta. Se empinaba, dilatándose; en cresta se rizaba como la crin de un caballo al galope y, fosforescente también, hervía y fluctuaba como el fuego. Y mientras la mujer se amontonaba en la proa, consciente o inconsciente, el penado no lo sabía; él, con la cara hinchada y estriada de sangre, abriendo la boca con expresión de aterrado e incrédulo asombro, siguió remando directamente hacia eso. De nuevo no había tenido tiempo de ordenar que cesaran a sus músculos hipnotizados por el ritmo. Siguió

remando aunque el esquife había dejado de adelantar y parecía suspendido en el espacio mientras el remo se extendía, entraba, se encogía y se extendía otra vez; pero, en lugar del espacio, el esquife estaba rodeado de un brusco remolino de despojos fugitivos, tablas, pequeñas construcciones, cuerpos de animales ahogados pero risibles, árboles enteros brincando y sumergiéndose como marsopas sobre las que el esquife parecía revolotear en liviana y aérea indecisión como un pájaro sobre el campo que huye, un pájaro que ignora dónde posarse o si posarse o no, mientras el penado aún en cuclillas repetía los movimientos del remo, esperaba una oportunidad de gritar. No la encontró. Por un instante el esquife se mantuvo erecto en la popa y se lanzó arañando y trepando como un gato por el rizado muro de agua y se elevó por encima de la misma y quedó suspendido en el alto aire en las ramas de un árbol, desde cuya bóveda de retoños y hojas nuevas y ramas el penado, como un pájaro en su nido y aun esperando su oportunidad de gritar y haciendo los ademanes de remar aunque ya no tenía el remo, miraba abajo a un mundo convertido en movimiento furioso y en increíble retroceso. Hacia la medianoche, acompañado por un continuo cañoneo de truenos y relámpagos como una batería entrando en acción, como si después de cuarenta horas de constipación los elementos y el firmamento mismo descargaran en palmoteos y brillantes salvas su aquiescencia final al desesperado y furioso movimiento, el esquife pasó ante Vicksburg, siempre con su arreo de vacas muertas y mulas y galpones y ranchos y gallineros. El penado no lo supo. No miraba muy alto por encima del agua: todavía se agazapaba, agarrándose a las bordas y echando miradas furiosas al amarillo tumulto a su alrededor, del cual emergían árboles enteros, agudos aleros de casas, largas cabezas tristes de mulas, que él sorteaba con una larga tabla astillada que había recogido al pasar no sabía dónde (las cabezas parecían mirarlo llenas de reproches con sus ojos sin vista, con bocas abiertas de incrédulo asombro) subiendo y bajando, el esquife navegando ahora adelante, ora de lado, ora de popa, a veces en el agua, a veces jineteando sobre techos de casas y árboles y hasta sobre los lomos de las mulas como si hasta en la muerte no pudieran escapar de ese destino de carga al que su raza eunuca está condenado. Pero él no vio a Vicksburg; el esquife navegando a una velocidad de expreso estaba en una entraña hirviente entre tablas levantadas y vertiginosas con un resplandor encima, pero él no lo vio; vio los despojos delante de él dividirse violentamente y empezar a trepar sobre sí mismos, subiendo. Fue absorbido en el hueco producido, demasiado a prisa para reconocer el trébede de un puente de ferrocarril; por un horrible instante el esquife pareció suspendido en estática indecisión ante el enorme costado de un buque, como indeciso de trepar encima a sumergirse debajo, después un recio viento helado, lleno del olor y del gusto y del ambiente de la húmeda e ilimitada desolación, sopló sobre él: el esquife dio un largo salto cuando el estado natal del penado lo vomitó, en un paroxismo final, al agitado pecho del Padre de las Aguas.

Así lo contó siete semanas después, sentado en nuevas ropas de cama, afeitado y con el pelo rapado de nuevo, en su arcón de las barracas.

Durante las tres o cuatro horas que siguieron a los truenos y los relámpagos, el esquife corrió en total oscuridad por una revuelta extensión que, aunque él hubiera podido verla, aparecía ilimitada. Invisible y salvaje se agitaba y se alzaba alrededor y bajo el bote, surcada de sucia espuma fosforescente y llena de restos de destrucción, objetos sin nombre, invisibles y enormes que golpeaban y agotaban el esquife y se arremolinaban. No sabía que estaba ahora en el río. En

esos momentos hubiera rehusado creerlo, aunque lo hubiera sabido. Ayer había sabido que estaba en un canal por la regularidad del espacio entre los árboles que lo bordeaban. Ahora, desde que aun a la luz del día no podía ver límites, el último lugar bajo el sol (o más bien bajo el cielo chorreante) donde hubiera sospechado estar era en un río, si alguna conjetura hubiera hecho acerca de su ubicación actual sobre la geografía debajo de él, hubiera supuesto, meramente, que viajaba a una vertiginosa e inexplicable rapidez sobre el algodonal más grande del mundo; si él, que ayer había sabido que estaba en un río, hubiera aceptado el hecho de buena fe y sinceramente, y luego hubiera visto ese río dar vuelta sin aviso y caer sobre él con furioso y mortífero intento como un frenético padrillo en un prado — si hubiera sospechado por un segundo que la extensión ilimitada y salvaje en que estaba ahora era un río, su conciencia lo hubiera negado sencillamente; se hubiera desmayado. Cuando la luz del día —un alba gris, harapienta, llena de impulsivas borrascas entre aguaceros helados— vino y pudo ver otra vez, supo que no estaba en un algodonal. Supo que el agua salvaje en que el esquife se sacudía y corría no flotaba sobre un suelo dócilmente pisado por el hombre, detrás del tenso y enarcado trasero de una mula. Entonces se le ocurrió que su condición presente no era un fenómeno de una década sino que los años intermedios en los cuales había consentido en sostener sobre su flácido y soñoliento seno el frágil mecanismo de los torpes artificios del hombre era lo raro y esto lo anormal y que el río hacía ahora su gusto y había esperado pacientemente diez años para hacerlo, como una mula que trabaja para uno diez años por el privilegio de patearlo una vez. Y también aprendió algo sobre el miedo, algo que no llegó a descubrir en aquella otra ocasión en que estuvo asustado de veras —esos tres o* cuatro segundos de aquella noche en su juventud cuando dos veces vio chispear los disparos del caño de la pistola del aterrado empleado de correos antes que lo persuadieran que su pistola (la del penado) no daba fuego—, aprendió que si uno puede aguantar, llega un momento en el miedo en el que ya no es agonía sino una especie de horrible picazón rabiosa.

Ahora no tenía que remar, sólo timoneaba (él que no había comido desde hacía veinticuatro horas y no había dormido en cincuenta) mientras el esquife corría a través de esa hirviente desolación donde hacía tiempo había empezado a no atreverse a pensar que estaba, donde no podía dudar que estaba, tratando con su fragmento de madera astillada de mantener intacto el esquife a flote entre las casas, los árboles y los animales muertos (pueblos, almacenes, residencias, parques y corrales, que saltaban y jugueteaban alrededor como pescados) sin tratar de llegar a ninguna parte, sólo tratando de mantener el esquife a flote mientras pudiera. ¡Necesitaba tan poco! No necesitaba nada para él. Sólo quería verse libre de la mujer, la panza, y trataba de hacerlo de la mejor manera, no por él sino por ella.

—Podías ponerla sobre otro árbol en cualquier momento. O podías haber saltado del bote y dejarla ahogarse —dijo el penado gordo.

—Entonces te hubieran condenado a diez años por fuga y luego te hubieran ahorcado por asesinato y hubieran hecho pagar el bote a tu familia.

—Sí —dijo el penado alto. Pero no lo había hecho. Quería hacer bien las cosas, encontrar alguien, cualquiera a quien pudiera entregarla, algo sólido donde depositarla y luego volver a saltar al río, si eso pudiera agrandar a alguien. Era todo lo que necesitaba, sólo llegar a algo, a cualquier cosa. No era mucho pedir. Y no lo pudo hacer.

Contó cómo el esquife seguía...

—¿No encontraste a nadie? —dijo el penado gordo—. ¿Ni un vapor, nada?

—No sé —dijo el alto—, trataba sólo de mantenerme a flote hasta que la oscuridad disminuyera y se levantara y revelara...

—¿Oscuridad? —dijo el penado gordo—. Creí que habías dicho que era de día.

—Sí —dijo el alto. Estaba arrollando un cigarrillo echando el tabaco cuidadosamente de un paquete nuevo dentro del papel plegado—. Éste era otro. Pasaron varios mientras yo estaba afuera.

El esquife aún andaba rápido por un sinuoso corredor bordeado de árboles ahogados que el penado volvió a reconocer como un río que volvía a correr en la dirección que, hasta dos días antes, era aguas arriba. No fue precisamente el instinto lo que le advirtió que este río, como el de hacía dos días, corría al revés, aunque no lo hubiera sorprendido encontrar que lo creía existiendo ahora, como antes y aparentemente como después durante un incierto período, en un estado en el cual era juguete y pieza de una perversa e inflamable geografía. Comprendió, simplemente, que estaba otra vez en un río, con todas las subsecuentes inferencias de una comprensible, aunque no familiar, parte de la superficie de la tierra. Creía ahora que todo lo que tenía que hacer era remar lejos hasta llegar a algo horizontal y fuera del agua aunque no seco, y quizás abstenerse de mirar a la mujer; a esa incontrovertible y aparentemente inexplicable presencia de su pasajera, que regresaba con el alba, y que había cesado de ser un ser humano y uno podía añadir veinticuatro horas a las primeras veinticuatro y las primeras cincuenta, aun contando la gallina. Estaba muerta, ahogada, agarrada por un ala bajo un tejado que había logrado momentáneamente junto al esquife y él había comido un poco de su carne cruda, pero la mujer no había querido y en vez se había vuelto sólo en vientre sensible, inerte, monstruoso del cual creía que, dejando de mirarlo, y manteniéndolo alejado, desaparecería, y que si pudiera dejar de posar su mirada en el sitio que había ocupado, no volvería. Era lo que estaba haciendo cuando descubrió que volvía la ola. Ni siquiera supo cómo descubrió que volvía atrás. No sintió ningún ruido, no había nada que oír, ni que ver. Ni siquiera creyó que el hecho de hallarse el esquife en agua mansa —el curso de la corriente que, mal o bien, había al menos sido horizontal, se había ahora detenido y había asumido una dirección vertical— era suficiente para advertirlo. Era quizá una invencible y casi fanática fe en la inventiva e innata maldad de aquel medio en que su destino estaba ahora encauzado, al parecer para siempre; una súbita convicción (más allá del horror o la sorpresa) de que había llegado el momento de hacer lo que tenía que hacer. Hizo girar el esquife, lo hizo girar como un caballo en plena carrera, y luego, invertido, ni siquiera pudo distinguir el canal que había remontado. No supo si simplemente no podía verlo, o si había desaparecido hacía rato sin que él se diera cuenta, o si el río se había perdido en un mundo sumergido, o si el mundo se había sumergido en un río sin orillas. Ahora no podía decir si corría delante de la ola o cortando su línea de ataque; todo lo que podía hacer era mantener detrás de sí esa sensación de vertiginosa y creciente ferocidad acumulada y remar tan rápido como sus rendidos y ahora entorpecidos músculos le permitieran y tratar de no mirar a la mujer, de desviar de ella la mirada y seguir desviándola hasta encontrar algo plano y fuera del agua. Así, demacrado, con los ojos hundidos, impulsando y tironeando casi físicamente los ojos como si fueran dos de esas flechas de goma absorbentes de los fusiles de juguete, sus rendidos músculos obedeciendo ahora, no a la voluntad sino a esa afinación más allá de la

mera estimación que, mesmérica, puede más fácilmente continuar que cesar, volvió a lanzar el esquite sobre algo que no pudo esquivar y proyectado impetuosamente quedó encogido sobre sus manos y rodillas, mirando con su salvaje cara hinchada al hombre con la escopeta y dijo con una áspera voz ronca:

—¿Vicksburg? ¿Dónde está Vicksburg?

Hasta cuando trataba de contarle, hasta después de siete semanas y él a salvo, seguro, remachado, certificado y doblemente garantido por los diez años que habían agregado a su sentencia por tentativa de huida, algo del viejo incrédulo horror volvía a su rostro, a su voz, a sus palabras. Nunca alcanzó siquiera el otro bote. Contaba cómo se colgó de una plancha (era un sucio y despintado vapor con un resto borracho de caño de lata), que estaba en movimiento cuando él chocó y que no había cambiado de rumbo aunque las tres personas de a bordo debían haber estado observándolo todo el tiempo —otro hombre descalzo y con el pelo y barba enmarañados, y luego, no sabía cuánto tiempo, una mujer recostada en la puerta, trajeada con un inmundo surtido de ropas de hombre, observándolo con la misma frialdad— y cómo fue arrastrado violentamente, tratando de formular y explicar sus sencillos (para él al menos) razonables deseos y necesidades; contándolo, tratando de contarle, volvía a sentir la vieja inolvidable afrenta como un ataque de fiebre al ver al malogrado tabaco llover, continua y débilmente, entre sus manos temblorosas y luego el papel mismo romperse con una seca y débil descarga:

—¿Quemar mi ropa? —gritó el penado—. ¿Quemarla?

—¿Cómo diablo espera escapar con esos carteles? —dijo el hombre de la escopeta.

El penado trató de decir, de explicar como había tratado de explicar no sólo a las tres personas sino a todo el ámbito —agua desolada y desamparados árboles y cielo— no como justificación, porque no la necesitaba, y sabía que sus oyentes, los otros penados, no la requerían tampoco, sino como luchando, antes de agotarse, lánguida e incrédulamente con un ahogo. Le dijo al hombre de la escopeta como él y su compañero habían recibido el bote yendo a buscar a un hombre y a una mujer, cómo había perdido a su compañero y no había dado con el hombre y cómo ahora todo su deseo era algo plano en que dejar a la mujer hasta encontrar un funcionario, un alcalde. Pensó en el hogar, en el lugar en que había vivido casi desde la niñez, en los amigos de años cuyas costumbres conocía y que conocían las suyas, en los campos familiares donde hacía trabajos, que había aprendido a hacer bien y que le gustaban, en las mulas con caracteres que conocía y respetaba como conocía y respetaba los caracteres de ciertos hombres; pensó en los galpones de la noche, con alambre tejido contra los bichos en verano y buenas estufas en invierno y alguien encargado de servir la comida y el combustible; los partidos de pelota los domingos y las funciones de cinematógrafo — cosas que con excepción de los partidos de pelota, no había visto antes. Pero ante todo, su propia reputación (hacía dos años le habían ofrecido ser capataz. Ya no tendría que arar o que alimentar el ganado, sólo seguir a los que lo hacían con un fusil cargado; pero rehusó).

—Prefiero seguir arando —dijo, sin pizca de humorismo—. Ya una vez usé un arma de fuego.

Su buen nombre, su responsabilidad no solamente ante quienes eran responsables de él, sino consigo mismo, su propio honor en hacer lo que le pedían, su orgullo en poder hacerlo, fuera de lo que fuese. Pensaba en eso y oía al hombre

del fusil hablando de escaparse y le pareció, ahí colgado, arrastrado violentamente (fue ahí donde por primera vez notó las barbas del chivo, de musgo, en los árboles; aunque haría varios días que estaban, dio la casualidad que recién las notara), que iba a estallar.

—¡No comprenden ustedes que lo que menos quiero es escaparme! —gritó—. Pueden quedar ahí con su fusil y custodiarme; les doy permiso. Lo que quiero es dejar esta mujer.

—Y yo le digo que ella puede subir a bordo —dijo el hombre del fusil con su voz reposada—. Pero no hay lugar en un barco mío para nadie a la caza de un alcalde y menos con traje de penado.

—Cuando suba a bordo, dele un golpe en la cabeza con la culata del fusil —dijo el hombre en la draga—. Está borracho.

—No va a subir a bordo —dijo el hombre del fusil.

—Está loco.

Entonces habló la mujer. No se movió, recostada en la puerta, en un par de *overalls* desteñidos, remendados y sucios como los de los dos hombres:

—Denle algún alimento y díganle que salga de aquí.

Echó a andar, cruzó la cubierta y miró a la compañera del penado con su fría cara malévola.

—¿Cuánto le falta todavía?

—No espero hasta el mes que viene —dijo la mujer en el bote—. Pero yo...

La mujer del *overall* se volvió hacia el hombre del fusil.

—Deles algo de comer —dijo.

Pero el hombre con el fusil estaba todavía mirándola.

—Venga —dijo al penado—. Tráigala a bordo y váyase.

—¿Y qué le va a suceder —dijo la mujer en *overall*— cuando trate de entregarla a un oficial? ¿Cuando esté ante un alcalde y el alcalde le pregunte quién es?

El hombre del fusil seguía sin mirar, cambió el fusil sobre el brazo y golpeó a la mujer en la cara con el dorso de la otra mano, fuerte.

—¡Hijo de perra! —dijo ella.

Pero el hombre del fusil ni la miró.

—¿Bueno? —dijo al penado.

—¿No ve que no puedo? —gritó el penado—. ¿No lo ve?

—Ahora —dijo— no hay nada que hacer.

Estaba condenado. Es decir, ahora sabía que estaba condenado desde el principio a no librarse nunca de ella, como los que lo habían mandado con el esquiñe sabían que nunca se daría por vencido; cuando reconoció que uno de los objetos que la mujer de los *overalls* estaba tirando al esquiñe era una lata de leche condensada, creyó que era un presagio, gratuito e irrevocable como el telegrama que anuncia una muerte, de que ni siquiera daría con una superficie plana, estacionaria, para que naciera el niño. Entonces contó cómo había sostenido el esquiñe al costado del vapor mientras le ayudaba el envión impulsivo de la segunda ola que se formó tras él, mientras la mujer de los *overalls* iba y venía entre la cámara y la baranda, tirando las provisiones —el zoquete de carne salada, el roto y sucio acolchado, los pedazos quemados de pan frío que echaba en el esquiñe de una fuente colmada, como vaciando basura— mientras él se prendía a la plancha contra el tirón creciente de la corriente, la nueva ola que por el momento había olvidado porque todavía estaba tratando de anunciar la suma

sencillez de su deseo y necesidad hasta que el hombre del fusil (el único de los tres que llevaba zapatos) empezó a patearle las manos, que él retiraba alternativamente para evitar los pesados golpes, volviendo a agarrar la barra hasta que el hombre del fusil le pateó la cara, y él se hizo a un lado para evitar el zapato y así soltó la barra y su peso hizo derivar el esquife hacia la corriente en aumento, de modo que fue dejando el vapor detrás, y empezó a remar otra vez, violentamente, como un hombre que se apresura hacia el precipicio al que se sabe predestinado, mirando detrás el otro barco, la tres caras malévolas, despectivas y ceñudas y achicándose rápidamente a través del agua ensanchada y al fin, apoplético, sofocado por el hecho intolerable no de que lo hubieran rechazado sino de que le hubieran negado tan poca cosa, a él que había necesitado tan poco, pedido tan poco, y que le hubieran pedido en cambio un precio fuera de todo alcance que (ellos debían saberlo) si hubiera podido pagarlo, no estaría donde estaba, pidiendo lo que pedía, levantando el remo y agitándolo y echándoles maldiciones aun después que dispararon la escopeta y que la carga pasó a flor de agua a un lado del bote.

—Ahí se quedó —dijo, agitando el remo y gruñendo, cuando de pronto recordó esa otra ola, el segundo muro de agua lleno de casas y mulas muertas levantándose detrás de él en el pantano. Así que dejó de gritar y volvió a remar. No trataba de ganarle. Ya sabía por experiencia que cuando lo alcanzara, tendría que seguir en la misma dirección, lo quisiera o no, y cuando ya lo hubiera alcanzado, se empezaría a mover demasiado rápido para detenerse fuera cual fuese el sitio en que pudiera dejar la mujer, desembarcarla a tiempo. Tiempo: esa era ahora su idea fija; su única oportunidad era mantenerse adelante todo lo posible y alcanzar algo antes que lo alcanzaran a él. Siguió arreando el esquife con músculos tan cansados que ya no los sentía, como un hombre que ha tenido mala suerte por tanto tiempo que ya no cree que es mala, y menos que es suerte. Hasta cuando comía —los pedazos quemados del tamaño de una pelota, y del peso y la consistencia de hulla grasa, aun después de yacer en el fondo del esquife donde la mujer del vapor los había arrojado— los objetos como hierro y pesados como plomo que ningún hombre hubiera reconocido como pan fuera de la sartén quemada y costrosa en que habían sido cocinados — lo hacía con una mano, restándole sólo eso al remo.

Trató de decir eso también —aquel día cuando el esquife corría entre los árboles barbados—, cuando de tanto en tanto pequeños tranquilos tentáculos preliminares salían de la ola y jugaban con el esquife, ligeros y curiosos, luego seguían con un leve suspirar sibilante, casi una risa ahogada, y el esquife seguía sin otra cosa que ver que los árboles, agua y soledad: hasta que después de un rato ya no le parecía que trataba de ganar terreno detrás o acortar distancia y espacio delante, sino que ambos (él y la ola) estaban ahora suspendidos, simultáneamente e inmóviles en el tiempo, sobre una desolación de sueño en la que remaba no con ninguna esperanza de alcanzar algo sino sólo para guardar intacta la pequeña distancia del largo del esquife entre él y la inerte masa inescapable de carne femenina delante; luego la noche y el esquife apresurándose, rápidos, ya que cualquier carrera sobre lo invisible e incógnito es siempre demasiado rápida. Nada había ante él; detrás, sí, la terrible idea de un volumen de agua en movimiento, precipitándose, con la cresta espumante y hecha tiras como garras y después el alba de nuevo (otro de esos cambios como de sueño, de la luz a la oscuridad, y luego vuelta a la luz, con esa calidad trunca, anacrónica e irreal del menguar y crecer de las luces en la escena de un teatro) y el esquife

emergiendo ahora con la mujer ya no inclinada sobre su propio abrigo encogido y empapado sino audaz y erguida, agarrando la borda con las dos manos, los ojos cerrados y el labio inferior entre los dientes y él manejando el palo astillado furiosamente, mirándola con su cara salvaje, hinchada, sin sueño, gritando, graznando:

—¡Aguante! ¡Por amor de Dios, aguante!

—Estoy tratando —dijo—. ¡Pero apresúrese!

—¡Apresúrese!

Le costó lo increíble, apuro, prisa: el hombre que se cae de una montaña y a quien le dicen que se agarre de algo y se salve; la misma narración surgiendo nebulosa y burlesca, irrisoria, cómica y loca, desde una fiebre de intolerable olvido más soñadoramente furiosa que cualquier fábula tras las luces del proscenio:

—Ahora estaba en un abra.

—¿Un abra? —dijo el penado gordo.

—Sí —dijo ásperamente el hombre alto, estirando las manos.

Con un supremo esfuerzo las sosegó lo bastante para soltar los dos pedacitos de papel de cigarrillo y verlos flotar en ligero revoloteo indeciso hasta caer entre sus pies; juntó las manos inmóviles aún por un momento más— un abra, un ancho, tranquilo mar amarillo que abruptamente tenía un aire ordenado, y que parecía hasta un momento, habituado al agua y no a la inmersión total; hasta recordaba el nombre que le dijeron dos o tres semanas después: Atchafalaya.

—¿Lusiana? —dijo el penado gordo—. ¿Eso quiere decir que ya estabas fuera del Misisipi? ¡Demonios del infierno!

Se quedó mirando al penado alto.

—Historias —dijo—. Eso queda justo enfrente de Vicksburg.

—Nunca hablaron de ningún Vicksburg donde yo estaba —dijo el alto—. Hablaban de Bâton Rouge.

Y empezó ahora a hablar de una ciudad, una pequeña limpia ciudad blanca, anidada entre enormes árboles muy verdes, que aparecía bruscamente en el cuento como tal vez aparecía en la realidad, abrupta y airosa y como un espejismo, e increíblemente serena detrás de un montón de botes amarrados a una fila de vagones de carga parados con el agua hasta las puertas. Y ahora trataba de contar también eso: cómo estuvo con el agua a la cintura, un momento, mirando de arriba abajo el esquife en que yacía la mujer recostada, con los ojos cerrados, los nudillos blancos en la borda y un hilito de sangre corriéndole por el mentón desde los labios mordidos, mirándola con una especie de furiosa desesperación.

—¿Hasta dónde tendré que andar? —dijo ella.

—No sé, le digo —gritó—. Pero hay tierra en alguna parte por allá; hay tierra, casas...

—Si trato de moverme, no va a nacer en un bote siquiera —dijo ella—, tendrá usted que acercarse.

—Sí —le gritó, furioso, desesperado, incrédulo—. Espere. Iré a entregarme, entonces tendrán...

No acabó, no esperó para acabar, también lo contó: chapoteando, tropezando, tratando de correr, sollozando, agitando los brazos, chillando.

—¡Quiero rendirme, quiero rendirme!

Contemplando no con terror sino con asombro y absolutamente insoportable indignación cómo un pelotón agazapado de figuras caqui se separaba y vio la

ametralladora, la boca gruesa y roma inclinarse y caer y buscar hacia él mientras él seguía gritando con su alarido enronquecido.

—¡Me rindo, me rindo! ¿No me oyen?

Continuando sus gritos aunque se arremolinaba y hundía, chapoteando, zambulléndose, yéndose al fondo y oyendo las balas, *tuck-tuck-tuck* en el agua sobre él y él todavía arañando el fondo, tratando de gritar aun antes de hacer pie y aun sumergido todo salvo las inconfundibles nalgas hundidas, el grito airado, burbujeando de su boca y de su cara ya que sólo quería entregarse. Entonces estaba al abrigo, fuera de alcance, aunque no por mucho tiempo. Es decir (no decía por qué ni dónde), hubo un momento en que se detuvo, respiró un momento antes de seguir corriendo, remontando la corriente hacia el esquife por el momento aunque aún podía oír los gritos a su espalda y un tiro de vez en cuando, y él anhelante, sollozando, con un tremendo rasguñón sobre una mano, hecho no sabía dónde ni cuándo, y desperdiciando su precioso aliento, ya sin hablar a nadie como el grito del conejo moribundo no se dirige a oídos humanos sino más bien es una acusación de todo lo que alienta; de su tontería y su padecer, de esa infinita capacidad para las tonterías y los dolores que parece su única inmortalidad.

—Todo lo que quiero en el mundo es entregarme.

Volvió al esquife, se embarcó y empuñó su tabla astillada. El relato, a pesar de la furia elemental que lo coronaba, se hizo aquí muy sencillo: el hombre hasta ligó otro papel de fumar entre los dedos que no temblaban ya y lo llenó de tabaco de la tabaquera sin dejar caer ni una hojita, como si hubiera pasado del fuego denso de la ametralladora a un refugio más allá de cualquier asombro, de modo que el final del relato parecía llegar a sus oyentes a través de un cristal ligeramente lechoso aunque transparente, como algo no oído sino visto — una serie de sombras ilimitadas pero precisas, lisamente lógicas y serenas y sin hacer ruido. Estaban en el esquife en el centro de la ancha plácida tina que no tenía límites y donde el bote desvalido y minúsculo huía irresistiblemente obligado por una corriente que iba una vez más quien sabe adonde con los remotos, los pequeños pueblos limpios enmarcados de robles inalcanzables como virajes y aparentemente sin sostén alguno sobre el aéreo y perenne horizonte. No le creía, no importaba, él estaba ya sentenciado; era menos que ficciones de humo o de delirio, y proseguía su remar incesante sin destino ni esperanza, mirando de vez en cuando a la mujer sentada con las rodillas levantadas y apretadas y todo el cuerpo una sola tensión aterradora mientras hebras de saliva sanguinolenta manaban del labio inferior donde se hundían los dientes. No iba a ninguna parte y no huía de ninguna parte: proseguía remando porque había remado tanto que creía que si dejaba de remar los músculos le iban a gritar de dolor. Cuando sucedió no fue una sorpresa. Oyó el sonido que tan bien conocía (una sola vez lo había oído, es verdad, pero ningún hombre necesita oírlo más) y lo había esperado; miró hacia atrás, y lo vio, coronado como de paja con los restos náufragos de árboles y animales muertos. Lo miró por encima del hombro un minuto con salvaje e invulnerable curiosidad desde una extenuación donde el sufrimiento, donde su capacidad de sentirlo, habían cesado. Desde ahí conjeturó con salvaje e invulnerable curiosidad qué inventarían ahora para que soportara, hasta que la ola volviera a levantarse sobre su cabeza en su tonante clamor. Sólo entonces volvió la cabeza. Su remar no vaciló, no disminuyó ni aumentó; remando siempre con esa cansada, hipnótica firmeza, vio el ciervo nadando. No sabía lo que era, ni que había alterado el curso del esquife, para seguirlo, sólo miraba la cabeza

delante, cuando la ola se derramó y el esquife materialmente se irguió del viejo modo familiar en un remolino de árboles agitados y de casa y puentes y cercos, y él siempre remando aun cuando el remo no encontraba otro sostén que el aire y seguía remando cuando él y el ciervo disparaban adelante, lado a lado, a una braza de distancia, mirando él ahora al ciervo, mirando al ciervo salir del agua casi todo el cuerpo hasta correr por la superficie, subiendo aún más, cerniéndose casi fuera del agua, desapareciendo vuelto al cielo en un muriente *crescendo* de zambullidas y ramas astilladas, el rabo mojado brillando arriba, todo el animal desvaneciéndose en lo alto como el humo se desvanece. Y ahora el esquife chocó y volcó y él fue lanzado afuera, encajado hasta las rodillas, saltando y cayendo de rodillas, revolviéndose, mirando indignado al ciervo desaparecido.

—¡Tierra! —gruñó—, tierra; ¡aguante, aguante! — Agarró a la mujer por debajo de los brazos, arrastrándola fuera del bote, hundiéndose y jadeando tras el ciervo desaparecido.

Ahora apareció la costa — una cuesta suave y rápida y escarpada, extraña, sólida e increíble; un túmulo indio, y él hundiéndose en la fangosa ladera, resbalándose, la mujer forcejeando en sus manos embarradas.

—¡Póngame en el suelo! —gritaba—. ¡Póngame en el suelo!

Pero él la sostenía, jadeando, sollozando, y volvía a repechar la pendiente fangosa. Casi había alcanzado la cima plana con su fardo violento e inmanejable ya, cuando un tallo bajo el pie se le enredó con apretada y convulsiva rapidez. *Es una serpiente*, pensó al sentir sus pies huir debajo de él y con él sin duda su última esperanza; medio empujó, medio tiró la mujer sobre la costa, mientras él recayó cabeza abajo en aquel medio en el que había vivido más días y noches de las que podía recordar y del que nunca había emergido del todo, como si su propia carne fracasada y exhausta estuviera tratando de salvar su furiosa voluntad tenaz de librarse a cualquier precio, aun el de ahogarse, de la carga a la que había sido condenado, sin elección. Después le pareció que había llevado consigo bajo la superficie el eco del primer vagido del niño.

PALMERAS SALVAJES

Ni el administrador de la mina ni su esposa los recibieron, pareja aunque más joven bastante más recia, de cara al menos, que Carlota y Wilbourne. Su apellido era Buckner; uno al otro se llamaban Buck y Bill.

—Mi nombre es Billie, i-e —decía la señora Buckner con una voz ronca del Oeste—. Yo soy del Colorado —pronunció el nombre a la española—, Buck es de Wyoming.

—Un perfecto nombre de puta, ¿verdad? —amablemente dijo Carlota.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Eso no más. No he querido ofenderla. Sería una buena puta. Eso es lo que yo trataría de ser.

Mrs. Buckner la miró. (Buckner y Wilbourne estaban en la intendencia, consiguiendo las frazadas y los sacos de cuero de oveja, ropa interior de lana y zoquetes.)

—¿Ustedes no son casados, verdad?

—¿Qué le hace pensar eso?

—No lo sé. Es algo que se ve.

—No, no somos casados. Espero que a ustedes no les importará, ya que vamos a vivir juntos en la misma casa.

—¿Por qué habría de importarme? Yo y Buck pasamos un tiempo sin casarnos. Ahora todo está en regla.

Su voz no era triunfante, sino satisfecha.

—Y yo lo he escondido en lugar seguro. Ni Buck sabe dónde. No porque eso haga diferencia alguna. Buck es un tipo derecho. Pero a una chica le conviene estar segura.

—¿Qué ha escondido?

—El papel, el certificado.

Más tarde (mientras cocinaba la cena y Wilbourne y Buckner estaban todavía en el cañón, en la mina) dijo:

—Haga que se case con usted.

—Puede ser que lo haga —dijo Carlota.

—Hágalo. Es mejor así. Especialmente cuando estén peleados.

—¿Y ustedes están peleados?

—Sí. Hace como un mes.

En efecto, cuando el tren de la mina —una falsa locomotora sin cola ni cabeza, con tres coches y un cubículo de cocina como una estufa— llegó a la estación abarrotada de nieve, no se veía un alma, salvo un gigante tiznado a quien tomaron de sorpresa, con un tiznado abrigo forrado de cuero de oveja, con ojos

pálidos que parecían no haber dormido hacía tiempo, en una cara tiznada que no había sido afeitada y seguramente no había sido lavada hacía rato — un polaco, con un orgulloso aire feroz y salvaje y un poco histérico, que no hablaba inglés, murmurando una jerigonza, gesticulando violentamente hacia el muro opuesto del cañón donde pendían una media docena de casas, casi todas de chapas de cinc con ventanas llenas de nieve. El cañón no era ancho, era un zanjón, una zanja, que se cernía, que se precipitaba. La nieve prístina, sucia y manchada achicaba la entrada de la mina, el montón de basura, las pocas casas; más allá de los bordes del cañón los inalcanzables picos se alzaban, envueltos en las nubes de algún viento increíble, en el cielo sucio.

—Será bellissimo en la primavera —dijo Carlota.

—Y la falta que le hace —dijo Wilbourne—. Será. Ya lo es. Pero vámonos. Un minuto más y me hielo.

De nuevo Wilbourne se dirigió al polaco.

—Administrador —dijo—, ¿cuál casa?

—Sí, patrón —dijo el polaco.

Señaló con la mano el muro frente al cañón; se movía con rapidez increíble para su tamaño y habiéndose Carlota echado atrás por un momento, antes de sostenerse, él le señaló los delgados zapatos hundidos en la nieve hasta los tobillos, luego tomó las dos solapas de su abrigo en sus manos tiznadas y se las levantó hasta el cuello y la cara con casi la suavidad de una mujer, con sus pálidos ojos inclinándose sobre ella con una expresión a la vez feroz, salvaje y tierna; la empujó hacia adelante, palmeándola, y hasta le dio una buena en el trasero.

—Corra —dijo—, corra.

Vieron entonces la senda que cruzaba el estrecho valle y entraron. No era precisamente una senda exenta de nieve o de nieve aplastada por las pisadas; era sencillamente un nivel más bajo de nieve, del ancho de un solo hombre, entre dos orillas de nieve que en cierto modo protegían del viento.

—Quizá vive en la mina y sólo viene para fin de semana —dijo Carlota.

—Pero tiene mujer, me han dicho. ¿Cómo hace?

—Quizás el tren de la mina viene también una vez por semana.

—No habrás visto al maquinista.

—Tampoco habrás visto a la mujer —dijo ella. Hizo un murmullo de disgusto—. Eso no es siquiera gracioso. Perdón, Wilbourne.

—Como quieras.

—Perdón, montañas. Perdón, nieve. Creo que voy a helarme.

—Por lo menos no estaba esta mañana —dijo Wilbourne.

Tampoco estaba el administrador. Eligieron una casa, no al azar, ni porque era la más grande, no lo era, ni siquiera porque tenía un termómetro (marcaba catorce grados bajo cero) al lado de la puerta, sino sencillamente porque era la primera casa que encontraron y porque habían intimado con el frío, profunda e inextricablemente por primera vez en la vida, un frío que dejaba una marca indeleble e inolvidable en algún rincón del espíritu y de la memoria como la primera experiencia sexual o la experiencia de matar a un hombre. Wilbourne llamó a esa puerta con una mano que ni sentía la madera, y no esperó una respuesta. La abrió y empujó a Carlota dentro de un cuarto único donde un hombre y una mujer, sentados con idénticas camisas de lana y pantalones de cutí, calzando zuecos de madera frente a un mazo de cartas grasientas, tendidas para

algún juego en una tabla sobre un barril, los miraron atónitos.

—Dicen que *él* los manda.

—¿El mismo Callaghan? —dijo Buckner.

—Sí —dijo Wilbourne.

Podía oír a Carlota y a Mrs. Buckner desde donde estaba Carlota sobre el calorífero a unos diez pies (era a gasolina; cuando le aplicaban un fósforo, cosa que sucedía sólo cuando lo apagaban para llenar el depósito, pues estaba encendido constantemente, noche y día, se encendía con una llamarada y un estampido a los que acabó por acostumbrarse Wilbourne sin apretar los dientes antes que le saltara el corazón) conversando:

—¿Esa es toda la ropa que han traído? Van a helarse. Buck tendrá que ir al depósito.

—Sí —dijo Wilbourne—. ¿Por qué? ¿Quién más me iba a mandar?

—Usted, ¡ah!... ¿no ha traído nada? ¿Una carta o algo?

—No. Dijo que yo...

—¡Ah!, comprendo. Usted ha pagado el pasaje. Los gastos del tren.

—No. Él los pagó.

—Bueno, que me ahorquen —dijo Buckner. Dio vuelta la cabeza hacia su mujer.

—¿Has oído, Bill?

—¿Qué? —dijo Wilbourne—. ¿Qué sucede?

—No importa —dijo Buckner—. Iremos a la proveeduría y arreglaremos para que duerma aquí y le darán algunas ropas más abrigadas que las que tiene. ¿No le dijo siquiera que se comprara un par de sacos de piel de carnero?

—No —dijo Wilbourne—. Pero déjeme primero calentarme.

—Acá no se va a calentar nunca —le dijo Buckner—. Si se sienta al lado de la estufa con esa idea, a esperarlo, no se va a mover de ahí. Se morirá de hambre, ni siquiera va a poder levantarse para llenarla cuando se apague. Hay que hacerse a la idea de que siempre va a tener un poco de frío, aun en cama, y hay que seguir trabajando. Después de un tiempo uno se acostumbra y se olvida y ni siquiera se da cuenta que tiene frío porque se olvida lo que es calor.

—Venga. Tome abrigo.

—¿Y usted qué va a hacer?

—No es lejos. Tengo una tricota. Traer las cosas nos va a calentar.

La proveeduría era un solo cuarto de cinc lleno de un frío férreo y alumbrado por el mitigado resplandor férreo de la nieve a través de una sola ventana. El frío ahí dentro era un frío de muerte. Era como gelatina, casi impenetrable: el cuerpo se rebelaba como si fuera excesivo pedirle que viviera, que respirara ahí. A ambos lados había estantes de madera, oscuros y vacíos salvo los más bajos, como si ese cuarto fuera a la vez un termómetro no para medir el frío sino la moribundez, un incontrovertible centígrado (*Hubiera traído al "Mal Olor"*, pensaba Wilbourne), un falso mercurio de engaño que ni siquiera era grandioso. Cargaron con las frazadas, los sacos de cuero de oveja, las cosas de lana y los zapatos de goma; al tocarlos estaban fríos como hielo, como hierro, rígidos; al llevarlos a la cabaña los pulmones de Wilbourne (había olvidado la altura) se cansaban con el aire rígido que entraba en ellos como fuego.

—Entonces usted es médico —dijo Buckner.

—Soy el médico —dijo Wilbourne.

Estaban afuera, Buckner volvió a cerrar la puerta. Wilbourne miró a través

del cañón, hacia el muro opuesto con su débil cicatriz inerte de entrada a la mina y su montón de basuras.

—¿Qué hay de malo aquí?

—Ya se lo diré después. ¿Es usted médico?

Wilbourne lo miró.

—Acabo de decírselo. ¿Qué quiere decir?

—Entonces tendrá algún documento que lo acredite. ¿Diploma, o como lo llaman...?

Wilbourne lo miró.

—¿Qué es lo que pretende? ¿Soy responsable ante usted de mis capacidades o ante el hombre que me paga el sueldo?

—¿Sueldo?

Buckner se rió de un modo desagradable. Luego se detuvo.

—Veo que estoy equivocado. No he querido ofenderlo. Cuando un hombre viene a mi país y se le ofrece un trabajo y dice que sabe andar a caballo, necesitamos la prueba de que sabe y el hombre no se enfurece cuando se lo pedimos. Hasta le damos un caballo para probarlo, aunque no el mejor que tenemos; salvo que tuviéramos sólo uno, y fuera un buen caballo, no se lo daríamos. Y si no tenemos caballo que darle, nos conformamos con preguntar. Es lo que ahora estoy haciendo.

Miró a Wilbourne, grave y atento, con ojos avellana en un rostro escuálido como músculo de carne cruda.

—¡Oh! —dijo Wilbourne—. Ya veo. Tengo un diploma de una buena facultad médica. Casi he concluido mis cursos prácticos en un hospital conocido. Después me habría recibido, esto es, habrían admitido públicamente que sé — lo que cualquier médico sabe y tal vez más que algunos. Al menos así lo espero. ¿Eso le basta?

—Sí —dijo Buckner—. Está bien. —Se dio vuelta y siguió.— Usted quería saber lo que aquí anda mal. Vamos a dejar las cosas en la cabaña e iremos a recorrer la mina y le mostraré.

Dejaron las mantas y ropa de abrigo en la cabaña y atravesaron el cañón, la senda que no era senda, como la “Proveeduría” no era proveeduría, sino una especie de indicador como una palabra cifrada junto al camino.

—En ese tren de carga vinimos —dijo Wilbourne—. ¿Qué lleva cuando baja al valle?

—Estaba cargado —dijo Buckner—. Tiene que venir cargado. Salir cargado de aquí de todos modos. Tengo que ver eso. No quiero que me corten el pescuezo sin saberlo.

—¿Cargado de qué?

—¡Ah! —dijo Buckner.

La mina no era un pozo, era un túnel que se metía directamente en las entrañas de la roca — un tubo redondo como la boca de un obús, bordeado de troncos y lleno del muriente resplandor de la nieve a medida que avanzaban, y con el mismo frío de gelatina que había en la proveeduría y surcado por dos rieles de trocha angosta donde al entrar ellos (velozmente se hicieron a un lado para que no los atropellara) llegó una zorra empujada por un hombre a la carrera que Wilbourne reconoció como polaco, aunque era más bajo, más espeso, más retaco (ya se daría cuenta que ninguno de ellos eran los gigantes que parecían, que la ilusión del tamaño era un aura, una emanación de esa salvaje inocencia infantil y

credulidad que poseían en común), con los mismos ojos pálidos, la misma cara tiznada, sin afeitarse, sobre el mismo abrigo inmundo de piel de oveja.

—Creía... —Wilbourne empezó. Pero no lo dijo.

Siguieron; palideció el último fulgor de la nieve y entraron en un lugar que parecía una escena del Dante concebida por Einsenstein. La galería se convirtió en un pequeño anfiteatro, ramificada en galerías menores como dedos abiertos de una mano, alumbrado por una increíble extravagancia de luz eléctrica como para una fiesta, una extravagancia de focos sucios que tenían, aunque en sentido inverso, el mismo aire de simulacro y moribundez que el grande y casi pelado edificio rotulado “Proveeduría”, con sus tremendas letras nuevas —a cuya luz, más hombres tiznados y agigantados con abrigos de cuero de oveja y ojos que últimamente no habían dormido mucho, trabajaban con picos y azadas con el mismo ardor del hombre que corría tras la zorra con gritos e interjecciones en una lengua que Wilbourne no entendía, casi exactamente como un equipo colegial de *baseball* animándose unos a otros, mientras que las galerías más pequeñas, donde aún no habían penetrado y donde las lámparas eléctricas brillaban entre el polvo y el aire helado, venían ecos o gritos de otros hombres, insensatos y turbadores, llenando el aire pesado como ciegos pájaros errantes.

—Me dijo que ustedes tenían chinos y también italianos —dijo Wilbourne.

—Sí —dijo Buckner—, se fueron. Los chinos se fueron en octubre. Me desperté una mañana y se habían ido. Todos. Bajaron, supongo, con los faldones de la camisa colgando y zapatillas de paja. Pero no había mucha nieve en octubre. No por todo el camino... Los gringos lo olfatearon.

—¿Lo olfatearon?

—Desde setiembre no había órdenes de pago aquí...

—¡Ah! —dijo Wilbourne—. Ya entiendo. Sí. Lo olfatearon. Como los negros.

—No sé. Nunca ha habido *catanga* por aquí. Los gringos hicieron más barullo. Se declararon en huelga, formalmente. Tiraron sus picos y azadas y se fueron. Había una... ¿cómo se dice?, ¿una delegación?... que se me presentó. Mucho palabreo muy fuerte y un montón de manos, las mujeres fuera, en la nieve, levantando sus nenos para que yo los viera. Entonces abrí la proveeduría y les di a cada uno una camisa de lana: a hombres, mujeres y chicos (si los hubiera visto, los chicos con camisa de hombre, los que ya podían andar, quiero decir, las usaban por encima como sobretodos) y un tarro de habas por cabeza y los fleté en el tren de carga. Quedaban todavía muchas manos, puños ahora, y los pude oír por un buen rato después que el tren se perdió de vista. Hogben (él maneja el tren de carga; le paga el ferrocarril) sólo usa la máquina para frenar; así que no hace mucho barullo. Menos, en todo caso, que el que hacían ellos. Pero los polacos se quedaron. ¿Por qué? No sé.

—¿Se dieron cuenta de que todo se venía abajo?

—No entienden bien. Pueden oír perfectamente; los gringos les podían hablar; uno de los gringos era el intérprete. Pero son gente rara; no entienden la picardía. Estoy seguro que cuando los gringos trataron de explicarles, no pudieron entender que un hombre haga trabajar a las personas sin intención de pagarles. Ahora creen que hacen trabajo suplementario. Hacen todo el trabajo. No son mecánicos ni mineros, son dinamiteros. Hay algo en el polaco que gusta de la dinamita. Tal vez sea el ruido. Pero ahora lo hacen todo. Quieren también colocar a sus mujeres. Comprendí eso después de un tiempo y lo impedí. Por eso no duermen mucho. Piensan que mañana cuando llegue el dinero, será para ellos. Creen,

probablemente, que usted lo ha traído y que el sábado a la noche van a recibir miles de dólares cada uno. Son como chicos. Creen cualquier cosa. Por eso cuando se dan cuenta que usted los ha engañado, lo matan. No con un cuchillo en la espalda y ni siquiera con un cuchillo; van derecho a usted, ponen el cartucho de dinamita en el bolsillo y lo sujetan con una mano, mientras encienden la mecha con la otra.

—¿Y usted no se lo ha dicho?

—¿Cómo? No puedo hablarles; el intérprete era uno de los gringos. Además, el patrón tiene que fingir que la mina está funcionando y esa es mi tarea. Así puede ir vendiendo sus acciones. Por eso usted está aquí — un médico. Cuando le dije que no había inspección médica que lo molestara por el título, le dije la verdad. Pero hay aquí inspectores de minas, leyes y reglamentos para administrar las minas que dicen que debe haber un médico. Por eso les ha pagado a usted y a su esposa los gastos de viaje. Además, puede ser que venga el dinero. Cuando lo vi a usted esta mañana creí que lo habían traído. ¿Bueno? ¿Ha visto bastante?

—Sí —dijo Wilbourne.

Volvieron hacia la entrada; de nuevo se hicieron a un lado rápidamente para dejar pasar una zorra de carga, empujada a la carrera por otro tiznado y frenético polaco. Salieron al frío vivo de la nieve inmaculada, del día que se apagaba.

—No lo creo —dijo Wilbourne.

—Lo ha visto, ¿no es así?

—Quiero decir la razón de que usted esté aquí todavía. Usted no espera dinero.

—Quizás estoy esperando una ocasión de escaparme. Y estos demonios ni duermen de noche para no dármele. Demonio —dijo—, esto es también una mentira. Espero todavía porque es invierno y lo mismo estoy aquí que en cualquier otra parte, mientras quede comida en la proveeduría y con qué calentarme. Y porque sabía que tenía que mandar otro médico pronto; va a venir él mismo y decirme a mí, y a esos hijos de perra de ahí dentro, que se cierra la mina.

—Bueno, aquí estoy —dijo Wilbourne—. Mandar otro médico. ¿Qué quiere usted de un médico?

Por un buen rato Buckner lo miró — con los duros ojillos que servían para juzgar y para mandar hombres de cierta clase, de cierto tipo, o no estaría donde estaba; los duros ojos que tal vez nunca antes habían estado frente a la necesidad de contemplar un hombre que sólo aseguraba ser médico. —Escuche —dijo—. Tengo un buen empleo, pero no me han pagado desde setiembre. Hemos ahorrado unos trescientos dólares para salir de aquí cuando esto reviente, y para vivir hasta que encuentre alguna cosa. Y ahora resulta que Bill está embarazada de un mes y no podemos pagarnos un chico. Y usted asegura que es médico y yo le creo. ¿Qué le parece?

—No —dijo Wilbourne.

—Es mi riesgo, asumo la responsabilidad.

—No —dijo Wilbourne.

—¿Quiere decir que no sabe hacerlo?

—Sé muy bien. Es bastante sencillo. Uno de los compañeros lo hizo en el hospital una vez —un caso de urgencia— quizá para mostrarnos lo que nunca había que hacer. No necesitaba mostrármelo.

—Le daré cien dólares.

—Tengo cien dólares —dijo Wilbourne.

—Ciento cincuenta. Es la mitad. Ya lo ve, no puedo hacer más.

—Tengo ciento cincuenta también. Tengo ciento ochenta y cinco dólares. Pero aunque no tuviera más que diez...

Buckner se dio vuelta.

—Tiene suerte. Vamos a comer.

Se lo contó a Carlota. No en la cama, donde solían hablar, porque todos dormían en el mismo cuarto —la cabaña no tenía más que uno, con una división para las necesidades más íntimas— sino fuera de la cabaña donde, hundidos en la nieve hasta las rodillas, ya con botas, veían enfrente el muro del cañón y más allá los dentados picos envueltos en nubes, donde Carlota indomablemente volvió a decir:

“Será bellissimo en la primavera”

—Y dijiste que no —dijo—. ¿Por qué? ¿Eran los cien dólares?

—Tú sabes que no es eso. Y eran ciento cincuenta. Habré descendido pero no tanto. No, es porque yo...

—¿Tienes miedo?

—No. No es nada. Es muy sencillo. Un toque con la lanceta para que entre el aire. Es porque yo...

—Las mujeres se suelen morir de eso.

—Porque el operador no es bueno. Una, quizás, en diez mil. Por supuesto no hay estadística. Es porque yo...

—Está bien. No es porque el precio sea poco, o porque tenías miedo. Eso es todo lo que quería saber. Tú tampoco. Nadie puede obligarte. Bésame. Adentro ni siquiera podemos besarnos y menos todavía...

Los cuatro (Carlota ahora dormía con ropa interior de lana, como los otros) dormían en un cuarto, no en camas sino en colchones, en el suelo. (“Es más caliente así —explicaba Buckner—; el frío viene de abajo”) y la estufa de gasolina estaba constantemente encendida. Ocupaban rincones opuestos, pero aun así Wilbourne y Carlota no podían hablar ni murmurar. Eso no les importaba tanto a los Buckner, aunque tenían pocos preliminares de conversación y murmullos; a veces a los cinco minutos de apagada la lámpara, Wilbourne y Carlota oían la violenta marejada en la otra cama, la agitación amortiguada por las frazadas, muriendo en los quejidos de la mujer, aunque eso no era para ellos. Un día el termómetro saltó de catorce a cuarenta y uno bajo cero y entonces juntaron los colchones y durmieron como una unidad, las mujeres al medio, y a veces apenas apagada la luz (u otras los despertaba) sobrevenía el implacable impacto sin decir una palabra, como si se atrajeran del sueño puro con la violencia del acero y el imán, y tampoco eso era para ellos.

Hacía un mes que estaban ahí, era casi marzo y la primavera que Carlota esperaba estaba más cercana cuando una tarde Wilbourne volvió de la mina donde los sucios e insomnes polacos trabajaban aún, con ese feroz espíritu embaucado y las ciegas e incomprensibles voces de pájaros revoloteaban entre los polvorientos y extravagantes focos de luz, y encontró a Carlota y a Mrs. Buckner mirando a la puerta de la cabaña por donde él entró y supo lo que iba a suceder y tal vez supo que ya estaba vencido.

—Oye, Harry —dijo ella—. Van a irse. Tienen que irse. Aquí ya no hay nada que hacer y sólo tienen trescientos dólares, para llegar adonde piensan ir y vivir hasta que él encuentre trabajo. Tienen que hacer algo antes que sea demasiado tarde.

—Nosotros también —dijo él—, y no tenemos trescientos dólares.

—Tampoco tenemos un bebé. No hemos tenido mala suerte. Tú dices que es muy sencillo, que sólo muere una de diez mil, que sabes hacerlo y que no tienes miedo. Y ellos quieren correr el riesgo.

—¿Necesitas tanto cien dólares?

—¿Los he necesitado alguna vez? He hablado alguna vez de dinero salvo de los ciento veinticinco dólares míos que no quisiste aceptar? Tú lo sabes. Lo mismo que yo sé que tú no aceptarás su dinero.

—Perdóname. No quería decir... Es porque yo...

—Es porque están en un apuro. Supón que fuéramos nosotros. Sé que tendrás que sacrificar algo. Pero hemos sacrificado mucho, lo hemos hecho por amor y no nos pesa.

—No —dijo él—. No nos pesa. Nunca.

—Eso también es por amor. No como el nuestro, quizá. Pero por amor.

Se dirigió al estante en que guardaban sus efectos personales y tomó la mezquina caja de instrumentos con que lo habían equipado antes de dejar Chicago, junto con los dos pasajes del tren.

—Le agradecerá saber, si lo llega a saber: que la única vez que la has usado ha sido para separar al administrador de su mina. ¿Qué más necesitas?

Buckner apareció junto a Wilbourne.

—¿Convenido? —dijo—. Yo no tengo miedo y ella tampoco. Porque usted es un buen tipo. No en vano lo he observado todo un mes. Tal vez si usted hubiera accedido rápido, en el acto, aquel primer día, yo no lo hubiera permitido. Hubiera tenido miedo. Pero ahora no. Correré el riesgo y recordaré mi promesa: asumiré la responsabilidad y no son cien, son ciento cincuenta.

Trató de decir. *No*. Hizo un esfuerzo; *sí*, pensó tranquilamente, *he sacrificado muchas cosas, pero no esto. Honestidad en materia de dinero, seguridad, título y luego en un instante terrible pensó: Quizás hubiera sacrificado el amor lo primero; pero se detuvo a tiempo, dijo:*

—No tendría bastante dinero aunque su nombre fuera Callaghan. En cambio, asumiré toda la responsabilidad.

Tres días después atravesaron con los Buckner el cañón hacia el tren de carga. Wilbourne había rehusado rotundamente los cien dólares, aceptando al fin cien dólares de los futuros sueldos a cobrar a Buckner, que ambos sabían no se pagarían jamás, para gastar su equivalente en comida de la proveeduría cuya llave Buckner le había cedido.

—Me parece una estupidez —dijo Buckner—. La proveeduría es suya de todos modos.

—Los libros quedarán en regla —dijo Wilbourne.

Siguieron la senda, que no era senda, hasta el tren, la máquina sin pies ni cabeza, los tres vagones de carga, el furgón de juguete, Buckner miró desde abajo la mina, el bostezante orificio, el montón de basura manchando la prístina nieve. El tiempo era claro, el sol bajo y tenue sobre los cortados picos rosados en un cielo de increíble azul.

—¿Qué pensarán cuando descubran que usted se ha ido?

—Quizá piensen que he ido por el dinero. Así lo espero, para bien suyo.

Después dijo:

—Aquí están mejor. No hay que pensar en el alquiler y en cosas como emborracharse y luego estar frescos, y hay bastantes provisiones para mantenerse

hasta la primavera. Y tienen algo que hacer, para llenar los días y noches, para meterse a la cama y calcular los trabajos suplementarios. Un hombre va muy lejos con el dinero que piensa que va a ganar. Y todavía él puede mandar dinero.

—¿Y usted lo cree?

—No —dijo Buckner—. Y usted tampoco lo crea.

—Yo nunca lo he creído —dijo Wilbourne—. Ni siquiera aquel día en la oficina. Quizá menos entonces que nunca.

Se mantenían a alguna distancia de las dos mujeres.

—Mire, cuando se vaya y tenga una oportunidad, hágala ver con un médico. Uno bueno. Dígale la verdad.

—¿Para qué? —dijo Buckner.

—Lo preferiría así. Estaría más tranquilo.

—No —dijo el otro—. Está bien. Porque usted es “bien”. Si yo no lo supiera, ¿cree que habría dejado que lo hiciera?

Ya era tiempo, la locomotora dio un agudo silbido de locomotora de manisero; los Buckner entraron en el vagón abierto, que comenzó a moverse. Carlota y Wilbourne lo miraron sólo un momento. Carlota se volvió ya corriendo. Casi se había puesto el sol, los picos suaves e inefables, el cielo ámbar y azul; por un instante Wilbourne oyó las voces en la mina, salvajes, débiles e incomprensibles.

—¡Dios mío! —dijo Carlota—, no comamos esta noche. De prisa. Corre —ella corrió, luego se detuvo y se volvió, la ancha, roma cara rosada por el rojo reflejo, los ojos ahora verdes sobre el cuello informe de cuero de oveja del informe abrigo.

—No —dijo—. Corre tû adelante, así podemos desnudarnos los dos en la nieve. Pero corre.

Pero él no se adelantó, no corrió siquiera, caminó para poder verla achicarse por el sendero, que no era sendero, repechando luego la otra ladera en dirección a la cabaña. Salvo por el hecho de que llevaba los pantalones con el mismo descuido con que usaba los vestidos, podía no haberlos usado nunca. Wilbourne entró en el cuarto para encontrarla desnudándose hasta de sus lanas interiores.

—Apresúrate —le dijo—. Apresúrate. Seis semanas. Casi he olvidado cómo. No —dijo—, nunca lo olvidaré. Uno nunca se olvida de eso, gracias a Dios.

No se levantaron para preparar la cena. Después de un rato se durmieron; Wilbourne se despertó en la frígida noche y se encontró con la estufa apagada y el cuarto helado. Pensó en la ropa que Carlota había tirado al suelo; iba a necesitarla, debía ponérsela. Pero estaría helada como un hierro y pensó en recogerla y llevarla a la cama a deshelarla, calentándola bajo su cuerpo hasta que ella se la pudiera poner, y al fin encontró fuerzas para moverse; pero en el acto Carlota se agarró a él.

—¿Adónde vas?

Se lo dijo. Se agarró a él con más fuerza.

—Cuando me enfríe, siempre puedes cubrirme tû.

Todos los días visitaba la mina, donde el frenético y constante trabajo proseguía. La primera vez los hombres lo miraron no con curiosidad o sorpresa sino sencillamente con interrogación, evidentemente buscando a Buckner. Pero nada más sucedió y comprendió que tal vez ni siquiera sabían que era sólo el médico oficial de la mina, que sólo reconocían a otro americano (casi pensaba un blanco), otro representante de aquel remoto, indescifrable y áureo Poder en que tenían una confianza y una fe ciegas. Con Carlota discutió como decirlo, tratando de hacerlo. — ¿Pero para qué? —dijo—. Buckner tenía razón. Hay bastante comida

para ellos durante el invierno y con seguridad no habrían ahorrado nada (admitiendo que estuvieran en regla con la proveeduría y aun en el caso que les hubieran pagado bastante para ahorrar) y como Buckner decía, uno puede vivir muy feliz, por mucho tiempo, de ilusiones. Quizá más feliz que nunca. Es decir, si uno es un polaco que no ha aprendido más que a calcular lo que tarda una mecha en estallar quinientos pies bajo tierra. Y otra cosa. Tenemos todavía tres cuartas partes de provisiones por cien dólares, y si todos se van alguien lo sabrá y pueden mandar a buscar las otras tres latas de habas.

—Y algo más también —dijo Carlota—; no pueden irse ahora. No pueden irse a causa de la nieve. ¿Lo has notado?

—¿He notado qué?

—El trencito no ha vuelto desde que llevó a los Buckner. Hace dos semanas.

No lo había notado; no sabía si volvería; entonces convinieron que a su próxima llegada no esperarían más, les dirían (o tratarían de decirles) a los hombres de la mina. Dos semanas después el tren había vuelto. Cruzaron el cañón donde los rústicos hombres, inmundos, charlatanes, habían empezado a cargar los vagones.

—¿Y ahora? —dijo Wilbourne—. No les puedo hablar.

—Sí puedes. De algún modo. Creen que tú eres el patrón y nadie ha dejado nunca de entender al hombre que considera su patrón. Trata de llevarlos a la proveeduría.

Wilbourne se adelantó sobre la plataforma cargada donde el primer vagón estaba jadeando, y levantó la mano.

Los hombres se detuvieron, mirándolo con ojos pálidos en las escuálidas caras.

—¡Proveduría! —gritó—, ¡almacén! —señalando con el brazo el otro lado frente al cañón; ahora recordó la palabra que el primero, aquel que trajo el abrigo para Carlota el primer día, había empleado:

—¡Correr! —dijo— ;correr!

Se miraron un momento más, silenciosamente, con los ojos redondos bajo el terrorífico arco semianimal de cejas descoloridas, con expresión ardiente, intrigada y feroz. Luego se miraron unos a otros, se atropellaron hablando en su áspera lengua incomprensible. Luego se dirigieron a él en masa.

—No, no —les dijo—, todos. —Señaló la entrada de la mina—. Todos ustedes.

Alguien comprendió en seguida esta vez; casi en el acto el hombre retaco que Wilbourne había visto trotando detrás de la vagoneta en su primera visita a la mina se desprendió del grupo y subiendo el declive nevado con sus fuertes piernas robustas se perdió en el orificio y reapareció, seguido por los demás de la infinita cuadrilla. Se mezclaron con el primer grupo, charlando y gesticulando. Luego se quietaron y miraron a Wilbourne, obedientes y sumisos.

—Mira, mira esas caras —dijo éste—. Dios mío, detesto tener que hacerlo. Que el demonio se lleve a Buckner.

—Ven —dijo Carlota—. Acabemos con eso.

Cruzaron el valle seguidos por los mineros increíblemente sucios sobre la nieve —con las caras de una *troupe* de cantores tiznados, mediocrementemente maquillados y hambrientos— hasta la proveeduría.

Wilbourne abrió la puerta. Entonces vio al final del grupo cinco mujeres. Ni él ni Carlota las habían visto antes; parecían haber brotado de la nieve, todas embozadas; dos de ellas traían niños, uno de los cuales no podía tener ni un mes.

—Dios mío —dijo Wilbourne—. Ni siquiera saben que soy médico. Ni siquiera saben tampoco que se supone que hay un médico y que la ley ordena que lo tengan.

Él y Carlota entraron. En la penumbra, después del resplandor de la nieve, los rostros desaparecieron y los ojos miraban como desde la nada, sueltos, sumisos, pacientes, obedientes, sinceros y salvajes.

—¿Y ahora qué hago? —volvió a decir.

Empezó a observar a Carlota y todos miraron (las cinco mujeres también se habían puesto en primera fila) como Carlota sujetaba con cuatro tachuelas, sacadas de algún rincón, una hoja de papel en la punta de una sección de estantes donde caía la luz de la única ventana y empezó a dibujar con uno de los trozos de carboncillo que había traído de Chicago — la altura de una pared cruzada por una ventana enrejada, que era sin lugar a duda, una ventanilla de pago cerrada, también sin lugar a duda, a un lado de la ventana un montón de gente, sin lugar a duda, mineros (hasta había incluido la mujer con el nene); al otro lado de la ventana un hombre enorme (nunca había visto a Callaghan, se lo habían descrito apenas, pero el hombre era Callaghan) sentado detrás de una mesa abarrotada de brillantes monedas que el hombre iba pasando a una bolsa con su enorme mano, en la que brillaba un diamante del tamaño de una pelota de *ping-pong*. Entonces se hizo a un lado. Por un buen momento no se oyó una voz. Luego se levantó un grito indescriptible, feroz pero no fuerte, en el que sobresalían las agudas voces de las mujeres. Éstas se volvieron unánimes hacia Wilbourne, con los pálidos ojos frenéticos y centelleantes y a la vez con incrédula ferocidad y profundo reproche.

—¡Esperen! —gritó Carlota—, ¡esperen!

Se detuvieron, siguieron otra vez el movimiento del lápiz, y ahora al fin de la cola que esperaba ante la ventanilla cerrada, Wilbourne reconoció su propio rostro emergiendo bajo la línea de carboncillo; cualquiera podía reconocerlo; los mineros lo hicieron en seguida. Cesaron las voces, miraron a Wilbourne y se miraron unos a otros. Luego volvieron a mirar a Carlota mientras sacaba el papel de la pared y ponía una hoja nueva; esta vez uno de ellos se adelantó para ayudarla; también Wilbourne observaba el lápiz ligero. Ahora él, indudablemente él mismo e indudablemente un médico, cualquiera se daría cuenta —los anteojos de carey, el delantal de hospital, todo enfermo pobre, todo polaco destripado por la voladura de una roca, o por el acero o por la dinamita, y acudiendo a puestos de emergencia los ha visto, en la mano una botella que es sin duda alguna medicina de la que ofrece una cucharada o un hombre que es a un tiempo cada uno de ellos, que es cada hombre que ha trabajado en las entrañas de la tierra: el mismo aspecto descuidado y salvaje, hasta el cuello de piel de oveja—, y detrás del doctor la misma mano enorme con su pesado brillante en el acto de sacar del bolsillo del médico un rollo delgado como un papel. De nuevo las miradas se volvieron hacia Wilbourne, sin reproches ahora, quedando sólo la ferocidad pero no para él. Les hizo un ademán hacia los estantes llenos que quedaban. Pudo alcanzar a Carlota en el barullo y tomarla del brazo.

—Vamos —le dijo—, salgamos de aquí.

Más tarde había vuelto el trencito, donde Hogben, que era todo el personal, estaba sentado en la estufa al rojo del furgón no mayor que un armario para escoba.

—Volverán de aquí a treinta días —dijo Wilbourne.

—Tengo que hacer un viajecito de más de treinta días para obtener la franquicia —dijo Hogben—. Mejor que saque ahora a su esposa.

—Esperaremos —dijo Wilbourne.

Luego volvieron a la cabaña y él y Carlota se pararon en la puerta a mirar la muchedumbre salir de la administración con su miserable botín y cruzar el cañón y subir al trencito, llenando los tres vagones descubiertos. La temperatura no era ahora de cuarenta y un grados, pero no subía de catorce. El tren empezó a andar; podían ver las caras delgadas mirando a la entrada de la mina, el montón de basura con incrédulo asombro, una especie de pena increíble y ofendida; al arrancar el tren una ráfaga de voces les llegó a través del cañón, débil por la distancia, triste, cansadora y salvaje. Wilbourne dijo a Carlota.

—Gracias a Dios pusimos a salvo nuestras provisiones.

—Quizá no son nuestras —dijo ella con calma.

—De Buckner, entonces. Tampoco le pagaron.

—Pero él se escapó. Ellos no.

Estaba más cerca la primavera; cuando el tren de carga hiciera la próxima y vacía visita ritual, quizá verían el comienzo de la primavera montañesa que ninguno de ellos había visto y que ignoraban que no aparecía hasta el tiempo que para ellos era el principio del verano. Hablaban de eso por la Roche, con el termómetro marcando a veces cuarenta y uno. Pero al menos podían conversar en cama, en la oscuridad, donde bajo las mantas Carlota, después de muchos forcejeos y contorsiones (esto también ritual), se despojaba de sus ropas de lana y dormía según su antigua costumbre. No las tiraba fuera de las frazadas: las guardaba debajo, en macizo acolchado, encima y abajo y alrededor del cual dormían, para conservarlas calientes hasta la mañana. Una noche, dijo:

—¿No has sabido nada de Buckner, todavía? Pero claro, ¿cómo vas a saber?

—No —dijo él, súbitamente serio—, ojalá supiera. Le dije que la llevara a un médico en cuanto llegaran. Pero probablemente... Prometió escribirme.

—Yo querría que tú le escribieras.

—Puede ser que recibamos carta cuando el trencito venga a buscarnos.

—Si viene.

Pero él no tuvo sospechas, aunque más adelante le parecía increíble que no las hubiera tenido, aunque al mismo tiempo no podían decir por qué ni por qué causa. Pero no las tuvo. Una semana antes de la fecha fijada para la vuelta del tren, llamaron a la puerta y al abrir se encontró con un hombre de tipo montañés, que llevaba un fardo y un par de botas para la nieve al hombro.

—¿Usted es Wilbourne? —dijo—. Tengo una carta para usted —un sobre escrito con lápiz todo manoseado, fechado tres semanas atrás.

—Gracias —dijo Wilbourne—. Entre y coma algo. Pero el otro rehusó.

—Uno de esos aeroplanos grandotes ha caído por aquí justo antes de Navidad. ¿No oyó ni vio nada?

—Yo no estaba aquí entonces —dijo Wilbourne—. Es mejor que coma antes.

—Hay una recompensa. No quiero demorarme.

La carta era de Buckner. Decía: *Todo O. K.-Buck*. Carlota se la tomó y se quedó mirándola.

—Es lo que dijiste. Dijiste que era muy sencillo, ¿verdad? Ahora ya estás tranquilo.

—Sí —dijo Wilbourne—. Es un alivio.

Carlota miró la carta, las cuatro palabras, contando la O y la K como dos.

—Una en diez mil. Todo lo que tienes que hacer es tener mucho cuidado, ¿verdad? Hervir los instrumentos, y todo eso. ¿No importa a quién se lo hagas?

—Tienen que estar...

Se detuvo. La miró, pensó rápidamente. *Algo me está por suceder. Espera, espera.*

—¿Hacerlo a quién?

Ella miró la carta.

—Era una tontería, ¿no es así? Quizás he estado confundiendo con incesto.

Ahora le sucedía. Se puso a temblar, temblaba aún antes de agarrarla por el hombro y obligarla a mirarlo.

—¿Hacerlo a quién?

Ella lo miró, siempre con la hoja rayada de pesada escritura, la serena mirada con ese tono verdoso que le daba la nieve. Habló en cortas frases brutales como de cartilla.

—Esa noche. Esa primera noche solos. Cuando ni pudimos esperar a preparar la cena.

—Y todas las veces desde entonces no has...

—He debido saberlo. Siempre he sido muy cómoda, demasiado cómoda. Recuerdo que alguien me dijo una vez, era joven entonces, que cuando la gente se quiere, cuando realmente se quiere, no tiene hijos. Quizá lo creía. Necesitaba creerlo. O quizá lo esperaba. De cualquier modo está hecho.

—¿Cuándo? —dijo sacudiéndola, temblando—. ¿Desde cuándo te falta? ¿Estás segura?

—¿Segura que no me viene? Sí, por cierto, dieciséis días.

—Pero no estás segura —le dijo precipitadamente, sabiendo que se hablaba a sí mismo—; todavía no es seguro. A veces no le viene a cualquier mujer. No se puede estar segura hasta dos...

—¿Crees eso? —le dijo tranquilamente—. Eso es cuando se desea un hijo. Y yo no lo deseo ni tú tampoco, porque no podemos. Yo puedo morirme de hambre y tú puedes morirte de hambre, pero no él. Debemos, Harry...

—¡No! —gritó— ¡no!

—Dijiste que era sencillo. Tenemos la prueba, no es nada, es como extirpar una uña encarnada. Soy fuerte y sana como ella, ¿no lo crees?

¡Ah! —gritó—, lo ensayaste con ella. Por eso querías saber si se moriría o no. Por eso me sugestionaste cuando yo había dicho que no...

—Sucedió la noche después que se fueron, Harry. Pero sí, quise saber primero lo que le sucedía. Ella hubiera hecho lo mismo si a mí me hubiera ocurrido primero. Yo hubiera querido que lo hiciera. Yo hubiera querido que ella viviera aunque yo me salvara o no, igual que ella querría que yo viviera aunque ella se salvara o no. ¡Lo mismo que yo quiero vivir!

—Sí —dijo él—, yo sé. No quiero decir eso. Pero tú... tú...

—Está bien, es muy simple. Lo sabes ahora por experiencia propia.

—¡No, no!

—Bueno —dijo tranquilamente—. Quizás encontremos un médico que lo haga cuando nos vayamos la semana entrante.

—No —dijo, gritando, aferrado a su hombro, sacudiéndola—. ¿Me oyes?

—Quieres decir que ningún otro lo hará, ¿y tú no quieres?

—¡Sí! ¡Eso es lo que quiero decir! Justo lo que digo.

—¿Tanto miedo te da?

—Si —dijo—. ¡Sí!

Pasó una semana. Le dio por andar capoteando a veces con la nieve hasta la cintura *para no verla, porque no puedo respirar ahí adentro*, se repetía; una vez subió hasta la mina; la galería abandonada, oscura, ahora sin los extravagantes e inútiles focos, aunque le parecía estar oyendo las voces, los pájaros ciegos, los ecos de aquel incomprensible y desafortado lenguaje humano que perduraban pendientes como los murciélagos y quizá cabeza abajo entre los muertos corredores hasta que su presencia los ahuyentó. Pero tarde o temprano el frío — algo— lo rechazaba a la cabaña y no disputaban sólo porque ella no quería embarcarse en ninguna disputa y él volvía a pensar. *Ella no es sólo un hombre mejor y mejor caballero que yo, es (en todo y para siempre) mejor que yo*. Comían juntos, cumplían juntos la rutina del día, dormían juntos para no helarse; a veces la poseía (y ella lo aceptaba) en una especie de frenética inmolación, diciendo, gritando:

—Al menos ya no importa, al menos ya no tienes que levantarte en el frío.

Y venía el día de nuevo; llenaba el tanque cuando la estufa se apagaba, tiraba en la nieve las latas que habían abierto para la última comida y ya no había bajo el sol nada más que hacer, para él. Así que caminaba (había en la cabaña un par de zapatos para la nieve, pero nunca se los probó) entre los torbellinos de nieve que todavía no había aprendido a evitar a tiempo, rodando y hundiéndose, pensando, hablándose en voz alta, pensando mil recursos: *Ciertas píldoras, pensaba... esto, un médico avezado: las usan las rameras, se supone que actúan, deben actuar, debe haber algo; no puede ser tan caro*. Y no creyéndolo y sabiendo que nunca podría hacérselo creer a sí mismo, pensando: *Y éste es el premio de veintiséis años, de dos mil dólares que estiré hasta más de cuatro, pasando sin fumar, conservando mi virginidad hasta que casi me echó a perder, el dólar y los dos dólares por semana o por mes que mi hermana no podía mandarme; haberme privado de toda esperanza de anestesia de píldoras ni panfletos. Y ahora todo lo demás se acabó*.

—Sólo queda una cosa —dijo en alta voz, en una especie de serenidad, como la que sucede a un vómito deliberado—; sólo queda una cosa. Nos iremos adonde haya calor, donde no sea muy cara la vida, donde pueda encontrar trabajo y donde podamos sostener un niño, y si no hay trabajo, asilos, orfelinatos, umbrales. No, no, ni orfelinatos, ni umbrales. Podemos hacerlo, debemos hacerlo. Encontraré algo, cualquier cosa. ¡Sí! —pensaba, gritaba en la desolación immaculada, con áspera y terrible ironía—: *me instalaré como especialista en abortos*.

Entonces volvía a la cabaña y no se peleaban porque ella quería, y no por indulgencia real o fingida, no porque ella estuviera sometida o asustada sino simplemente, porque (y eso él lo sabía también y se acusaba por eso también en la nieve) ella sabía que uno de los dos tenía que conservar la cabeza y sabía de antemano que no sería él.

Entonces llegó el trencito. Wilbourne había empaquetado en una caja las provisiones restantes, por los cien dólares teóricos de Buckner. La cargaron junto con las dos valijas que trajeron de Nueva Orleáns hacía casi exactamente un año, y subieron en el vagoncito de juguete. Al llegar al empalme vendió los tarros de habas y salmón y tocino, las bolsas de azúcar y de café y de harina, a un pequeño almacén, por veintiún dólares. Viajaron dos noches y un día en coches diurnos y dejaron detrás la nieve y encontraron ómnibus más baratos. Dormida o despierta, la cabeza de Carlota iba atrás contra el paño del respaldo, su rostro de perfil

contra el huidizo oscuro campo sin nieve, y los pueblecitos perdidos, las luces eléctricas, los comedores con robustas muchachas del oeste vestidas como en las revistas de Hollywood (de Hollywood que ya no está en Hollywood sino tatuado por un enorme ardiente gas de colores sobre la faz de la tierra americana) para parecerse a Joan Crawford.

Llegaron a San Antonio, Texas, con ciento cincuenta y dos dólares y unos centavos. Hacía calor, era casi como Nueva Orleans, los árboles de la pimienta habían estado verdes casi todo el año y las adelfas, los aromos y las retamas ya estaban en flor y algunas palmeras se abrían modestamente en el aire tibio como en Luisiana. Tenían un solo cuarto con un decrepito calentador a gas; se entraba por un corredor en una pobre casa de madera. Y ahora se peleaban.

—¿No ves? —decía ella—, el mes debía venirme ahora, mañana. Es el momento indicado. Como se lo hiciste a ella... ¿cómo se llamaba?, ¿el nombre de puta? Bill, Billie. No debías haberme enseñado tantas de esas cosas. No hubiera sabido elegir el momento para fastidiarte, entonces.

—Las has aprendido sin ninguna ayuda de mi parte —le dijo, tratando de contenerse, maldiciéndose a sí mismo: *Canalla, ella es la que está embromada, no tú.*

—Ya está decidido. He dicho no. Tú eres quien... —se detuvo, se refrenó—. Escucha. Hay unas píldoras. Las tomarás cuando deba venirme. Trataré de conseguirlas.

—¿Tratarás dónde?

—¿Dónde las conseguiré? ¿Quiénes las necesitan? En un prostíbulo. ¡Dios mío! ¡Carlota! ¡Carlota!

—Ya sé —le dijo—, no podemos evitarlo. Esto no es nosotros. Es eso: ¿no ves?, quiero volver a ser nosotros, pronto, pronto. Tenemos tan poco tiempo. En veinte años ya no podré y en cincuenta estaremos muertos los dos. Así, apúrate. Apresúrate.

Wilbourne jamás había estado en un prostíbulo y jamás había buscado uno: descubrió lo que muchos han descubierto: la dificultad de dar con alguno; cómo se vive enfrente diez años antes de descubrir que las señoras que se acuestan tarde no son telefonistas nocturnas. Al fin se le ocurrió lo que el último palurdo sabe desde que respira: le preguntó a un chófer, que lo llevó a una casa bastante parecida a la que habitaba y apretó un botón que no oyó, pero una cortina de estrecha ventana junto a la puerta cayó un segundo antes que él pudiera jurar que alguien lo había mirado. Se abrió la puerta, una sirvienta negra lo condujo por un vago vestíbulo a un cuarto donde había una mesa enchapada con una ponchera de imitación cristal cortado y marcada con redondeles blancos de los vasos mojados, una pianola con una ranura para monedas, y doce sillas alineadas contra las cuatro paredes, en perfecto orden, como lápidas en un cementerio militar, donde la sirvienta lo dejó sentado mirando una litografía de un perro San Bernardo salvando a un niño de la nieve, y otra del presidente Roosevelt, hasta que entró una mujer con doble papada, de edad indefinida, arriba de los cuarenta, con el pelo rubión y una bata de raso lila no del todo limpia.

—¡Buenas tardes! —dijo, ¿forastero?

—Sí —le contestó—, le pregunté a un chófer. Él...

—No se disculpe —le replicó—, los chóferes son todos amigos míos.

Recordó el último consejo del conductor: *La primera persona blanca que vea, invítela con cerveza, así lo atenderán.*

—¿No quiere un poco de cerveza? —le dijo.

—¿Por qué no? Gracias —le dijo la mujer—, nos va a refrescar.

Inmediatamente (Wilbourne no había oído campanilla alguna) entró la sirvienta.

—Dos cervezas, Luisa —dijo la mujer.

La sirvienta salió. La mujer se sentó también.

—Así que usted es forastero en San Tone. Bueno, algunas de las más dulces amistades que he visto se han hecho en una noche o después de una sesión entre dos personas que nunca se habían visto una hora antes. Tengo muchas americanas o españolas (a los forasteros les gustan las españolas, por una vez, al menos. Es la influencia del cine, yo digo siempre) y una italianita que es una luz...

La sirvienta entró con dos jarros de cerveza. No podía haber estado mucho más lejos de donde estaba parada cuando la mujer de violeta había tocado la campanilla que Wilbourne no llegó a ver. La sirvienta se fue.

—No —dijo—, no necesito... he venido... yo...

La mujer lo estaba mirando; empezó a levantar el jarro. Lo volvió a poner sobre la mesa, mirándolo.

—Estoy en un apuro —dijo con calma—; espero que usted pueda ayudarme.

La mujer retiró la mano del jarro y Wilbourne vio que sus ojos, si no eran menos turbios, no eran menos fríos que el brillante grande que tenía en el pecho.

—¿Y qué le hizo pensar que yo podía o querría ayudarlo en un apuro? ¿El chófer también le dijo eso? ¿Cómo era? ¿Le tomó el número?

—No —dijo Wilbourne—, yo...

—No importa. ¿En qué apuro está?

Él se lo dijo sencillamente, tranquilamente, mientras ella lo observaba.

—H'm —dijo—, así que usted, un forastero, encontró un chófer que lo trajo aquí derecho para que yo le encontrara un médico que pudiera atender su caso. Bueno, bueno.

Llamó la campanilla, no violentamente, pero bien fuerte.

—No, no, yo no... (*Hasta tiene un médico en la casa* —pensó) yo no...

—Sin duda —dijo la mujer— es una equivocación. Usted va a volver al hotel o donde sea y verá que ha soñado que su mujer estaba en aprietos o que usted tiene mujer.

—¡Ojalá! —dijo Wilbourne—, pero yo...

Se abrió la puerta y entró un hombre, un hombre grandote, bastante joven, con la ropa un poco chica, que desde sus calientes ojos pardos rodeados de carne, bajo el lacio pelo pueril partido al medio, echó a Wilbourne una mirada caliente, abrasadora, casi amorosa y siguió mirándolo sin parar. Tenía la nuca afeitada.

—¿Ése es? —le dijo por encima del hombro a la mujer de violeta, en una voz enronquecida por el prematuro abuso del whisky, pero que sin embargo era la voz de una disposición alegre, feliz, hasta jubilosa.

Ni esperó la contestación, vino derecho a Wilbourne, y antes que éste pudiera moverse lo arrancó de la silla con una mano ajamonada.

—¿Qué quiere, hijo e' perra, entrando a una casa decente y portándose como un hijo de perra? ¡Hable! —Miró a Wilbourne alegremente.— ¡Fuera! —dijo.

—Sí —dijo la mujer de violeta—, después quiero encontrar a ese chófer.

Wilbourne empezó a luchar. En el acto el joven se volvió sobre él con una alegría de enamorado, radiante.

—Aquí no —dijo la mujer, severamente—. Fuera, como le he dicho, mono.

—Me voy —dijo Wilbourne—. Puede soltarme.

—Sí, seguro, hijo e' perra —dijo el muchacho. Te acompañaré hasta la puerta. Por aquí...

Estaban en el hall otra vez, había un hombrecito moreno de pelo negro, con un pantalón sucio y una camisa azul sin corbata: una especie de sirviente mejicano. Siguieron hasta la puerta, la espalda del traje de Wilbourne agarrada por la pesada mano del muchacho. El muchacho la abrió. *El bruto tiene que pegarme una vez, pensó Wilbourne. O va a reventar, a estallar. Pero está bien. Muy bien.*

—Quizá me podría decir —dijo—. Lo que necesito es...

—Sí, seguro —dijo el muchacho—. Tal vez tendré que pegarle, Pedro. ¿Qué te parece?

—Dale —dijo el mejicano.

Ni siquiera sintió el puño. Sintió el umbral que le golpeaba la espalda, luego el pasto ya húmedo de rocío, antes de empezar a sentir la cara.

—Quizá me pueda decir... —dijo.

—Sí, seguro —dijo el muchacho con su ronca voz satisfecha—, adivina, adivinador...

Sonó un portazo; después de un rato Wilbourne se levantó. Ahora sentía un ojo, todo un lado de la cara, la cabeza entera, el lento doloroso martillar de la sangre; aunque en el espejo de la farmacia (estaba en la primera esquina que encontró: entró; estaba aprendiendo rápido las cosas que debía haber sabido antes de tener diecinueve años) vio que todavía no había moretón. Pero se veía la marca, algo se veía porque el dependiente le dijo:

—¿Qué le pasó con la cara, señor?

—Una pelea. Le pegué a mi mujer. La he embarazado. Quiero algo para eso.

Por un momento el dependiente lo miró fijo. Luego dijo:

—Le cuesta cinco dólares.

—¿Me lo garantiza?

—No.

—Bueno. Lo llevaré.

Era una cajita de lata. Sin rótulo. Contenía cinco objetos que podían ser granos de café.

—Me dijo que el whisky ayudaría, y estar en movimiento. Dijo que tomaras dos esta noche y que fueras a bailar por ahí.

Tomó las cinco, y salieron y consiguieron dos botellas de whisky y encontraron al fin una sala de baile llena de luces de colores y uniformes caqui, y compañeros o compañeras de baile a tanto la pieza.

—Bebe un poco también —dijo ella—; ¿te duele mucho la cara?

—No —dijo él—, bebe, bebe todo lo que puedas.

—¡Dios mío! —dijo ella—, tú no puedes bailar, ¿verdad?

—No —dijo él—. Sí, sí puedo bailar.

Empezaron a moverse por el piso, atropellados y sacudidos y atropellando y sacudiendo, sonámbulos y a veces siguiendo el compás, durante cada breve fase de música histórica. Hacia las once, Carlota había bebido casi la mitad de una de las botellas, pero sólo había logrado hacerla vomitar.

Él esperó hasta que saliera del lavabo, con la cara color masilla, y los amarillos ojos indómitos.

—Habrás devuelto las píldoras también —le dijo.

—Dos. Tuve miedo de perderlas, así que las lavé en la palangana y las volví a tragar. ¿Dónde está la botella?

Tenían que salir afuera para beber y luego volvieron. A las doce casi habían acabado la primera botella y las luces se habían apagado, salvo un foco encendido en un globo giratorio de vidrio de colores, así que los bailarines se movían con caras de muertos en un rodar de átomos de colores parecidos a una pesadilla marina. Había un hombre con un megáfono; era un concurso de baile y ellos lo sabían; la música retumbaba y cesaba, las luces brillaban y la pareja vencedora se adelantaba.

—Estoy indispuesta otra vez —dijo Carlota.

Una vez más la esperó — la cara color masilla, los ojos indomables.

—Las volví a lavar —dijo—, pero no puedo beber más. Vamos. Cierran a la una.

Quizás eran granos de café porque nada había sucedido a los tres días; a los cinco, tuvo que admitir que el momento había pasado. Ahora disputaban; él se maldecía por ello mientras se pasaba sentado en los bancos de las plazas leyendo avisos de trabajo en las columnas de periódicos sucios, recogidos de cajones de basura, mientras esperaba que su ojo negro, su ojo “en compota”, desapareciera, para buscar trabajo, maldiciéndose porque ella había aguantado tanto tiempo y estaría lista a seguir aguantando si él no la cansaba, sabiendo que la había cansado, jurando que cambiaría. Pero al volver al cuarto (ella estaba más delgada y había algo en sus ojos; lo que las píldoras y el whisky habían conseguido era poner algo en sus ojos que no tenían antes) era como si no hubiera jurado nada. Ella lo maldecía y le pegaba con los puños duros y luego se contenía y se le prendía, gritando:

—¡Dios mío, Harry, hazme parar, hazme callar! ¡Rómpeme el alma!

Después se acostaban abrazados, completamente vestidos, en una especie de paz momentánea.

—Todo andrà bien —le decía él—. Mucha gente tiene que hacerlo en estos tiempos. Los asilos no son malos. Después encontraremos alguien que se haga cargo del niño hasta que yo pueda...

—No. Eso no sirve, Harry. No sirve.

—Ya sé que parece duro al principio. Caridad. Pero la caridad no es...

—¡Al diablo con la caridad! ¿He preguntado nunca de dónde viene el dinero, dónde o cómo vivíamos *b* teníamos que vivir? No es eso. Duelen demasiado.

—Ya lo sé. Pero las mujeres han estado concibiendo hijos. Tú misma has tenido dos.

—¡Al diablo con el dolor también! Soy blanda para recibir y dura para parir, pero, ¡al diablo con eso! Estoy acostumbrada a eso, eso no me importa. Dije que dolían demasiado.

Entonces él comprendió, supo lo que ella quería decir; pensó tranquilamente, como había pensado antes, que ella conociéndolo apenas había abandonado mucho más de lo que él pudiera poseer para abandonar y recordar las viejas, probadas, verdaderas, incontestables palabras: *Carne de mi carne, sangre de mi sangre, y hasta memoria de mi carne y de mi sangre y de mi memoria*. No puedes vencer eso. No puedes vencerlo con facilidad. Estaba por decir: *Pero éste va a ser nuestro*, cuando se dio cuenta que así era, que era eso exactamente.

Pero aún no podía decir sí, no podía decir *Bueno*. Se lo podía decir él mismo en los bancos de las plazas, podía estirar la mano sin temblar. Pero no podía

decírselo a ella; se acostaría a su lado, abrazándola mientras dormía, y observaría el último resto de su coraje y de una hombría que le dejaba. *Está bien*, solía repetirse en voz baja. Pronto va a entrar en el cuarto mes, entonces me puedo decir: sé que es ya tarde para intentarlo; aun ella lo comprenderá. Luego se despertaba y todo empezaba de nuevo — los razonamientos sin salida que degeneraban en disputas, y después las maldiciones, hasta que ella se refrenaba y se le prendía al cuello gritando en una desesperación frenética:

—¡Harry! ¡Harry!, ¿qué estamos haciendo? ¡Nosotros, nosotros, nosotros! ¡Hazme callar! ¡Pégame! ¡Golpéame!

Esta última vez él la contuvo hasta que se calmó.

—¿Harry, quieres que hagamos un convenio?

—Sí —dijo él, fatigado—, lo que quieras.

—Un convenio. Y mientras dure, no mencionaremos el embarazo —dijo la fecha en que debería venirle su próximo mes; faltaban trece días—; es el mejor momento; después de eso se cumplirán cuatro meses y será demasiado tarde para arriesgarlo. Así, desde ahora hasta entonces ni siquiera hablaremos de eso; trataré de facilitar las cosas mientras tú buscas un empleo, un buen empleo que pueda sostener a tres...

—¡No! —dijo él—, ¡no, no!

—Espera —le dijo ella—, lo has prometido... Entonces, si no has encontrado trabajo, lo harás, me lo sacarás.

—¡No! —gritó—, no quiero. ¡Nunca!

—Pero lo prometiste —dijo ella, tranquilamente, dulcemente.

Se repetía lo de Chicago: las primeras semanas cuando iba de hospital en hospital, las entrevistas que languidecían y se borraban tranquilamente a un mismo momento dado, él presintiéndolo y esperándolo y recibiendo decentemente esa muerte. Pero no ahora, no esta vez. En Chicago, solía pensar: *Pienso que voy a fracasar* y fracasaba; ahora sabía que iba a fracasar y rehusaba aceptar una negativa; hasta casi lo amenazaban con violencia física. No sólo ensayaba hospitales, ensayaba cualquier mentira; llegaba a las citas, sugería sueldos con una frenética, fría determinación maniática que comportaba su propia negación; prometía a cualquiera que podía y haría cualquier cosa; una tarde, recorriendo solo las calles vio por pura casualidad la chapa de un médico y entró y propuso provocar a mitad de precio cualquier aborto que se presentara, alegó su experiencia y (se dio cuenta más tarde al recobrar parcialmente la lucidez) sólo su despedida a la fuerza le impidió mostrar la carta de Buckner como testimonio de su destreza.

Un día volvió a la casa a media tarde. Se detuvo ante la puerta por largo rato antes de abrirla. Y aun al hacerlo no entró: se quedó en el umbral con un barato gorro blanco de picos con una cintilla amarilla —la solitaria insignia de un celador— y con el corazón quieto y helado por una pena y desesperación que eran casi sedantes.

—Me dan diez dólares por semana —dijo.

—¡Ah, mono! —le dijo ella.

Entonces por última vez en su vida la vio llorar.

—¡Bastardo! ¡Bastardo maldito!

Se acercó y le arrancó el gorro y lo arrojó a la chimenea (una hornalla rota colgando de un lado y llena de papel arrugado descolorido que alguna vez había sido rojo o amarillo) y luego, prendida a él, llorando a mares, las lágrimas tristes

brotando y corriendo:

—Bastardo, maldito bastardo, maldito, maldito, maldito.

Hirvió el agua ella misma y buscó los pobres instrumentos con que le habían provisto en Chicago y que había usado sólo una vez, y acostándose en la cama lo miró...

—No es nada. Es muy sencillo. Ya lo sabes; ya lo has hecho.

—Sí —dijo él—, sencillo. No hay más que dejar entrar el aire. Todo lo que hay que hacer es dejar entrar el aire...

Empezó a temblar otra vez.

—Carlota, Carlota.

—Eso es todo. Un pinchazo. Luego entra el aire y mañana habrá pasado todo y estaré bien y volveremos a ser nosotros por siempre y siempre.

—Sí, siempre y siempre. Pero tendré que esperar un minuto hasta que mi mano... Mira. No quiere parar. No la puedo hacer parar.

—Bueno. Esperaremos un minuto. Es sencillo. Es gracioso. Nuevo, quiero decir. Ahora. Tu mano está quieta.

—Carlota —dijo él—. Carlota...

—Está bien. Ya sabemos cómo. ¿Qué me contaste que decían las negras? Líbrame, Harry.

Ahora, sentado en su banco del Parque Audubon, charro, verde y brillante como el pleno verano de Luisiana, aunque junio no había llegado aún, y lleno de gritos de niños y ruido de ruedas de cochecitos como antes en el departamento de Chicago, miraba entre los párpados el coche (le habían dicho que esperara) deteniéndose ante la limpia e insignificante pero del todo irreprochable puerta y a ella bajándose del coche con su vestido oscuro con más de un año de uso, por más de tres mil millas, con la valija de la primavera pasada, subiendo la escalera.

Y ahora la campanilla, quizá la misma sirvienta negra: *¡Usted, señorita!* — luego nada, recordando quién pagaba el sueldo, aunque posiblemente no, puesto que en general los negros dejan un empleo si hay una muerte o un divorcio. Y ahora el cuarto, como lo vio la primera vez, el cuarto en que ella le dijo: *¿Harry — lo llaman Harry?, ¿qué vamos a hacer? (Bueno, lo hice, pensó. Ella tiene que admitirlo.)* Podía verlos, a los dos: Rittenmeyer con su saco cruzado (sería ahora de franela, pero franela oscura, imponiendo suavemente su corte impecable y su costo); los cuatro, Carlota aquí y los otros más lejos, las dos niñas insignificantes, las hijas, una con el pelo de la madre y nada más, la otra, la menor, sin nada, sentada quizás en las rodillas del padre, la otra, la mayor, recostada en él; los tres rostros, uno impecable, los dos invencibles e irrevocables, el segundo frío, sin parpadear, el tercero sólo sereno; podía verlos, oírlos:

—*Ve a hablar a tu madre, Carlota. Lleva a Ana contigo.*

¡No quiero!

—*Ve, lleva a Ana de la mano.*

Los oía, los veía: Rittenmeyer poniendo a la pequeña en el suelo, la mayor tomándole la mano y acercándose. *Y ahora ella tomaba la mano, acercándose. Y ahora ella tomaba a la pequeña en su regazo, mirándola tranquila con su intenso absoluto desinterés de las criaturas, la mayor inclinándose hacia ella, obediente, fría, soportando las caricias, apartándose antes que el beso se completara y volviendo a su padre; un momento después Carlota ve llamar a la menor, ve la subrepticia violenta pantomima. Así que Carlota vuelve a depositar la niñita en el suelo y ésta vuelve a las rodillas de su padre, levantando la colita hasta las faldas*

de su padre, mirando a Carlota con despego vacío hasta de curiosidad.

—Que se vayan —decía Carlota.

—¿Quieres que se vayan?

—Sí, quieren irse.

Las niñas se van. Y ahora la oye; no es Carlota. Eso lo sabe como nunca lo sabrá Rittenmeyer.

—Eso es lo que les has enseñado.

—¿Yo enseñarles? ¡Yo no les he enseñado nada! —gritó—. Nada. No he sido yo quien...

—Ya sé. Perdona. No quería decir eso. No he... ¿Han estado bien?

—Sí. Como te escribí. Como recordarás, por algunos meses no tuve dirección. Me devolvían las cartas. Puedes verlas cuando quieras, si lo deseas. Tú no pareces muy bien. ¿Es por eso que vuelves a casa? ¿O vuelves del todo?

—Para ver a las niñas. Y para darte esto. —Saca el cheque, con la doble firma perforada contra cualquier intriga o maquinación, el pedazo de papel que cuenta más de un año, doblado e intacto y sólo un poco gastado.

—¿Vuelves a casa con su dinero, entonces? ¿Entonces le perteneces?

—No, es tuyo.

—Rehusó aceptarlo.

—Él también.

—Entonces quémallo. Destruyelo.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres perjudicarte? ¿Por qué te gusta sufrir, cuando se puede hacer tanto con eso? Dáselo a las niñas. Un legado, si no mío, de Ralph. Todavía es su tío. Él no te ha hecho ningún mal.

—¿Un legado? —dijo él—. Entonces ella se lo dijo.

Ah, sí, se dijo Wilbourne, ella se lo va a decir; podía verlos, oírlos — las dos personas entre las cuales algo parecido al amor había existido una vez, o que al menos habían conocido juntos el esfuerzo físico en que la carne trata de guardar ese poquito que sabía del amor. ¡Ah! —le dirá ella; él podía verla y oírla cómo dejaba el cheque sobre la mesa a su alcance diciéndole:

—Hace un mes. Estaba bien, pero he seguido perdiendo sangre y parecía bastante mal. De pronto, hace dos días, ha parado la pérdida así que algo debe andar mal, que puede ser algo peor, ¿cómo se llama? ¿toxemia, septicemia? No importa — eso lo estamos observando, esperando.

Los hombres que pasaban por delante del banco en que estaba sentado tenían trajes de hilo, y él empezó a notar un éxodo general desde el parque — las niñeras negras que infundían algo charro y deslumbrante a sus almidonados uniformes azules con cruces blancas, los niños que atravesaban el césped con frágiles gritos, desaparecían al azar como pétalos. Se aproximaba el mediodía; Carlota se había demorado en la casa más de media hora. ¿Por qué le tomará todo ese tiempo?, pensó, viéndolos y oyéndolos: Él está tratando de convencerla que vaya a un hospital en seguida, el mejor hospital con los mejores médicos; él cargará con toda la culpa, dirá todas las mentiras, insiste, sereno, nada importuna, y con decisión.

—No, Har... él conoce un lugar. En ja costa del Misisipí... Iremos ahí. Si es necesario consultaremos un médico...

—La costa del Misisipí. ¿A qué diablos la costa del Misisipí? Un médico de pueblo en un villorrio perdido del Misisipí, cuando en Nueva Orleans están los mejores.

—A lo mejor no precisaremos de un médico. Y ahí podremos vivir más barato hasta saber...

—Entonces tienes dinero para veranear en la costa.

Era el exacto mediodía: el aire estaba muerto, las sombras manchadas yacían inmóviles en sus rodillas, sobre los seis billetes en su mano, los dos de veinte, el de cinco, los tres de uno, oyéndolos, viéndolos:

—Toma el cheque otra vez, no es mío.

—Ni mío. Déjame hacer lo que quiero, Francis. Hace un año me dejaste elegir y elegí. Me quedo con eso. No quiero que te retractes, que rompas tu promesa. Pero quiero pedirte una cosa.

—A mí, ¿un favor?

—Si quieres. No espero una promesa. Quizá lo que trato de expresar no es más que un deseo. ¡No una esperanza!, un deseo. Si algo me sucede...

—Si algo te sucede. ¿Qué quieres que haga?

—Nada.

—¿Nada?

—Sí. Contra él. No lo pido por él ni siquiera por mí. Lo pido por... por... ni siquiera sé lo que quiero decir. Lo pido por todos los hombres y todas las mujeres que vivieron y erraron pero con los mejores propósitos y por todos los que vivirán y errarán pero con los mejores propósitos. Acaso por ti, ya que tú sufres también, si hay algo que realmente es sufrir, si alguno de nosotros ha sufrido, si alguno de nosotros ha sufrido con bastante fuerza y con bastante bondad para ser digno de amar o de sufrir. ¿Quizá lo que quiero decir es justicia?

—¿Justicia?

Ahora escuchaba la risa de Rittenmeyer, que no se había reído nunca porque la risa es la barba escasa de ayer, el negligé de las emociones.

—¿Justicia? ¿Eso a mí? ¿Justicia?

Ahora ella se levanta; él también, se enfrentan.

—No he pedido una promesa —dice ella—, hubiera sido demasiado pedir.

—A mí.

—A cualquiera. A cualquier hombre o a cualquier mujer. No sólo a ti.

—Pero soy yo el que no te promete nada. Recuerda, recuerda. Yo dije que podías volver cuando quisieras y que yo te recibiría en mi casa a lo menos. ¿Pero puedes esperar eso otra vez, de algún hombre? Dime, has hablado de justicia; dime eso.

—No te espero. Ya te dije que lo que trataba de decir era esperanza.

Ahora se dará vuelta, se dijo, aproximándose a la puerta, y quedarán mirándose como Mc Cord y yo en la estación de Chicago esa noche, el año... —se detuvo. Estaba por decir el año pasado... y se detuvo y dijo en voz alta con un tranquilo asombro:

—No hace cinco meses de esa noche.

Y saben los dos que no se volverán a ver en la vida y ninguno de los dos lo dirá. “Adiós, Rat”, le dice ella. Y él no contestará, pensó él. No. Él no contestará, ese hombre de ultimátum, sobre el cual anualmente por el resto de su vida recaerá la necesidad de mandatos que de antemano sabe que no podrá sostener, que ha negado la promesa que ella no le ha pedido pero que ejecutará en el acto y ella lo sabe bien, demasiado bien, demasiado bien — ese rostro impecable e invencible sobre el cual toda la luz existente del cuarto se habrá acumulado como en una bendición, en una afirmación no de rectitud sino de derecho, habiendo sido

consistentemente e incontrovertiblemente recto; y sin embargo trágico también, porque no hay consuelo de paz en tener razón.

Ahora sería tiempo. Se levantó del banco y siguió la curva de descoloridas cáscaras de ostras entre el macizo follaje de adelfas, de jazmines y de naranjos, hacia la salida y la calle, bajo el mediodía. El coche se acercó, acortando el paso al alcanzar la vereda; el conductor abrió la puerta.

—A la estación —dijo Wilbourne.

—*Union Station.*

—No. La estación para Mobile. La costa.

Entró. La puerta se cerró; el coche prosiguió; los troncos ascendentes de las palmeras empezaron a huir a los lados.

—¿Las dos estaban bien? —preguntó.

—Oye —dijo ella—. ¿Iremos a alcanzarla?

—¿Alcanzarla?

—Ya lo sabrás.

—No alcanzaremos nada. Te voy a sostener, ¿no te he sostenido hasta ahora?

—No seas un imbécil. Ya no hay tiempo. Ya lo sabrás. Déjame sola, ¿oyes?

—¿Sola?

—Prométeme. ¿No sabes lo que te harán? Tú no sabes mentir aunque quieras. Y no puedes ayudarme. Pero ya lo sabrás. Llama por teléfono a una ambulancia o a la policía o a algo y telegrafía a Rat y déjame sola. Prométeme.

—Voy a sostenerte —dijo—, eso es lo que te prometo.. ¿Las dos estaban bien?

—Si —dijo ella.

Los ascendentes troncos de las palmeras huían constante mente a los lados.

—Las dos estaban bien.

EL VIEJO

Cuando la mujer le preguntó si tenía un cuchillo, el penado (con la chorreante ropa de cutí que lo había hecho balear, la segunda vez por una ametralladora, en las dos ocasiones en que había visto un ser humano desde que dejó la plataforma hacía cuatro días) se sintió exactamente igual que cuando en el esquife fugitivo la mujer indicó que era mejor apresurarse. Sintió la misma indignación injuriada de carácter puramente moral, la misma impotencia rabiosa para encontrar una respuesta; así, dominándola desde su altura, agotado, ahogado y sin articular palabra, pasó un minuto largo antes de comprender que ella ahora estaba gritando: “La lata, la lata en el bote.”

No presintió para qué la quería; ni siquiera lo imaginó ni se detuvo a preguntarlo. Se dio vuelta corriendo; esta vez, pensó: *Es otra serpiente* cuando el grueso cuerpo se dobló en ese torpe movimiento reflejo que no surgía de la alarma sino de la vitalidad, y él ni siquiera cambió el paso aunque sabía que su pie ya lanzado caería apenas a una yarda de la cabeza chata. La borda del esquife estaba bien arriba en la ladera donde la ola la había plantado y había otra serpiente metiéndose en la proa, y al agacharse para alcanzar la lata vio otra cosa que nadaba hacia el terraplén: una cabeza, un cara en el vértice de un ángulo de olas. Levantó la lata; por la mera yuxtaposición con el agua la sacó llena.

Volvió a ver al ciervo, o a otro ciervo. Esto es, vio un ciervo — una mirada lateral, el liviano fantasma color humo que desaparecía en una perspectiva de cipreses. No se detuvo a mirarlo, como a la mujer y se arrodilló para acercarle la lata a los labios hasta que ella le dijo basta. Había contenido un cuarto de habas o tomates, algo herméticamente cerrado y abierto por cuatro golpes de hacha con la hoja de metal hacia afuera y los bordes desiguales agudos como navajas. Ella le enseñó y él la usó en lugar de cuchillo; se sacó uno de los cordones de los zapatos y lo cortó en dos con la lata filosa. Después ella pidió agua caliente.

—Si tuviera un poquito de agua caliente —dijo con una débil voz serena sin mucha esperanza.

Sólo cuando él se acordó de los fósforos fue como cuando le pidió un cuchillo, hasta que ella registró el bolsillo de la encogida casaca (tenía una doble costura en un puño y un manchón más oscuro en el hombro donde habían arrancado las jinetas y un emblema, pero esto no significaba nada para él) y sacó un yesquero hecho de dos cartuchos vacíos. Cuando la alejó del agua fue a juntar un poco de leña seca para quemar, pensando esta vez: *Es otra serpiente, pero, dijo, hubiera debido pensar diez mil serpientes más*; y ahora sabía que no era el mismo ciervo porque vio tres a un tiempo, no sabía si machos o hembras porque ninguno tenía astas en mayo y además nunca había visto ninguno en ninguna parte salvo en

una tarjeta de Navidad; y después del conejo, ahogado, muerto, de todos modos, ya desollado, con el pájaro, el buitre parado encima —la cresta erguida, la dura cruel nariz patricia, el intolerante omnívoro ojo amarillo— y le dio un puntapié, y lo arrojó al aire, tambaleante, con la alas abiertas.

Cuando volvió con la leña y el conejo muerto, el nene envuelto en la casaca yacía acuñado entre dos troncos de ciprés y la mujer no se veía pero mientras el penado se arrodilló en el fango, soplando y avivando la débil llama, vino ella lenta y lánguidamente desde el lado del agua. Una vez calentada el agua ella sacó de alguna parte que él no conocería nunca y que ella tal vez ignoraba también hasta que llegó el momento, de una parte que tal vez ninguna mujer conoce pero que no asombra a ninguna mujer, ese cuadrado de algo, entre arpillera y seda. En cuclillas, acurrucándose, sus ropas humeando al calor del fuego, la vio bañar al niño con salvaje curiosidad e interés que se convirtieron en incrédulo asombro, hasta que se paró y los miró desde arriba a los dos, a la mujer y a la diminuta criatura color terracota que no se parecía a nada, y pensó: *Y esto es todo. Esto me arrancó violentamente de todo lo que yo conocía y que no quería dejar y me arrojó a un elemento que yo nací para temer y que me ha dejado en un lugar que nunca he visto antes y donde ni siquiera sé dónde estoy.*

Luego volvió al agua y llenó de nuevo el tarro. Iba aproximándose al ocaso (o lo que hubiera sido el ocaso sin el nublado predominante) de este día cuyo principio ni siquiera recordaba, cuando volvió donde el fuego ardía en la oscuridad entrelazada de los cipreses. Aun después de tan corta ausencia, se había hecho la noche definitiva como si hasta la oscuridad se hubiera refugiado sobre esas pocas varas cuadradas de terraplén, esa Arca terrestre salida del Génesis, esa vaga húmeda desolación ahogada por los cipreses y rebosante de vida, cuyo rumbo y cuya ubicación ignoraba como ignoraba el día del mes, y que ahora con la puesta del sol se tendía de nuevo sobre las aguas.

Guisó el conejo en pedazos mientras el fuego ardía más y más rojo en la oscuridad donde los tímidos ojos salvajes de bestezuelas —una vez la alta dulce mirada atónita de uno de los ciervos— brilló y desapareció y volvió a brillar. Después de cuatro días sin comer, el caldo le pareció caliente y fuerte; le parecía oír el rugir de su propia saliva, viendo a la mujer chupar la primera ración. Él bebió después; comieron los otros pedazos que habían estado tostándose en ramas de sauce; era noche cerrada.

—Es mejor que usted y él duerman en el bote —dijo el penado—. Mañana zarparemos al alba.

Empujó la proa del bote hacia el agua para nivelarlo, alargó el cable con un sarmiento y volvió a la hoguera y se ató la rama a la cintura y se acostó. Se acostó sobre el barro, pero abajo era sólido, era tierra, no se movía; si uno se caía encima podía romperse los huesos contra su irrefutable pasividad, pero no lo recibía incorpóreamente, sofocándolo a uno sin fin; era difícil a veces pasarle un arado, lo agotaba y lo rendía a uno, lo hacía maldecir su insaciable exigencia que dura lo que dura la luz, pero no lo arrancaba a uno violentamente de todo lo conocido y lo empujaba como un déspota días y días.

No sé dónde estoy, no sé el camino para volver, adonde quiero ir, pensó. Pero al menos el bote se ha detenido lo bastante para darme una oportunidad de hacerlo volver.

Se despertó al alba, una leve luz, el cielo color junquillo; sería un hermoso día. El fuego se había apagado; al otro lado de las cenizas frías yacían tres

serpientes inmóviles y paralelas y en la creciente luz otras parecían materializarse: la tierra, que un momento antes era mera tierra, estalló en inmóviles lazos, las ramas que un momento antes eran sólo ramas eran ahora inmóviles festones de ofidios, mientras el penado pensaba en comida, en algo caliente antes de partir. Pero se decidió contra esa idea, contra perder tiempo en eso, ya que todavía quedaban en el bote algunos objetos como piedras que la mujer de la cabaña había tirado dentro; además (pensándolo), por más ligero o con más éxito que buscara, nunca podría acumular bastantes provisiones que les alcanzaran hasta donde querían ir. Volvió al esquife ayudándose con el cable reforzado por el sarmiento, volvió al agua sobre la que había una neblina baja, espesa como algodón (aunque no parecía alta ni profunda) en la cual la popa del esquife había empezado a desaparecer aunque la proa casi tocaba el terraplén. La mujer se despertó, se agitó.

—¿Ahora zarpamos? —preguntó.

—Sí —dijo el penado.

—¿No está pensando tener otro esta mañana, verdad?

Fue y despegó el esquife de tierra que en seguida empezó a disolverse en la neblina.

—Alcánceme el remo —dijo por encima del hombro, sin darse vuelta.

—¿El remo?

Se dio vuelta.

—El remo. Está acostada encima.

Pero no era así, y por un instante durante el cual el terraplén, la isla, seguían disolviéndose en la neblina que parecía rodear el esquife de una liviana lana impalpable como si éste fuera una preciosa o frágil alhaja, el penado se agachó sin consternación pero con la frenética y atónita indignación del hombre que acaba de evitar que lo aplaste una caja de hierro y a quien lo golpea el aprieta papel que había encima: hecho tanto más intolerable porque sabía que nunca en su vida tenía menos tiempo que perder. No vaciló. Empuñando el extremo del sarmiento saltó al agua, desapareciendo en la agitación de trepar y reapareció, siempre trepando, y (él, que nunca había aprendido a nadar) zambulló y se metió hacia el terraplén casi invisible atravesando el agua que lo cubría como el ciervo había hecho ayer y repechó la ribera fangosa y se quedó alentando y rendido, siempre con el sarmiento en el puño. Lo primero que hizo fue elegir lo que le pareció el árbol más adecuado (por un instante en que reconoció que estaba loco, pensó en abatirlo con el borde de la lata) e hizo un fuego.

Después fue a buscar comida. Pasó seis días buscándola, mientras el árbol se quemaba y caía y seguía quemándose hasta la altura deseada, y él cuidando constantes, expertas llamas, a lo largo de los flancos de la madera para darle forma de remo, cuidándolas también, de noche mientras la mujer y el niño (comía; lo amamantaba ahora; él le daba la espalda y hasta se iba al bosque cada vez que ella se disponía a abrir la casaca desteñida) dormían en el esquife.

Aprendió a vigilar los halcones al acecho y encontró así más conejos y dos veces zorros; comieron algunos pescados ahogados que les produjeron urticaria y después una violenta diarrea y una víbora que la mujer confundió con una tortuga y que no les hizo mal y una noche llovió y él se levantó y junto leñitas (sacudiendo las víboras, ya no pensaba: *Es otra serpiente*; se hacía a un lado cuando le daban tiempo) con el antiguo sentimiento anterior de invulnerabilidad personal y armó un refugio y en seguida paró la lluvia y no recomenzó y la mujer regresó al esquife.

Y una noche —el lento, fastidioso leño carbonizado era casi un remo—, una noche ya estaba en cama, su cama de la cárcel y hacía frío, trataba de arrojarse pero su mula no lo dejaba, hociqueando y golpeándolo, tratando de meterse en la estrecha cama con él, y la cama estaba fría y mojada y él trataba de levantarse pero la mula no lo dejaba y lo agarraba por el cinturón con los dientes empujándolo y arrinconándolo contra la cama fría y mojada, e inclinándose le pasaba por la cara la fría musculosa lengua flexible, y se despertó y se encontró sin fuego, sin carbón, hasta debajo del casi concluido remo y una cosa alargada y friamente flexible pasó rápidamente sobre su cuerpo que yacía en cuatro pulgadas de agua mientras la proa del esquife alternativamente tironeaba el sarmiento atado a su cintura y lo golpeaba y lo empujaba de nuevo dentro del agua. Después vino otra cosa y empezó a golpearle el tobillo: era el leño, el remo. Él empezó frenéticamente a tantear el esquife, oyendo un ligero crujido acá y allá dentro del casco mientras la mujer empezó a moverse y gritar:

—¡Ratas! ¡Está lleno de ratas!

—¡Estese quieta! —le gritó—. ¡Son culebras! ¿No puede quedarse quieta hasta que encuentre el bote?

Lo encontró, se metió dentro con el remo sin concluir; otra vez: el grueso cuerpo musculoso convulso bajo su pie; no golpeó; no le hubiera importado, mirando a popa donde podía ver algo — la débil luminosidad exterior del agua abierta. Rumbó hacia el agua, apartando las ramas con serpientes, el fondo del esquife sonando débilmente con gruesos sólidos ruidos, la mujer chillando constantemente. El esquife se libró de los árboles, del terraplén, y ahora podía sentir los cuerpos azotándoles los tobillos y oír el roce cuando saltaban la borda. Arrastró dentro el leño y raspó con él el fondo del bote hacia adelante, arriba y afuera; contra el agua pálida pudo ver tres serpientes más que se retorcián a golpes al desaparecer.

—¡Cállese! —gritó—. Quisiera ser una culebra para poder salir.

Cuando de nuevo la pálida y frígida oblea del primer sol miró al esquife (el penado ignoraba si se movían o no) en su nimbo de fino algodón, el penado estaba oyendo aquel sonido que había oído dos veces antes y que nunca olvidaría, aquel sonido de agua deliberada e irresistible y monstruosamente agitada. Pero ahora no podía decir de dónde venía. Parecía estar en todas partes, aumentando y disminuyendo; era como un fantasma detrás de la neblina, a muchas millas en un instante, luego rebasando el esquife en el próximo segundo; de pronto, en el momento en que creía (todo su cansado cuerpo iba a saltar y gritar) que iba a estrellar el esquife contra él con el remo a medio hacer del color y la apariencia de ladrillo oscuro como algo roído, de una vieja chimenea, por castores y que pesara veinticinco libras, arremolineaba el esquife furiosamente y encontraba el sonido muerto delante de él. Algo rugió tremendamente sobre su cabeza, oyó voces humanas, tintineó una campana y cesó el ruido y la niebla desapareció como cuando uno pasa la mano por un vidrio helado, y el esquife reposó sobre un brillo de agua oscura a una distancia de treinta yardas de un vapor. Los puentes estaban llenos y repletos de hombres, mujeres y niños (sentados o parados en montón entre una aglomeración casera de muebles apresurados) que miraban silenciosa y tristemente el esquife, mientras el penado y el hombre con un megáfono en la cabina del piloto se hablaban en minúsculos gritos y alaridos sobre el jadeo de las máquinas.

—¿Qué demonios quiere hacer? ¿Suicidarse?

—¿Por dónde se va a Vicksburg...?

—¿Vicksburg? ¿Vicksburg? Atraque y suba a bordo.

—¿Pueden llevar también el bote?

—¿El bote, el bote?

Ahora el megáfono empezó a maldecir, las rugientes olas de blasfemias y suposiciones biológicas, vacías, cavernosas e incorpóreas por tumo, como si el agua, el aire, la neblina las hubieran dicho, rugiendo las palabras y volviéndolas luego a tomar sin hacer daño, sin dejar marca ni insulto en ninguna parte.

—Si yo tomara a bordo todas las latas de sardinas flotantes que ustedes, hijos de perra y ratas de albañal, quieren encajarme, no tendría lugar ni para el piloto. ¡Suban a bordo! ¿Quiere tenerme aquí malgastando carbón hasta que se hiele el infierno?

—Yo no subiré sin el bote —dijo el penado.

Habló otra voz, tan serena y moderada y sensata que por un momento pareció más extranjera y fuera del lugar que la incorpórea y vociferante insolencia del megáfono.

—¿Adonde está tratando de ir?

—No estoy tratando —dijo el penado—. Voy a Parchman.

El hombre que habló último se dio vuelta y pareció conversar con un tercero en la cabina del piloto. Luego volvió a mirar el esquiife.

—¿Carnarvon?

—¿Qué? —dijo el penado—. ¿Parchman?

—Bueno. Vamos por ahí. Lo dejaremos donde pueda ir a casa. Suba.

—¿También el bote?

—Sí, sí. Venga. Estamos gastando carbón para conversar con usted.

El penado atracó el bote y los miró ayudar a la mujer con el niño a saltar la baranda y él mismo subió a bordo, aunque agarrando aún la punta del sarmiento añadido al cable hasta que el esquiife fue izado a la cubierta de máquinas.

—Dios mío —dijo el hombre suave—, ¿es eso lo que ha usado como remo?

—Sí —dijo el penado—, perdí el tablón.

—El tablón —dijo el hombre suave (el penado contó que hablaba en un susurro)—, el tablón. Bueno. Venga a comer algo. Su bote está bien ahora.

—Me parece que voy a esperar aquí —dijo el penado—. Porque, ahora —les siguió contando, notó por primera vez que los demás, los demás refugiados que llenaban la cubierta, que habían formado un tranquilo círculo al bote volcado en el que estaban él y la mujer, con el cable y el sarmiento dándole muchas vueltas en la muñeca y prendido a su mano, que miraban a él y a la mujer con extraña, cálida, doliente intensidad, no eran blancos.

—¿Quieres decir negros? —dijo el penado gordo.

—No, no eran americanos.

—¿No eran americanos? ¿Es decir que no estabas en América?

—No sé —dijo el alto—; lo llamaban Atchafalaya, porque al rato dijo *¿Qué?* al hombre y el hombre hizo otra vez, *goble-goble*.

¿Goble-Goble? —dijo el gordo.

—*Así hablaban —dijo el alto—, goble, goble, whang, caw-caw-to-to.*

Y se quedó mirándolos lengüetear entre sí y luego volviendo a mirarlo, hasta que se hicieron atrás y el hombre suave (llevaba un brazal de la Cruz Roja) entró seguido de un mozo de comedor con una bandeja de comida. El hombre suave traía dos vasos de whisky.

—Beba esto —dijo el hombre suave—. Esto lo va a calentar.

La mujer tomó el vaso y lo apuró, pero el penado contó cómo miró el suyo pensando: *No he probado whisky en siete años*. No lo había probado sino una vez; fue en una hondonada entre los pinos: tenía diecisiete años, había ido con cuatro compañeros, dos de ellos ya hombres, uno de veintidós o veintitrés años, el otro de unos cuarenta; lo recordaba. Esto es, recordaba una tercera parte quizá de aquella tarde — un barullo feroz a la luz del fuego color infierno, el choque de golpes en su cabeza (también de sus propios puños en huesos duros), luego el despertar bajo un sol rajante y enceguedor, en un lugar, un pesebre que nunca había visto y que resultó estar a veinte millas de su casa. Dijo que se acordó de eso y miró las caras que lo observaban y dijo:

—Creo que no.

—Vaya, vaya —dijo el hombre suave—, ¡bébalo!

—No quiero.

—Tonterías —dijo el hombre suave—, soy un médico. Vamos. Luego puede comer.

Tomó el vaso y aun entonces vaciló, pero el hombre suave volvió a decir:

—Vamos, tráguelo, todavía nos está entreteniéndolo — con esa voz quieta y suave pero aguda también, la voz de un hombre que puede ser calmoso y afable porque no está acostumbrado a que lo contradigan, y bebió el whisky y aun entre el segundo que sintió el dulce fuego ardiente en la panza y cuando empezó a suceder, trataba de decirles: “¡Yo traté de decirles! ¡Yo traté!” Pero era demasiado tarde en el pálido resplandor del décimo día de terror y desesperanza y desesperación e impotencia y rabia e indignación y volvió a ser él y la mula, su mula (le habían permitido que le pusiera nombre: John Henry) que ningún hombre más que él había llevado a arar en cinco años y cuyas manías y costumbres conocía y respetaba y que a su vez conocía y respetaba las de él de modo que se preveían los movimientos e intenciones mutuamente; era él y la mula, las caritas huyendo delante de ellos, los duros huesos familiares del cráneo chocando con sus puños, su propia voz gritando:

—Vamos, John Henry, ara hondo, trágalo muchacho —en el preciso instante en que la brillante cálida ola roja se volcó. Salió jubilosamente a su encuentro, la rechazó con un alarido triunfal y sintió el golpe aniquilador en la nuca: quedó tirado en la cubierta de espaldas, maniatado y lúcido otra vez. Le sangraba la nariz, el hombre suave se inclinaba sobre él y detrás de los finos lentes sin aros lo miraban los ojos más fríos que el penado había visto — ojos que no lo miraban a él sino a la efusión de la sangre con pleno interés unipersonal. —Bravo —dijo el hombre suave—. ¿Puede vivir un siglo, eh? ¿Buena sangre roja también? ¿Nadie le ha dicho alguna vez que era hemofílico?

—¿Qué? —dijo el penado gordo—, ¿hemofílico? ¿Sabes lo que quiere decir?

El penado fumaba con ganas el cigarrillo, su cuerpo calzado en el espacio como un féretro entre las cuchetas superiores e inferiores, flaco, limpio, inmóvil, el humo azul anillándose sobre su flaco oscuro afeitado rostro aguilino.

—Eso quiere decir un ternero que es toro y vaca a un tiempo.

—No; no es eso —dijo un tercer penado—, es un ternero o un potrillo que no es ninguno de los dos.

—Demonios —dijo el gordo—, tiene que ser uno de los dos para no irse al diablo.

No había cesado de mirar al alto en la cucheta; ahora le volvió a hablar:

—¿Dejaste que te llamara eso?

El alto lo había hecho. No contestó nada al doctor (en ese momento dejó de considerarlo hombre suave). No podía moverse tampoco, aunque se sentía espléndidamente, mejor que lo que se había sentido en diez días. Lo ayudaron a pararse y lo sujetaron de arriba abajo en el bote volcado, junto a la mujer, donde se sentó inclinado hacia adelante, codos y rodillas en la actitud inmemorial, mirando su propia sangre carmesí que manchaba la cubierta fangosa hasta que la pulida cuidada mano del doctor apareció bajo sus narices con un frasco.

—Huela —dijo el doctor— fuerte.

El penado aspiró, la ardiente sensación del amoníaco le quemó las narices y la garganta.

—Otra vez —dijo el doctor.

El penado aspiró obediente. Esta vez se ahogó y escupió una gota de sangre; la nariz no tenía más sensación que una uña, pero la sentía del tamaño de una pala de diez pulgadas, y tan fría.

—Le pido que me disculpe —dijo—, yo no quería...

—¿Por qué? —dijo el doctor—; peleo muy bien contra cuarenta o cincuenta hombres. Duró hasta dos segundos. Ahora puede comer algo. ¿Cree usted que se va a enloquecer otra vez?

Los dos comieron, sentados en el esquife, las caras no los miraban ahora, el penado mordiendo lenta y dolorosamente el espeso *sandwich*, agobiado, con la cara inclinada oblicuamente a la comida y paralela a la tierra como un perro que masca; el vapor siguió. A mediodía hubo tazones de sopa caliente y pan y más café; comieron esto también, sentados juntos en el esquife, con el sarmiento aún envuelto en la muñeca del penado. El niño se despertó, mamó y se volvió a dormir y ellos conversaron tranquilamente:

—¿Es a Parchman donde dijo que nos llevaría?

—Ahí le dije yo que quería ir.

—A mí no me sonó como a Parchman. Me pareció que decía otra cosa.

El penado había pensado eso mismo. Había estado pensando en eso con alguna lucidez desde que subieron al vapor y sobre todo desde que notó el tipo de los otros pasajeros, esos hombres y mujeres decididamente más bajos que él y con una piel de pigmentación un poco diferente a cualquier quemadura de sol, aunque los ojos eran a veces azules o verdes, que hablaban entre sí una lengua que jamás había oído y que parecían no entender la suya, personas que no se parecían a nadie de Parchman o de ninguna otra parte y que no creía fueran de allí ni de más lejos tampoco. Pero de acuerdo con la costumbre de sus pagos y de su clase, no lo preguntaría, porque para personas criadas como él, pedir informes es pedir un favor y no se piden favores a desconocidos; si ellos lo ofrecen, tal vez se acepten y se agradezcan con una insistencia casi intolerable, pero no se piden. Observaría y esperaría, como había hecho antes, y obraría o trataría de obrar lo que su mejor criterio le dictara.

Esperó, y al promediar la tarde el vapor embistió un abra entorpecida de sauces y salió de ahí y el penado conoció que era el río. Ahora podía creerlo —la tremenda extensión, amarilla y soñolienta en la tarde— (*porque es demasiado grande* les dijo gravemente. *No hay creciente en el mundo que sea capaz de hacer otra cosa que levantarlo un poquito para que pueda mirar atrás dónde está la pulga, dónde hay que rascarse. Son los arroyitos, los riachos, los que van un día para atrás y otro para adelante y vienen a atropellar a un hombre, llenos de mulas*

muertas y gallineros) —y el vapor remontándolo (como una hormiga atravesando un plato, pensaba el penado sentado junto a la mujer en el esquiife dado vuelta. El bebé volvió a mamar, al parecer, también mirando por sobre el agua, donde a una milla de cada lado, las líneas paralelas del terraplén parecían hilos flotantes) y se avecinaba el ocaso y empezó a oír, a distinguir las voces del doctor y del hombre que primero le había gritado por el megáfono, gritando de nuevo desde la cabina del piloto sobre su cabeza:

—¿Parar? ¿Parar? ¿Acaso estoy manejando un tranvía?

—Pare entonces por la novedad —dijo la suave voz del doctor.

—No sé cuántos viajes de ida y vuelta usted ha hecho allá lejos ni cuántos de los que usted llama ratas de albañal ha recogido. Pero ésta es la primera vez que usted tiene dos personas —no, tres— que no sólo saben el nombre de un lugar adonde quieren ir sino que estaban tratando de ir.

El penado esperó mientras el sol declinaba más y más y el vapor-hormiga se arrastraba firme a través de ese vacío y gigantesco plato que se volvía más y más cobrizo. Pero no preguntó, esperó.

Quizá fue Carrollton lo que dijo, pensó. Empezaba con C. Pero no lo creyó, no sabía dónde estaba, pero sabía que no estaba cerca de Carrollton, que recordaba desde aquel día hacía siete años, cuando maniatado por las esposas con el delegado del fiscal, lo atravesó en tren — el lento, espaciado, repetido golpear quebradizo de empalmes, donde dos ferrocarriles se cruzaban, una dispersión al azar de casas blancas tranquilas entre árboles en verdes colinas lustrosas por el verano, una espira apuntando, el dedo de la mano de Dios. Pero ahí no había río. Y uno no puede haberse acercado a este río sin reconocerlo, pensó. No me importa dónde uno está ni dónde ha estado toda su vida. Entonces la proa del vapor empezó a hamacarse al cruzar la corriente, hamacándose también su sombra, viajando mucho antes que ella por el agua, hacia la desierta cresta de tierra ensauzada, vacía de toda vida. No había allí absolutamente nada, el penado no pudo ver ni siquiera tierra o agua detrás, más allá; era como si el vapor fuera a estrellarse lentamente a través de la frágil barrera baja de sauces y embarcarse en el espacio, o a falta de esto, a volver y a desembarcarlo a él en el espacio, si es que iban a desembarcarlo, si es que éste era el lugar que no estaba cerca de Parchman y que tampoco era Carrollton, aunque empezara con C. Dio vuelta y vio al doctor inclinado sobre la mujer, levantando el párpado del niño con su índice, examinándolo.

—¿Quién más estaba cuando nació? —preguntó el doctor.

—Nadie —dijo el penado.

—¿Hicieron todo ustedes solos?

—Sí —dijo el penado.

El doctor se enderezó y miró al penado.

—Ése es Carnarvon —dijo.

—¿Carnarvon? —dijo el penado—. No, no es... —luego se detuvo, calló.

Y ahora contó todo — los atentos ojos tan desapasionados como hielo tras los vidrios sin aro, la cara modelada, fácil al enojo, que no estaba acostumbrada a que la contrariaran o le mintieran.

—Sí —dijo el penado gordo—. Esto es lo que trataba de pedir. Luego ropas. Nadie los reconocería. Pero si ese médico era tan vivo como sostienes tú...

—Había dormido con ellas diez noches, muchas en el fango —dijo el alto—. Había remado desde medianoche con ese remo nuevo que había tratado de

quemar y al que no tuve tiempo de sacarle el tizne. Pero estar asustado y afligido y otra vez asustado y afligido días y días, con la misma ropa, cambia el aire de la ropa. No me refiero sólo a los pantalones —no se rió.

—Tu cara también. Ese doctor sabía.

—Bueno —dijo el gordo—, sigue.

—Lo sé —dijo el doctor—. Lo descubrí mientras usted estuvo tendido en cubierta antes de volver en sí. Ahora no me mienta. No me gustan las mentiras. Este barco va a Nueva Orleans. ¿Por qué lo encerraron? ¿Le pegó más fuerte de lo que pensaba?

—No. Traté de robar un tren.

—Repítalo.

El penado lo repitió.

—Bueno, siga. No puede decir eso en el año mil novecientos veintisiete y quedarse callado, hombre.

Entonces el penado le contó, desapasionadamente — lo de las revistas, la pistola que no hizo fuego, la máscara y la linterna sorda (conseguida con las suscripciones) que no estaba arreglada para que la vela se mantuviera prendida, así que se apagó casi al mismo tiempo que el fósforo, pero aun así se calentó tanto el metal que no se podía agarrar. *Pero no son mis ojos ni mi boca lo que está observando, pensó. Más bien el modo en que crece el pelo en mi cabeza.*

—Ya veo —dijo el doctor—, pero algo salió mal. Ha tenido desde entonces bastante tiempo para pensarlo. Para decidir lo que anduvo mal, cuál fue la causa del fracaso.

—Sí —dijo el penado—, he pensado bastante.

—Así que la otra vez no se equivocará.

—No sé —dijo el penado—, no habrá “otra vez”.

—¿Por qué?, si usted sabe el porqué del fracaso no lo van a agarrar otra vez.

El penado miró al doctor fijamente. Se miraron fijamente uno al otro; los dos pares de ojos no eran tan distintos.

—Creo comprender lo que usted quiere decir —dijo el penado—, yo tenía entonces dieciocho años. Ahora tengo veinticinco.

—Ahora... —dijo el doctor.

Ahora (el penado trataba de contarle) el doctor no se movió, se quedó quieto mirando al penado. Sacó un atado de cigarrillos baratos.

—¿Fuma? —preguntó.

—No me tientan —dijo el penado.

—Bueno —dijo el doctor con aquella afable, modulada voz.

Guardó los cigarrillos.

—Ha sido conferida a mi raza (la raza Médica) también el poder de unir y de separar, si no por Jehová, ciertamente por la Asociación Médica Americana — en la cual, por lo demás, en este día del Señor, apostaría mi dinero, contra cualquier ventaja, cualquier cantidad, en cualquier momento. Ignoro si me estoy excediendo, pero voy a hacer la prueba.

Ahucó la mano contra la boca, hacia la cabina del piloto:

—¡Capitán! —gritó—, vamos a desembarcar a estos tres pasajeros.

Se volvió de nuevo al penado.

—Sí —dijo—, pienso que dejaré a un Estado nativo lamer su propio vómito.

Tome.

De nuevo sacó la mano del bolsillo, esta vez con un billete.

—No —dijo el penado.

—Vamos, vamos: no me gusta que me contraríen.

—No —dijo el penado—. No puedo devolverlo.

—¿Le he pedido que me lo devuelva?

—No, yo tampoco le pedía que me lo prestara.

De nuevo pisó la tierra seca. Dos veces ya había jugado con él ese irrisorio y concentrado poder del agua, una vez más que las que puede tolerar un solo hombre, en una sola vida, pero le estaba reservada otra increíble recapitulación: él y la mujer parados en el terraplén desierto, el niño dormido envuelto en la casaca desteñida y el cable con el sarmiento aún atado a la muñeca del penado, mirando el vapor que volvía a arrastrarse otra vez sobre la extensión de agua desierta (comparable a un plato) bruñida hasta parecerse al cobre, con su rastro de humo disolviéndose en lentas gotas de borde cobrizo adelgazándose a lo largo del agua, desapareciendo a través de la vasta serena desolación, el barco achicándose más y más hasta que ya no parecía arrastrarse sino colgar inmóvil en el aéreo inmaterial ocaso, disolviéndose en una nada como una bolita de barro flotante.

Entonces se dio vuelta y por primera vez miró a su alrededor, detrás de sí, y retrocedió, no de miedo sino por un puro reflejo, no físico sino del alma, el espíritu, esa profunda lúcida atención alerta del hombre montañés que no quiere preguntar nada a desconocidos, ni siquiera información, pensando tranquilamente: *No, esto tampoco es Carrollton*. Porque ahora miraba abajo el casi perpendicular declive a pico del terraplén a través de sesenta pies de espacio absoluto, sobre una superficie, un terreno chato como un barquillo y del color de un barquito o quizá del pelo de un caballo moro en verano y con la misma apilada densidad de una alfombra o una piel, extendida sin ondulación, pero con una curiosa apariencia de incalculable solidez, como un fluido, rota aquí y allá por espesas motas de verde arsénico que sin embargo no parecían poseer altura, y por retorcidas venas color tinta que él sospechó que era agua, pero con juicio reservado, juicio reservado aun cuando caminaba sobre ellas. Eso es lo que él decía, contó. Siguió. No contó cómo levantó el esquife solo, sin ninguna ayuda por sobre el revestimiento y a través de la cima y bajando el declive, sesenta pies; sólo dijo que siguió en una arremolinada nube de mosquitos como cenizas calientes, cortando y atravesando la paja brava que era más alta que él y que le castigaba los brazos y la cara como con hojas flexibles de cuchillos, arrastrando por el cable y el sarmiento el esquife con la mujer sentada, tambaleándose y tropezando hundido hasta la rodilla en algo que era menos tierra que agua, siguiendo uno de esos negros, suntuosos canales, con menos agua que tierra: y entonces (ahora estaba él también en el esquife, remando con el leño chamuscado, porque el fondo había cedido bruscamente hacía treinta minutos, dejando sólo burbujas llenas de aire de la espalda de la tricota flotando ligeramente en el agua crepuscular, hasta que salió a la superficie y se trepó al esquife) la casa, la cabaña, un poquito mayor que un pesebre, de tablas de cipreses y con techo de cinc, levantada en pilotes de diez pies, finos como patas de arañas, como una lamentable y moribunda (quizá ponzoñosa) criatura rastrera que hubiera llegado hasta ahí en el desierto llano y muerto sin nada a su alcance o a su vista para acostarse, una piragua atada al pie de una tosca escalera, un hombre parado en la puerta abierta levantando una linterna (ya era oscuro) por sobre su cabeza, diciendo cosas incomprensibles. Le contó —de los ocho o nueve o diez días, no se acordaba cuál, durante los cuales los cuatro —él, la mujer, el bebé y el nervioso

hombrecito con dientes picados, y dulces, salvajes ojos brillantes como un ratón o una ardilla, cuyo lenguaje ninguno de ellos podía entender— vivían en un cuarto y medio. No lo contó así, como tampoco había considerado que valía la pena gastar aliento en contar cómo había subido por sí solo el esquife que pesaba ciento sesenta libras, atravesando y bajando el terraplén de sesenta pies. Sólo dijo:

—Después de poco llegamos a una casa y nos quedamos ocho o nueve días, pero volaron el terraplén con dinamita y tuvimos que irnos. Eso fue todo.

Pero lo recordaba, ahora quietamente, con el cigarro, el buen cigarro que le había dado el director (no encendido aún) en su tranquila mano firme, recordando esa primera mañana cuando se despertó en el delgado colchón al lado de la mujer y el bebé (tenían la única cama) con el fuerte sol filtrándose por las torcidas planchas rústicas de la pared, y se paró en el corredor tembleque, mirando el fecundo, blanco desierto, ni tierra ni agua, donde hasta los sentidos dudaban cuál era cuál, cuál era rico aire macizo y cuál maciza e impalpable vegetación, y pensó sosegadamente: *Él debe hacer algo para comer y vivir, pero no sé qué. Y hasta que pueda irme, hasta que pueda saber dónde estoy y cómo pasar esa ciudad sin que me vean, tendré que ayudarlo en lo que haga, para poder comer y vivir también, y no sé cómo.* Y se cambió la ropa, casi en seguida en esa primera mañana, no contando nada más del esquife y del terraplén, cómo había pedido, prestado o comprado al hombre que no había visto doce horas antes y con quien en el día que lo vio por última vez no pudo cambiar palabra, el par de pantalones de lona que hasta el isleño habría desechado como inservibles, inmundos, sin botones, las piernas cortajeadas, desgarradas, con flecos como los de una hamaca de 1890, desnudo de la cintura para arriba, y dándole a la mujer la tricota y el *overall* duros de barro y manchas de hollín, al despertarse en su primera mañana en el tosco reparo, en un rincón y lleno de pasto seco, diciéndole:

—Lávelos, bien. Quiero que salgan todas las manchas. Todas.

—Pero la tricota... —dijo ella—, ¿no tendrá también una camisa vieja? Ese sol y los mosquitos...

Pero él ni contestó, y ella no dijo nada más, aunque cuando él y el isleño volvieron, al oscurecer, las ropas estaban limpias, un poco manchadas todavía del viejo barro y del hollín, pero limpias, pareciéndose a lo que se suponía debían parecer (los brazos y la espalda del hombre eran un rojo fuego, que mañana estarían ampollados). Desdobló las ropas y las examinó y luego las envolvió cuidadosamente en un diario viejo de seis meses atrás, de Nueva Orleans, y tiró el paquete detrás de una viga, donde quedó mientras los días seguían a los días y las ampollas de la espalda le reventaron y supuraron y él lo pasaba sentado con el rostro inexpresivo como una máscara de madera bajo el sudor, mientras el isleño le untaba la espalda con algo en un trapo inmundo mojado en un plato inmundo, ella quieta sin decir palabra desde que, sin duda, sabía cuál era la razón no por esa relación de personas casadas que les habían conferido sino por las dos semanas compartidas en que juntos habían sufrido crisis emotivas, sociales, económicas, y hasta morales que no siempre ocurren en cincuenta años de casados (los viejos casados, usted los ha visto, en las reproducciones fotográficas, las miles de idénticas parejas de caras con un cuello o un fichú de Luisa Alcott para distinguir el sexo, con el aire de una pareja de perros ganadores de un concurso, entre las apretadas columnas de desastres y alarma y de infundado aplomo y desesperanza e increíble insensibilidad y aislamiento del porvenir, apuntalados por mil azucareros o cafeteras; o solos hamacándose en corredores o

sentados al sol bajo galerías manchadas de tabaco en mil juzgados, como si con la muerte del otro hubiera heredado una especie de rejuvenecimiento, de inmortalidad; viudos toman una nueva ración de alimento y parecen vivir para siempre, como si esa carne que la vieja ceremonia o ritual había purificado moralmente y hecho legalmente una, realmente fuera una con el largo hábito cansador y él o ella que volvieron primero a la tierra se la llevaran toda, dejando sólo el viejo permanente hueso sufrido, libre y sin trabas) no por eso sino porque ella también procedía del mismo vago Abraham creado en las montañas.

Así el paquete permaneció detrás de la viga y los días siguieron a los días, mientras que él y su socio (se había asociado ahora con su huésped, cazando caimanes a medias)...

—¿A medias? —dijo el penado gordo—. ¿Cómo podías arreglar negocios con un hombre con el que según dices no podías ni hablar?

—Nunca tuve que hablar con él —dijo el alto—; (El dinero no tiene más que un idioma) partíamos al alba cada día, al principio juntos en la piragua pero después separados, uno en la piragua, el otro en el esquife, uno con el golpeado y marcado rifle, el otro con el cuchillo y un pedazo de sogá anudado y un garrote del tamaño y peso de una maza de Turingia, rastreando sus pesadillas antediluvianas por los secretos canales que sinuosamente surcaban la tierra plana color bronce.

Recordaba también eso: esa primera mañana cuando dándose vuelta frente al sol naciente desde la endeble plataforma vio el cuero clavado secándose en la pared y se paró de golpe mirándolo sosegadamente pensando sosegada y sensatamente: *Entonces es eso... Eso es lo que hace para comer y vivir*, sabiendo que era un cuero, pero de qué animal, por asociación, raciocinio o aun recuerdo de cualquier figura de su muerta juventud, no lo sabía, pero sabiendo que eso era la razón, la explicación, de la casita perdida de patas de araña (que ya se está muriendo, que ya se estaba pudriendo de las piernas para arriba antes que le clavaran el techo) puesta en esa pululante y millonaria desolación, encerrada y perdida entre el furioso abrazo de la desbordada yegua tierra y del padrillo sol, adivinando por pura afinidad de bondad de especie con especie, de gorrión y nutria, los dos únicos e idénticos por el mismo mezquino lote, destino de duro e incesante trabajo, no para ganar una seguridad futura, un saldo en un Banco o en una lata enterrada para una perezosa y cómoda vejez, sino justo el permiso de perseverar y perseverar para comprar aire para sentir y sol para beber durante el breve tiempo de cada uno; pensando (el penado): *Bueno, de cualquier modo averiguaré qué es, antes de lo que pensaba*, y lo hizo, volvió a la casa donde la mujer se acababa de despertar en el único triste colchón de paja que el isleño le había cedido y tomó el desayuno (arroz, un *matete* semilíquido violento de pimienta y, ordinariamente, pescado bastante pasado, el café espeso de achicoria) y, sin camisa, siguió al disparador, vacilante hombrecito de ojos vivos y dientes picados que bajaba la rudimentaria escalera y se metía en la piragua. Nunca había visto una piragua y creía que no se podría mantener derecha — no porque fuera liviana y precariamente balanceada con el costado abierto hacia arriba sino porque había algo inherente en la madera, en el leño mismo, alguna incesante y dinámica ley natural, alguna voluntad, que su posición actual violaba y ultrajaba... pero aceptándolo también, como había aceptado el hecho de que ese cuero había pertenecido a algo mayor que cualquier ternero o cerdo y que cualquier cosa que se pareciera como esa por afuera tendría probablemente dientes y garras, admitiendo esto, en cuclillas en la piragua, prendido de la borda, rígidamente

inmóvil como si tuviera en la boca un huevo relleno de nitroglicerina y respirando apenas y pensando: *Si es así yo también puedo hacerlo, aunque no me pueda decir cómo, yo puedo aprender observándolo.* Y lo hizo, lo recordaba, siempre, tranquilamente, pensando, que esa era la manera de hacerlo y pienso y creo que así lo pensaría si tuviera que hacerlo por la primera vez... el día bronceo ya feroz sobre su espalda desnuda, el canal retorcido como un hilo arrollado de tinta, la piragua, siguiendo el movimiento del remo, que penetraba y salía del agua sin ruido; luego la súbita cesación del remo detrás de él y la feroz vociferación sibilante de isleño a su espalda y él en cuclillas anhelante y con esa intensa inmovilidad de completa lucidez de un ciego que escucha mientras la frágil cáscara de madera proseguía en el ápice muriente del agua cortada por ella. Después recordó también el rifle —el enmohecido fusil de un solo caño con una culata y una boca en la que hubiera cabido un corcho de whisky, que el mestizo había traído al bote— pero no ahora; ahora estaba en cuclillas agazapado, inmóvil, respirando con un cuidado infinitesimal, su lúcida mirada yendo aquí y allá constantemente mientras pensaba: *¿Qué? ¿Qué? No sólo ignoro lo que busco, ni siquiera sé dónde buscarlo.* Sintió entonces el movimiento de la piragua al moverse el mestizo y luego la intensa vociferación, caliente, rápida y contenida, contra su nuca y su oreja, y mirando hacia abajo, vio proyectándose contra su propio brazo y su cuerpo la mano del isleño con el cuchillo, y mirando hacia arriba vio el espeso y chato pedazo de fango, que se dividió y se convirtió en un espeso leño color fango, que, siempre inmóvil, pareció saltar contra su retina en tres —no, en cuatro— dimensiones, volumen, solidez, forma y otra: no temor sino una intensa y pura especulación. Él no pensaba: *Parece peligroso;* pensaba, *parece grande;* pensaba, *quizá una mula en un terreno baldío le parezca muy grande a un hombre que nunca se acercó a una mula con un cabestro;* pensaba. *Sí, si pudiera decirme ganaríamos tiempo* y la piragua se acercaba y le parecía oír el contenido aliento del otro y le arrancó el cuchillo de la mano y lo hizo sin pensar, porque todo sucedió en seguida, un relámpago; no fue una rendición, una resignación, fue algo demasiado tranquilo, una parte de él, algo que había bebido en la leche de su madre, y que le había acompañado toda su vida: *después de todo, un hombre no sólo debe hacer lo que tiene que hacer con lo que tiene que hacer, con lo que sabe hacer. Un cerdo es siempre un cerdo, con cualquier aspecto que tenga. Ahí va,* y esperó un instante hasta que descendió la liviana proa de la piragua y se detuvo un instante mientras las palabras: *de veras parece grande,* se detuvieron justo un segundo, triviales y sin énfasis, en algún punto donde pudo seguirlas algún fragmento de su atención, y se agachó y hundió el cuchillo y agarró la pata delantera, en el mismo instante en que la cola vertiginosa le asestó un horrible golpe en la espalda. Pero el cuchillo no había fallado y eso lo sabía él, de espaldas en el barro, con el peso del furioso animal encima, con el lomo dentado prendido a su estómago, el cogote rodeado por su brazo, la hirviente cabeza contra su mentón, la furiosa cola golpeando y azotando, el cuchillo en la otra mano pulsando la vida y encontrándola, el caliente chorro feroz: y ahora sentado junto a la profunda carroña panza arriba, pensaba (de nuevo la cabeza entre las rodillas mientras su propia sangre reavivaba la otra que lo empapaba): *Otra vez me sangra la nariz.* Se quedó sentado, la cabeza, la cara chorreante, agachada entre las rodillas en una actitud no de decaimiento sino profundamente absorta, contemplativa, mientras la voz chillona del mestizo parecía zumbiar desde una enorme distancia, después de un momento hasta miró arriba la irrisoria figura

escuálida, rebotando histéricamente, la cara salvaje y gesticulante, la voz atropellada y atiplada; mientras el penado, con la cara cuidadosamente inclinada para que la sangre corriera libremente, lo miraba con la fría intensidad de un conservador o guardián que se detiene ante una de sus colecciones, el isleño tiró su rifle al aire, gritando:

¡Bum, bum, bum! —lo tiró al suelo e hizo una pantomima de la reciente escena y volvió a agitar las manos, gritando—: *¡Magnifique! ¡Magnifique! ¡Cent d'argent! ¡Mille d'argent! ¡Tout l'argent, sous le ciel de Dieu!*

Pero el penado miraba al suelo otra vez, levantando a su cara el agua color café, mirando cómo se teñía de brillante carmín, pensando: *Es un poco tarde para decirme eso ahora*, y ni siquiera pensándolo por mucho rato, porque estaban de nuevo en la piragua, el penado otra vez en cuclillas con esa rigidez suspensa, como si estuviera tratando de retener el aliento para disminuir su propio peso, el cuero ensangrentado en la proa delante de él, y mirándolo y pensando: *Y ni siquiera puedo preguntarle cuánto será la mitad que me corresponde.*

Pero esto tampoco duró mucho, porque, como le contaría después al penado gordo, el dinero no tiene más que un lenguaje. Recordó también eso (ahora estaban en la casa, el cuero estirado en la plataforma, donde, para beneficio de la mujer, el isleño hizo de nuevo su pantomima), el fusil inservible; la batalla cuerpo a cuerpo; por segunda vez el invisible caimán fue abatido entre gritos, el vencedor se levantó y encontró que ni siquiera la mujer lo miraba. Estaba mirando a la cara otra vez hinchada e inflamada del penado.

—Es decir que le ha pateado bien la cara —dijo.

—No —dijo el penado, ronca, salvajemente—, no necesitó patearme —también recordaba eso, pero no trató de contarle. Quizá no hubiera podido contarle —cómo dos personas que ni pueden hablarse una a la otra hicieron un convenio que los dos no sólo entendían sino que cada uno sabía que el otro mantendría y protegería (quizá por esta razón) mejor que cualquier contrato escrito y testificado. Hasta discutieron y convinieron de algún modo que cazarían separados, cada uno en su embarcación, para duplicar las oportunidades de encontrar caza. Pero esto era fácil: el penado casi entendió las palabras que el isleño dijo:

—Usted no me necesita a mí y al rifle; sólo le estorbaríamos, estaríamos en su camino.

Y más que esto, se pusieron de acuerdo sobre el segundo rifle, que había alguien, no importa quién —amigo, vecino, tal vez alguien en el mismo negocio—, a quien podían alquilar un segundo rifle; en sus dos dialectos, uno inglés bastardo, el otro francés bastardo —el uno entusiasta con salvajes ojos brillantes y la boca voluble llena de pedazos de dientes, el otro grave, casi torvo, con la cara hinchada y con la espalda desnuda ampollada y escoriada, como carne cruda— discutieron esto, en cuclillas, a cada lado del cuero estaqueado, como dos miembros de una corporación frente a frente con una mesa de caoba entre ellos, y decidieron en contra.

—Me parece que no —dijo—. Me parece que si supiera bastante para usar un fusil, lo usaría. Pero desde que ya he empezado a cazar si un fusil no hay que cambiar.

Porque era una cuestión de dinero, en término de tiempo, de días. (Era raro, pero era la única cosa que el isleño no pudo decir, cuánto sería la mitad. Pero el penado sabía qué era la mitad). Eran tan pocos días. Tendría que irse pronto (el penado). *Todas estas estupideces van a acabar pronto y podré volver*, y de repente

se dio cuenta que estaba pensando: *Tendré que volver*, y se quedó inmóvil y miró el rico y extraño desierto que lo rodeaba, en el que temporalmente estaba perdido en la paz y la esperanza y en el cual los últimos siete años se habían fundido como piedritas triviales en un estanque, sin arrugar la superficie y pensó tranquilamente, con una especie de sorpresa absorta: *Se me había olvidado lo que es ganar dinero. Poder ganar dinero.*

No usaba fusil: suyas eran la cuerda anudada y la maza turingia, y todas las mañanas él y el isleño tomaban rumbos opuestos en los dos botes para explorar y rastrear los secretos canales que rodeaban la tierra perdida de la cual brotaban de vez en cuando otros hombres oscuros de un cuarto de altura, de repente y como por magia, de ninguna parte, en otros leños ahuecados, para seguirlo tranquilamente y observarlo en sus combates individuales — hombres que se llamaban Tiñe y Toto y Theule, que no eran mucho mayores y se parecían a los castores que el isleño (el huésped también lo hacía, aprovisionaba la cocina, lo expresó como el asunto del rifle en su propia lengua, comprendiéndolo tan bien el penado como si hablara en inglés. *No se preocupe por la comida. ¡Oh, Hércules caza-caimanes! yo alimentaré la olla*) cazaba de vez en cuando como quien saca un lechón del chiquero y era un cambio del eterno arroz y pescado (el penado contó esto: cómo de noche, en la cabaña con la puerta y una ventana con listones de madera contra los mosquitos —una fórmula, un rito tan vacío como hacer una cruz con los dedos o golpear madera— sentado junto a la linterna con un remolino de bichos alrededor, sobre la mesa de tablas, en una temperatura igual a la de la sangre, mirando el pedazo de carne nadando en su plato y pensando: *Debe ser Theule. Es el gordo*) día tras día, sin énfasis e idénticos, cada uno parecido al anterior y al siguiente, mientras iba subiendo su mitad teórica de una suma que él no sabía si correspondía a peniques, dólares o decenas de dólares —las mañanas en que salía al encuentro de su pequeño grupo de fieles y cortesés piraguas, como el matador al encuentro de los *aficionados*, los duros mediodías cuando rodeado en semicírculo por inmóviles barquitos, libraba sus combates solitarios, las tardes al regreso, las piraguas partiendo una a una por abras y pasajes que en los primeros días ni distinguía, luego la plataforma al crepúsculo donde ante la mujer estática, a menudo amamantando al niño y el cuero o dos cueros ensangrentados de la jornada, el isleño representaba su ritual pantomima victoriosa ante las dos filas crecientes de marcas de cuchillo en una de las tablas de la pared; luego las noches cuando la mujer y el niño dormían en la única cama y el isleño ya roncando en el colchón y la humeante linterna cerca, él (el penado) se sentaba sobre los talones desnudos, sudando a mares, la cara tranquila y fatigada, hundida e indomable, la encorvada espalda áspera y salvaje como carne cruda bajo las viejas ampollas supuradas y las feroces cicatrices de los colazos y trabajaba y afinaba el tronco que casi era un remo, deteniéndose de vez en cuando para levantar la cabeza mientras la nube de mosquitos a su alrededor zumbaba y se arremolinaba, para mirar la pared delante de él hasta que después de un rato las tablas toscas se disolvían y dejaban que las atravesara su vacía mirada, a través de la rica olvidadiza oscuridad, más allá quizá de los siete años perdidos durante los cuales, acababa de comprenderlo, le habían permitido extenuarse, pero no trabajar. Luego se retiraba, daba una última mirada al envoltorio detrás de la viga y apagaba la linterna para acostarse, como estaba, al lado de su socio roncando, a tenderse sudando (de barriga, no podía sentir nada en la espalda) en la gimiente oscuridad de horno llena de melancólico mugido de los caimanes, no

pensando: *no me dieron tiempo de aprender, sino: había olvidado qué lindo es trabajar.* En el décimo día sucedió por tercera vez.

Al principio rehusaba creerlo, no porque sintiera que ya había cumplido su aprendizaje de desdicha, que había con el nacimiento del niño alcanzado y superado la cúspide de su Gólgota y que ahora menos por permiso que por desdén le permitirían descender la ladera opuesta libremente. No era ese su sentir. Lo que rehusaba aceptar era el hecho de que un poder, una fuerza que había sido lo bastante consistente para concentrarse sobre él con mortal puntería durante semanas, pudiera con todos sus recursos de violencia cósmica y de desastres, mostrarse tan estéril de invención e imaginación, tan pobre de orgullo artístico y artesano como para repetirse dos veces. Una vez había aceptado, dos había perdonado, pero la tercera sencillamente no lo creyó, particularmente, cuando se persuadió al fin de que esta tercera vez era instigada no por la ciega potencia de volumen y movimiento sino por dirección y manos humanas: que ahora el bromista cósmico, chasqueado dos veces, se había rebajado en su concentración vengativa al empleo de la dinamita. No contó eso. Sin duda no sabía cómo sucedió, lo que sucedió. Pero sin duda recordaba (pero tranquilamente sobre el grueso prístino cigarro de color en su mano firme y limpia) lo que sabía, lo que adivinaba. Era de noche, la novena noche, él y la mujer frente al lugar vacío del huésped en la cena, él oyendo las voces de afuera, pero sin dejar de comer, mascando aún regularmente porque era lo mismo que si lo estuvieran viendo... las dos o tres o cuatro piraguas flotando en el agua oscura bajo la plataforma donde estaba el huésped, las voces charlando y vociferando incomprensibles y llenas, no de alarma y no precisamente de rabia, ni siquiera tal vez de absoluta sorpresa, más bien de mera cacofonía como las voces de aves asustadas de los pantanos, él (el penado) sin cesar de mascar mirando tranquilamente y tal vez sin mayor interrogación o sorpresa cuando irrumpió el isleño y se paró ante ellos, enloquecido, los ojos chispeantes observando (el penado) cómo el isleño ejecutaba su violenta pantomima de violenta evacuación, expulsión, vaciando algo invisible de sus brazos y arrojándolo fuera hacia abajo y en el instante de completar el ademán pasando de instigador a víctima de aquello que había puesto en movimiento pantomímico, agarrándose la cabeza y abatido e inmóvil parecía barrido y arrastrado gritando: *¡Bum!, ¡bum!, ¡bum!*, y el penado mirándolo, con las mandíbulas ociosas, aunque por sólo ese momento, pensando: *¿Qué está tratando de decirme?*; pensando (esto es un destello, también porque no hubiera podido expresarlo y ni siquiera sabía lo que había pensado) que aunque su vida había sido arrojada aquí, circunscrita por ese ambiente, aceptado por este ambiente y aceptándolo a su vez (y le había ido bien aquí, mejor que en parte alguna, pues había ignorado hasta ahora qué bueno era trabajar y ganar dinero), ésta no era su vida, todavía y siempre no sería más que el insecto sobre la superficie del estanque, cuya perpendicular y secreta profundidad nunca conocería, sin otro contacto verdadero con él que los insectos cuando en solitarios y rutilantes pantanos bajo el despiadado sol y semirodeado por su inmóvil absorto semicírculo de piraguas curiosas, aceptaba el gambito que no había elegido, penetraba en el vertiginoso radio de las colas armadas y golpeaba la azotadora y sibilante cabeza con su maza y si fallaba el golpe abrazaba sin vacilación el cuerpo acorazado con su frágil red de carne y hueso en la que caminaba y vivía y buscaba la frenética vida con una hoja de cuchillo de ocho pulgadas.

Él y la mujer se limitaban a mirar al isleño representar la pantomima de la

expulsión: el hombrecito gesticulante y furioso, con su sombra histérica saltando y cayendo sobre el áspero muro mientras representaba la pantomima de abandonar la cabaña, juntando con ademanes sus pobres enseres en paredes y rincones — objetos que ningún otro hombre necesitaba y que sólo podría arrebatarse algún poder o fuerza como el agua ciega o un terremoto o un incendio.

La mujer también lo miraba con la boca ligeramente abierta sobre una masa de comida mascada, con una expresión de plácido asombro, diciendo:

—¿Qué?, ¿qué está diciendo?

—No sé —dijo el penado—, pero me parece que si es algo que debemos saber, lo sabremos cuando llegue el momento.

Porque no estaba alarmado, aunque ahora había penetrado bastante bien lo que el otro quería decirles. *Ha resuelto irse*, pensó. *Me está diciendo que me vaya también* — esto más tarde cuando se habían levantado de la mesa y el isleño y la mujer se habían acostado, y el isleño había vuelto a levantarse del jergón y se había acercado al penado y otra vez representó su pantomima de abandonar la cabaña, esta vez como quien repite un discurso que ha sido interpretado mal, tediosamente, repetido cuidadosamente como a un niño, como si agarrara al penado con una mano mientras gesticulaba, hablaba, con la otra, gesticulando como deletreando, el penado (en cuclillas, el cuchillo abierto y el remo casi concluido en su regazo) observaba, moviendo la cabeza y hablando en inglés:

—Sí, seguro. Claro que sí. Entiendo...—puliendo otra vez el remo, pero no más ligero, ni con más prisa que en cualquier otra noche, sereno en su creencia de que cuando llegara el momento de saber lo que había de saber, lo sabría, habiendo ya, y sin saberlo aun antes de que se produjera la posibilidad, la pregunta, rehusando aceptar aun el pensamiento de irse también, pensando en los cueros, pensando: *Si de algún modo pudiera decirme dónde llevar mi parte para recibir el dinero*, pero pensando esto sólo por un momento entre dos delicados golpes de la hoja porque casi en seguida pensó: *Creo que mientras pueda cazarlos no me costará mucho trabajo encontrar quien los compre*.

A la mañana siguiente ayudó al isleño a cargar sus pocas pertenencias — el rifle desvencijado, un envoltorio de ropa (de nuevo canjearon, ellos que ni siquiera podían conversar, las pocas cacerolas, unas cuantas trampas mohosas y algo circunstancial y abstracto que comprendía la estufa, la cama, la casa o su ocupación —algo— por un cuero de caimán) en la piragua; luego, como dos niños que se reparten palitos, se repartieron los cueros, apartándolos en dos pilas: uno-para-mí-y-uno-para-ti, dos-para-mí-y-dos-para-ti y el isleño cargó su parte y zarpó de la plataforma y volvió a detenerse aunque esta vez se redujo a soltar el remo, a recoger algo invisible con las dos manos y a lanzarlo hacia arriba con violencia gritando *¿Bum? ¿bum? ¿bum?* con reflexión creciente moviendo la cabeza violentamente hacia el hombre semidesnudo y atrozmente llagado en el embarcadero que lo miró con una especie de torva ecuanimidad y le dijo: Claro, *¡bum! ¡bum! ¡bum!* Entonces el isleño partió, no miró atrás. Lo miraron remar rápidamente, o la mujer lo miró: el penado ya se había dado vuelta.

—Tal vez nos quería decir que nos fuéramos —dijo ella.

—Sí —dijo el penado—, anoche pensé eso. Alcánceme el remo.

Se lo trajo, el tronco que había estado puliendo por las noches, no del todo acabado, una noche más bastaría (había estado usando uno que le sobraba al isleño). El otro se lo había ofrecido, para añadir quizá con la estufa y la cama y el uso de la cabaña, pero el penado había rehusado. Quizá lo había computado por el

volumen contra tanto cuero de caimán, éste contra una noche más de trabajar con la molesta y minuciosa hoja y partió también con su cuerda anudada y la maza, en dirección opuesta como si no contento con resistirse a abandonar el lugar contra el cual le habían prevenido, necesitara establecer y afirmar la irrevocable finalidad de su negativa penetrando en él aún más lejos y más hondo. Y entonces imprevisiblemente la alta somnolencia feroz de la soledad se replegó y le dio un golpe. No hubiera podido contarle aunque hubiera tratado —esta mediada mañana en la que andaba solo por vez primera, sin una piragua que apareciera para seguirlo, pero él había previsto esa ausencia; él sabía que los demás también se habrían ido; no era esto, era su propia soledad, su desolación que era ahora de él solo y plena desde que había elegido quedarse; la súbita cesación del remo, el esquife prosiguiendo un momento mientras él pensaba: *¿Qué?, ¿qué?, luego no, no, no...* mientras el silencio y la soledad y el vacío rugían sobre él con un bramido de burla; y ahora girando, el esquife viró con violencia, y él, traicionado, volvió furiosamente hacia la plataforma donde sabía que ya era demasiado tarde, hacia la ciudadela donde la justificación y esencia de su vida, el permiso de trabajar y ganar dinero, ese derecho y privilegio que creía haberse ganado sin ayuda, sin pedir favor a nadie ni a nada salvo el derecho de que le dejaran ejercer su voluntad y su fuerza contra el protagonista saurio de una tierra, de una región, en la que no había pedido que lo lanzaran— estaba amenazado y manejando el remo casero con torva furia, llegó al fin a la plataforma y vio la lancha a motor atracada, sin ninguna sorpresa, más bien con una especie de placer por la justificación de su indignación y temor, el privilegio de decir *Yo le dije*, a su propia afrenta, navegando hacia allí en un estado como de sueño en el que parecía que no adelantaba, en el que sin trabas y sofocado, luchaba visionariamente con un remo sin peso, con músculos sin fuerza o elasticidad, en un medio sin resistencia, pareciéndole mirar al esquife arrastrarse infinitesimalmente sobre el agua soleada hacia la plataforma donde un hombre en la lancha (eran cinco) le masculló algo en ese mismo idioma que había oído constantemente por diez días y del que aún no entendía una palabra, mientras otro hombre, seguido por la mujer con el bebé y vestida otra vez para la partida con la blusa descolorida y la gorra de sol, salió de la casa llevando (el hombre llevaba otras cosas, pero el penado no vio nada más) el envoltorio de papel que el penado había puesto detrás de la viga hacía diez días y que mano alguna había tocado desde entonces. El penado ahora en la plataforma, con el cable del esquife en una mano y el rudo remo en la otra, consiguió al fin hablar a la mujer con una voz soñolienta, ahogada e increíblemente tranquila:

—Quítele eso y vuélvalo a guardar en la casa.

—¿Usted habla inglés, entonces? —dijo el hombre en la lancha—. ¿Por qué no salió como le dijeron anoche?

—¿Salir? —dijo el penado.

Otra vez miró, furioso, al hombre en la lancha, consiguiendo de nuevo controlar su voz:

—No tengo tiempo para paseos, estoy ocupado —y volvió a dirigirse a la mujer, con la boca ya abierta para repetir y entonces le llegó la voz soñolienta y zumbadora del hombre y él se dio vuelta una vez más con exasperación terrible y del todo intolerable gritando:

—¿Inundación? ¿Qué inundación? ¡Ya van dos veces que me arrastra! Se acabó. ¿Qué inundación?

Esto no lo pensó en palabras tampoco, pero lo supo, sufría esa fulmínea

revelación de su propio carácter o destino: cómo había una peculiar cualidad de reincidencia en su suerte actual, cómo no sólo las crisis casi seminales se repetían con cierta monotonía, sino que hasta las circunstancias físicas seguían un dibujo estúpidamente imaginativo.

El hombre de la lancha dijo:

—Agárrenlo —y se mantuvo de pie algunos minutos más, pegando y luchando en anhelante furia, luego otra vez de espaldas en duras tablas resistentes mientras los cuatro hombres pululaban sobre él en una ola feroz de huesos duros y palpitantes imprecaciones y al fin el cierre de las esposas.

—Condenado, está loco —dijo el hombre en la lancha—; ¿no comprende que van a volar con dinamita ese terraplén hoy a mediodía? Vámonos —dijo a los otros—, embárquenlo. Vámonos de aquí.

—Necesito mis cueros y el bote —dijo el penado.

—Al demonio con sus cueros —dijo el hombre de la lancha.

—Si no vuelan en seguida el terraplén podrá cazar muchos más en las escaleras del Capitolio en Bâton Rouge. Y no hay más bote que éste, y basta.

—No me voy sin mi bote —dijo el penado.

Lo dijo serenamente con una decisión final, tan tranquilo, tan rotundo, que por casi un minuto nadie le contestó; se quedaron mirándolo quietamente abajo acostado, medio desnudo, ampollado y llagado, indefenso y maniatado de pies y manos, de espaldas, presentando su ultimátum con una voz pacífica y quieta como la de quien habla a su compañero de cama antes de dormirse. Entonces el hombre de la lancha se paró; escupió tranquilamente sobre la borda y dijo con una voz tan pacífica y quieta como la del penado:

—Bueno, tráiganle su bote.

Ayudaron a la mujer, con el bebé y el envoltorio de papel, a subir a bordo. Después ayudaron al penado a ponerse en pie y entrar a la lancha, con un repique de hierros en las muñecas y en los tobillos.

—Se los voy a sacar si promete portarse bien —dijo el hombre.

El penado no contestó.

—Quiero tener la cuerda —dijo.

—¿La cuerda?

—Sí —dijo el penado—, la cuerda.

Entonces lo bajaron a la popa y le dieron la punta del cable y partieron. El penado no miró atrás, pero tampoco miró adelante, se quedó medio despatarrado, las piernas engrilladas hacia adelante, la punta del cable del esquife en una mano engrillada. La lancha hizo dos paradas más; cuando la borrosa oblea del sol intolerable empezó a subir una vez más sobre sus cabezas, había quince personas en la lancha, y entonces el penado, estirado e inmóvil vio que la llana costa de bronce se levantaba y se volvía una masa negra verdosa de pantanos, barbados y desordenados, y que ésta se cortaba a su vez y se dilataba ante él una extensión de agua abrasada por una azul disolución de costa reverberando finamente bajo el mediodía, mayor que la que él había visto antes. El ruido de la máquina cesó, el casco se deslizó detrás de la descomposición de la ola que trazaba la proa.

—¿Qué está haciendo? —dijo el jefe.

—Es mediodía —dijo el timonel—, creo que podemos oír la explosión.

Así que todos escucharon: la lancha perdió del todo el movimiento, hamacándose ligeramente, las olitas chispeantes golpeando y murmurando contra el casco, pero ni un sonido, ni siquiera un temblor vino de parte alguna, bajo el

feroz cielo brumoso; el largo momento se reconcentró y se volvió y el mediodía ya había pasado.

—Bueno —dijo el jefe—, vamos.

La máquina empezó a andar, el casco empezó a ganar velocidad. El jefe vino a la popa y se inclinó sobre el penado, llave en mano:

—Me parece que ahora tendrá que portarse bien, quiéralo o no —dijo, abriendo las esposas—. ¿Qué le parece?

—Sí —dijo el penado.

Siguieron; poco después la costa se perdió por completo y hubo un poco de marejada. El penado estaba libre ahora, pero seguía acostado como antes, con la punta del cable del esquife en la mano, enrollado ahora tres o cuatro veces a su muñeca; se daba vuelta de vez en cuando para mirar al esquife a remolque mientras éste cabeceaba con el andar de la lancha; de vez en cuando hasta miraba sobre el lago, moviendo sólo los ojos, el rostro grave e inexpresivo, pensando: *Ésta es la más grande inmensidad de agua, de pérdida y desolación que he visto nunca*, quizá no; pensando tres o cuatro horas después —la línea de la costa apareció de nuevo y se rompió en una multitud de chalupas marineras y guardacostas—: *Hay aquí más barcos que los que yo soñé que existieran, una raza marítima de la que tampoco tuve conocimiento* o quizá no pensándolo sino viendo a la lancha penetrar en el abarrotado canal con el humo bajo la ciudad detrás, luego un muelle, la lancha entrando despacio; una tranquila muchedumbre mirando con esa melancólica pasividad que había visto antes y cuya raza reconoció aunque no había visto a Vicksburg cuando lo pasaron, la marca, el inconfundible sello de los violentamente expósitos y él que lo era más que cualquiera, no hubiera tolerado que ningún hombre lo llamara uno de ellos.

—Muy bien —dijo el jefe—. Aquí está.

—El bote —dijo el penado.

—Ahí lo tiene, ¿qué quiere que haga, que le dé un recibo?

—No —dijo el penado—. Quiero el bote.

—Tómelo. Pero necesitaría una correa o algo para llevarlo.

—Llevarlo —dijo el penado gordo—, llevarlo, ¿adónde tenías que llevarlo?

Él (el alto) contó eso: cómo él y la mujer desembarcaron y cómo uno de los hombres lo ayudó a sacar el esquife del agua y cómo él se quedó con la punta del cable amarrado a su muñeca y el hombre lo urgió, diciendo:

—¡Muy bien! ¡El que sigue! ¡El que sigue!...

Y cómo le contó al hombre del bote y el hombre gritó:

—¿Bote? ¿bote?...

Y como él (el penado) los acompañó cuando subieron al bote y lo acomodaron con los demás y cómo se fijó en un aviso de “Coca-Cola” y en el arco de un puente levadizo para encontrar pronto el esquife a la vuelta y cómo a él y a la mujer (él con el envoltorio) los arrearon en un camión y cómo al rato el camión empezó a avanzar por el tránsito, entre casas cerradas y después había un edificio grande, un arsenal.

—¿Un arsenal? —dijo el gordo—. Querrás decir una cárcel.

—No. Era una especie de depósito con personas y paquetes tirados en el suelo. —Y cómo pensó que su socio tal vez estuviera ahí y cómo hasta lo buscó al isleño mientras esperaba una oportunidad de acercarse a la puerta, donde estaba el soldado, y cómo llegó al fin a la puerta, la mujer detrás de él y su pecho contra el rifle.

—Vamos, vamos... —dijo el soldado—, atrás. En seguida les darán ropa. No pueden andar así por las calles. Y también les darán algo de comer. Tal vez sus parientes vengán a buscarlos entonces.

Y también contó cómo la mujer dijo:

—Tal vez si le dijera que tiene parientes aquí nos dejen salir.

Y cómo él no lo hizo: no podía haber expresado eso tampoco, era una cosa demasiado honda, demasiado innata; nunca había tenido que pensarlo en palabras a través de todas las largas generaciones de sí mismo —su sensato y celoso respeto de montañés no por la verdad sino por el poder, por la fuerza de la mentira—, no ser avaro con la mentira pero sí usarla con respeto y aun con cuidado, delicada, rápida y fuerte, como un hermoso y fatal acero. Y cómo le trajeron ropa — una tricota azul y un *overall* y después comida (una animada muchacha almidonada, diciendo *Pero hay que bañar al bebé, asearlo. Se va a morir si no lo hace*. Y la mujer diciendo: *Sí, señora. Podría ponerse a llorar, nunca se ha bañado antes. Pero es un buen bebé*).

Y ahora era de noche, las luces sin pantallas crudas y salvajes y desoladas sobre los roncadores y él levantándose, tocando y despertando a la mujer y luego la ventana. Contó eso: cómo había un montón de puertas que daban no sabía dónde, pero había tenido un gran trabajo para encontrar una ventana que les sirviera pero encontró una al fin, llevando él el envoltorio y el bebé también, mientras saltaba él primero.

—Debías haber roto una sábana y bajarte por ella —dijo el penado gordo.

Pero él no necesitaba sábanas, sentía las piedras bajo sus pies en la opulenta oscuridad. La ciudad estaba ahí pero él no la había visto y no la vería — bajo el constante resplandor; Bienville⁴ también se había detenido ahí, había sido la invención de un marica que se hacía llamar Napoleón pero nada más; Andrés Jackson⁵ la había encontrado a su paso de la avenida Pensilvania. Pero el penado necesitó bastante más de un paso para llegar al canal y al esquife, el anuncio de la “CocaCola” estaba ahora borroso, el arco levadizo arqueándose como una araña contra el cielo juntillo del alba; y no contó, como tampoco había contado del terraplén de sesenta pies, cómo volvió a echar el bote al agua. El agua estaba ahora detrás de él; no quedaba más que un rumbo. Cuando vio el río lo reconoció en seguida. Tenía que ser así; era ahora una parte inseparable de su pasado, de su vida; sería una parte de lo que él legaría si eso le estaba reservado. Pero cuatro semanas después tendría un aire distinto, y así fue: él (el “Viejo”) se había repuesto de su orgía, otra vez en las riberas, el viejo⁶ cabrilleando tranquilamente hacia el mar, oscuro y pesado como chocolate entre terraplenes cuyas caras internas estaban arrugadas como en helado y espantado asombro, coronadas con el suntuoso verde veraniego de los sauces; más allá, sesenta pies más abajo, hábiles mulas se agachaban contra la abonada tierra que no necesitaba que la plantaran, bastaba mostrarle una semilla de algodón para que brotara; ahí estaban las simétricas millas de fuertes tallos en julio, florecidos de púrpura en agosto, en setiembre los negros campos nevados, el aire caliente cargado con el

⁴ Jean Baptiste le Moyère, Sieur de Bienville (1680-1768). Fundó en 1718 la ciudad de Nueva Orleans.

⁵ Andrés Jackson (1767-1845). Séptimo presidente de los Estados Unidos. Derrotó a las tropas inglesas en Nueva Orleans, a principios de 1815.

⁶ «Old Man» (el «Viejo»), el Misisipi.

quejido de las máquinas, el aire de setiembre, entonces, ahora el de junio pesado de langostas y (en las ciudades) el olor de pintura fresca y el olor agrio del engrudo que pega el empapelado — las ciudades, las aldeas, los pequeños desembarcaderos de madera en pilotes en la cara interna de los terraplenes, los pisos bajos brillantes y fragantes bajo la pintura fresca y el papel y hasta las marcas en los pilotes y postes y árboles de la altura de la creciente en mayo desapareciendo bajo cada soplo plateado de la fuerte e inconstante lluvia de verano; había un almacén en el saliente del terraplén, unas cuantas mulas ensilladas con riendas de sogas en el polvo soñoliento, unos cuantos perros, un puñado de negros sentados en los escalones, bajo los avisos de tabaco y remedios para la malaria, y tres blancos, uno de ellos suplente del comisario, solicitando votos para derrotar a su superior (que le había dado el empleo) a principios de agosto, todos esperando ver el esquife salir del brillante resplandor del agua en la tarde y acercarse y atracar, una mujer desembarcando con un niño, después un hombre, un hombre alto, que al acercarse resultó vestido con un traje de presidiario desteñido, pero recién lavado y bien limpio, deteniéndose en el polvo donde las mulas dormitaban y miraban con pálidos, fríos ojos sin humorismo, mientras el suplente del comisario iniciaba con lentitud ese ademán hacia la axila que debió florecer en un revólver inmediatamente pero que no llegó a nada. Fue suficiente sin embargo para el recién venido.

—¿Usted es un funcionario? —le dijo.

—Ya lo verá —dijo el comisario—. Déjeme sacar esta pistola de porquería.

—Está bien —dijo el otro—, ahí está su bote y aquí está la mujer. Pero no di con ese hijo de perra en la hilandería.

PALMERAS SALVAJES

Esta vez el doctor y el hombre llamado Harry salieron juntos del cuarto, al corredor oscuro, en el oscuro viento lleno del choque de palmeras invisibles. El doctor traía el whisky —la botella de una cuarta por la mitad: quizá ni sabía que la tenía en la mano, quizá fue sólo la mano y no la botella la que sacudió ante la invisible cara del hombre. Su voz era fría, precisa y convincente—, el puritano que según algunos estaba por hacer lo que tenía que hacer porque era puritano, que quizá creía que estaba por hacerlo para proteger la ética y santidad de la profesión que había elegido, pero que realmente iba a hacerlo, pues aunque no era viejo para esto, demasiado viejo para que lo despertaran a medianoche y lo arrastraran desprevenido y todavía torpe de sueño, a esto, a esta viva pasión salvaje que no lo había tocado cuando era joven, cuando era digno de ella y a cuya pérdida creía no sólo haberse resignado sino que había tenido suerte en haberla perdido.

—La ha asesinado —le dijo.

—Sí —dijo el otro, casi impaciente: esto lo notó el doctor, sólo esto—. El hospital. Quiere telefonar o...

—Sí, la ha asesinado. ¿Quién hizo esto?

—Yo lo hice. No se quede aquí hablando. Quiere decirme. ..

—¿Quién hizo eso?, digo. ¿Quién operó? Quiero saberlo.

—Yo, le digo. Yo mismo. ¡En el nombre de Dios, hombre!

Agarró el brazo del doctor, lo apretó, el doctor lo sintió, sintió la mano, oyó su propia voz también.

—¿Qué? —dijo—. ¿Usted, usted lo hizo? ¿Usted mismo? Pero yo creía que usted era el...

Yo creía que usted era el amante, era lo que quería decir. Yo creía que usted era el que... pues lo que estaba pensando era... ¡Es demasiado! ¡Hay reglas! ¡Límites! A la fornicación, al adulterio, al aborto, al crimen... y lo que quería decir era: A la porción de amor y de pasión y de tragedia a que están reducidos todos los hombres para que sean como Dios, que ha padecido todo lo que puede saber Satanás. Hasta dijo algo de esto al fin, rechazando con violencia la mano del otro, no precisamente como si fuera una araña o un reptil o un poco de basura, sino como si hubiera encontrado pegado a su manga un fragmento de propaganda atea o comunista algo que no violara sino que afrentara ese profundo y ahora inmortal espíritu disecado que había conseguido refugiarse en pura moralidad.

—¡Esto es demasiado! —gritó—. ¡No se mueva! No trate de escaparse. ¡No se puede esconder donde no lo encuentre!

—¿Escaparme? —dijo el otro—. ¿Escaparme? ¿Quiere telefonar por la ambulancia, en nombre de Dios?

—¡Telefonaré, no tenga miedo! —gritó el doctor.

Ahora estaba en la tierra bajo el corredor, en el duro viento negro, ya en movimiento, empezando a correr de pronto y pesadamente sobre sus gruesas piernas sedentarias.

—¡No trate de escaparse! —gritó por encima del hombro—. No lo trate.

Todavía tenía la linterna: Wilbourne miró la luz saltando hacia el cerco de adelfas como si ella también, la fútil lucecita de luciérnaga, luchara contra el peso continuo del negro viento cruel. *De eso no se olvidó*, pensó Wilbourne, mirando la luz. *Pero probablemente él no ha olvidado nada en su vida salvo que alguna vez estuvo vivo, que nació vivo al menos*. Luego, con esa palabra, se dio cuenta de su corazón, como si todo el terror profundo hubiera aguardado que él diera la señal. Sintió el duro viento negro mientras vislumbraba la incierta luz que atravesó el cerco y desapareció; parpadeó fuertemente en el viento negro, sin poder evitarlo. *Mis válvulas no funcionan*, pensó, oyendo su rugiente y atareado corazón. *Como si bombeara arena y no sangre, no líquido*, pensó. *Como si tratara de bombearla. Ese viento; creo que no me deja respirar, no es que realmente no pueda respirar, encontrar algo en alguna parte para respirar, porque se ve que el corazón puede soportar cualquier cosa, cualquier cosa, cualquier cosa...*

Se dio vuelta y atravesó el corredor. Esta vez como antes, él y el firme viento negro eran como dos seres que tratan de pasar por la misma entrada. *Pero realmente no quiere entrar*, pensó. *No necesita entrar. No quiere entrar. Está interviniendo de puras ganas de embromar*.

Podía sentirlo en la puerta al tocar el pestillo, luego, cerca, podía oírlo también, un silbido, un murmullo. Era irrisorio, era casi una risa ahogada, apoyando su peso contra la puerta junto con el peso del hombre contra la puerta, haciendo su peso sensible sólo cuando cerró la puerta y esta vez demasiado fácil porque era tan firme, irrisorio y reidor y realmente no quería entrar. Cerró la puerta viendo a la débil luz proyectada en el *hall* por la lámpara del dormitorio reducirse, temblar y recobrase como si el poco viento que hubiera podido quedarse en la casa si hubiera querido, hubiera sido encerrado al cerrar la puerta, y se dio vuelta para escuchar, la cabeza inclinada un poco hacia la puerta del dormitorio, para escuchar. Pero ningún ruido venía de ahí, ningún ruido en el *hall* sino el viento murmurando contra la puerta del desmantelado *hall* alquilado donde se hallaba, inmóvil de tanto escuchar, pensando quietamente: *He adivinado mal. Es increíble, no que haya tenido que adivinar sino que haya adivinado tan mal*; no refiriéndose al médico, sin pensar ahora en el médico (con una parte de su mente) que no usaba, ahora podía verlo; el otro pulcro vestíbulo, apretado, manchado de marrón, a prueba de viento, la linterna aún encendida sobre la mesa junto a la apresurada valija, las gruesas, abultadas varicosas pantorrillas, como las vio primero bajo el camisón, plantadas de un modo escandalizado y convencido y del todo implacable; podía hasta oír la voz alta sino un poco chillona y también implacable, en el teléfono. “Y un agente. Un agente. Dos si es necesario, ¿oye? *La va a despertar también*, pensó, viendo también el cuarto de arriba, la mujer con cabeza de medusa, con su bata gris de cuello alto enderezándose sobre el codo en la fétida cama gris, la cabeza estirada para oír, para oír sin sorpresa lo que hacía cuatro días esperaba oír. *Ella volverá con él —si es que él vuelve*, pensó. *Si no se queda afuera con el revólver para bloquear las salidas. Y quizás ella también está con él*). Porque esto no importaba, era como echar una carta al buzón, el buzón no importaba, solamente importaba que hubiera esperado tanto tiempo para

despachar la carta. *Yo he arruinado hasta esa parte de mi vida que he desechado*, pensó, inmóvil en el irrisorio susurro del no apresurado viento expectante, la cabeza vuelta ligeramente hacia la puerta del dormitorio, escuchando: pensando con esa capa trivial de su mente que no necesitaba usar: *No es sólo el viento lo que no puedo aspirar y tal vez para siempre he conseguido, he ganado, un poco de sofocación*, y empezó a respirar no más rápido sino más hondo; no podía parar, cada aspiración más playa y más playa y dura y más dura y más cerca y más cerca del vértice de sus pulmones hasta que en un momento rebasaría del todo los pulmones y para siempre no quedaría aliento en ninguna parte. Parpadeó fuerte y dolorosamente a la súbita granulación de sus párpados como si la arena negra privada de toda humedad que su fuerte corazón excavaba y extraía, fuera a reventar por todos sus poros como el sudor de la agonía: y pensó: *Quieto ahora. Cuando ella vuelva esta vez tendrá que empezar a aguantar*. Cruzó el hall hacia la puerta del dormitorio. Ni un ruido todavía, salvo el viento (había una ventana, que no cerraba bien; el viento negro murmuraba en ella pero no entraba, no quería entrar, no necesitaba entrar). Carlota estaba de espaldas, con los ojos cerrados, el camisón (esa prenda que nunca había tenido, que nunca había usado) arrollado a su pecho bajo los brazos, el cuerpo no desparramado, no en abandono* sino al contrario, un poco tenso. El susurro del viento negro llenaba el cuarto pero no venía de ninguna parte, de modo que al rato empezó a parecerle que el ruido era más bien el zumbido de la lámpara sobre un cajón al lado de la cama, el crujido y murmullo de la débil luz mediocre en su carne — la cintura aún más estrecha de lo que había creído, anticipado, las caderas apenas más anchas, pues también eran chatas, el elegante y nítido corte del vientre y nada más, ninguna agazapada sombra de inextirpable negrura, ninguna forma de muerte encornudándolo; nada para ver, pero ahí estaba, y no le era dado presenciar su propia cornudería. Y después no pudo respirar y empezó a retroceder desde la puerta, pero era demasiado tarde, porque ella estaba acostada en la cama mirándolo.

No se movió. No podía dominar su aliento pero no se movió, una mano en el marco de la puerta y un pie ya levantado para el primer paso atrás, los ojos de ella bien abiertos sobre él, aunque profundamente vacíos de sensibilidad. Luego vio empezar el yo. Era como ver la ascensión de un pez en el agua — un punto, una mojarra y todavía aumentando, en un segundo no habría más laguna sino pura sensibilidad. En tres pasos llegó a la cama, ligero pero quieto, le puso su mano abierta en el pecho, su voz quieta y grave; insistente:

—No, Carlota. Todavía no. Me puedes oír. Vuelve, vuelve, ahora. Todo está bien ahora —quieta y urgente y contenida por su necesidad, como si la partida siguiera al adiós, y el adiós no fuera algo que precediera la ida.

—Está bien —dijo—. Vuelve. No es tiempo todavía. Yo te diré cuando sea tiempo.

Y ella lo oyó desde alguna parte, porque en seguida el pez se volvió mojarra y luego punto; en un segundo más los ojos estarían vacíos y vacuos. Pero la perdió. Lo vio: el punto creciendo demasiado rápido esta vez, no una mojarra, sereno, sino un remolino de pupila perceptora en la mirada fija amarilla que se volvía negra mientras él miraba, la sombra negra no en el vientre sino en los ojos. Los dientes le apretaron el labio inferior, ladeó la cabeza y quiso levantarla, luchando con la mano abierta de él contra su pecho.

—Estoy sufriendo. Jesús, ¿dónde está? ¿Dónde se ha ido? ¡Dile que me dé algo!, ¡rápido!

—No —dijo él—. No puedes. Tienes que aguantar.

Ahora debía estar riéndose; no podía ser otra cosa. Ella se echó de espaldas, y empezó a sacudirse de lado a lado; aún se sacudía cuando le sacó el camisón y lo levantó y la tapó.

—Pensé que me habías dicho que tú ibas a aguantar.

—Sí. Pero tú también tienes que soportar un momento. Un momento. La ambulancia estará pronto aquí, pero tienes que quedarte y sufrir ahora. ¿Me oyes? Ahora no puedes volver atrás.

—Entonces toma el cuchillo y córtamelo. Todo. Hondo. Así no quedará más que una cáscara para contener el aire, frío, el frío...

Sus dientes resplandeciendo con la luz de la lámpara, mordieron de nuevo el labio inferior: un hilo de sangre apareció en la comisura de la boca.

Él tomó un pañuelo manchado y se inclinó sobre ella, pero ella retiró la cabeza de su mano.

—Bueno —dijo—, estoy aguantando. ¿Dices que viene la ambulancia?

—Sí. En un minuto la oiremos. Déjame...

De nuevo ella apartó la cabeza del pañuelo.

—Bueno, ahora vete. Lo has prometido...

—No. Si te dejo no podrás aguantar. Y tienes que aguantar.

—Estoy aguantando. Estoy aguantando para que te vayas; vete antes que vengan. Me lo has prometido. Quiero ver que te vayas. Quiero verte...

—Bueno, ¿pero no quieres antes decirme adiós?

—Bueno, pero por el amor de Dios, no me toques. Es un fuego, Harry. No duele. Es un fuego. No me toques.

Él se arrodilló junto a la cama; dejó ella quieta la cabeza, sus labios se aquietaron bajo los labios de Wilbourne por un momento, calientes y secos, con el fino gusto dulzón de la sangre. Ella le apartó la cabeza con la mano, también seca y caliente, él le oía el corazón, aun ahora, un poco demasiado ligero, un poco demasiado fuerte.

—¡Dios mío!, nos hemos divertido, ¿no es verdad?, en el frío, en la nieve. En esto estoy pensando. A eso me agarro ahora: la nieve, el frío. Pero no duele: es como un fuego, es como... Ahora vete. Pronto.

Volvió a mover la cabeza. Él se puso de pie.

—Bueno. Me voy. Pero tienes que aguantar. Tienes que aguantar un rato largo. ¿Puedes hacerlo?

—Sí. Pero vete. Pronto. Tenemos bastante dinero para que llegues a Mobile. Ahí te puedes perder ligero. Ahí no te podrán encontrar. Pero vete. Vete pronto de aquí, por el amor de Dios.

Esta vez, cuando los dientes mordieron, la fina sangre brillante corrió hasta la barbilla. Él no se movió en seguida. Trataba de recordar algo de un libro hacía años, de Owen Wister, la prostituta con su traje de baile rosa que bebió el láudano, y los *cow-boys* turnándose para pasearla de arriba abajo, sosteniéndola, manteniéndola viva, recordando y olvidándolo al mismo tiempo, ya que no le servía para nada. Empezó a andar hacia la puerta.

—Bueno —dijo—, me voy ahora. Pero recuerda, tienes que aguantar sola entonces. ¿Me oyes, Carlota?

Los ojos amarillos estaban fijos en él, aflojó los labios y al volver de la cama oyó sobre el rumor ahogado del viento dos voces en la puerta de entrada, en el corredor — la alta, casi chillona voz del doctor de gordas pantorrillas, la de la gris

mujer-gorgona, fría e igual, con un tono de barítono mucho más viril que la voz del hombre, las dos inorientables a causa del viento, como voces de dos fantasmas peleando por nada y él (Wilbourne) las oía y las perdía al mismo tiempo que se inclinó sobre la amarilla mirada abierta de la cabeza que había cesado de moverse, sobre el caído labio sangrante.

—¡Carlota! —dijo. Ahora no puedes retroceder. Te está doliendo. Te está doliendo. No te deja retroceder. ¿Me oyes?

La golpeó rápido, con dos palmadas de la misma mano.

—Te duele, Carlota.

—Sí —dijo ella—. Tú con tus mejores doctores en Nueva Orleans. Cuando bastaba cualquiera con un termómetro. Vamos, Rat. ¿Dónde están?

—Ya vienen. Pero ahora tiene que dolerte. Ahora te está doliendo.

—Muy bien. Estoy aguantando. Pero no tienes que arrestarlo. Eso es todo lo que pedí. No fue él. Oye, Francis — ¿ves? te he llamado Francis. Si te mintiera ¿crees que te llamaría Francis, en lugar de Rat?... Oye, Francis — ¿ves?, te he llamado Francis. Si te mintiera, ¿crees que yo iba a permitir que ese bastardo chambón que ni siquiera acabó su práctica me anduviera con un cuchillo?...

La voz se detuvo; no había nada en los ojos aunque seguían abiertos —ni mojarra, ni siquiera punto—, nada. *Pero el corazón*, pensó él. *El corazón*. Puso el oído en su pecho, buscando el pulso en la muñeca con una mano; podía oírlo antes que su oreja la tocara, lento, bastante fuerte todavía, pero en cada latido había una curiosa reverberación hueca como si el corazón mismo se retirara, viendo al mismo tiempo (tenía la cara hacia la puerta) entrar al doctor, llevando todavía la valija en una mano y en la otra un revólver barato, niquelado, como se puede encontrar en casi cualquier casa de empeño y que, en lo que concierne a la utilidad, podía haberse quedado allí y seguido por la mujer de cara gris con cabeza de Medusa envuelta en un chal. Wilbourne se levantó, dirigiéndose al doctor, la mano ya extendida hacia la valija.

—Durará esta vez —dijo—, pero el corazón... Deme la valija. ¿Qué ha traído? ¿Estricnina?

Vio desaparecer la valija detrás de la gruesa pierna; a la otra mano ni siquiera la miró levantarse, sólo un momento después vio la pistola barata apuntando a nada y sacudida en su cara por el doctor como antes la botella de whisky.

—¡No se mueva! —gritó el doctor.

—Baja eso —dijo la mujer, con la misma voz fría de barítono—. Ya te dije que no lo trajeras. Dale la valija si le hace falta y puede hacer algo con ella.

—No —gritó el doctor—. Yo soy médico. Él no. ¡Ni siquiera es un hábil criminal!

Ahora la esposa gris habló a Wilbourne tan bruscamente que por un momento ni siquiera entendió que se dirigía a él:

—¿Hay algo en esa valija que pueda curarla?

—¿Curarla?

—Sí. Levantarla y sacarlos a los dos de esta casa.

El doctor se encaró con ella, hablando con esa voz chillona que parecía que iba a quebrarse:

—¿No comprendes que esta mujer se está muriendo?

—Que se muera. Que se mueran los dos. Pero no en esta casa. No en este pueblo. Hazlos salir de aquí y deja que se tajeen uno al otro y que se mueran como les dé la gana.

Ahora Wilbourne miraba al doctor agitando la pistola en la cara de su mujer como la había agitado en la suya.

—¡No quiero que te metas! —gritó. Esta mujer está muriéndose y este hombre debe pagar las consecuencias.

—Pagar el demonio —dijo la mujer—. Te has enloquecido porque ha usado un bisturí sin tener diploma, o porque ha hecho algo que la Facultad de Medicina prohíbe. Baja eso y dale cualquier cosa para que pueda levantarse. Después dales dinero y llama un taxi, no una ambulancia. Dales algo de mi dinero si no quieres darles del tuyo.

—¿Estás loca? —gritó el doctor—. ¿Estás trastornada?

La mujer lo miró fríamente con la cara bajo las mechas de pelo gris.

—¿Así que lo ayudarías y lo apoyarías hasta el fin? ¿No es cierto? No me sorprende. Todavía no he visto un hombre que no apoye a otro.

Otra vez ella se volvió sobre Wilbourne con la fría brusquedad que por un instante lo dejó sin saber que a él se dirigía.

—Usted no ha comido, creo. Voy a calentar un poco de café. Probablemente le hará falta cuando éste y los otros acaben con usted.

—Gracias —dijo Wilbourne—. No puedo...

Pero ella ya se había ido. Se contuvo cuando iba a decirle: *Espere, la voy a llevar*, luego lo olvidó sin tener que pensar que ella conocería la cocina mejor que él, desde que era la propietaria. Se hizo a un lado mientras el doctor se dirigía a la cama, lo siguió, lo vio dejar la valija y luego descubrir la pistola en su mano y buscar algo donde ponerla antes de recordar, luego recordando y volviendo sobre el hombro su cara desgreñada.

—¡No se mueva! —gritó—. ¡No se atreva a moverse!

—Busque un estetoscopio —dijo Wilbourne—. He pensado algo ahora, pero quizá sea mejor esperar. Porque va a volver en sí una vez más, ¿no es cierto? Se reanimará otra vez. ¡Claro que sí! Vamos. ¡Sáquelo!

—¡Podía haber pensado en eso antes!

El doctor miraba a Wilbourne, furioso, empuñando la pistola mientras él abría la valija y sacaba el estetoscopio; entonces, todavía con la pistola metió la cabeza en los tubos dentados y se inclinó, pareciendo olvidar la pistola porque ahora la dejó sobre la cama, con la mano todavía encima, apenas soportando su peso, porque ahora había paz en el cuarto, la furia se había ido; Wilbourne podía oír a la esposa gris junto a la estufa en la cocina, y podía oír el viento negro, irrisorio, burlón, constante, distraído, y hasta le pareció que podía oír el salvaje, seco entrechocarse de las palmeras. Luego oyó la ambulancia, el primer, débil quejido ascendente, lejano aún, desde la carretera de la aldea, y casi simultáneamente la mujer entró con una taza.

—Aquí está la taza del estribo —dijo—. No ha tenido tiempo de calentarse. Pero será algo en su estómago.

—Muchas gracias —dijo Wilbourne—. De veras le agradezco. Pero no se va a quedar dentro.

—Tonterías. Bébalo.

—De veras le agradezco.

La ambulancia gemía más fuerte, venía de prisa, ya estaba cerca, el quejido hundiéndose en un rezongo al declinar, luego elevándose hasta un gemido otra vez. Parecía que ya estaba en la puerta de la calle, fuerte y perentoria y con una ilusión de rapidez y prisa, aunque Wilbourne sabía que apenas repechaba el

callejón entorpecido de maleza que subía de la carretera a la casa; esta vez cuando se hundió en el gemido estaba frente a la casa. El sonido, ahora, tenía un frustrado tono gruñón casi como la voz de un animal grande, asustado, quizá herido.

—De veras le agradezco, comprendo que siempre es inevitable una limpieza al desocupar una casa. Sería tonto que la ensuciáramos más...

Ahora oyó los pasos en el corredor, lo oyó sobre su corazón, el profundo, fuerte, incesante playo dragar del aire, el aliento a punto de escapar del todo de sus pulmones; ahora (no llamaron) estaban en el *hall*, las pisadas fuertes, entraron tres hombres, vestidos de civiles: un joven con una cortada pelambre de cabello ensortijado, con una camisa de polo y sin medias, un hombre limpio como de alambre, de cualquier edad y tan plenamente vestido, hasta usaba anteojos de carey empujando una camilla y detrás de ellos un tercero con la marca inconfundible de diez mil subcomisarios del sur, urbanos y suburbanos — el sombrero partido, los ojos de sadista, el saco ligero e inequívocamente abultado, con aire no exactamente fanfarrón sino de brutalidad previamente impune. Los dos hombres con la camilla la rodaron hasta la cama con aire entendido; fue al oficial a quien se dirigió el doctor, señalando con la mano a Wilbourne, y Wilbourne se dio cuenta que el otro había olvidado realmente que tenía la pistola en la mano.

—Ese es el preso —dijo el doctor—. Yo haré cargos formales contra él en cuanto llegemos a la ciudad. En cuanto pueda.

—Mire, Doc... Buenas Miss Martha —dijo el oficial—. Baje eso. Puede dispararse en cualquier momento. Ese individuo a quien usted lo sacó pudo haber apretado el gatillo antes de entregárselo.

El doctor miró la pistola, a Wilbourne le parecía recordarlo colocándola en la valija junto con el estetoscopio, le pareció recordarlo porque había seguido la camilla hasta la cama.

—Con cuidado ahora —dijo—. No la levante. No puede...

—Yo me encargo de eso —dijo el doctor, con esa voz cansada que al fin se había tranquilizado como si se hubiera gastado, pero que podría levantarse si fuera preciso, si se renovara, si reviviera la injuria.

—Este caso se me ha entregado, recuérdelo. Yo no lo he pedido.

Se acercó a la cama (ahora a Wilbourne le parecía recordarlo poniendo la pistola sobre la valija) y levantó la muñeca de Carlota.

Vaya con tanto cuidado como pueda. Pero de prisa. El doctor Richardson estará allí y yo los sigo en mi coche.

Los dos hombres pusieron a Carlota en la camilla. Tenía ruedas de goma; con el joven sin sombrero, empujando, pareció cruzar el cuarto y desaparecer en el *hall* con increíble rapidez como si fuera aspirada y no empujada (las ruedas mismas hacían un ruido de aspiración en el suelo) por ninguna cosa humana sino quizá por el tiempo, por alguna cañería por la cual los segundos irrevocables huían y se atropellaban; hasta la noche misma.

—Está bien —dijo el oficial—. ¿Cuál es su nombre? ¿Wilson?

—Sí —dijo Wilbourne.

Atravesó el *hall* por el mismo camino, aspirando también; donde el hombre de alambre tenía ahora una linterna; el irrisorio viento negro se ahogaba y murmuraba en la puerta abierta, echando su peso contra él como una tentacular mano negra, y él se apoyaba contra el viento. Ahí estaba el corredor, más allá los

escalones.

—Es liviana —dijo Wilbourne con una débil voz ansiosa—. Ha perdido mucho peso últimamente. Podría llevarla si ellos...

—Ellos pueden también —dijo el oficial—. Además están pagados para eso. Cállese.

—Ya lo sé. Pero ese bajo, ese pequeño con la luz...

—Guarda sus fuerzas para esto. Le gusta. No hay que herir sus sentimientos. Cállese.

—Mire —dijo Wilbourne suavemente, en un murmullo—, ¿por qué no me pone las esposas?, ¿por qué?

—¿Las necesita? —dijo el oficial.

Y ahora la camilla sin detenerse fue aspirada por el corredor, al espacio, toda en el mismo plano paralelo, como si poseyera desplazamiento pero no peso; ni siquiera se paró, la camisa blanca y los pantalones del joven parecían apenas caminar detrás cuando se movía en pos de la luz de la linterna, hacia la esquina de la casa, hacia lo que el hombre que había alquilado la casa llamaba la alameda. Podía oír ahora el chocar de las palmeras invisibles, el salvaje ruido seco que hacían.

El hospital era un edificio bajo, vagamente español (o californiano), de estuco, casi escondido por una maciza profusión de adelfas. También había algunas palmeras raquílicas, la ambulancia entraba a la carrera, el gemir de la sirena muriendo en un gruñido de animal herido, las llantas secas y sibilantes en la conchilla; cuando él salió de la ambulancia pudo oír las palmeras susurrando y silbando otra vez como si estuviera tañéndolas un soplador de arena, y pudo aún oler el mar, el mismo viento negro, ya no tan fuerte, pues el mar estaba a cuatro millas, la camilla saliendo ligera y suave de nuevo como aspirada, las precisas pisadas de los cuatro hombres en la seca conchilla; y ahora en el corredor empezó a parpadear a causa de la arena, dolorosamente, en la luz eléctrica, la camilla chupada, las ruedas murmurando en el linóleo, de modo que entre dos párpados vio que la camilla era ahora empujada por dos enfermeras de uniforme, una alta y otra baja. Él pensó que realmente en el mundo no hay una pareja equilibrada, pues todas las camillas del mundo deben ser llevadas no por dos cuerpos físicos parejos sino por dos voluntades de estar presentes y de ver lo que pasa. Luego vio una puerta abierta y feroz de luz; un cirujano ya vestido para operar junto a la puerta, la camilla aspirada por la puerta y el cirujano que lo miró una vez, no con curiosidad sino como quien quiere retener una cara, y luego se volvió y siguió la camilla en el mismo instante en que Wilbourne iba a hablarle. Silenciosamente le cerraron la puerta en la cara (también la puerta parecía provista de neumáticos). Casi le golpearon la cara; el oficial le dijo:

—Cállese.

Había otra enfermera, no la había oído, ella ni siquiera lo miró y dijo unas palabras al oficial.

—Muy bien —dijo el oficial. Tocó el codo de Wilbourne—, adelante. Cállese.

—Pero, permítame...

—Seguro. Cállese.

Había otra puerta, la enfermera se hizo a un lado, las faldas secas y sibilantes también como conchilla, ella no lo miró. Entraron, una oficina, un escritorio, otro hombre con gorro esterilizado y uniforme, sentado en el escritorio, con un formulario blanco y una estilográfica. Era mayor que el primero. Tampoco miró a

Wilbourne.

—¿Nombre?

—Carlota Rittenmeyer.

—¿Señorita?

—Señora.

El hombre en el escritorio escribió en el papel.

—¿Marido?

—Sí.

—¿Nombre?

—Francis Rittenmeyer.

Luego también dio la dirección.

Fluía la pluma, lisa y limpieta. *Ahora es la estilográfica la que no me deja respirar*, pensó Wilbourne.

—Puedo,..

—Será notificado. —Ahora el hombre del escritorio lo miró. Usaba lentes, las pupilas detrás parecían ligeramente deformadas y completamente impersonales.

—¿Cómo se lo explica? ¿Instrumentos no esterilizados?

—Estaban esterilizados.

—Usted lo cree.

—Lo sé.

—¿Su primera prueba?

—No, la segunda.

—¿La otra resultó? Pero usted no lo sabrá...

—Sí, lo sé. Resultó.

—Entonces, ¿cómo se explica este fracaso?

Pudo haber contestado así: *La amaba*. Pudo haber dicho: *Un avaro quizá fallaría al querer forzar su caja de hierro. Tendría que recurrir a un profesional, a un ladrón a quien no le importara, que no quisiera los flancos de hierro que guardan el dinero*.

Pero no dijo nada, y después de un momento el hombre en el escritorio bajó la vista y volvió a escribir, la pluma viajando blandamente por la tarjeta. Dijo, sin dejar de escribir, sin levantar los ojos.

—Espere afuera.

—¿No lo llevo ahora? —dijo el oficial.

—No —el hombre en el escritorio tampoco alzó la vista.

—Podría... —dijo Wilbourne—, quisiera usted...

La pluma se detuvo, pero por un momento más el hombre en el escritorio miró la tarjetita, quizá leyendo lo que había escrito. Entonces levantó la vista.

—¿Por qué? Ella no lo reconocería.

—Pero puede reaccionar. Puede volver en sí otra vez. Entonces yo podría, podríamos...

El otro lo miró. Los ojos eran fríos. No eran impacientes, no palpablemente impacientes. Sólo esperaban que la voz de Wilbourne cesara. Entonces habló al hombre del escritorio.

—¿Usted cree que volverá... doctor?

Por un momento Wilbourne miró dolorosamente la prolija tarjeta garabateada bajo la lámpara con luz de día, la limpia mano del cirujano sosteniendo al lado la estilográfica.

—No —dijo tranquilamente.

El hombre del escritorio bajó los ojos otra vez a la tarjeta; la mano con la pluma se movió hacia ella y escribió de nuevo.

—Le notificarán —siguió escribiendo firmemente sin levantar los ojos y dijo al oficial—: Eso es todo.

—Mejor será que me lo lleve antes que venga ese marido con un revólver, ¿no le parece, doctor? —dijo el oficial.

—Le notificarán —repitió el hombre del escritorio sin alzar la vista.

—Muy bien, Jack —dijo el oficial.

Había un banco de listones y duro, como los antiguos tranvías abiertos. Desde ahí podía ver la puerta con llantas de goma. Era lisa, parecía final e inexpugnable como el rastrillo de hierro de un puente levadizo; vio con una especie de asombro que hasta de ese ángulo pendía en el marco de un solo lado, ligeramente, así que por las tres cuartas partes de su circunferencia había una línea continua de luz Klieg.

Pero ella podría —pensó—. Podría...

—Jesús —dijo el oficial. (Tenía en la mano un cigarrillo sin encender, Wilbourne había sentido el movimiento contra sus codos.)— Jesús, ¿cómo dijo que se llamaba? ¿Webster?

—Sí —dijo Wilbourne.

Podría llegar. Podría darle una zancadilla si fuera necesario y llegar. Porque yo sabría. Yo. Seguramente/ ellos no.

—Usted obró a lo bárbaro. Con un cuchillo. Soy a la antigua; el modo viejo me basta. No quiero novedades.

—Sí —dijo Wilbourne.

No había viento aquí, ni ruido de viento, aunque le parecía oler, si no el mar, al menos su seca y porfiada prolongación en la conchilla de la avenida; y luego el corredor se llenó bruscamente de ruido, los millares de voces del miedo y del sufrimiento humano que conocía y recordaba —los desinfectados huecos de linóleo y suelas de goma como entrañas en los que se refugian seres humanos, ante algún suplicio o más bien terror, para entregar en pequeñas celdas monásticas todo el fardo de lujuria y deseo y orgullo, hasta de independencia funcional, para volverse como embriones por un tiempo, pero siempre guardando partículas de la antigua incorregible corrupción terrenal— el ligero sueño de todas las horas, el aburrimiento, el despertador y enojadizo tocar de campanillas entre las horas de la medianoche y la aproximación lenta del alba (quizá encontrando al menos este buen empleo para el dinero barato que ahora abarrota y ahoga al mundo; esto por un tiempo, para renacer, para resurgir renovados, para soportar el peso del mundo mientras les durara el coraje. Podía oírlos de arriba abajo en el corredor... el repique de los timbres, el cercano silbido de las suelas de goma y de las faldas almidonadas, el quejoso murmullo de voces inútiles. Lo conocía bien; y ahora otra enfermera bajó al *hall*, mirándolo de lleno, deteniéndose al pasar, mirándolo, con la cabeza dada vuelta al pasar como si fuera una lechuza, los ojos bien abiertos llenos de algo más allá de la oscuridad sin nada de encogimiento u horror. El oficial revolvía la lengua contra los dientes como buscando restos de comida; posiblemente había estado comiendo cuando llamaron. Todavía tenía el cigarrillo sin encender.

—Estos médicos y enfermeras —dijo—. Lo que uno oye decir de los hospitales. No sé si habrá tantos enredos como se dice.

—No —dijo Wilbourne—. No hay en ninguna parte.

—Así es. Pero imagínese un fugar como un hospital. Lleno de camas por todos lados. Y toda la gente de espaldas y no pueden molestar. Y al fin y al cabo los médicos y las enfermeras son hombres y mujeres. Y vivísimos, o no serían médicos y enfermeras. Usted sabe lo que son las cosas.

—Sí —dijo Wilbourne—. Usted lo dice...

Porque después de todo, pensó, son caballeros. Tienen que serlo. Son más fuertes que nosotros. Muy por encima de todo esto, muy por encima de farsas. Les basta con ser caballeros.

Y ahora el segundo médico o cirujano —el de la estilográfica— salió de la oficina y atravesó el corredor con las faldas del guardapolvo golpeando atrás. No miró a Wilbourne, aunque Wilbourne, mirándolo a la cara, se levantó a su paso y se dirigió a él, con idea de hablar. El oficial se levantó también apresuradamente. El doctor se detuvo lo bastante para lanzar al oficial una sola fría mirada irascible a través de los lentes.

—¿No está ese hombre a su cargo? —dijo.

—Claro, doctor —dijo el oficial.

—¿Entonces qué pasa?

—Vamos, Watson —dijo el oficial—, cálmese, le digo.

El doctor se dio vuelta; apenas se había detenido.

—¿No fuma, doctor?

El doctor no contestó nada. Siguió con el guardapolvo volando.

—Vamos —dijo el oficial—. Siéntese antes que le dé un ataque o algo.

Otra vez la puerta retrocedió sobre sus resortes de goma y volvió, batida silenciosamente con esa férrea finalidad y esa ilusión de férrea inexpugnabilidad que era tan falsa, ya que desde aquí se veía que pendía del marco por un solo lado, de modo que un niño, un soplo, podían moverla.

—Escuche —dijo el oficial—. Cálmese, la van a salvar. Es el doctor Richardson en persona. Hará tres años trajeron un negro de un aserradero donde alguien le había atravesado los intestinos con una navaja en un juego de dados. Bueno, ¿qué hizo el doctor Richardson? Lo abrió, le cortó las tripas que no servían, pegó las dos puntas como quien vulcaniza un tubo de goma, y el negro ya está en su trabajo. Por supuesto que no le queda más que una tripa de unos dos pies de largo y tiene que salir disparando para las cañas casi antes de tragar. Pero está lo más bien. El doctor la va a salvar lo mismo. ¿No es eso mejor que nada? ¿Eh?

—Sí —dijo Wilbourne—, sí. ¿Usted cree que podremos salir afuera un poco?

El oficial se levantó con entusiasmo, el cigarrillo aún sin encender en la mano.

—Buena idea. Podremos fumar.

Pero entonces Wilbourne no pudo moverse.

—Vaya usted. Yo no me moveré de aquí. No me voy a ir. Usted lo sabe.

—Bueno, no sé. Quizá puedo estar afuera en la puerta y fumar.

—Sí. Usted me puede vigilar desde ahí.

Miró el corredor de arriba abajo, a todas las puertas, una a una.

—¿No sabe dónde podré ir si me indispongo?

—¿Si se indispongo?

—Si tuviera que vomitar.

—Voy a llamar a una enfermera para preguntarle.

—No. No importa. No lo necesito. Creo que no tengo nada que echar. Nada

que valga la pena. Me quedaré aquí hasta que me llamen.

El oficial bajo al corredor, rebasó la puerta con los tres feroces tajos de luz, hacia la entrada por donde ellos llegaron. Wilbourne miraba encenderse el fósforo bajo la uña de su pulgar y brillar contra su cara bajo el ala del sombrero, cara y sombrero inclinados sobre el fósforo (no una cara desagradable, la cara de un muchacho de catorce años que tenía que usar la navaja, que había empezado demasiado joven a llevar el autorizado revólver), la puerta de entrada aún abierta, porque el humo (su primera bocanada) volvió por el corredor, disolviéndose; y Wilbourne descubrió que de veras podía oler el mar, el negro playo golfo soñoliento sin resaca, cruzado por el viento negro. En el corredor, más allá de un recodo, oía las voces de dos enfermeras, dos enfermeras no dos enfermas, dos hembras no necesariamente dos mujeres, luego más allá del mismo recodo sonó una de las campanillas, irritada, perentoria; las dos voces siguieron murmurando, luego las dos se rieron, dos enfermeras riéndose no dos mujeres, la quejumbrosa campanilla se volvió irascible y furiosa, la risa continuó por medio minuto más sobre la campanilla, luego las suelas de goma en el linóleo, silbando bajo y rápido; cesó la campanilla. Era el mar lo que olía; ahí estaba el sabor de la playa negra que el viento soplaba en sus pulmones, cerca del vértice de sus pulmones, ahí estaba otra vez esa sensación que él había esperado, cada rápido fuerte aliento se volvía más y más playo como si el corazón hubiera al fin encontrado un receptáculo; un vaciadero para la arena negra que aspiraba y dragaba: y ahora se paró él también, sin ir a ninguna parte, se levantó sin pensarlo; el oficial, a la entrada, se dio vuelta en seguida, dando vuelta el cigarrillo para atrás. Pero Wilbourne no hizo ningún movimiento y el oficial se detuvo, hasta se detuvo en la puerta tajeada de luz y aplastó su sombrero contra ella, contra la rendija por un momento. Luego avanzó. Avanzó, pero Wilbourne lo vio; vio al oficial como uno ve un farol que está entre uno y la calle, porque la puerta con resortes de goma se había vuelto a abrir, hacia afuera esta vez. (*Han apagado las luces Klieg*, pensó. *Las han apagado, las han apagado ahora*), y los dos médicos aparecieron, la puerta se golpeó sin ruido detrás de ellos y osciló vivamente una vez pero se volvió a abrir antes de entrar en la inmovilización para dar paso a dos enfermeras, aunque él sólo las vio con esa parte de visión que todavía veía al oficial, porque estaba mirando las caras de los dos médicos que se acercaban por el corredor, hablando entre sí con voces cortadas a través de sus bocas vendadas, sus guardapolvos aleteando prolijamente como las faldas de dos mujeres pasando delante de él sin mirarlo siquiera, y él se volvió a sentar porque el oficial, tocándole el codo, dijo:

—Está bien. Cálmese.

Se encontró sentado mientras los dos médicos se alejaban con la cintura ajustada como dos señoras, las faldas de los guardapolvos agitándose detrás de ellos, y una de las enfermeras pasó también, con la cara vendada también, sin mirarlo tampoco, también con un zumbido de faldas almidonadas, y él (Wilbourne) escuchaba, sentado en el duro banco, y por un instante el corazón lo abandonó; latiendo fuerte y firmemente pero de una manera remota, dejándolo en una esfera de silencio, en un vacío circular donde sólo murmuraba el viento recordado, donde sólo perduraban las sibilantes suelas de goma. La enfermera se detuvo al fin junto al banco y al rato él la miró.

—Usted puede entrar ahora —dijo ella.

—Está bien —dijo él. Pero no se movió en seguida.

Es la misma que no me miró, pensó. Ahora no me mira. Pero ahora me está mirando. Entonces, se levantó; estaba bien, el oficial se levantó también, la enfermera lo miraba ahora.

—¿Quiere que vaya con usted...?

—Bueno.

Estaba bien. Tal vez un soplo bastaría, pero cuando apoyó la mano en la puerta descubrió que todo su peso no bastaba: es decir, no pudo apoyar su peso y la puerta parecía una chapa de hierro clavada en la pared, salvo cuando bruscamente se abrió y vio el brazo y la mano de la enfermera y la mesa operatoria, con la forma del cuerpo de Carlota, apenas indicada y curiosamente aplanada bajo la sábana. Las luces Klieg estaban apagadas y sólo ardía una luz cenital y había otra enfermera —él no recordaba que hubiera cuatro— secándose las manos en una piletta. Pero en ese momento ella dejó caer la toalla en un cesto y pasó de largo, es decir, entró y salió de su campo visual. Había también un ventilador que funcionaba cerca del cielo raso, invisible o a lo menos oculto, camuflado. Luego llegó a la mesa: salió la mano de la enfermera y dobló la sábana, y después de un momento él miró más allá, parpadeando seca y penosamente, hacia donde el oficial estaba en la puerta.

—Está bien ahora —dijo—, ahora puede fumar, ¿no?

—No —dijo la enfermera.

—No importa —dijo él—. Es cuestión de un rato. Entonces usted...

—Venga —dijo la enfermera—. No tiene más que un minuto.

Pero no era un viento fresco soplando dentro del cuarto sino caliente, y que salía, así que no tenía olor de arena negra. Pero era viento, firme, podía sentirlo y verlo, un mechón del oscuro pelo salvajemente corto agitándose en él, pesadamente porque el pelo todavía estaba mojado, todavía húmedo entre los ojos cerrados y el prolijo nudo de cirujano en la venda que sostenía la mandíbula inferior. Pero era más que esto. Era más que un aflojamiento de coyunturas y de músculos, era el derrumbamiento del cuerpo entero como se derrumba el agua sin dique, detenida por un momento para que la mirara pero todavía buscando ese profundo y primitivo nivel mucho más bajo que el de estar erguido y andar, más bajo que el nivel horizontal de la muerte chica que se llama sueño, más bajo aún que la fina suela que rechaza la tierra; la misma tierra plana y aun ésta; no bastante baja, desparramada, desapareciendo, despacio al principio, luego aumentando y al fin con increíble rapidez: ida y desvanecida sin dejar rastro sobre el polvo insaciable. La enfermera le tocó el brazo.

—Venga —dijo.

—Espere —dijo—, espere.

Pero tuvo que dar un paso atrás; vino ligero como antes, la misma camilla con sus ruedas de goma, el hombre de alambre ahora sin sombrero, el pelo partido prolijamente con agua, cepillado adelante, luego levantado para atrás en la frente como el de un *barman* de antes, la linterna en el bolsillo de atrás, y los bordes del abrigo atados atrás, la camilla abordando rápidamente la mesa mientras la enfermera volvía a subir la sábana.

—No tendré que ayudar a esos dos —dijo—, ¿verdad?

—No —dijo la enfermera.

No había una forma determinada bajo la sábana ahora y pasó a la camilla como si tampoco tuviera peso. La camilla murmuró al ponerse en movimiento de nuevo, silbando al rodar, aspirada por la puerta otra vez, donde se hallaba el

oficial con el sombrero en la mano, luego desapareció. Pudo oírla por un momento aún.

Luego ya no. La enfermera estiró el brazo hasta la pared, sonó un botón y cesó el zumbido del ventilador. Fue cortado en seco como si hubiera chocado con una pared, borrado por un tremendo silencio que rugió sobre él como una ola, un mar, donde no tuviera nada de qué agarrarse, levantándolo y sacudiéndolo y bramando, dejándolo parpadeando fuerte y dolorosamente con sus secos párpados irritados.

—Venga —dijo la enfermera—. El doctor Richardson dice que puede beber algo.

—Seguro, Morrison —el oficial se echó el sombrero para atrás—. Cálmese.

La cárcel era parecida al hospital, salvo que tenía dos pisos, cuadrada, y no tenía adelfas. Pero ahí estaba la palmera. Justo fuera de su ventana: más grande, más pobretona; cuando él y el oficial pasaron debajo para entrar, sin viento para causarlo empezó un repentino furioso golpear como si ellos lo hubieran iniciado y dos veces más durante la noche mientras él esperaba, cambiando sus manos de tiempo en tiempo cuando el pedazo de reja que apretaban se calentaba y empezaban las palmas a sudar, golpeó otra vez en esa breve inexplicable precipitación. Luego la marea empezó a bajar en el río y pudo oler eso también — el olor agrio de las saladas llanuras donde las conchillas y las cabezas de los camarones se pudrían, y el cáñamo y las estacas. Luego rompió el alba (hacia rato que había oído zarpar los botes de camarones) y de pronto contra el cielo que palidecía vio el puente giratorio que atravesaba el ferrocarril a Nueva Orleans y oyó el tren de Nueva Orleans y miró el humo acercándose desde el mismo tren que se arrastraba por el puente, alto y como un juguete y rosado, como algo extravagante para decorar una torta, contra el sol horizontal que ya calentaba. Luego desapareció el tren, el humo rosado. La palmera de la ventana empezó a murmurar, seca y firme, y él sintió la brisa fresca de la mañana que venía del mar, firme y saturada de sal, limpia y yodada dentro de su celda, tapando el olor de cresota y escupitajos de tabaco y antiguos vómitos; el agrio olor de los bajíos se fue y ahora había un brillo en el agua agitada por la marea, los peces haraganamente subiendo y bajando entre la basura flotante. Luego oyó pasos en la escalera y el carcelero entró con un jarro de lata con café y un pedazo de factura.

—¿Quiere algo más? —dijo—. ¿Un poco de carne?

—Gracias —dijo Wilbourne—. Sólo el café. O si pudiera conseguirme unos cigarrillos. No he fumado desde ayer.

—Le voy a dejar esto hasta que salga. —El carcelero sacó de su camisa una tabaquera de tela y papelitos.— ¿Sabe armarlos?

—No sé —dijo Wilbourne—. Sí. Gracias. Magnífico.

Pero no le resultó muy bien. El café era flojo, demasiado dulce y caliente, demasiado caliente para beberlo o siquiera tenerlo en la mano, con una dinámica, inherente, inagotable cualidad de renovable calor impenetrable hasta su feroz radiación. Así que dejó el jarrito en su banco y se sentó en el borde de la cucheta; sin comprender que había asumida la actitud inmemorial de toda miseria, agazapado cerniéndose no en la pena sino en pura concentración visceral sobre un mendrugo, un hueso que requiere ser protegido no de ninguno de los seres erectos sino de criaturas que se mueven en plano paralelo al protector y a lo protegido, parias también listos a mordisquear y a pelear con el protector en el polvo. Echó el

tabaco de la bolsa de tela en el papel arrugado como podía, sin poder recordar en absoluto cuándo y dónde había visto ese proceso, mirando con leve alarma cómo el tabaco se volaba del papel con el viento ligero que soplaba en la ventana, dando vuelta su cuerpo para proteger el papel, dándose cuenta que su mano había empezado a temblar aunque eso no le preocupaba, poniendo la tabaquera cuidadosa y ciegamente a un lado, mirando el tabaco como si estuviera sosteniendo los granos en el papel con el peso de sus ojos, poniendo la otra mano en el papel y viendo que las dos temblaban ahora, y que de pronto se le escapaba el papel con una casi perceptible descarga.

Las manos le tiritaban ahora; llenó el segundo papel con un terrible esfuerzo de voluntad, no por el deseo del tabaco sino por hacer el cigarrillo; deliberadamente levantó los codos de las rodillas y mantuvo el papel ante su tranquila semiafeitada cara, un poco huraña, esperando cesara el temblor. Pero apenas las soltaba para enrollar el tabaco dentro del papel volvían a temblar de nuevo, pero esta vez ni siquiera se detuvo; envolviendo cuidadosamente el tabaco en el papel siguió enrollándolo mientras de los dos extremos seguía cayendo el tabaco lenta y firmemente.

Tenía que apretarlo con las dos manos, para pasarle la lengua y en cuanto la lengua tocaba el papel la cabeza se contagiaba del mismo débil incontrolable sacudirse y se sentó por un momento, mirando lo que había hecho — el achatado, enredado tubo ya medio vacío y casi demasiado húmedo para encenderse. Tomó el fósforo con ambas manos para acercarle el fuego, y no fumar más que una débil lanza de calor, de verdadero fuego, que se le metió en la garganta. No obstante, con el cigarrillo en la mano derecha y la izquierda apretando la muñeca derecha, dio dos pitadas antes que se carbonizara el lado seco del papel para acercarlo y tirarlo, y pisarlo antes de recordar, de notar que estaba descalzo y lo dejó consumirse mirando al café con una especie de desesperación que no había demostrado antes y que tal vez no había sentido aún; después, levantando el jarro, sosteniéndolo como había sostenido el cigarrillo, con la muñeca en la mano, lo acercó a la boca, concentrándose no en el café sino en el beber y así olvidó quizá que el café estaba demasiado caliente para beberlo, entrando en contacto con el borde del jarro y su mano constante y débilmente temblorosa, tragando el casi hirviente líquido, rechazado cada vez por el calor, parpadeando, tragando de nuevo, una cucharada de café escapándose del jarro y cayendo en el suelo, derramándose sobre sus pies y tobillos como un puñado de agujas o de partículas de hielo, comprendiendo que estaba parpadeando otra vez y colocando el jarro cuidadosamente —necesitó las dos manos para alcanzar el banco también— en el banco y sentándose de nuevo, agachándose un poco y parpadeando fuertemente por esa granulación adentro de los párpados, oyendo los dos pares de pies en la escalera aunque esta vez ni miró hacia la puerta hasta que la oyó abrir y volverse a golpear, mirando entonces al levantar los ojos, el saco cruzado (ahora era un *palm-beach* gris, la cara recién afeitada pero tampoco había dormido, pensando (Wilbourne): *Tiene tanto que hacer. Yo sólo tenía que esperar. Él ha tenido que salir sin aviso y buscar alguien que se quedase con las niñas.* Rittenmeyer traía la valija —aquella que había sacado de debajo de la cama en el internado hacía un año y que había ido a Chicago y Wisconsin y Chicago y Utah y San Antonio y Nueva Orleans y otra vez y ahora a la cárcel— y vino y la puso al lado de la cama. Pero aun entonces la mano que salía de la blanda manga gris no temblaba, la mano que ahora se metía en el saco.

—Ahí está su ropa —dijo—. He dejado una fianza, lo dejarán salir esta mañana.

La mano salió y sacó del saco un rollo de billetes de banco prolijamente doblados.

—Son los mismos trescientos dólares. Usted los ha tenido bastante para ganar derecho de posesión. Lo pueden llevar lejos, bastante lejos, de todos modos. Yo diría Méjico, pero usted puede esconderse en cualquier parte si tiene cuidado. Pero ya no habrá más. Entiéndalo. Esto es todo.

—¿Huir? —dijo Wilbourne—, ¿huir bajo fianza?

—Sí —dijo Rittenmeyer violentamente—. Váyase de acá al demonio. Le compraré un billete de ferrocarril y se lo mandaré...

—Lo siento —dijo Wilbourne.

—Nueva Orleáns; puede embarcarse...

—Lo siento —dijo Wilbourne.

Rittenmeyer cesó. No miraba a Wilbourne; no miraba a nada. Después de un momento dijo con tranquilidad:

—Piense en ella.

—Quisiera no pensar. Quisiera, si pudiera. No, no puedo. Quizás es por eso. Quizás esa es la razón...

Quizá era eso; era la primera vez en que casi la alcanzaba. Pero no aún: y eso también estaba bien; volvería; él la buscaría, la guardaría, cuando llegara el momento.

—Entonces piense en mí —dijo Rittenmeyer.

—Quisiera no pensar en eso tampoco. Siento...

—¡Yo no! —dijo el otro, con súbita violencia otra vez—; no me tenga lástima; ¿ve?, ¿ve?

Y había algo más pero no lo dijo, no pudo o no quiso. Empezó a temblar también, en su limpio, oscuro, sobrio, hermoso traje, murmurando:

—Jesús, Jesús, Jesús.

—Quizá le tengo lástima porque usted no puede hacer nada. Y sé por qué. Cualquier otro sabría por qué no puede. Pero eso no sirve para nada. Y yo podría hacerlo y eso ayudaría algo, no mucho quizá, pero algo. Pero tampoco puedo. Y sé por qué no puedo, también. Creo que sé. Pero no...

Cesó también. Dijo con tranquilidad:

—Lo siento.

El otro dejó de temblar; habló con tanta tranquilidad como Wilbourne.

—Así que no quiere irse.

—Quizá si usted pudiera decirme por qué —dijo Wilbourne.

Pero el otro no contestó. Sacó un pañuelo immaculado del bolsillo de arriba y se secó la cara cuidadosamente y Wilbourne notó también que la brisa marina de la mañana se había calmado, había desaparecido, como si la brillante copa todavía rodeada de nubes, del cielo y de la tierra fuera un globo vacío, una campana neumática, y como si el viento contenido en él no pudiera llenarlo sino correr dentro para atrás y para adelante sin horario, sin obedecer ninguna ley, imprevisible, saliendo y yendo a ninguna parte, como una manada de caballos sueltos en una planicie vacía. Rittenmeyer fue a la puerta y la golpeó, sin mirar hacia atrás. El carcelero apareció y quitó la llave. Él no iba a mirar hacia atrás.

—Se le ha olvidado el dinero —dijo Wilbourne.

El otro se volvió y tomó el prolijo fajo de billetes. Después de un momento

miró a Wilbourne.

—Entonces no quiere hacerlo —dijo—. ¿No quiere?

—Lo siento —dijo Wilbourne.

Sólo si me hubiera dicho por qué, pensó Wilbourne. *Quizá lo hubiera hecho*. Pero sabía que no lo habría hecho. Pero continuó pensándolo de vez en cuando en los últimos días de junio y cuando vino julio... las madrugadas mientras escuchaba el pesado latido de las lanchas a motor bajando por el río hacia el Golfo, la breve hora fresca de la mañana con el sol en la espalda, el largo ardor de los atardeceres de bronce cuando el sol impregnado de salitre golpeaba la ventana con plenitud de ferocidad, imprimiendo en su cara y en su torso los barrotes a que se agarraba... y hasta había aprendido a dormir y a veces se quedaba dormido entre dos cambios de la posición de las manos en los sudorosos barrotes. Luego dejó de pensar en ello. No supo cuándo; ni siquiera recordó que se le había olvidado del todo la visita de Rittenmeyer.

Un día... llegaba el ocaso, no sabía cómo no lo había visto antes, hacía veinte años que estaba ahí... vio, más allá del chato borde del río, del otro lado del río y hacia el mar, el casco de cemento de uno de los barcos de emergencia construidos en 1918 y nunca terminados, el casco, la cáscara; nunca se había movido; las vías se le habían podrido hacía muchos años, dejándolo inmóvil en una ciénaga junto al resplandor de la desembocadura del río con una soga de ropa tendida en la cubierta. El sol se ponía detrás y él ya no podía distinguir bien, pero a la mañana siguiente descubrió la saliente inclinada de un caño de chimenea humeante y distinguió el color de las ropas agitadas por el matutino viento del mar y vio después una pequeña figura que reconoció como una mujer que sacando las ropas de la soga, y creyendo distinguir el ademán con que se ponía los apretadores de ropa, uno por uno, en la boca, y pensó: *Si hubiéramos sabido tal vez hubiéramos podido vivir ahí los cuatro días y ahorrado diez dólares*. Pensando: *Cuatro días. Es imposible que sólo hayan sido cuatro días. Es imposible*; y mirando, una tarde vio la lancha atracar y el hombre subir la escalera con una larga madeja de red derramándose del hombro que subía, frágil y feérica, y vio al hombre remendar la red bajo el sol de verano, sentado en la toldilla, la red sobre las rodillas, el sol en el laberíntico tejido rojamente plateado. Y una luna subía y crecía en la noche mientras él estaba ahí, y él estaba ahí en la luz moribunda mientras noche a noche menguaba la luna y una tarde vio las banderas, una sobre otra, rígidas y flameantes desde el esbelto mástil sobre la estación del gobierno en la desembocadura del río, contra un liso nebuloso cielo color acero y toda esa noche una boya, río afuera, gemía y mugía y la palmera fuera de la ventana golpeaba y retumbaba y justo antes del alba, en una brusca ráfaga, la cola del huracán golpeó. No el huracán (el huracán estaba galopando en el Golfo); sólo la cola, un golpe seco de la crin al pasar, levantando en la costa diez pies de turbia y amarilla marea que no decayó por veinte horas y corriendo ferozmente por entre la furiosa palmera salvaje, que todavía parecía seca en el techo de la celda, de suerte que en toda esa segunda noche oyó retumbar el oleaje contra el malecón en la estruendosa oscuridad y también la boya carraspeante entre los puentes; hasta le parecía oír el rugido del agua manando al surgir con cada grito ahogado, mientras arreciaba la lluvia, sobre la ciudad próxima con menos furia ahora al cruzar las tierras bajas ante el viento del este. Se aquietaría aún más, tierra adentro, se volvería sólo un brillante murmullo plateado de verano entre los pesados árboles graves, sobre el césped cortado; debía ser cortado; así se lo imaginaba, sería

parecido al parque donde él esperaba, quizás hasta con niños y niñeras a veces, lo mejor de lo mejor; habría pronto una lápida, en el tiempo preciso cuando lo estipularan el decoro y la tierra restaurada sin decir nada; debía ser cortado y verde y quieto, el cuerpo, su forma bajo la sábana rígida, achatado y pequeño, movido en brazos de dos hombres, como sin peso, aunque lo tenía, pero quieto y paciente bajo el peso férreo de la tierra. *Pero eso no puede ser todo, pensó. No puede. El gasto. No de carne, siempre hay bastante carne. Eso lo descubrieron hace veinte años manteniendo naciones y justificando lemas... si es que las naciones que la carne mantuvo merecen ser mantenidas sin la carne. Pero la memoria. Sin duda la memoria existe independiente de la carne. Pero eso era equivocado también. Porque no sabría qué es memoria, pensó. No sabría qué recordar. Tiene que ser la vieja carne, la vieja frágil carne arrancable para que la memoria le haga cosquillas.*

Esta segunda vez casi lo alcanzó. Pero lo eludió. Pero él no se esforzaba; eso no lo preocupaba; volvería cuando el tiempo madurase y estaría a su lado. Una noche le permitieron un baño, y un barbero (le habían sacado las hojas de afeitar) vino temprano a la mañana siguiente y lo afeitó y con una camisa nueva y esposado con un agente de un lado y con el defensor designado por la corte del otro, atravesó en el quieto sol matinal la calle donde la gente —hombres palúdicos de los aserraderos de los pantanos y pescadores profesionales curtidos por el viento y el sol— se volvían para mirarlo, hacia el juzgado desde cuyo balcón ya estaba gritando un ujier.

El juzgado era como la cárcel, de dos pisos, del mismo estuco, con el mismo olor a creosota y escupitajos de tabaco, pero no a vómitos, construido en un terreno sin pasto, con media docena de palmeras y también con adelfas que florecían rosadas y blancas sobre una baja masa espesa de alhucema.

Luego una entrada llena todavía de sombras y con una frescura de sótano, el olor a tabaco más fuerte, el aire lleno de un sonido humano continuo, que no era exactamente lenguaje sino ese opaco zumbido que parece el auténtico e insomne murmullo incesante de poros activos. Subieron escaleras, una puerta; pasó entre bancos llenos de gente y de cabezas que se daban vuelta mientras la voz del ujier seguía clamando desde el balcón y se sentó ante una mesa entre la gente y su abogado y en seguida se puso de pie cuando el juez, sin toga, con un traje de hilo y altos botines negros de viejo, entró con pasos decididos y rápidos y abrió la audiencia. Sólo veintidós minutos se requirieron para reunir el jurado, a pesar de las recusaciones monótonas de su abogado (un hombre joven con una redonda cara de luna y ojos de miope detrás de los lentes, con un traje arrugado de brin); sólo veintidós minutos, con el juez sentado en alto detrás de un escritorio de pino imitación caoba, y su cara no era cara de abogado sino de examinador de escuela dominical metodista, de examinador que en los días hábiles era banquero y quizás un buen banquero, un banquero listo, delgado, con peinado cabello y peinado bigote y anticuados anteojos con armazón de oro.

—¿Cuál es la acusación? —dijo.

El escribiente la leyó con una voz que parecía zumbar y dormirse entre el palabreo redundante:

—...contra la paz y dignidad del Estado de Misisipí... homicidio...

Un hombre se levantó en la otra punta de la mesa. Usaba un traje arrugado, casi indecente, de hilo rayado. Era muy gordo y su cara era cara de abogado, una hermosa cara, casi noble, hecha para las candilejas, forense, hábil, sagaz: el fiscal.

—Creemos tener pruebas de asesinato, su señoría.

—A este hombre no se le acusa de asesinato, míster Gower. Usted debe saberlo. Emplace al acusado. — Se puso de pie el joven abogado rechoncho. No tenía o aún no tenía el vientre del otro ni cara de abogado.

—Culpable, su señoría —dijo.

Wilbourne oyó detrás un aliento largo, un suspiro.

—¿Trata el acusado de despertar la piedad del tribunal? —dijo el juez.

—Me declaro culpable, su señoría —dijo Wilbourne.

Volvió a escuchar el largo suspiro, pero ya el juez golpeaba con su martillo de croquet de juguete.

—¡No hable desde ahí! —dijo—. ¿Quiere el acusado suplicar la piedad de este tribunal?

—Sí, su señoría —dijo el abogado joven.

—Entonces no necesita formular una acusación, míster Gower. Informaré al jurado...

Esta vez no era un suspiro. Wilbourne oyó el aliento contenido, luego fue como un rugido, no tan fuerte por supuesto, no aún, el duro martillito de madera furioso contra la madera y el ujier que también gritaba, y entonces, hubo un movimiento, una especie de marejada de pasos y una voz que gritó:

—¡Ése es! ¡Adelante! ¡Mátelo! —y Wilbourne vio el traje gris cerrado (el mismo) caminando con firmeza hacia el estrado, la cara, la cara atroz, el hombre que sin ningún aviso había tenido que soportar el único sufrimiento para el cual no estaba capacitado, el hombre que aun ahora debía decirse: *¿Pero por qué yo? ¿Por qué? ¿Qué he hecho yo? ¿Qué he podido hacer en mi vida?*; viniendo con firmeza, luego deteniéndose y empezando a hablar, el rugido cortado en seco cuando él abrió la boca:

—Su señoría... Si el tribunal quisiera...

—¿Quién es éste? —dijo el juez.

—Soy Francis Rittenmeyer —dijo Rittenmeyer.

Empezó de nuevo el rugido, el martillo volvió a golpear, el juez gritaba ahora, forzando el rugido a silencio:

—¡Orden! ¡Orden! ¡Otro desorden y hago despejar la sala! ¡Desarmen a ese hombre!

—No estoy armado —dijo Rittenmeyer—. Sólo quiero... —Pero ya el ujier y otros dos hombres estaban sobre él, las suaves mangas grises sujetadas, mientras lo palpaban.

—No está armado, su señoría —dijo el ujier. El juez se volvió al fiscal, que temblaba también, un hombre prolijamente arreglado, demasiado, viejo para esto.

—¿Qué significa esta payasada, míster Gower?

—No lo sé, su señoría. Yo no lo he...

—¿Usted no lo ha citado?

—No lo consideraré necesario, por consideración, por su...

—Si el tribunal lo permite —dijo Rittenmeyer—. Sólo quiero hacer un...

El juez levantó la mano; Rittenmeyer calló. Estaba inmóvil, la cara serena como una escultura, con algo de las caras esculpidas en las catedrales góticas, los pálidos ojos con algo igual a la vaciedad de los mármoles sin pupilas. El juez se encaró con el fiscal. El rostro del fiscal era ahora un rostro de abogado, completamente atento, completamente alerta, el pensamiento rápido y secreto detrás. El juez miró al joven abogado, el rechoncho, fijamente. Luego miró a Rittenmeyer.

—La causa está cerrada —dijo—. Pero si quiere hacer una declaración, puede hacerla.

Ahora no se oía sonido alguno, ni siquiera el alentar que Wilbourne oía, salvo el propio y el del joven abogado junto a él, mientras Rittenmeyer se dirigía al banco de los testigos.

—La causa está cerrada —dijo el juez—. El acusado está esperando la sentencia. Haga desde ahí su declaración.

Rittenmeyer se detuvo. No miraba al juez, no miraba a ninguna parte, el rostro sereno, impecable, atroz.

—Quiero hacer una súplica —dijo.

Por un momento el juez no se movió, mirando a Rittenmeyer, el martillo apretado en su puño como un sable, luego se inclinó hacia adelante lentamente, mirando a Rittenmeyer, y Wilbourne oyó que comenzaba el largo alentar, la acumulación de asombro e incredulidad.

—¿Usted qué? —dijo el juez—. ¿Una qué? ¿Una súplica? ¿Por este hombre? ¿Este hombre que voluntaria y deliberadamente hizo una operación a su esposa, que él sabía que podía causarle la muerte y que la mató?

Y ahora el rugido, en olas, se renovó; distinguía los pasos y cada voz individual de los que gritaban y los agentes del tribunal cargando contra el oleaje como un equipo de fútbol; un remolino de furia y tumulto en tomo de la cara quieta, inmóvil y atroz sobre el suave bien cortado traje:

—¡Ahórquenlos, ahórquenlos a los dos! ¡Enciérrenlos juntos! ¡Que el hijo de perra lo opere a él con el bisturí!

Rugiendo sobre el pataleo y los gritos, declinando al fin, pero sin cesar del todo, ahogado un rato más allá de las puertas cerradas, luego subiendo otra vez desde afuera, el juez ahora de pie, los brazos afirmados en el estrado, apretando aún el martillo, la cabeza moviéndose y temblando, ahora de veras una cabeza de viejo. Luego se echó atrás lentamente, la cabeza oscilando como los viejos. Pero la voz del todo serena, fría.

—Saquen del pueblo a ese hombre, bien custodiado. Que se vaya en seguida.

—No creo que convenga que lo saquen ahora mismo, juez —dijo el ujier—. Escúchelos.

Pero nadie tenía que escuchar para oírlos, ya no histéricos, sino indignados y enojados.

—No querrán colgarlos, pero quieren pegarles plumas con brea. Pero de todos modos...

—Está bien —dijo el juez—. Llévelo a mi despacho. Téngalo ahí hasta que oscurezca. Hágalo salir del pueblo, después. Caballeros del jurado, ustedes encontrarán culpable al acusado por los cargos y darán su veredicto, que lleva una sentencia a trabajos forzados en la Penitenciaría del Estado de Parchmann por un período no menor de cincuenta años. Pueden retirarse...

—Me parece que no es necesario, juez —dijo el presidente—. Me parece que todos estamos...

El juez se fue encima, con temblorosa y flaca furia de viejo:

—¡Pueden retirarse! ¿Quieren que los acuse de desacato?

Desaparecieron por menos de dos minutos, apenas el tiempo necesario para que el ujier cerrara y luego abriera la puerta. Desde afuera el ruido golpeaba, arreciando y disminuyendo.

Esa tarde llovió otra vez, una brillante cortina de plata, que salió de ninguna

parte, antes que se ocultara el sol, galopando como un potrillo suelto, yendo a ninguna parte, luego, treinta minutos después rugiendo de vuelta, brillante e inofensiva en sus propias huellas humeantes. Pero cuando poco después de oscurecer, él hubo vuelto a su celda, el cielo estaba inefable y sin mancha sobre el último verde del crepúsculo, arqueando la estrella de la tarde, la palmera apenas susurrando tras los barrotes, los barrotes todavía frescos a sus manos aunque el agua, la lluvia, se había evaporado hacía tiempo. Comprendió lo que Rittenmeyer quería decir y comprendió por qué. Oyó los dos pares de pies otra vez, pero no se volvió de la ventana hasta que la puerta se abrió, golpeó y se cerró y Rittenmeyer entró y se quedó un momento mirándolo. Luego sacó algo del bolsillo y atravesó la celda, con la mano extendida.

—Aquí tiene —dijo.

Era una cajita de remedio sin rótulo. Contenía una sola tableta blanca. Por un momento Wilbourne la miró estúpidamente, aunque sólo por un momento. Luego dijo tranquilamente:

—Cianuro.

—Sí —dijo Rittenmeyer.

Se dio vuelta, ya se iba: el rostro sereno, atroz y firme, el hombre que siempre ha procedido bien y que no tiene paz.

—Pero yo no... —dijo Wilbourne—. ¿Qué puede servir mi muerte...? —Luego creyó entender. Dijo:

—Espere...

Rittenmeyer llegó a la puerta y puso su mano en ella. A pesar de eso se detuvo y miró atrás.

—Es porque me he echado a perder. No pienso bien. Rápido.

El otro lo miró esperando.

—Gracias. Gracias de veras. Quisiera estar seguro de que yo hubiera hecho lo mismo por usted.

Entonces Rittenmeyer sacudió la puerta y volvió a mirar a Wilbourne — el rostro firme y recto y maldito para siempre. El carcelero apareció y abrió la puerta.

—No lo hago por usted —dijo Rittenmeyer—. Sáquese esa idea de la cabeza.

Luego salió, la puerta sonó; y no hubo un destello de comprensión, el proceso fue demasiado quieto, hubo un dibujo enredado que se aclara. *Por supuesto*, pensó Wilbourne. *Aquel último día en Nueva Orleans. Él se lo prometió. Dijo ella: No ese bastardo chambón de Wilbourne, y él se lo prometió.* Y así era. Eso era todo. La cosa formó un quieto dibujo y perduró lo bastante para que él lo viera, luego fluyó, se desvaneció, para siempre se fue de todo recuerdo, y sólo quedó la memoria, para siempre e ineludible mientras hubiera carne que cosquillar. Y ahora estaba por alcanzarlo, pensarlo en palabras, así que estaba bien ahora y volvió a la ventana y agarrando la caja con cuidado y apretando la tableta en un papel de cigarrillo doblado entre el pulgar y el índice la redujo cuidadosamente a polvo en uno de los barrotes más bajos, recogiendo las sobras del polvo y limpiando el barroto con el papel de cigarrillo, y vació la caja en el suelo y con la suela de su zapato la aplastó en el polvo y en los viejos escupitajos y en la costra de creosota hasta que desapareció por completo y quemó el papel de cigarrillo y volvió a la ventana. Ahí estaba esperando, estaba bien; estaba al alcance de su mano cuando llegara el momento. Ahora veía la luz en el casco de concreto, en la toldilla a babor que desde muchas semanas él llamaba la cocina como si viviera ahí, y ahora con un susurro preliminar en la palmera la ligera brisa de la costa empezó, trayendo el

olor de los pantanos y de los jazmines silvestres, soplando bajo el muriente ocaso y el brillante lucero; llegó la noche. No era sólo recuerdo. El recuerdo era apenas la mitad de eso, no bastaba. *Pero debe estar en alguna parte, pensó. Ahí está el despojo. No yo. Al menos pienso que no quiero decir yo. Espero que no sólo quiero decir yo. Que sea cualquiera,* recordando, rememorando, el cuerpo, las anchas caderas y las manos que gustaban toquetear y hacer cosas. Parecía tan poco, tan poco para necesitar, tan poco para pedir. *Con todo el arrastrarse a la tumba, con toda la arrugada y marchitada y derrotada adhesión no a la derrota sino a una vieja costumbre; aceptando la derrota de que me permiten adherirme a la costumbre, los pulmones asmáticos, las penosas entrañas incapaces de placer.* Pero después de toda la memoria podía vivir en las viejas entrañas jadeantes: y ahora la tenía a mano, irrefutable y clara, y serena, mientras la palmera golpeaba y murmuraba, seca y salvaje, y débil, y en la noche, pero él podía afrontar la memoria, pensando: *No es que pueda vivir, es que quiero. Es que yo quiero. La vieja carne al fin, por vieja que sea. Porque si la memoria existiera fuera de la carne no sería memoria porque no sabría de qué se acuerda y así cuando ella dejó de ser, la mitad de la memoria dejó de ser y si yo dejara de ser todo el recuerdo dejaría de ser. Sí,* pensó. *Entre la pena y la nada elijo la pena.*

EL VIEJO

Uno de los muchachos del gobernador llegó a la penitenciaría la mañana siguiente. Es decir, era bastante joven (no volvería a ver los treinta años aunque sin duda no lo deseaba, porque había algo en él que indicaba un carácter que nunca había deseado y que nunca desearía nada que no poseyera, o que no estuviera a punto de poseer) un “Phi-Beta-Kappa”⁷ de una universidad del este, un coronel en el estado mayor del gobernador, que no había pagado su grado con una contribución electoral, que había estado con sus descuidados trajes de corte correcto y su nariz arqueada y perezosos ojos insolentes en los corredores de una cantidad de tienditas del oeste y había contado sus anécdotas y recibido las risotadas de sus oyentes de *overall* y escupida y con la misma mirada había acariciado niños bautizados en recuerdo de la última administración y en honor (o esperanza) de la próxima y también (se decía de él y sin duda alguna no era cierto) había acariciado al descuido los traseros de algunos que ya no eran niños aunque no tenían edad para votar. Estaba en la oficina del director con una carpeta y al rato llegó el comisario de guardia. De cualquier modo lo hubiera mandado buscar aunque no todavía, pero entró, sin llamar, con el sombrero puesto, llamando a gritos al joven del gobernador con un apodo y palmeándolo con la mano abierta en el hombro y puso un muslo en el escritorio del director, casi entre el director y el visitante, el emisario. O el visir con la orden, con la cuerda anudada, como se vio en seguida.

—Bueno —dijo el muchacho del gobernador—. ¿Ustedes han hecho de las suyas, verdad?

El director tenía un cigarro. Había ofrecido uno al visitante. Había sido rehusado, pero después, mientras el director le miraba la nuca, una dura inmovilidad y hasta un poco torvo, el comisario se echó para atrás y estiró la mano y abrió el cajón y sacó uno.

—Me parece bastante claro —dijo el director—. Fue arrastrado contra su voluntad. Volvió tan pronto como pudo a entregarse.

—Hasta trajo el maldito bote —dijo el comisario—. Si hubiera tirado el bote hubiera podido volver caminando en tres días. Pero no, señor. Tenía que devolver el bote. “Aquí está su bote y aquí está la mujer, pero no encontré ningún hijo de perra en ninguna hilandería.”

Se golpeó la rodilla, riéndose a carcajadas.

—Los penados... Una mula tiene más sentido común.

⁷ Miembro de una sociedad de estudiantes, fundada en Williamsburg. Virginia, en 1776.

—La mula tiene más sentido común que cualquier cosa, salvo una rata —dijo el emisario con su agradable voz—. Pero ése no es el inconveniente.

—¿Cuál es el inconveniente? —dijo el director.

—Ese hombre está muerto.

—Qué va a estar muerto —dijo el emisario—. Está allá arriba, en ese galpón, mintiendo como loco seguramente. Lo voy a llevar y puede verlo.

El director miraba al comisario, y dijo:

—Mire, Bledsoc trataba de decirme algo de la pata de la mula Kate. Mejor es que vaya al establo y...

—Ya me encargué de eso —dijo el comisario. Ni siquiera miró al director. Miraba y conversaba con el emisario.

—No, señor. No va...

—Pero ha recibido la baja oficial como muerto. No el perdón ni la libertad condicional: la baja.

—Está muerto o libre. En cualquier caso no tiene nada que hacer aquí.

Ahora el director y el comisario miraron al otro, la boca del comisario se abrió un poco, mientras blandía el cigarro para morderle la punta. El emisario habló agradablemente, con mucha claridad:

—Según un parte de defunción remitido al gobernador por el director de la penitenciaría.

El comisario cerró la boca, sin hacer otro movimiento.

Según la declaración oficial del agente encargado en ese momento del cuidado y devolución del cuerpo del prisionero a la penitenciaría.

Ahora el comisario se metió el cigarro en la boca y bajó despacio del escritorio, haciendo rodar el cigarro entre los labios mientras hablaba:

—Ésa es la cosa. Yo tengo la culpa, ¿no? —se rió brevemente, una risa escénica, dos notas—. ¿Cuándo tres veces yo he tenido razón bajo tres gobiernos distintos? Esto está en un libro en alguna parte. Alguien en Jackson puede encontrar eso. Y si no pueden, yo puedo demostrar...

—¿Tres gobiernos? —dijo el emisario—. Bueno, bueno. Es muy bonito.

—Claro que es bonito —dijo el comisario—. Los bosques están llenos de gente que no la tienen.

El director miraba otra vez la nuca del comisario.

—Mire —dijo—. ¿Por qué no sube a mi casa y saca esa botella de whisky del aparador y la trae?

—Bueno —dijo el comisario—. Pero es mejor que primero arreglemos esto. Les voy a decir lo que haremos...

Lo arreglaremos más pronto con una o dos copas —dijo el director—. Lo mejor es que suba a su casa y busque un saco para que la botella...

—Eso tomará demasiado tiempo —dijo el comisario—. No necesito un saco.

Se dirigió a la puerta, donde se detuvo y se dio vuelta.

—Le diré lo que podemos hacer. Llame doce hombres aquí y dígame que es un jurado — no ha visto más que uno y no se dará cuenta... y vuélvalo a juzgar por el robo del tren. Hamp puede ser el juez.

—No se puede juzgar dos veces a un hombre por el mismo crimen —dijo el emisario—. Eso lo sabrá aunque no sepa reconocer un jurado cuando lo está viendo.

—Mire... —dijo el director.

—Muy bien. Digamos que es otro robo de tren. Digamos que sucedió ayer,

digámosle que asaltó otro tren mientras no estaba aquí y que se ha olvidado. Lo hizo sin querer. Además, no le importará. Lo mismo le da estar adentro que afuera. Si estuviera afuera no sabría adonde ir. Ninguno de ellos sabe. Suelte a cualquiera y en Navidad los tiene de vuelta como si fuera una reunión o algo así, por cometer el mismo delito que cometieron antes —otra risotada—. Esos penados...

—Mire —dijo el director—. Mientras usted está ahí, ¿por qué no abre la botella y ve si la bebida es buena? Tome un trago o dos. Dese tiempo para saborearla. Si no es buena es inútil traerla.

—O. K.—dijo el comisario. Esta vez salió.

—¿No puede cerrar la puerta con llave? —dijo el emisario.

El director se retorció apenas. Esto es, cambió de posición en la silla.

—Después de todo tiene razón —dijo—. Ha acertado tres veces ahora. Y está emparentado con todo el mundo en Pittman Country, salvo los negros.

—Quizá podamos trabajar más rápido entonces.

El emisario abrió la gaveta y sacó un legajo de papeles.

—Entonces ya está —dijo.

—¿Qué está?

—Se escapó.

—Pero volvió voluntariamente y se entregó.

—Pero se escapó.

—Bueno —dijo el director—. Se escapó. ¿Entonces?

Ahora el emisario dijo:

—Mire. Es decir... —dijo—, escuche.

—Si hay alguna oportunidad de que a alguien se le ocurra abrir una investigación sobre esto, vendrán diez senadores y veinticinco representantes, tal vez en un tren especial.

—Muy difícil impedir que alguno vuelva a Jackson vía Menfis o Nueva Orleáns.

—Bueno —dijo el director—. ¿Qué dice que hagamos?

—Esto. El hombre salió de aquí a cargo de un agente determinado. Pero fue entregado por otro.

—Pero él se entre...

Esta vez el director se interrumpió por sí solo. Miró, casi fijo, al emisario.

—Bueno, siga.

—A cargo especial de un agente determinado que volvió y notificó que el cuerpo del preso no estaba ya en su poder; que, en realidad, no sabía dónde estaba el preso. ¿No es así?

El director no dijo nada.

—¿No es así? —dijo el emisario agradablemente, insistentemente.

—Pero usted no puede hacerle eso. Le digo que es pariente de medio...

—Hemos pensado en eso. El jefe le ha reservado un empleita en la patrulla de carreteras.

—Demonio —dijo el director—. No puede manejar una motocicleta. Yo no le dejo manejar ni un camión.

—No tendrá que hacerlo. Seguramente un asombrado y agradecido Estado puede suministrar al hombre que adivinó tres veces seguidas quién ganaría en las elecciones generales de Misisipí, un coche para andar y alguien para manejarlo si es necesario. Ni siquiera tendrá que estar en él todo el tiempo. Que esté lo

bastante cerca para que cuando un inspector vea el coche y pare y toque la cometa pueda oírlo y salir.

—Todavía no me gusta —dijo el director.

—A mí tampoco. Su hombre nos hubiera ahorrado todo esto si se hubiera ahogado, como les hizo creer a todos. Pero no lo hizo. Y el jefe dice que procedamos así. ¿Se le ocurre a usted algo mejor?

El director suspiró.

—No —dijo.

—Muy bien.

El emisario abrió los papeles, destapó la estilográfica y empezó a escribir. —Tentativa de fuga de la penitenciaría, diez años de condena adicional —dijo—. El comisario Buckworth, transferido a la Patrulla de Carreteras. Si quiere diga que es por méritos en el servicio. Lo mismo da. ¿Listo?

—Listo —dijo el director.

—Entonces puede mandarlo buscar. Acabemos. —El director mandó buscar al penado alto y éste llegó, silencioso y grave, en su nuevo uniforme, las mandíbulas azules bajo la quemadura del sol, el pelo recién cortado y cuidadosamente partido y oliendo vagamente a la pomada del barbero de la prisión (el barbero estaba condenado a prisión perpetua por asesinato de su mujer).

El director lo llamó por su nombre.

—Tiene mala suerte, ¿verdad?

El penado no dijo nada.

—Van a tener que añadir diez años a su condena.

—Está bien —dijo el penado.

—Mala suerte. Lo siento.

—Está bien —dijo el penado—. Si ésa es la ley.

Así que lo condenaron a diez años más y el director le dio el cigarro y ahora estaba, incrustado entre las dos cuchetas, el cigarro sin encender en la mano mientras el penado gordo y otros cuatro lo escuchaban. O lo interrogaban, más bien, desde que todo estaba hecho, concluido ahora, y estaba sano y salvo otra vez, y acaso no valía la pena hablar más.

—Está bien —dijo el gordo—. Así que volviste al río. ¿Y después?

—Nada. Remé.

—¿No era difícil remar contra la corriente?

—El río estaba crecido todavía. Bastante correntoso. Durante una semana o dos no anduve muy rápido. Después fue mejorando.

Entonces de golpe y tranquilamente, algo —la incomunicación, la innata y heredada repugnancia por la oratoria— se disolvió y el hombre se encontró escuchándose, contándolo tranquilamente, en palabras que no acudían rápidas, pero sí espontáneamente a la lengua a medida que las necesitaba: Cómo había remado (descubrió, ensayándolo, que podía andar con mayor rapidez, si eso se podía llamar rapidez, cerca de la orilla —esto después de haber sido arrastrado súbita y violentamente al medio del río antes de poder evitarlo y encontrarse él y el esquife, viajando de vuelta a la región de la que acababa de huir— y cómo pasó casi toda la mañana volviendo contra la costa y remontando el canal otra vez del cual había salido al alba) hasta que vino la noche y se amarraron a la costa y comieron algo de la comida que había ocultado en su tricota antes de dejar el arsenal en Nueva Orleans y la mujer y el niño durmieron en el bote como de

costumbre y cuando vino el otro día siguieron y se amarraron otra vez esa noche y al día siguiente la comida se acabó y llegó a un desembarcadero, un pueblo —no se fijó en el nombre— y encontró trabajo. Era una granja de caña...

—¿Caña? —dijo otro de los penados—. ¿A quién se le ocurre plantar cañas? La caña se corta. En mis pagos había que destruirla. La quemaban para librarse de ella.

—Era caña dulce —dijo el penado alto.

—Caña dulce —dijo otro—. Toda una granja de caña dulce.

—¿Caña dulce? ¿Qué hacen con eso?

El alto no lo sabía. No lo había preguntado, había subido al terraplén y había un camión esperando lleno de negros y un blanco le dijo:

—Diga. ¿Puede conducir un arado?

Y el penado dijo:

—Sí.

Y el hombre dijo:

—Suba entonces.

Y el penado dijo:

—Tengo una...

—Sí —dijo el gordo—. Esto es lo que he estado tratando de preguntar. Qué ha...

El rostro del penado alto era grave; su voz tranquila un poco fría.

—Tenían carpas para albergar las gentes. Estaban detrás.

El gordo parpadeó.

—¿Creían que era tu mujer?

—No sé. Creo que sí.

El gordo parpadeó.

—¿No era tu mujer, como quien dice?

El alto no contestó. Después de un momento levantó el cigarro y pareció examinar algo suelto de la envoltura, porque después le pasó la lengua cuidadosamente cerca de la punta.

—Bueno —dijo el gordo—. ¿Y entonces...?

Trabajó ahí cuatro días. No le gustaba. Quizá fue por eso que no se interesó mucho en lo que él creía que era caña dulce. Así que cuando le dijeron que era sábado y le pagaron y el blanco le contó de alguien que se iba a Bâton Rouge al día siguiente en una lancha a motor fue a ver al hombre y tomó los seis dólares que había ganado, compró comida y ató el esquife detrás de la lancha y se fue a Bâton Rouge. No tardaron mucho en llegar y aun después que llegó la lancha a Bâton Rouge y que volvió a remar le pareció que el río bajaba y que la corriente no era tan fuerte, tan rápida, así que fueron bastante ligero amarrando el bote por la noche entre los sauces, la mujer y el niño durmieron en el bote como antes. Luego se volvió a acabar la comida. Esta vez era un muelle para leña, la leña apilada y esperando, con un carro que estaba descargando, tirado por una yunta. Los carreros le hablaron del aserradero y lo ayudaron a bajar el esquife por el terraplén; querían dejarlo ahí pero él no quiso y lo cargaron en el carro y él y la mujer subieron al carro también y fueron al aserradero. Le dieron una pieza amueblada en una casa y dos dólares al día. El trabajo era duro; le gustaba; se quedó ocho días.

—Si te gustaba tanto, ¿por qué te fuiste? —preguntó el gordo.

El penado alto volvió a examinar el cigarro, volviéndolo para que la luz cayera

sobre el opulento flanco color chocolate.

—Me metí en un enredo —dijo.

—¿Qué enredo?

—Mujeres. La mujer de un tipo.

—¿Quieres decir que día y noche has recorrido el país con una mujer, por más de un mes, y la primera vez que tienes la suerte de quedarte y tomar aliento te enredas con otra?

El penado alto había pensado en eso. Lo recordaba: cómo había habido veces, segundos, al principio, cuando si no hubiera sido por el bebé hubiera intentado algo. Pero sólo fueron segundos porque inmediatamente todo su ser rechazaba la idea en una especie de salvaje y horrorizada repulsión; se encontraba mirando desde lejos a esa piedra de molino a la que lo habían amarrado la fuerza y el poder del irrisorio y ciego movimiento, pensando, hasta diciendo en voz alta con ronco y salvaje rencor (aunque hacía dos años que no tenía mujer y la última fue una negra ya no joven y anónima, una vagabunda que había agarrado al azar uno de los domingos de visita, el hombre —marido o novio— a quien había venido a ver, había sido muerto por un guardián hacía más o menos una semana y ella no lo sabía):

—Pero ni para eso me sirvió.

—Pero ésta la conseguiste, ¿no es cierto? —dijo el gordo.

—Si—dijo el alto.

El gordo le guiñó el ojo.

—¿Era buena?

—Todas son buenas —dijo uno de los otros—. ¿Y? Sigue. ¿Cuántas más conseguiste al volver? Cuando un tipo empieza a conseguir ya no le falla aunque...

—Eso fue todo —les dijo el penado.

Dejaron rápido el aserradero, no tuvo tiempo de comprar comida hasta el otro desembarcadero. Ahí gastó los dieciséis dólares que había ganado y siguieron viaje. El río había bajado, sin duda, y dieciséis pesos de comida parecía un montón y pensó que les alcanzaría, que sería bastante. Pero tal vez el río estaba más correntoso de lo que parecía. Pero esta vez era el Misisipí, eran algodonaes; los brazos del arado se amoldaron de nuevo a sus palmas, el estirarse y agazaparse de sus hábiles nalgas contra la hoja era lo conocido, aunque no le pagaron más que un dólar por día. Pero bastaba. Contó eso: le dijeron que era sábado y le pagaron y contó eso también la noche, una linterna ahumada, en un disco de deshecha tierra estéril tan suave como plata, un círculo de figuras agachadas, los murmullos importunos y las aclamaciones, las pobres pilas de billetes gastados bajo las rodillas, los dados punteados sonando y rodando en la tierra; bastaba.

—¿Cuánto ganaste? —preguntó el segundo penado.

—Bastante —dijo el alto.

—¿Pero cuánto?

—Bastante —dijo el alto.

Era justo lo bastante; se lo dio todo al propietario de la segunda lancha a motor (no necesitaría comida entonces), él y la mujer en la lancha y el esquife a remolque, la mujer con el bebé y el envoltorio bajo su mano pacífica en sus rodillas; casi en el acto él reconoció, no Vicksburg porque nunca había estado en Vicksburg, sino el caballete bajo el cual en su rugiente ola de árboles y casas y animales muertos había pasado en un soplo con acompañamiento de truenos y

relámpagos un mes y tres semanas antes; lo miró sin entusiasmo y hasta sin interés al proseguir la lancha. Pero empezó a observar la ribera, el terraplén. No sabía cómo iba a conocerla pero sabía que lo haría, y entonces era temprano en la tarde y sin duda había llegado el momento y dijo al propietario de la lancha:

—Creo que aquí está bien.

—¿Aquí? —dijo el propietario—. Esto no me parece ninguna parte.

—Creo que es aquí —dijo el penado. Entonces la lancha fondeó, cesó el motor, empujó y atracó al terraplén y el propietario desató el esquiife.

—Sería mejor que me dejase llevarlo hasta algún puerto —dijo—. Eso es lo que he prometido.

—Creo que aquí está bien —dijo el penado.

Entonces bajaron y él se quedó con el sarmiento en la mano mientras la lancha empezó a zumbar de nuevo y zarpó ya, dando vuelta; no la miró. Dejó el envoltorio y ató el cable a una raíz de sauce, recogió el envoltorio y se dio vuelta. No dijo una palabra, subió al terraplén, atravesó la marca, la línea de la vieja creciente ahora seca y surcada por playas y vacías grietas como tontos deprecatorios gestos seniles, y entró en un bosquecillo de sauces y se quitó el *overall* y la camisa que le dieron en Nueva Orleans y los tiró sin mirar siquiera dónde había caído y abrió el envoltorio y sacó la otra ropa, la conocida, la deseada, un poco desteñida, manchada y usada, pero limpia, reconocible, y se la puso y volvió al esquiife y empuñó el remo. La mujer ya estaba adentro.

El penado gordo siguió mirándolo.

—Así que has vuelto —dijo—. Bueno, bueno.

Ahora todos miraban al penado alto mientras mordía cuidadosamente y con entera deliberación la punta del cigarro y la escupía, y alisaba y humedecía con la lengua la punta mordida y sacaba el fósforo del bolsillo y lo examinaba por un momento como para asegurarse que era bueno, digno del cigarro tal vez, y lo raspaba en el trasero con la misma deliberación —un movimiento casi demasiado lento para encenderlo, parecería— y lo sostenía hasta que ardió la llama clara y limpia de azufre y luego la acercaba al cigarro. El gordo lo observaba, parpadeando rápida y regularmente.

—Y te han dado diez años más por disparar. Eso está mal. Un tipo puede acostumbrarse a lo que le den al principio, por más que sea, aunque sean ciento noventa y nueve años. ¡Pero diez años más! Diez años más encima. Cuando uno no los esperaba. Diez años sin sociedad, sin compañía femenina.

Parpadeó fuerte el penado alto. Pero él (el alto) había pensado en eso también. Había tenido una novia. Es decir, había ido a coros en la iglesia y a picnics con ella —una muchacha que tendría un año menos que él, de piernas cortas, con pechos duros y la boca pesada y ojos opacos como uvas maduras, que tenía una lata de polvos de hornear casi llena de aros y broches y anillos comprados (o regalados por indirectas) de tiendas de diez centavos. Le había revelado su plan, y a veces, después meditando se le ocurrió que si no hubiera sido por ella tal vez no lo hubiera puesto en práctica— esto era un mero sentimiento, no expresado en palabras, como tampoco podía enunciar este otro: quien sabe qué apoteosis tenebrosa de novia de Al Capone ella no habría soñado, qué automóvil veloz lleno de auténticos vidrios de color y ametralladoras, con faros poderosos. Pero todo eso había pasado y concluido cuando la primera idea se le ocurrió y en el tercer mes de su encarcelamiento ella vino a verlo. Tenía aros y una pulsera o dos que nunca le había visto antes y él no acabó de comprender cómo había hecho ese viaje tan

largo, y lloró violentamente los tres primeros minutos aunque después (y sin que él supiera exactamente cómo se separaron, o cómo ella trabó relación) la vio en animada charla con uno de los guardianes. Pero lo besó antes de irse esa tarde y dijo que volvería en la primera oportunidad, colgándosele, un poco sudada, oliendo a perfume y a suave carne joven. Pero no volvió aunque él siguió escribiéndole y siete meses después tuvo contestación. Era una tarjeta postal, una litografía en colores de un hotel de Birmingham, con una X infantil, bien cargada de tinta cruzando una de las ventanas, la gruesa escritura en el reverso, inclinada y como de cartilla: *Aquí estamos pasando nuestra Luna de Miel. Su amiga (Sra.) Vernon Waldrip.*

El penado gordo siguió parpadeando, fuerte y rápidamente.

—Sí, señor —dijo—. Son esos diez años más los que duelen. Diez años más sin una mujer, sin la mujer que un hombre necesita... Parpadeó fuerte y rápidamente, observando al alto. El otro no se movió, incrustado entre las dos cuchetas, grave y limpio, con el cigarro ardiendo lisa y ricamente en su limpia mano firme, con el humo anillado ante la cara saturnina, grave y serena.

Diez años más...

—¡Mujeres!... —dijo el penado alto.

Solapa de portada.

El más intenso de los novelistas de nuestro tiempo es sin duda Faulkner. Las pasiones y trabajos del hombre y los procedimientos de la novela le importan por igual, y cada una de sus obras es un audaz experimento técnico y un documento trágico de casi intolerable violencia. En alguna de sus novelas vemos el argumento a través de los personajes que lo componen; en otra, se confunde o se invierte el orden temporal y asistimos primero a una escena y luego a otra anterior que la explica o la deforma. En *Las Palmeras Salvajes* hay dos argumentos distintos, que no se encuentran pero que se algún modo se corresponden. El estilo es apasionado, minucioso, alucinatorio.